

**LUIGI GIUSSANI**

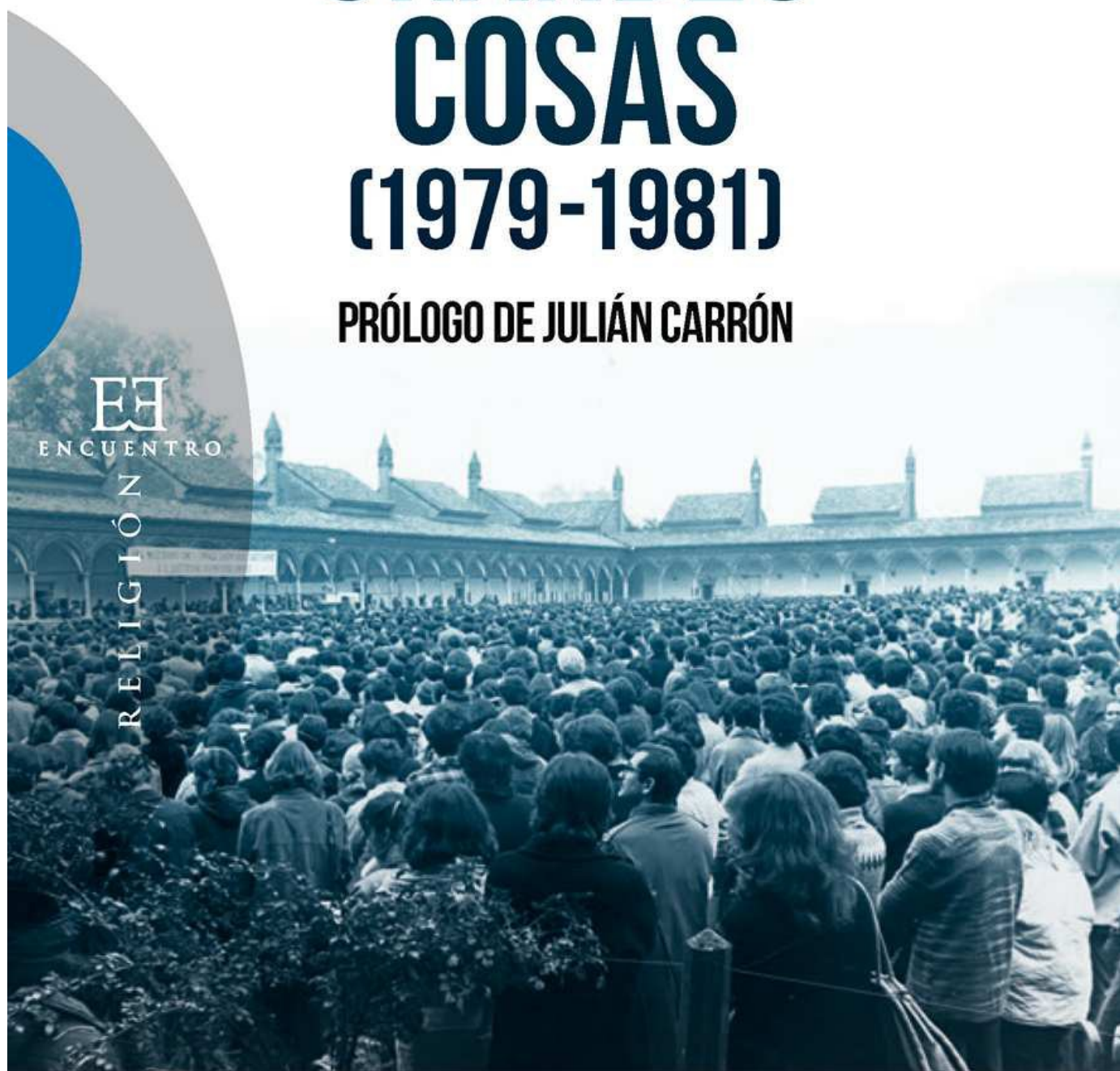
**SEGUROS  
DE POCAS  
GRANDES  
COSAS  
(1979-1981)**

**PRÓLOGO DE JULIÁN CARRÓN**

**EE**

ENCUENTRO

RELIGIÓN



## EL EQUIPE

«Todo lo que he dicho, lo he aprendido a mi vez». No era raro escuchar esta frase, dicha de forma repentina, en las conversaciones de Luigi Giussani, para indicar no sólo la figura del maestro, que es capaz de aprender siempre y de cualquier persona, sino también el carácter peculiar de un método educativo que encontraba su punto de mayor fuerza en el diálogo continuo.

Los *Equipos* del CLU son un fenómeno único en la historia de Comunión y Liberación. Nacidos con la finalidad de coordinar las distintas comunidades universitarias, a partir de mediados de los años setenta se convirtieron, con la participación de don Giussani, en el momento de verificación y descubrimiento de la grandeza de la experiencia cristiana y de su correspondencia humana. Año tras año, estos encuentros marcaron los pasos de un camino que se reveló después como esencial para todo el movimiento de CL.

No se trató tan sólo de profundizar en el planteamiento, sino también de hacer una comparación constante entre la vida concreta de muchos estudiantes universitarios y un juicio autorizado, que trataba de fortalecer y hacer crecer, y también corregir, aquella vida. De modo que todos los términos de la propuesta cristiana se vieron replanteados «en vivo», dentro de las diversas situaciones y de la condición humana, como respuesta a los problemas que se planteaban y como satisfacción de unas exigencias vividas y percibidas con agudeza.

El mismo don Giussani se dio cuenta de la importancia y de la excepcionalidad de estos encuentros y quiso, casi desde el comienzo, que quedara constancia de ellos. Petición que renovó con determinación explícita en sus últimos años y que fue acogida, dando lugar a esta serie de libros que narra las intervenciones, las preguntas y las respuestas que, durante más de veinte años, alimentaron la relación entre personas interesadas por sí mismas y por el mundo, personas que quisieron conocer y descubrir juntas el sentido de su vida y el motivo verdadero para ser protagonistas en la historia de los hombres.

LUIGI GIUSSANI

# Seguros de pocas grandes cosas (1979-1981)

Prólogo de Julián Carrón



Título original  
*Certi di alcune grandi cose (1979-1981)*  
© 2014  
Fraternità di Comunione e Liberazione  
y  
Ediciones Encuentro, S. A., Madrid  
Traducción  
Ricardo Sánchez Buendía  
Revisión  
José Miguel Oriol  
Diseño de la cubierta: o3, s.l. - [www.o3com.com](http://www.o3com.com)  
ISBN DIGITAL: 978-84-9055-262-9

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos ([www.cedro.org](http://www.cedro.org)) vela por el respeto de los citados derechos.

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa  
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:  
Redacción de Ediciones Encuentro  
Ramírez de Arellano, 17-10.<sup>a</sup> - 28043 Madrid  
Tel. 915322607  
[www.ediciones-encuentro.es](http://www.ediciones-encuentro.es)

# PRÓLOGO

## EL CAMINO PARA UNA FE PROFUNDA Y PERSONAL

¿Conviene ser cristianos? ¿Permite la fe vivir la realidad sin censurar ni renunciar a nada?

Estos interrogantes emergen potentemente como el corazón de la preocupación educativa de don Giussani en los diálogos con los estudiantes de Comunión y Liberación durante los años 1979-1981, que recoge este segundo volumen de los Equipos, *Seguros de pocas grandes cosas*. Lo que guía a don Giussani a la hora de responder a las preguntas de sus jóvenes amigos es siempre la exigencia de que su interlocutor se vea acompañado –jamás sustituyendo su libertad– en la verificación en primera persona de la conveniencia de la «pretensión cristiana». Sin ella, en efecto, resulta imposible aguantar el golpe de las circunstancias. Recordemos que aquéllos fueron años marcados por una lucha ideológica sin cuartel y también por una hostilidad hacia las personas de CL que llegaba a la violencia física. Sin una razón adecuada para creer, ¿quién habría podido resistir? Aquel ‘movimiento’ perdura también ahora.

En uno de los pasajes centrales de su intervención en la memorable audiencia con ocasión de XXV aniversario del reconocimiento pontificio de la Fraternidad de Comunión y Liberación, Benedicto XVI nos invitó a vivir una «fe profunda, personal y firmemente arraigada en el Cuerpo vivo de Cristo [...] que garantiza la contemporaneidad de Cristo con nosotros» (Roma, Plaza de San Pedro, 24 de marzo de 2007).

Las páginas de este libro muestran a un don Giussani empeñado en el camino de esta personalización. Ya desde el *Equipe* de junio de 1979 él advierte «un fermento nuevo» entre los jóvenes, «una actitud más consistente» y «una mayor disponibilidad», que se expresa, en primer lugar, como «entusiasmo por la fe, por el acontecimiento de Cristo, [que] constituye la unidad de la persona»; y, en segundo lugar, como reclamo al hecho de que «la fe se pone en juego en la realidad» (p. 24).

Compartiendo el camino con los universitarios a fondo, observa en sus relatos cómo también emergen las dos grandes tentaciones a las que cedía fácilmente ese entusiasmo, sin duda verdadero, pero todavía inmaduro: la abstracción y la reactividad. Decía, por ejemplo, en 1980: «Si estamos aquí es porque tenemos fe cristiana. Por lo tanto,

teóricamente, intencionalmente, hemos reconocido que hay algo más fuerte que nosotros, pero queda a nivel de intención, es decir, sigue siendo abstracto. ¿Qué significa abstracto? Es abstracto lo que no tiene que ver con la trama de intereses en que se juega, en el tiempo y en el espacio, el sentimiento que tenemos de la vida y de nosotros mismos» (p. 168).

Don Giussani no nos ha dado jamás tregua ante este desafío, que también hoy nos alcanza a través de estas páginas: la fe tiene que ver con los intereses de la vida; de lo contrario, ¿de qué nos serviría? Sería pura teoría, discurso correcto, pero ajeno a la existencia del yo y, por lo tanto, a la larga, inútil: en vez de alimentar la certeza en la vida, daría lugar al escepticismo.

Leamos con qué intensa experiencia describe don Giussani el alcance del hecho cristiano: «Cuando la verdad cae como una espada sobre nuestra vida, la hiere y la obliga a cambiar, a renovarse, aunque no lo consigamos. Es necesario custodiar, favorecer, cuidar esta herida, aunque no se logre cambiar: cuidarla, de manera que nos moleste, porque no hay nada más hermoso que esta molestia, nada más hermoso que este dolor. Un dolor que es como una herida abierta, que es la puerta por la que entra en nuestra vida la verdad, y en nosotros el amor a ella» (p. 115). «Herido», con este mismo término se expresaba el entonces cardenal Ratzinger al hablar de don Giussani el día de su funeral, repitiéndolo luego en la Plaza de San Pedro. Herido por la Belleza.

Don Giussani describe esta dinámica en agosto de 1980: «El hombre reconoce la verdad de sí mismo al experimentar la belleza, al experimentar el gusto y la correspondencia, al percibir el atractivo que la verdad suscita, un atractivo y una correspondencia totales, no en sentido cuantitativo ¡sino cualitativo! [...] La belleza de la verdad es lo que me lleva a decir: ‘¡Es verdad!’» (p. 200).

¿Qué es lo que puede cerrar el paso a la Verdad que entra por esa herida que provoca la Belleza? Una aridez afectiva. Don Giussani lo detecta en las intervenciones de los universitarios: «Nuestra carencia radical, lo que nos deja en una indecisión de fondo, es una incapacidad, una aspereza total del gusto por la belleza, por el gusto estético, y por lo tanto una resistencia impresionante a dejarnos cautivar por la alegría, por la *leticia*, y con ello, por la vivacidad, —¡por la vivacidad!— [...] Ésta es la carencia atroz que se nota en vosotros, como jóvenes de hoy, esta carencia tremenda de asombro frente a la belleza, de capacidad receptora de la belleza. El efecto con que os alcanzan las cosas, en cambio, es una pura reactividad. Las cosas provocan en vosotros una mera reacción y os encierran en vosotros mismos, de manera que todo lo que se os presenta lo utilizáis para vuestros fines, lo instrumentalizáis» (p. 200).

Y he aquí el ofrecimiento de un camino para salir de este bloqueo: «Bien, ésta es la cuestión: la decisión se produce sólo a partir del descubrimiento de que el propio yo es

atraído por Otro, que la sustancia de mi yo, la sustancia de mi ser, mi corazón, coincide con ‘ser atraído por Otro’. [...] Otro es lo que constituye mi vida, porque el Otro me atrae y yo soy este ‘ser atraído’, estoy constituido por esta atracción» (p. 197).

Esta novedad, que don Giussani no se cansa nunca de proponer a los universitarios, abre en ellos el horizonte de una experiencia que corresponde a lo que el corazón desea, aun bajo la montaña de escombros que la vida trae consigo: «El primer efecto de este afecto es que uno se llena de asombro por lo que hay, ¡porque no es él! El segundo resultado de este afecto es que hace que brote una dignidad —son palabras que habéis dicho vosotros en la asamblea— inimaginable, porque mi dignidad coincide con aquello a lo que me adhiero. Y, tercero, en este afecto es donde se establece una consistencia que va más allá de los estados de ánimo o de las reacciones. Es en este afecto donde toma cuerpo la consistencia del yo, de una persona, más allá de sus estados de ánimo y de sus reacciones» (p. 201).

Y enseguida muestra el camino —jamás deja solos a los universitarios a merced de su imaginación—: «Permanecer inmanentes al hecho tal y como nos ha tocado: éste es el camino y por eso es a este nivel donde se juega la capacidad afectiva de nuestra persona, donde por afecto entendemos la suma de la energía que constituye al hombre» (p. 205). No sustraerse a este atractivo que arrastra todo el yo, dirá don Giussani, exige una sola condición: la sencillez de corazón.

Entonces, permanecer «contemporáneos» al acontecimiento que se ha encontrado es decisivo también para que nazca una posición cultural original: «El juicio no es algo mecánico, sino un entusiasmo; [...] nace del asombro, del entusiasmo por el descubrimiento de un hecho concreto presente. Acordaos del primer capítulo del evangelio de san Juan, cuando los apóstoles le vieron por primera vez; ése era el juicio sobre su vida y sobre la vida de su pueblo. Así pues, es necesario rendirse a este hecho concreto, presente en todo lo que se hace. Porque, cuando se toma una decisión, el problema no es la decisión en sí, sino contemplar el valor, es decir, una presencia; de otro modo la elección resulta moralista y sentimental. Éste es la consecuencia más importante en las decisiones: el centro de la cuestión es dónde está tu corazón» (p. 148).

Lo muestra bien don Giussani contando este episodio: «Estaba caminando y me había parado a tomar un vaso de leche en una granja. [...] Llega una mujer del campo. Yo iba vestido de cura y a lo lejos esa señora agitaba una enorme zanahoria, de proporciones excepcionales, y decía: ‘¡Mire, Reverendo, qué grande es Dios!’. Yo me quedé allí, de piedra. [...] ‘Ésta es una posición cultural’, esta conexión que establece entre la banalidad de un hecho cotidiano, de un acontecimiento totalmente tierra-tierra, la zanahoria, y el destino del mundo, esta chispa que salta entre dos polos tan grandiosa y aparentemente lejanos, esto es una construcción cultural, esto es una posición cultural»

(p. 230).

Así se puede entrar en lo real con una postura cultural no reactiva, sino original, porque nace del interior de una experiencia: «La cultura es la libertad que maneja la realidad en el reconocimiento y el amor de Cristo, que está determinada por el reconocimiento del amor de Cristo, es decir, de la totalidad, del Otro. La cultura es producto del amor, de un amor; es la afirmación del Otro, con la ‘O’ mayúscula» (p. 299).

Esto no es opcional para una fe profunda y personal. Don Giussani lo recuerda constantemente: «La forma de acrecentar la fe es ‘arriesgarla, confrontarla con lo que sucede’. [...] Una fe que no arriesga en lo que sucede, en las circunstancias, no es verdadera; no en ciertas circunstancias, las que representan una contradicción tal, un impacto tal, que hasta despiertan a un muerto, sino en todas las circunstancias, pequeñas o grandes; porque la vida es esta trama de circunstancias que te asedian, te tocan y te provocan» (p. 344).

Lo real, las circunstancias, se convierten en la mesa de laboratorio donde se pone a prueba la profundidad de la fe, del nivel de autoconciencia de lo que yo soy: «Fijaos, por favor, en que el *punctum dolens* no está en el hecho de que lo que sucede se presente como objeción a lo que somos, sino en que esta objeción logre su objetivo. [...] Si yo no tengo conciencia de lo que soy, las circunstancias serán una objeción a lo que digo ser o a lo que quisiera ser. [...] Entonces uno sale, trata de salir del ambiente en que está (del ambiente, es decir, de lo cotidiano) para conservar la certeza; y entonces la fe ya no crece, porque la fe crece cuando se arriesga en lo cotidiano» (pp. 348-349). ¡Algo totalmente distinto que protegerse de la realidad! ¡Algo distinto que un cristianismo entendido como «una reacción para sobrevivir» (p. 340), cuando las contradicciones son demasiado fuertes! Don Giussani lo subraya en junio de 1981, la víspera del referéndum sobre el aborto en Italia.

¡Qué actuales resultan esas palabras! Todavía hoy, cuando ha cambiado profundamente el contexto cultural y social, la gran alternativa está entre una concepción de la fe como reactividad, aunque sea una reactividad dirigida a defender el discurso cristiano y los valores que resultan de él, y una fe entendida como originalidad de vida, como expresión de una vida. Sólo un corazón satisfecho, por un encuentro que supone el inicio del cumplimiento del deseo, permite atravesar cualquier circunstancia con esa incansable apertura que vemos en acción en estas páginas, a través del testimonio apasionado de don Giussani.

El que lea estas conversaciones se verá llevado de la mano por su humanidad palpitante a la profundidad de un desafío apasionante: «La clave de la cuestión es que todos decimos ‘Cristo’, pero es como si ese Cristo no existiese; porque Cristo es la



respuesta, el sentido, Cristo es la forma, el significado del vivir, por eso es el significado y la forma de la relación afectiva o del uso de las cosas o del modo de ver y mirar la naturaleza, el tiempo, el espacio, tu proyecto sobre el futuro o tu pasado: Cristo debe llegar a ser la forma de todo esto, la inspiración activa y constructiva de todo esto, el criterio de esto» (p. 353).

Deseémonos tener el coraje de comprobar el alcance de esta propuesta.

JULIÁN CARRÓN

*Junio de 2007*

## NOTA EDITORIAL

Los textos de la presente edición se han establecido sobre la base de la documentación, tanto escrita como de audio, que se conserva en el Archivo histórico de Comunión y Liberación. Se ha mantenido la forma oral de los diálogos y de las conversaciones. Los interlocutores son introducidos por el término «intervención». El resto de los textos se refieren al Autor.

Las notas históricas, que aparecen en cursiva en el texto, son obra de Onorato Grassi.

1979

# CON UN ROSTRO PROPIO<sup>1</sup>

*En los meses de enero y febrero se celebraron elecciones universitarias en toda Italia. Era una cita política, que ya había entrado en la vida universitaria, y que animaba el debate sobre el futuro de la universidad, pero también sobre las necesidades y la condición de los estudiantes. Si la participación en los órganos colegiales estudiantiles mostraba sus limitaciones, que alimentaban la desilusión en muchos, la ocasión de hablar de la universidad, y por tanto de la condición humana que se vivía en ella, no dejaba indiferentes a muchos universitarios, estimulando su compromiso en ocasiones apasionado. Por otra parte, las comunidades de Comunión y Liberación habían definido ya desde 1974 su línea de participación en la política universitaria, distanciándose de los «grupúsculos» extra-parlamentarios, cerrados en la idea de una alternativa total al sistema.*

*La lista de los Católicos Populares, nacida de la convergencia de diversas experiencias estudiantiles, era el instrumento de presencia política y electoral que se había ido asentando en varias universidades, incluidas aquellas notoriamente hegemonizadas por la izquierda. Esta circunstancia y, en general, el resultado de las elecciones, favorable a los católicos, fueron objeto de amplio comentario en la prensa nacional.*

*No se trataba, sin embargo, para el CLU (Comunión y Liberación Universitarios) de una cuestión principalmente «política» sino, más ampliamente, de una provocación que se refería a la experiencia globalmente entendida. Lo documenta bien el Equipe que se celebró en Roma, justo después de las elecciones universitarias, donde resonaron las preguntas que habían surgido, los problemas que se habían encontrado, las situaciones que se habían vivido en las semanas anteriores, pero, y sobre todo, se intentó comprender cuál era el paso que había que dar. La síntesis del encuentro, reproducida aquí en forma de apuntes, es el testimonio de esta doble búsqueda.*

*El Equipe de marzo fue el primero que se celebró tras la subida al solio pontificio de Juan Pablo II.*

## Síntesis

Los siguientes puntos sintetizan apuntes y preguntas que surgieron durante la asamblea. Los responsables de cada comunidad deberán medirse con ellos y responder a

las preguntas que se han planteado.

1) ¿Qué sentido tiene la *espera* que nos rodea? La comunidad de Camerino decía en su intervención: «No nos atrevíamos ni a mirarnos a la cara y hemos obtenido dos tercios de los votos en las elecciones universitarias».

La espera que nos rodea se dirige a nosotros, pero es la espera de otra cosa, de un valor que «haga ser», que dé a quien nos conoce la percepción de ser.

Nosotros sabemos qué es este valor del que todos tienen necesidad, lo tenemos entre las manos y se transparenta, como un tímido resplandor, a pesar de lo que somos, a pesar de nuestra incapacidad: por ello la gente más sensible y con mayor atención queda instintivamente atraída, aunque sea de manera confusa.

Tenemos que partir de esta espera que nos rodea; partir de nosotros mismos todavía podría ser equívoco.

Igual que Dios ha partido de la piedad para sacarnos de la nada, así nosotros también debemos partir de la piedad, porque sólo ella nos sacará de la nada de nuestra apatía, indolencia e insensibilidad.

Tenemos que tomar en serio la expectativa que se agolpa alrededor de nosotros.

Todos hablan de un despertar religioso y, ciertamente, esto es un signo de ello. Pero es todavía extremadamente sentimental y confuso, porque, para renacer verdaderamente, el sentido religioso necesita de los *lager*, de la cruz y del dolor: necesita que tomemos parte en la vida, y esto sólo es posible con esfuerzo y dolor.

2) ¿Por qué estamos en la universidad en este momento histórico, en la situación que atraviesa la sociedad?

Se le pone a uno la piel de gallina al pensar en las posibles respuestas, de las cuales una («estoy en la universidad para sacarme un título») ha surgido en la asamblea. Pero ¿qué rasgos propios, qué fisonomía tiene el que está en la universidad sólo para sacarse un título? Ninguna.

3) La tarea política, nuestro trabajo en los cursos, en las cooperativas o en los órganos estudiantiles, etcétera, forma parte de un trabajo más grande. Este tercer punto deriva necesariamente del segundo.

4) Estamos en este lugar para una tarea más grande, para una aventura más grande: es decir, para una historia, para participar en la construcción de una historia.

Estamos en la universidad por un designio más grande, por una historia: esto es la *presencia*.

Antes de definir qué es la presencia, digamos cuál es su génesis. Introduzco la respuesta con una frase de san Teófilo de Antioquía: «Tú me dirás: ‘Muéstrame a tu Dios’. Y yo te digo: ‘Muéstrame antes el hombre que hay en ti, y después yo te mostraré mi Dios’».<sup>2</sup>

Creo que deberíamos citar esta frase en todas nuestras reuniones. Es todo lo que quisiéramos haber dicho en estos veinticinco años. Lo que te puedo decir es sólo una respuesta a tu humanidad; y si tú no me muestras tu humanidad, ¿qué respuesta te puedo ofrecer? «Nada hay tan poco creíble como la respuesta a una pregunta que no se ha planteado»<sup>3</sup>.

Por tanto, la presencia empieza con una humanidad cambiada. La presencia es algo que remueve el ambiente en el que estamos, porque nos remueve a nosotros en el presente. Yo cambio por algo que me provoca, y este cambio mío introduce una provocación en el ambiente donde vivo.

5) «Presencia» es el gusto con el que vivimos nuestra experiencia de fe. Pero no podemos vivir nuestra fe en la estratosfera: he aquí por qué la presencia es la conversión en el *trabajo*. Por tanto, el gusto con que vivimos el acontecimiento que hay entre nosotros cambia nuestra forma de estar en el ambiente, en el trabajo, ese nexo obligado y activo que el hombre establece con cualquier situación, a menos que duerma o esté alienado, como la mayoría.

6) ¿Qué ha hecho posible un cierto tipo de compromiso que nos ha hecho madurar durante las elecciones? O, si queréis, ¿cómo se puede mantener a nivel cotidiano lo que hemos hecho? La respuesta es: *una compañía*.

Hemos afrontado el momento de las elecciones siguiendo nuestra historia. ¡Ojo!, no nuestra historia sin más (así podría interpretarse cerebralmente o en abstracto), sino según las indicaciones que nuestra historia nos da hoy. Seguir a Cristo coincide con seguir a quien me testimonia hoy el acontecimiento que es el contenido de nuestra historia. No porque Cristo sea el testigo con el que nos encontramos, sino porque su testimonio es el único signo de la presencia real y activa de Cristo. Que Cristo está presente y está moviendo el mundo lo veo por las personas que Él mueve, no hay otra manera de entenderlo. Porque el cristianismo es el acontecer de una vida y sólo se comunica a través de esta misma categoría; no se puede reducir a ninguna otra cosa. ¿Y qué es este acontecimiento? A nivel humano es una vida que cambia, que testimonia un valor mediante el cambio que este valor provoca en ella. De hecho, nuestra fe y nuestra experiencia no se comunican con un discurso. Comunicamos el acontecimiento de Cristo sólo mediante lo que Él cambia en nosotros. Por eso, proponer el anuncio cristiano coincide simplemente con el cambio de nuestra persona, con una forma distinta de estar y actuar en cualquier situación.

7) Los indicios humanos de la diferencia que caracteriza una presencia se perciben en la recuperación de la *racionalidad* y de la *gratuidad*.

El coraje de estar de una determinada manera en el ambiente es la expresión práctica de una racionalidad, como conciencia crítica y sistemática de la realidad y, por tanto, de

mí mismo. Esta dinámica es conforme a la gratuidad, a un modo de vivir el ambiente que está guiado por la afirmación de un significado antes que por los derechos e intereses propios. Y ésta es la suprema racionalidad, porque el objetivo de los derechos y de los intereses es el significado, y sólo en la gratuidad empieza a realizarse esa unidad que la razón anhela. De esta manera, se afirma una forma de ser, y por tanto una moralidad, determinada por el amor al significado antes que a ninguna otra cosa.

La gratuidad, espiritual y psicológicamente, es considerar al otro y, antes aún, a uno mismo, en relación con el destino. Ahora bien, nosotros sabemos que este destino no es un enigma, sino una palabra que nos ha alcanzado, un acontecimiento que nos ha impactado: Cristo. Por eso la gratuidad es mirar a uno mismo y al otro con la conciencia de la relación última y definitiva, original y constitutiva, que es Cristo para cada uno.

Sólo después de haber vivido existencialmente la trayectoria que describen estos siete puntos se llega a ser «protagonista» de las situaciones. En cada situación: con los compañeros y los profesores, pero también, más en general, en la condición universitaria, que implica la edad que tienes, el estado social al que perteneces, la relación con la mujer o el hombre, con los padres en la familia, las relaciones con la prensa, con los partidos, con la publicidad.

Si somos conscientes del acontecimiento que nos ha alcanzado y que está presente entre nosotros, somos protagonistas, independientemente de la capacidad que tengamos de hablar y actuar; en caso contrario no somos nadie, es decir, estamos obligados a tomar de los demás el motivo por el que hacemos las cosas, los criterios y el modo de comportarnos con los demás, con la mujer, en la sociedad, con los compañeros y profesores, con lo que nos espera después de la universidad, con nosotros mismos.

O protagonistas o nadie: y «protagonistas» no quiere decir tener la genialidad o la espiritualidad de algunos, sino tener un rostro propio, que es, para toda la historia y la eternidad, único e irrepetible.

# UN MOVIMIENTO DENTRO DEL MOVIMIENTO<sup>4</sup>

*El breve diálogo que se reproduce aquí —única documentación que tenemos, en forma de apuntes, de un largo Equipo de dos días, celebrado en la comarca de Brianza— contiene elementos importantes para la historia del camino que los universitarios iban haciendo con don Giussani. Ante todo, la percepción de que algo nuevo estaba sucediendo, en las personas y entre ellas; algo que permitía a cada persona ser ella misma y, por tanto, tener una posición en el mundo. En segundo lugar, la necesidad de que las comunidades se vieran alcanzadas por este cambio, empezando por sus responsables. En tercer lugar, se empieza a notar la referencia al Papa, en cuanto aliento y seguridad para el camino emprendido.*

*Este Equipo abre paso a la cita del verano, pues estableció, por decirlo así, su orden del día.*

*Giussani:* «La fe camina por sí sola. Para creer no hay más que abandonarse. Para no creer hace falta violentarse a uno mismo»<sup>5</sup>.

Abandonarse significa seguir a la compañía en la que se ha despertado la fe y el corazón ha sentido la conmoción de ser. Nuestra unidad es la regla: una compañía en camino hacia su destino. Lo que nos hace distintos a los demás es una gracia.

Para valorar este momento del camino del CLU, hago una constatación y subrayo una urgencia:

1) La constatación: entre nosotros hay un fermento nuevo, una actitud más consistente, una mayor disponibilidad, no sólo más profunda, sino más grande en proporción al alma. Hay novedades que están sucediendo entre nosotros: debemos acrecentar «esto nuevo» y difundirlo.

2) La urgencia: hace falta que en cada comunidad tome cuerpo un punto real que genere continuamente la comunidad. Algunos que vivan más que los demás. Debemos favorecer la creación de estos grupos, de estos movimientos dentro del movimiento.

Estos grupos deben tener dos características:

a) El entusiasmo por la fe, por el acontecimiento de Cristo: este entusiasmo constituye la unidad de la persona (y de ahí la posibilidad de desarrollo cultural). Desde el principio, la novedad viene de aquello por lo que uno vive y hace todo.

b) La fe se pone en juego en la realidad. La realidad que nos debe mover es la historia a la que pertenecemos, que se hace presente de forma privilegiada en el ambiente, la

confrontación, la lucha, la participación.

*Intervención:* El anuncio que resuena en la comunidad empieza a encontrar respuesta personal en algunos. El lugar privilegiado de esto han sido los CP. El encuentro con el Papa ha agitado la vida de la comunidad, aunque pueda haber un riesgo de caer en el sentimentalismo, si no ponemos en juego nuestro juicio sobre la vida.

A pesar de esta vivacidad, hay un punto débil en la manera en que se conducen las diaconías, que muy a menudo son el lugar de una fe «individual». Las diaconías deben convertirse en el núcleo del entusiasmo de la fe.

*Intervención:* En la raíz de mi compromiso en el ambiente está la necesidad que tengo de ir hasta el fondo de lo que he conocido, de medir mi vida con el encuentro que he tenido. La política es el compromiso que uno vive por el hecho de estar en el ambiente. ¿Por qué se compromete uno? Por generosidad o porque tiene un proyecto, o bien porque es necesario comprometerse para entender lo que se está viviendo. Hace falta comprometerse con la realidad de la historia y sus condicionantes (parábola de los talentos)<sup>6</sup>. ¿Qué quiere decir este impacto con la realidad? Es preferible un impacto con la realidad, aunque la intención no sea pura, a una comunidad que viva sentimentalmente cerrada en sus propias iniciativas.

*Giussani:* ¿Qué quiere decir el impacto con la realidad? Nuestra vida está dentro de la realidad y no a un lado de ella.

*Intervención:* La relación con la realidad es el método para aprender el valor de lo que se nos ha dado.

El hombre, en su condición existencial, no es capaz de eliminar por sí solo su infelicidad. Pero en esta situación ha intervenido alguien que trae la esperanza, es decir, el entusiasmo por la fe. ¿Qué les decimos a los demás? ¿De qué somos portadores? El centro de nuestra propuesta es que hemos reconocido una Presencia. De ahí, nuestro entusiasmo, nuestro estar en el mundo hasta el fondo. Nosotros no estamos blindados frente al mundo, no nos apoyamos en análisis, la certeza nos viene del encuentro que hemos tenido, ahí está la vida. La fe es el reconocimiento de un hecho que es una promesa para la vida. Y la promesa para la vida es el dominio sobre las cosas. Reconocemos la presencia de Dios allí donde está, donde la hemos encontrado (movimiento). Vivir el impacto con la realidad significa referir a lo que has encontrado todos los asuntos de la vida; a Jesucristo no lo hemos encontrado de una vez por todas, lo estamos encontrando, también ahora.

Yo verifico el valor de lo que hago poniéndolo en relación con lo que he encontrado. Soy yo el que decide «llevar» la realidad adentro del encuentro que he tenido. El impacto con la realidad consiste en «llevar» al ambiente lo que he encontrado. El ambiente es el lugar donde sistemáticamente se forma nuestra mentalidad, pero ésta es contraria a la



mentalidad cristiana; de ahí, el enfrentamiento (ser profeta quiere decir hablar en nombre de otro).

No podemos eliminar el estudio, tenemos que afrontarlo.

*Intervención:* El punto de partida para ser una presencia es abrazar el movimiento. Mantenerse apartado del movimiento es no decir «Jesucristo» en los problemas de todos. La Escuela de comunidad es el instrumento que nos hace comprender la experiencia del movimiento. Tenemos que valorar a las personas que viven el entusiasmo de la fe con el acento del movimiento, y aprender de ellas.

# UNA PRESENCIA QUE TOCA LA VIDA<sup>7</sup>

*El deseo de profundizar en el encuentro que se había tenido y la novedad que estaba suscitando, al abrirse a la realidad y afrontarla en todos sus aspectos, hizo que se invitara al Equipo del verano a algunas personas que se habían ido conociendo en diversas circunstancias, aunque, por edad o profesión, no estaban directamente relacionadas con el ambiente universitario. Entre otros, estuvieron presentes en la reunión de Falcade Giovanni Testori, al que los universitarios de Milán habían empezado a frecuentar tras un famoso artículo que publicó en el Corriere della Sera, y Gigi De Fabiani, director del semanario Il Sabato. Sus testimonios y los debates que los siguieron sacaron a la luz la importancia de la cultura como dimensión de la experiencia cristiana y, por tanto, como concepción de la vida intrínsecamente ligada a la persona y a su autenticidad. El «ritmo» de las reuniones se intercaló con la introducción de momentos literarios y artísticos que permitían entender el sentimiento de las cosas que el movimiento tenía desde sus comienzos. La historia de los «primeros cantos» suscitó interés por los primeros años y el deseo de ensimismarse con el origen del movimiento.*

*Las tres asambleas, de las que se refieren aquí las intervenciones de los participantes, y las puntualizaciones y síntesis de don Giussani, fueron ocasión para un diálogo sobre la vida más que sobre los proyectos y perspectivas del CLU, y sobre la necesidad de que la presencia en la universidad adquiriese capacidad de juicio público.*

*Entretanto, empezaba a nacer entre varias comunidades una solidaridad de tipo más amistoso que organizativo y tomaba cuerpo un «Centro del CLU» definido más por el testimonio que por los roles y funciones.*

## Asamblea 1

*Intervención:* El tema central de estos días es la imagen del hombre, lo que para nosotros constituye la energía de la presencia.

Este primer contenido se desarrollará después a través de otros dos temas: el afecto, es decir, de dónde nace esta energía, y la posición cultural, es decir, la capacidad de influir efectivamente en la existencia. Los tres temas serán el contenido de las tres asambleas que tendremos.

*Giussani:* No debería hacer falta recordar esto a los responsables, pero creo que es

necesario también recordárnoslo a nosotros mismos: no estamos aquí para pagar un peaje o para cumplir con una formalidad. No debe haber entre nosotros, en lo que hacemos, ni una brizna de formalismo. Me parece que la mejor introducción para la asamblea, es decir, para un coloquio propio de hombres, es lo que sugería la liturgia de ayer tarde: el malestar humano. Hay un malestar entre nosotros al que se le puede prestar la debida atención o enfocar indebidamente (porque si uno está demasiado atento al malestar que lleva encima, le da vueltas hasta el infinito, y entonces se vuelve un pesado para sí mismo y para los demás, se cree una «víctima del destino»). Y sin embargo el malestar humano es una condición cotidiana natural si no se rompe, si no es acosado por algo distinto, por algo que ataca nuestro malestar, sea consciente o inconscientemente. Esta «cosa distinta» es lo que nos ha juntado. Nosotros queremos que lo verdadero asedie al malestar humano.

De este malestar que llevamos encima se deriva además otra cuestión: la desazón que sentimos frente a la realidad, salvo en algunas ráfagas de ira, de violencia, de pasión, de un interés ventajista que nos retrata, que nos incumbe directamente. Hay una desazón ante la realidad que tiene su punto culminante, su vértice, en la parálisis ante el futuro. Y no sólo ante el futuro, sino también ante el pasado. ¡Qué desazón ante el pasado –los errores o la desnudez, la miseria del pasado–! Y hay una desazón también ante el presente, apenas uno sea una pizca consciente de sí. En resumen, el atasco de cara a la realidad es el hijo directo, natural, de un malestar que llevamos encima.

Lo importante, entonces, es que cada uno de nosotros no esté aquí «por el movimiento», para poder gestionar su grupo, su comunidad o su CLU; que esté aquí no por esas cosas, sino por él mismo. No estamos haciendo unos Ejercicios Espirituales, entendámonos. Sólo que nosotros, que amamos más al movimiento que a la niña de nuestros ojos, sabemos muy bien que, si uno no camina dentro de nuestra historia para responderse a sí mismo, crea problemas también en su comunidad, se convierte realmente en lo que decía el santo Evangelio cuando hablaba del «mercenario» que no es un pastor, porque no entra por la puerta<sup>8</sup>. ¡De hecho, el primer síntoma –lo digo entre paréntesis– es que no se sigue a la dirección central del movimiento! Podemos ser como mercenarios, como la gente que hace las cosas por un precio, que las hace por afirmarse a sí misma, o incluso por el simple gusto de tener algo que hacer, como gestores.

Así que lo más importante en estos días es que uno esté aquí por su propio bien. Se lo decía a cinco o seis con los que hablaba esta mañana: «Quisiera que éste fuese el punto de partida. Pero ¿cuántos responderán a la invitación de pensar en sí mismos, de preocuparse por sí mismos?».

No lo decía porque tenga un juicio negativo del tipo de gente que hay entre los responsables del CLU; es porque gestionar las cosas, hacer de gestor de las cosas, hacer

de encargado del CLU, es una posesión ridícula en sí misma. Pero, además, es un obstáculo grave a vuestra edad. Es un obstáculo gravísimo en el tipo de historia que vivimos entre nosotros, hasta tal punto que veo muy fácilmente los síntomas de esta postura en las noticias que me llegan y en actitudes que veo.

Sea como sea, estamos aquí por nosotros mismos. Lo que hacemos por los demás es una sobreabundancia de lo que hacemos por nosotros mismos, y basta. No existe en el universo nada tan proporcional como esto. Así que lo que uno consiga decir aquí es secundario. En cambio es fundamental el modo en que uno se refiere a sí mismo, en que se mira a sí mismo. Por tanto, no cuenta tanto lo que se consigue decir (porque es secundario), sino cómo se mira uno a sí mismo. Quería dejar sentado en primer lugar esto, como invitación a una postura sin la cual todo lo que digamos caerá inmediatamente en el formalismo, en un formalismo asociativo.

Abro la asamblea, entonces. El tema ya se indicó ayer por la noche y se ha repetido esta mañana: nuestra humanidad –mi humanidad, no la humanidad en general, sino «mi» humanidad– como fuente de la energía para la presencia. No se puede abordar un tema de este tipo sin tener en cuenta la advertencia que he hecho al principio. Por eso volvamos a formular el tema: «Nuestra propia humanidad como fuente de la energía de una presencia».

*Intervención:* Quisiera partir de lo que dijiste ayer por la noche, que me impresionó mucho. De hecho, al venir aquí y encontrarme en esta asamblea he experimentado malestar. Anoche nos preguntabas: ¿por qué ha disminuido cierto gusto entre nosotros? ¿Por qué ha disminuido la experiencia humana? ¿Por qué el hecho cristiano, que es experiencia humana, ha disminuido entre nosotros? Me he respondido que lo humano, nuestra experiencia humana, no nace ciertamente de nuestra capacidad de razonar o de un esfuerzo afectivo entre nosotros, sino solamente de la Presencia que es capaz de hacernos semejantes a Él. Después hablaste de otra cosa que se me ha quedado grabada, a propósito del malestar. Decías: este malestar aparece cuando nuestra humanidad, que está hecha de exigencia de la verdad, no está en su sitio. Entonces me preguntaba: ¿cuándo va a su sitio esta humanidad? Sólo conseguía responder en negativo: nuestra humanidad no estará en su sitio si nuestra reacción es volver a replegarnos sobre nosotros mismos («cómo va eso», «cómo estamos», «cómo me siento»). Mientras que, en cambio, hace falta el coraje –porque es un acto valeroso, me parece– de mirar a la cara a la Presencia que está entre nosotros. Lo que nos lleva a lo esencial de las cosas, es decir, a reconocer que Cristo es el valor de lo que soy y de lo que hago, es el coraje de pedir para nosotros esta Presencia, de buscar entre nosotros este Rostro. Sin duda, esto no es automático, porque se alimenta de una dramaticidad personal que nadie puede quitarnos. Y ésa es mi experiencia: venir aquí y, quizá, desear otras cosas y no

encontrarme a gusto. Creo que el obstáculo en todo esto es que para nosotros Cristo no tiene que ver con la vida: se le reconoce intelectualmente, pero no tiene que ver con la vida, no es el contenido del juicio que tengo sobre mí y sobre las cosas que me rodean.

*Giussani:* Ésta es una observación que no es indiferente, a mi juicio: el malestar humano no lo resolvemos mediante nuestro esfuerzo. Más aún, se podría añadir, como ya se ha dicho, que cuanto más se repliega uno sobre sí mismo para analizarse, para ver qué hacer, más se lía, es decir, más crece el malestar en él (las neurosis derivan de esto, llevado al límite). Entonces, si la solución no deriva de nuestro esfuerzo, ¿de dónde viene? Él ha dicho las palabras que usamos siempre. Pero lo más terrible que sucede entre nosotros es que podemos pronunciar palabras sin que los que no las han entendido –no digo que hayan agotado su significado, sino que no hayan empezado a entenderlas existencialmente, a sentirse golpeados por ellas existencialmente– no levanten la mano y pregunten: «¿Qué quiere decir eso?».

Hay tres posibilidades. Que este malestar humano se resuelva con nuestro esfuerzo, que este malestar no pueda resolverse y entonces viene la desesperación, o bien que haya algo diferente que lo resuelve. Nosotros nos referimos a esta «cosa diferente» con la palabra «presencia». Y estamos además bastante tranquilos con la cultura contemporánea (más aún, con la cultura de todos los tiempos) porque todos, también los liberales o los marxistas, admiten los dos primeros puntos. En cambio, para el tercer caso, todas las ideologías usan la expresión «orden social» en lugar de la palabra «presencia». Lo que nos distingue de todas las otras culturas es que nosotros no usamos el término «orden social», porque también este término, para nosotros, está lleno de un inagotable malestar y, cuanto más se repliega uno sobre el llamado «orden social», más sucede a nivel social lo que sucede a nivel individual: todo se complica enormemente. Esto no quiere decir que uno no deba meditar sobre sí mismo (antes hemos hecho la invitación de mirarnos a nosotros mismos), ni mucho menos quiere decir que consideremos inútil la búsqueda de órdenes sociales nuevos. Lo que decimos es que el problema no está ahí. Lo que nos distingue de todas las demás culturas es que en vez de «orden social» decimos «presencia».

Si no sentimos objeción a esto, tenemos que profundizar en el término «presencia», en qué significa para nosotros el término «presencia». O se objeta a esto o se ha de profundizar en la palabra «presencia». No creo que haya otros caminos.

Mirad, también nuestra madre es una presencia, la mujer para el hombre es también una presencia, también los hijos en casa son una presencia. Cuando nace un hijo, es indudable: es una presencia. Pero después es distinto, quizá no a los pocos días, porque todavía uno está herido, todavía sigue sorprendido, pero dos años después, siete años después: cuanto más se va adelante más presencia debería ser, y en cambio no, ¡nos

acostumbramos! Entonces, pregunto: ¿la presencia que andamos buscando es como la de nuestra madre, nuestro padre, la novia (una vez se ha conseguido), los hijos (una vez concebidos), los amigos (cuando ya se tienen), los compañeros (tras el primer día de clase)? ¿Es una presencia de este tipo? Digo que si fuese una presencia de este tipo, ni siquiera nos daríamos cuenta de ella (aunque nos tengamos que dar cuenta a la fuerza de nuestro padre y nuestra madre, porque –cómo decir– son una entidad física presente). ¿Cuál es entonces la categoría, la palabra que puede empezar a arrojar luz sobre el término «presencia»?

*Intervención:* ¡Acontecimiento!

*Giussani:* La palabra «acontecimiento». Es como un hijo cuando nace, o el instante en que se dice: «Está embarazada», o el momento en que alguien dice: «Has aprobado». Nuestra relación con esa presencia es de este tipo, es un acontecimiento.

*Intervención:* No obstante, me ha impresionado mucho el final de la última intervención, cuando se afirmaba que este malestar sucede en nosotros porque Cristo no tiene nada que ver con nuestra vida. Quisiera empalmar con esto para decir que yo no puedo vivir una compañía, una amistad, que no sea una provocación continua para mi vida. Entiendo la palabra acontecimiento en este sentido, porque o nuestra amistad, es decir, CL, es esta continua provocación para mi vida, sobre el significado de mi vida, o no me interesa. Por eso estoy aquí, por esto me interesa estar aquí; porque cada vez que estoy aquí me veo provocado a reconocer el significado de lo que soy y de lo que vivo. No le pido otra cosa al movimiento, y entiendo que, en este sentido, el movimiento es un don para mí. Porque la imagen verdadera del hombre, de mí mismo, se me da sólo en esta experiencia que es verdadera, y cada vez más verdadera para mí, porque continuamente me provoca en cuanto hombre, como sentido de las cosas y de la vida.

*Giussani:* Me parece que esto está bastante claro, teóricamente, para todos. El problema es que ya no podemos seguir adelante con evidencias teóricas. Si queréis, os lo digo: el tal CLU, el tal otro, o el otro, podrían continuar adelante así, con discursos. La palabra «discurso» quiere decir «evidencia teórica», representa una evidencia teórica. Por eso, yo siento tu intervención en el ámbito de las preocupaciones de las que he hablado al principio. Pero quisiera que llegásemos a eso.

No habéis hecho ninguna excepción a la disyuntiva que os planteaba antes. ¿Estáis o no de acuerdo en que lo que puede resolver el malestar humano –si es que se puede resolver– es algo distinto? Si estáis de acuerdo, entonces proseguimos. Siempre nos referimos con la palabra «presencia» a una realidad que nos acosa, que toca, que alcanza mi vida, nuestra vida, de tal modo que resuelve su malestar. ¿Por qué usamos esta palabra? Porque, para abreviar los términos de la cuestión, no estamos de acuerdo en que la solución al malestar sea un orden social diferente: el orden social diferente como

mucho desplaza las cuestiones, las pinta de otro color y las deja intactas; es más, cuanto más trata de resolverlas, más las complica. La solución, en cambio, es una presencia. Quisiera ir al fondo de esta palabra, porque si me doy cuenta de lo que significa, llegaré a la conclusión de que esta palabra tiene que ver con mi vida. En resumen, o la respuesta al malestar es un orden social o se trata de algo distinto. Si es algo distinto, es una «presencia», porque toca la vida. Lo que quieres entender es cómo toca la vida. Estupendo. Precisamente porque toca la vida ¿de qué tipo es esta presencia? No podemos quedarnos siempre en la orilla sin entrar en el mar de las cuestiones. Digo que no es una presencia como la del padre, la madre, la novia, la mujer, el marido, los hijos, los amigos, los compañeros. Es, más bien, como la noticia de que una mujer está encinta, de que un niño ha nacido: «¡Ha nacido!», te dicen por teléfono. Y estoy totalmente de acuerdo en que la palabra «acontecimiento» introduce a la comprensión de este tipo de «presencia», que es precisamente un acontecimiento.

Pero ¿tu padre y tu madre no tocan tu vida? ¿Tu novia no toca tu vida como quisieras que Jesucristo la tocara? ¡Y cómo! Pero ¿tu novia no es un acontecimiento para ti? Para que tu novia sea un acontecimiento, tienes que apartarte de ella y decir: «¡Mira! ¡Esta chica, a la que podría no haber conocido, esta chica que podría serme indiferente, que habría podido decirme que no, es para mi vida!». Éste es el sentido del acontecimiento. Es esto lo que hace que sientas sobresalto ante un acontecimiento. Dentro de lo que sucede hay algo distinto. Es «acontecimiento» porque dentro hay algo que no es nuestro —¡no es nuestro!—. El asombro por el niño que nace y podría no haber nacido; el asombro por la mujer embarazada que podría no estarlo: no es nuestro —¡no es nuestro!—. Pero ¿entendéis lo que supone, en lo que llamamos civilización humana, llegar a entender que no es «nuestro» lo que resuelve el malestar? Hemos partido diciendo que la solución del malestar no viene de nuestro esfuerzo; pero es como si todavía no estuviésemos convencidos, por así decirlo. Tendemos siempre a «cosificar», a convertir en «cosas» las indicaciones que hay en las palabras llenas de vida y de ser que usamos. El primer aspecto, pues, de la palabra acontecimiento, me lo tenéis que conceder, es éste: ¡que no es nuestro! Si no es nuestro —atentos, por favor—, quiere decir que no entra siquiera en las posibilidades de nuestro esfuerzo. Que esa muchacha se enamore de ti, que te acepte, no es fruto de tu esfuerzo; claro, habrás hecho todo lo que puedas, sin duda, pero cuando sucede es un acontecimiento, porque entiendes que podía no haber sido, y que por eso tiene dentro algo diferente.

Toda la argumentación de un precioso libro de Tresmontant, *L'intelligenza di fronte a Dio*<sup>9</sup>, que Jaca Book publicó en sus primeros tiempos, se apoya en el fenómeno del nacimiento de un niño, como algo irreducible a sus antecedentes, algo distinto.

Una presencia, por tanto, antes que nada, es algo diferente. En segundo lugar...

Perdonad, podemos decir que es un acontecimiento que el presidente americano Jimmy Carter haya mandado a su vicepresidente Walter Mondale a China porque interesa a la acción mundial, como he leído en los titulares de los periódicos. Pero ¿puedes decir que es un acontecimiento como si te naciera un niño? ¿Podemos utilizar la palabra «acontecimiento» tal como la usamos nosotros, como debemos usarla, para esta «presencia» que me *—me—* resuelve el malestar humano? ¿Podemos? Entonces, el segundo factor de la palabra acontecimiento es que te toca a ti *—ja ti!—*.

*Intervención:* Por tanto hay dos problemas: cómo te toca este acontecimiento y qué puede hacer uno para ser tocado por él.

*Giussani:* ¿Cómo te toca este acontecimiento? Yo me quedaría con la primera cuestión.

*Intervención:* A través de un signo. Lo digo pensando en cómo me sucede a mí, es decir, en cómo me toca el acontecimiento. Me toca porque toma toda mi humanidad, pero pasando siempre a través de un signo tangible, visible, etc., que es el de una realidad humana, que en definitiva es la comunión...

*Giussani:* Dejemos de lado el término «comunión», digamos «a través de una realidad humana». ¡A través de una realidad humana! Esta «cosa diferente» nos toca a través de una realidad humana. Y una vez más, ¿cómo sucede en nosotros el impacto con este signo físico, con este signo humano, con esta realidad humana *—signo de esta «cosa diferente»* que es la Presencia, por el que esta «cosa diferente» se convierte en Presencia—, que es el contenido del acontecimiento, el contenido físico, visual, sensible, del acontecimiento? ¿Cómo se llama este impacto? ¿Cómo lo llamamos?

*Intervención:* ¡Encuentro!

*Giussani:* ¡Encuentro! Mirad, chicos, si el movimiento no es esto es un cuento para niños.

Por eso el movimiento eres tú *—¡eres tú!—*. El acontecimiento es tu acontecimiento, es ese modo de ser tuyo que se llama «movimiento» o «estar en el movimiento». Porque el movimiento subsiste en las personas concretas. Es decir, el acontecimiento o el movimiento *—que es el instrumento físico, el rostro físico del acontecimiento, la realidad física que hace que esa Presencia se pueda experimentar—* eres tú (como el rostro físico del acontecimiento de la visita a China es Carter que va a despedir a Mondale, y éste coge el avión, se va allí y abraza a los chinos). El acontecimiento se consuma, se define, en la persona. El movimiento se consuma, se define, en la persona. Por eso no podemos perder tanto tiempo, todo el tiempo que hemos perdido, porque en nuestro movimiento *—sólo raramente—* nacen adultos. El adulto es el que es capaz de crear el movimiento él, porque es alguien que genera.

El acontecimiento eres tú: es tu impacto con esa Presencia dentro del signo físico que



llamamos movimiento (el encuentro, ciertas personas). Por eso el movimiento eres tú: el movimiento es ese impacto que te cambia, que tú recibes, que te mueve. El advenimiento, el movimiento, eres tú dentro de algo dado.

*Intervención:* De hecho, cuando nuestra petición a Dios no tiene la forma del acontecer, cuando no es la petición de un acontecimiento, petición de que vuelva a suceder algo, es un problema, porque es como si la memoria se decolorase...

*Giussani:* Entonces no es verdadera petición. Es muy fácil que nosotros pidamos a Dios desde el fondo de nuestro malestar sin pedir, sin que la petición sea un acontecimiento. ¿Por qué? Es mucho más difícil que eso suceda, y mucho más fácil que uno pida conmovido cuando estamos en ciertos momentos, cuando estamos inmersos en algo dado que nos duele. Podríamos decir, el acontecimiento y el movimiento eres tú, pero no un tú individualmente aislable: no tú, sino tú dentro de la realidad humana que te ha traído la Presencia, que te ha llevado al impacto con la Presencia. De otra forma el movimiento sería perfectamente inútil. Una vez que hubiera servido para hacerte pensar determinadas cosas, tú te vas hacia tu destino por tu cuenta. ¡Si haces eso estás acabado! Porque lo que necesitas se entiende frente a este dato que es el movimiento y la Presencia (el movimiento como realidad física, como signo de eso distinto). La inmanencia en este dato, el dato que es el movimiento a medida que te lleva a la Presencia, al ofrecerte y anunciarte la solución es lo que te hace entender bien qué es lo que necesitas. Pues las preguntas sólo se entienden bien ante la solución. Uno entiende bien lo que deseaba cuando encuentra una respuesta para sí. Esto es así para el hombre en la relación con la mujer, es verdad para el hombre en cualquier situación. No pertenecer al dato, a la realidad física que es signo de Su Presencia; no estar dentro del movimiento en cuanto hecho constituido por una realidad humana que se mueve y que habla, que nos trata de una determinada manera: esta falta de inmanencia es lo que nos impide pedir verdaderamente, porque el malestar se sufre, aunque no se reconozca.

*Intervención:* Por eso nuestra compañía se convierte en inercia opaca, en el sentido de que no se percibe como mediación de Dios para mí, como el hecho de estar aferrados y unidos por Él...

*Giussani:* ¿Qué quiere decir —me urge esta cuestión— que nuestra compañía no es compañía mía, de mí, para mí, hacia mi destino? Quiere decir abusar del movimiento. ¿Qué palabras has usado?

*Intervención:* Me refería a la percepción de que la compañía se vuelve opaca...

*Giussani:* Eso es, ¿qué quiere decir que la compañía se vuelve opaca? Quiere decir que la compañía no se abraza desde la conciencia de mi necesidad humana, por mí; es una asociación y no algo para mi vida, para mi persona. No es esencial para mi persona, por eso se vuelve opaca.

*Intervención:* Lo último que quería decir quizá especifica esto. ¿Qué quiere decir que esta compañía no es esencial para mi persona? Quiere decir que aunque reconozca la compañía, aunque le sea fiel, esta compañía se concibe de varios modos como un seguro: no es una afirmación, es un reaseguro. Y no se convierte en el tejido de la vida...

*Giussani:* Y así la compañía del movimiento no es respuesta para mí. No es respuesta para mí; será una «subvención» de respuesta ideológica, de una postura que debemos asumir como cristianos, pero no es respuesta para mí. Esto es lo que entiendo que estás diciendo: no es respuesta para mí, como acabamos de decir hace un momento.

*Intervención:* No sé si avanzo más en el problema o si lo hago volver atrás. Quisiera hacer una pregunta acerca de la forma en que nos toca el acontecimiento. Yo conocí el movimiento a través de una grabación; enseguida pregunté: «¿De quién es esta voz?», «¿Quién es este hombre?». Porque yo quiero ser como él. Pero ¿qué hago ahora, participar en reuniones?

*Giussani:* Realmente esta pregunta nos abre un segundo paso. Hace falta, no obstante, que el primer paso esté claro, porque no queremos hacerle trampas a nadie: al menos, nosotros los viejos jamás hemos querido jugar con nadie (mucho menos ahora que tenemos más cerca el juicio de Dios) y nos resulta insoportable que algunos responsables del movimiento puedan hacer trampas. ¡Se hacen trampas cuando el movimiento no es lo que estamos diciendo hoy!

Entonces, el primer paso: la cuestión soy yo, mi destino, porque un malestar te pone a buscar, como el hambre y la sed ponen la cabeza en marcha. Pero ¡mi esfuerzo no es la solución! Es como si un hambriento quisiera satisfacerse por sí mismo. Como si un sediento quisiera satisfacerse por sí mismo. Hace falta algo distinto. No es el orden social, no esperamos en él; aunque tengamos como compañeros a secuaces de todas las ideologías, porque «al fin» han reconocido esto (y lo habrían hecho antes si hubiesen sido más inteligentes). Es algo diferente. Nosotros lo indicamos con el término «presencia» o «acontecimiento». ¡Es un acontecer! No voy a repetir los pasos de antes. Este acontecer se lleva a término dentro de mi persona. El movimiento —como lugar donde encontramos este acontecimiento, donde el acontecimiento se hace posible, donde encontramos la Presencia—, esta realidad física, donde se encuentra esa cosa distinta, me toca a mí: el movimiento soy yo.

Si el movimiento no existe, tengo que crearlo yo, se llame como se llame, tengo que crearlo yo —¡tengo que crearlo yo!—. Hace falta que suceda algo para que esto acontezca: ¡que tenga que crearlo yo! Entonces, el acontecimiento o el movimiento como acontecimiento soy yo, pero dentro del dato, dentro del dato en el que el encuentro ha tenido lugar; dentro del dato, o sea, de esa materialidad que es signo de esa otra cosa distinta. Esto es la Presencia completa.

*Intervención:* Sólo un pequeño añadido sobre este punto: el movimiento soy yo, pero la verdad de mí es ese dato al que sigo o dentro del que estoy.

*Giussani:* ¡Perfecto! Decir que yo soy el movimiento no significa: *L'État c'est moi*, ¿me explico? No es: «el Estado soy Yo» del Rey Sol. Lo que quiero decir es «el movimiento soy yo» en el sentido de que en ello se juega mi vida. Pero ha quedado en el aire la pregunta de antes, repítela.

*Intervención:* Yo he tenido un encuentro a través de un hombre. ¿Quién es este hombre, es decir, de qué vive? Si el acontecimiento está dentro de este hombre, si la Presencia está dentro de él, y si yo quiero identificarme con eso que vive en él, ¿qué hago?

*Giussani:* ¿Qué hago? ¡Ésta es la cuestión! Tú lo has conocido, cada uno de nosotros ha conocido el movimiento a través de una realidad física humana con la que se ha encontrado: bien sea un hombre, un grupo, una realidad comunitaria, no me interesa. Pero aquí está el centro de la cuestión. Si el acontecimiento, el movimiento, es algo que atañe a mi persona, y por eso el acontecimiento y el movimiento son mi persona que está comprometida con su destino dentro de un dato (de ahora en adelante nos referiremos a este «dato» como «movimiento», para entendernos, porque lo es; estoy diciendo precisamente que si el movimiento no es esa cosa dada, entonces se convierte en una asociación de «buenos chicos»), ¿qué hago después de haberlo conocido?

*Intervención:* Lo sigo.

*Giussani:* ¿Qué quiere decir «lo sigo»?

*Intervención:* Me vienen a la mente el Papa y algunas otras personas como imagen del hombre. Siguiendo, yendo detrás de ellos...

*Giussani:* El único problema es que no puedes estar siempre con el Papa, y en cambio el Señor te ha hecho estar continuamente con otra cosa, que es el movimiento. ¿Me explico? El movimiento no te cierra al Papa, de hecho es lo único que te abre al Papa. Sea como sea que este «dato» se concrete para los demás, para nosotros es el movimiento. Y tú ahora señalas justamente que este dato tiene una apertura, que es la Iglesia. Pero él ha dicho una palabra importante, que era la que esperábamos todos: «seguimiento». ¿Qué quiere decir «seguimiento»?

*Intervención:* Es una comparación que yo empiezo a hacer con...

*Giussani:* ¿Qué quiere decir «comparación»? ¿Qué comparas?

*Intervención:* La comparación siempre se hace entre dos términos...

*Giussani:* ¡Eh, claro!

*Intervención:* Entre yo, que ya estaba aquí, y esa novedad que...

*Giussani:* Espera. Quisiera quitar lo que hay de abstracción en esta frase, en el primer punto de esta frase.

*Intervención:* Yo también he tenido la experiencia que él describe. Soy un hombre, tengo mis problemas, y sigo viviendo en la realidad en la que estoy, que es la universidad; y he descubierto que no soy capaz de vivir solo todo esto, pero como mucho llego hasta esta constatación y luego me paro.

*Giussani:* Eso se refiere al malestar del que hemos hablado.

*Intervención:* ¡Pues sí! He descubierto algo que funciona, o sea, que responde, y por tanto afronto todo lo que tengo ante mí a partir de eso.

*Giussani:* Estas tres últimas intervenciones convergen en el mismo punto. La palabra «seguimiento» indica una comparación —como se ha dicho—, una confrontación entre mí y esa cosa que he encontrado. Pero yo he pedido que se concretase la palabra «mí», «mi vida», y la última intervención ha sido la que más la ha concretado; «mi vida» es una trama de intereses, «mí» coincide con los intereses de la vida. Yo comparo los intereses de la vida con lo que he encontrado. Así se empieza a saber ya qué es el contenido del movimiento como vida, como historia: es una comparación, una comparación continua entre los intereses, la trama de intereses que forma el tejido al que llamamos vida, y lo que he conocido. Pero esa cosa que he encontrado —atentos, por favor— es la Presencia dentro de un dato, es este dato, es decir, la Presencia dentro de una realidad física. Es el movimiento. El seguimiento es una confrontación continua entre nuestros intereses, entre los intereses que constituyen mi vida, y el movimiento. Por favor, ¿entendéis qué clase de libertad y de respiro viene cuando se usa la palabra «movimiento» sin identificarla con los «cabos primeros» y «capitanes» y «coroneles» que hacen reuniones y organizan los asaltos a esto o a lo otro?

Quedémonos en esta frase, en esta última observación. ¿Qué hago? Una comparación continua, una confrontación continua con los intereses de la vida: el seguimiento es una comparación continua entre los intereses que forman la trama concreta de mi vida (la vida no existe sino como trama de intereses concretos, de cosas ante las que reacciono, que chocan o se escabullen: la vida es esto) y esta realidad física en la que está la Presencia. Todo lo que decimos del movimiento se debe aplicar también a la Iglesia. El movimiento es nuestro pedazo de Iglesia, es el fragmento a través del cual entramos en la Iglesia. Por eso no tenemos miedo de usar la palabra movimiento en este sentido, porque es la modalidad concreta de la Iglesia para nosotros: de otra forma, si la Iglesia no te aprieta por los cuatros costados, se vuelve una abstracción.

Entonces, ¿qué significa estar rodeado por los cuatro costados, la comparación continua entre los intereses, la trama de intereses de nuestra vida, y el movimiento? ¿Qué quiere decir «comparación»? ¿Qué operación del hombre consiste en comparar algo con un criterio?

*Intervención:* ¡Juzgar!

*Giussani:* ¡Juzgar! Es el juicio. El encuentro hace que el dato, o sea, esta Presencia dentro de la realidad física, de esta realidad física, esta compañía dentro de la que está la Presencia que debe resolver mi malestar humano, me alcance. ¿Qué hago entonces frente a ella? Convierto esta inmanencia en el dato, esta pertenencia mía al movimiento, en juicio sobre todas las relaciones que tengo con las personas y con las cosas. «Juicio» quiere decir manera de concebir, y concebir –como dice el término «concebir» en el sentido propiamente femenino de la palabra– quiere decir recrear, crear, hacer que nazca una humanidad diferente, hacer que nazca una relación distinta con la mujer, una relación distinta con el amigo, con el padre y la madre, con el enemigo, hacer que nazca una relación diferente con el libro que estudio, que nazca una relación diferente con los pensamientos y las imágenes del futuro, que nazca una relación distinta con tu novia. Si el movimiento no toca estas cosas es una patraña, aunque estéis en la diaconía.

Por eso, ante todo, el «qué hago» es este juicio; un juicio por el cual el dato en el que estoy, este dato que reconozco, se traduce en una concepción nueva de las relaciones con las personas y las cosas. ¿Cómo se llama esto en términos cristianos? Se llama «Memoria». El juicio cristiano se llama memoria: «Haced esto en memoria mía»<sup>10</sup>. Es la vida entendida como memoria.

Ahora que estamos preparados, entremos y demos un buen golpe, un golpe a fondo. Bien, este juicio en las relaciones, esta concepción nueva, diferente, de las relaciones entre mí y las personas, entre mí y las cosas, esta concepción nueva, ¿en qué consiste? Porque –fijaos bien– la forma en que se concibe una relación es un fenómeno ético, es un fenómeno moral. La moral y la ética son las formas en que concibo el trato con las personas y las cosas. Yo tengo un jarrón de porcelana y se lo rompo a éste en la cabeza. Esta concepción de la relación entre mí y el jarrón de porcelana, y entre él y yo, desde el punto de vista ético es letal –¿me explico?–, es un pecado mortal. Creo que, a pesar de la ignorancia absoluta vigente en la escuela italiana y en la universidad italiana actual, este paso es fácil de entender. Que haya una concepción nueva de la relación entre el hombre y la mujer, quiere decir que ésta, la concepción nueva, introduce una ética, una moral. Moral es, si queréis, la ciencia de las relaciones y su práctica, porque una concepción diferente me lleva a realizar una práctica diferente. ¿Qué es lo que caracteriza, según esta memoria que trato de vivir, la concepción diferente de las relaciones entre mí y vosotros y todos, entre mí y las cosas? Es decir, ¿cuál es la ley moral nueva?

*Intervención:* La caridad.

*Giussani:* Perdonad, por favor, no quiero seguir si no está claro este paso. No estamos aquí para perder el tiempo. Si no, os predicaba un poco y a correr; después hacíamos la asamblea, la síntesis y lo dejábamos ahí. ¿Por qué la gente del movimiento trata también a la mujer, en las relaciones chico-chica, del modo infame con que la tratan todos? ¿Por

qué? Porque no juzgan la relación con la chica a la luz del dato, a la luz del movimiento, a la luz de la presencia, a la luz del acontecimiento. Si no, el chico respetaría a la chica, y la chica no sería tan posesiva, por ejemplo. Entonces lo que hace falta es otra forma de estar juntos. La forma de estar juntos es un problema moral. ¿Sí o no? ¡Es un problema moral! Estupendo. ¿Qué dice este dato dentro del que estamos, este movimiento que soy, acerca de lo que se debe hacer en la relación entre chico y chica? ¿Cuál es la actitud, cuál es el motivo, lo que mueve mi relación con la mujer?

*Intervención:* Perseguir el destino.

*Giussani:* ¿Perseguir el destino de quién? ¿Perseguir su destino o el mío? Pero ¿tú vas con tu chica para perseguir el destino? ¿Y vas a trabajar persiguiendo el destino? ¿Y te preparas la oposición para perseguir el destino? ¿Y juegas al *pinball* persiguiendo el destino? Se trata –fijaos– de ejemplos de relaciones con personas y cosas. Sí, la palabra es justa –ya hemos hablado de ella el año pasado–, porque seguir el destino es lo que rompe todos los intereses, es decir, no es egoísmo, es lo contrario del egoísmo, del egocentrismo. Perseguir el destino rompe placeres, intereses, comodidades; es decir, la fuente de la relación ya no es lo que te da la gana, sino tu destino, que no decides tú, que lo decide Otro, es la afirmación de Otro. Amar el destino del otro quiere decir afirmar al otro, el otro como alteridad total –¡alteridad total!–: es otro, no soy yo. Pero ¿cómo se llama esta postura por la cual uno mira a las personas y mira las cosas conforme a su destino (de manera análoga uno mira así hasta las cosas, para no estropearlas, para tratarlas como se debe, para usarlas según su función, según su destino: a mí me gustaría arramblar con todo y sin embargo tengo que esperar; me gustaría saltarme tres días de trabajo, y en cambio tengo que ir a trabajar, etc.)? Es una postura que viene definida por la palabra griega que se ha citado antes –«caridad»–, y que en italiano (o español) significa lo mismo que «gratuidad». Es la gratuidad.

Esta nueva concepción de las relaciones con las personas y las cosas es una ética, una moral, por la cual el único motivo adecuado que tiene el hombre para acercarse a las personas, el único móvil o motivo adecuado, definitivo, determinante, para acercarse a las personas y las cosas es la gratuidad.

Me gustaría que, si no está claro lo que digo, al menos desde el punto de vista lógico, me hicieseis vuestras objeciones.

Para concluir: confrontando, acostumbrándome a confrontar todos mis intereses, es decir, las relaciones con las personas y las cosas, con el dato, con el movimiento, acostumbrándome a esto, se me impulsa a un tipo de concepción de las relaciones que está dominado por el ideal de la gratuidad. ¿Entendéis que con esto dilato el encuentro? Lo hago crecer en su aspecto humano más hermoso, que ha sido aceptarlo, la aceptación. Aceptar el encuentro es el gesto de gratuidad por el que estamos aquí. Es el gesto de

gratuidad por el que estamos aquí y seguimos la imitación de Cristo, imitamos lo que hemos encontrado.

*Intervención:* ¿En qué se diferencia la gratuidad de la generosidad?

*Giussani:* La gratuidad se diferencia de la generosidad en que la generosidad es algo a lo que te impulsa el carácter, mientras la gratuidad es el resultado de un juicio. Pero lo bello está todavía por venir...

*Intervención:* Pero ¿qué es lo que impulsa, qué es lo que da energía a esa comparación? Esto es, ¿qué me hace ser acontecimiento ante el acontecimiento?

*Giussani:* ¿Qué te empuja a comparar, a dar tu juicio, y por tanto a obrar la gratuidad, a obrar de manera gratuita? Juicio y gratuidad son los dos aspectos del hombre: inteligencia y voluntad. Tu pregunta es entonces: ¿qué te da la energía para hacer esto? ¿Qué respondéis? ¿Qué nos da la energía para este juicio, la energía para hacer que el juicio se vuelva habitual?

*Intervención:* La persistencia en una compañía que viva de este juicio.

*Giussani:* Pero ¡cuántos años hace que persistimos en esta compañía y no tenemos todavía esta energía, este juicio, esta gratuidad!

*Intervención:* Esperemos que la compañía se haga más adulta.

*Giussani:* Sin duda, esperamos que se vuelva más adulta. Entonces la pregunta se traduce en esta otra; en vez de «¿cómo se hace para tener energía para?», «¿cómo se hace para llegar a ser adultos en?». Es lo mismo, ¿no te parece? ¿Cómo se hace para llegar a ser adultos en esto?

*Intervención:* A mí me parece que el problema es la conciencia de lo que es bueno y de lo que es malo para mí. Porque yo mismo me doy cuenta de que nosotros pensamos, en general, que el pecado se comete sólo en la medida que violamos las costumbres dominantes, y no cuando decaemos frente al acontecimiento...

*Giussani:* Repite esta frase, escribidla. Quién sabe si, releyendo los apuntes, alguna vez volváis a posar la vista sobre ella.

*Intervención:* Decía que la energía que yo encuentro para seguir adelante es que sé dónde está el bien, o sea, sé dónde está lo que es bueno para mí, lo que es positivo para mí: cuál es el objetivo de mi comportamiento, y por tanto, de mi ética. Y siento cuando decaigo en esto, no porque viole una costumbre dominante, de mi familia, por ejemplo, sino porque decaigo frente al acontecimiento que se ha establecido como un bien para mí.

*Intervención:* ¿Saber dónde está mi bien basta para quererlo?

*Giussani:* Deja de lado esta pregunta por un momento, porque quiero que se nos «grave» en la cabeza la alternativa que se ha dicho, es decir, que para nosotros el pecado es transgredir una costumbre y no lo es transgredir el acontecimiento. De hecho, ¿por

qué los chicos y las chicas de nuestro movimiento se tratan como todos los demás? Porque la costumbre lo ha hecho normal. Pero ¡esto no es lo que dice el acontecimiento! Entonces, ahora que ya no hay costumbres, todo salta por los aires.

*Intervención:* ¡Ya no hay pecado!

*Giussani:* Ya no hay pecado, justo. Ahora ya no hay costumbre, por tanto ya no hay pecado. ¡También para nosotros es así! Pero la última pregunta sigue sin respuesta porque la conciencia de esto no resuelve el problema. Es un factor, el primer factor que hemos dicho. El segundo factor que hemos indicado –sin duda yo he mostrado su lado negativo, pero es justo, es justa la frase de antes– es «persistir en la compañía»: persistir en la compañía que el dato nos ha ofrecido. Es justo. Pero si el malestar humano no puede solucionarse con nuestro esfuerzo, conocer la cosa es entonces el primer factor y persistir en la compañía que nos ayuda a esto y que nos recuerda esto es el segundo factor, pero el factor decisivo no puede ser ni lo uno ni lo otro. El factor decisivo es la conciencia de esta Presencia, es la conciencia de Lo que está presente en medio de nosotros: eres Tú, al que llamo a gritos. Es la oración (pensad qué horrenda es la oración que hacemos en el movimiento; a menudo digo que es la oración de la comunidad, no mi clamor) o, como me gusta repetir, es la mendicidad, el ser mendigos. La pertenencia al dato, la pertenencia al acontecimiento, la pertenencia al movimiento (ésta es Su gracia más grande) llama, solicita y hace más fácil la acción decisiva para adquirir la energía de la que se hablaba o para hacerse adultos: mendigar a Cristo, mendigar la fe y el afecto a Cristo, mendigar a Cristo, mendigar, por tanto, lo que está presente en nuestro dato, en nuestro movimiento, entre nosotros, porque estamos juntos por esto.

*Intervención:* El sacramento ¿no es la forma completa de esto?

*Giussani:* La forma suprema de la oración es el sacramento, pero no vamos a desarrollar aquí esta cuestión. El sacramento es la forma más alta de oración –la Confesión y la Comunión–, porque el sacramento es un gesto total del dato, pero todos los gestos del dato son totales. En cualquier caso, el sacramento es el gesto de la comunidad, de la Iglesia, que hace presente a Cristo.

Pero en este punto debería surgir la cuestión más interesante –no más interesante que las anteriores, pero sí de un valor más imponente–. Hemos dicho: para que el dato, para que el movimiento se convierta en fuente de juicio e inspiración de gratuidad, o sea, en fuente de moralidad, es necesario el seguimiento. Y, de hecho, por usar una expresión que me parece perfecta (no recuerdo ya dónde salió, pero seguro que fue durante un debate), ¿cuál es nuestra situación en el movimiento? Somos gente que se adhiere al propio ser, somos gente que busca su ser, que es Otro. Es exactamente lo mismo que el hombre enamorado que busca su plenitud en otro ser, que indaga en su plenitud, que es otro. Atentos. Entonces yo sigo a este otro para ser yo mismo. Esto es el seguimiento.



Sigo a otro para ser yo mismo. Como el que había oído decir ciertas cosas en el magnetófono y dijo: «Yo quiero ser como ése».

Seguir a otro para ser uno mismo. Pero ¿qué palabra se usa cuando algo te toca? ¡Decidlo! «Conmoción». Uno se conmueve. Porque lo que nos conmueve es que nuestro ser se convierte en sí mismo, es la plenitud, es que nuestro ser se plenifica. Si yo adquiero esta plenitud siguiendo a otro, la plenitud es otro. Entonces el hombre ama a la mujer. Esto es el «afecto». En el movimiento, el seguimiento es afecto, o de lo contrario, es una estupidez o una impostura. El afecto es adherirse al propio ser, que es otro, a la plenitud del propio ser, que es otro. Acordaos de cuando san Pablo dice: «Vivo, no yo, sino Tú quien vive en mí. Así que, aun viviendo en la carne, vivo en la fe del Hijo de Dios, que me ha amado y se ha dado a sí mismo por mí»<sup>11</sup>. Es una de las frases más hermosas de toda la Biblia.

Adherirse al propio ser, que es otro. El seguimiento por tanto es afecto, la capacidad verdadera de afecto, la plenitud reconocida de uno mismo. El enamoramiento de un muchacho es ridículo, el enamoramiento del adolescente es lastimoso y el enamoramiento del joven es, en el noventa por ciento de los casos, penoso. El hombre es el que se enamora verdaderamente. Si el afecto es la vibración de la plenitud del propio ser en acto (en acto, porque siempre es dinámico; el hombre corre tras su mujer infinitamente; por eso, sin la categoría de lo eterno es imposible que el hombre ame a una mujer; lo decía Gabriel Marcel: «Ama el que le dice al otro: ‘tú no puedes morir’»<sup>12</sup>); si el afecto es esta vibración de la plenitud del propio yo, de mi yo en acto, ¿cuál es la consecuencia del verdadero seguimiento? Puesto que el seguimiento es afecto (seguimiento: búsqueda de mi ser que es otro), ¿cuál es el resultado, el síntoma? ¿Cuál es el síntoma de que se sigue verdaderamente, de que nuestro seguimiento del movimiento –que es la frágil pátina de signo dentro del cual está la Presencia– es afecto? «Estad alegres. Os lo repito: estad alegres»<sup>13</sup>. Es –como ha dicho uno de nosotros– la *juissance*; pero la palabra que lo expresa mejor es la palabra «*leticia*». Es la *leticia*, la alegría, el gusto de vivir, el gozo de la vida. Es el movimiento, pues, como fuente de gusto, de gozo, de alegría, de *leticia*. ¿Acaso el afecto no da esta alegría? Es lo único que la da. Sólo en la alegría, sólo en la *leticia*, se dispara la energía para una presencia – como hemos dicho antes–. La energía para ser una presencia es el resultado de la *leticia* y de la alegría de quien vive el movimiento así.

Deberíamos hacer una asamblea sobre ello, aunque en cierto sentido ya la hemos tenido. ¿No iréis a decir que esto no es una asamblea? Pero si vosotros no «remasticáis» atentamente, palabra por palabra, todo lo que hemos dicho, sois unos delincuentes, porque nadie más en el mundo oye estas cosas.

*Intervención:* ¿Puedo hacer una pregunta?

*Giussani:* Hasta seis. Ahora mismo.

*Intervención:* ¿De qué manera mi incapacidad estructural y mi pecado no arruinan todo esto y lo hacen imposible para mí? ¿Cómo es posible que no se arruine? Mientras yo sea pequeño, como soy, la experiencia de mi incapacidad proyecta una especie de sombra de incredulidad sobre todas estas cosas.

*Giussani:* Te agradezco muchísimo esta pregunta que me resulta muy familiar, porque yo no habría entendido y sentido muchas cosas en la vida si Dios no hubiese permitido que me equivocase mucho.

Antes que nada, el deseo de felicidad, hasta en la angustia, es inagotable: no hay desilusión que lo detenga, no hay pecado que lo pare. Resurge. El deseo de la pureza, el deseo de la perfección, es decir, el deseo de vivir, no se detiene ante el pecado, ante ningún pecado. Sólo puede detenerse si te quitas la vida.

Segundo (espero que luego reconozcáis estos tres puntos en los tres puntos de los que ya os he hablado): suponed que uno de vosotros se equivoca gravemente y de forma pública. El movimiento, al instante siguiente, le abrazaría como antes. Al menos esto ¿lo entendéis? El movimiento le abrazaría como antes, no como si no hubiese pasado nada, sino como a un nuevo ser. Porque si vuelves a nosotros, nos encuentras como en el instante anterior. «Pero me he equivocado mil veces...» Después de mil veces, como después de la primera vez, te abrazo como si nunca te hubieses ido. «Pero yo he hecho...» «Ahora caminamos, ¡basta!». Si uno se fuese un mes, tres años, treinta años, y volviese, después de un año, tres años, treinta años, encontraría el movimiento tal como lo dejó el día anterior: «Hola, ¿cómo estás? Vamos aquí, vamos allá», como si no hubiese pasado nada.

Tercero. Esto es lo más grande: que no hemos elegido nosotros amar esa Presencia, sino que esa Presencia nos ha amado a nosotros. Y no nos ha amado, no nos ha elegido, porque fuésemos buenos. Nos ha elegido siendo pecadores. Es un don, Su presencia es una gracia, el hecho de que Su presencia se nos done es una gracia. Pero el vértice, el culmen de esa gratuidad está en el hecho de que Él se ha definido como misericordia, lo que viene a decir que no hay ningún delito que Él no asuma en Sí, que esta Presencia no absorba en sí y no cambie en bien, no «que no destruya» sino que «no cambie en bien»: que lo hace llegar a ser un bien. Y, de hecho, reconocer esto —«¡Yo me he equivocado tanto y Tú me abrazas!»— cambia. Es como Zaqueo en el Evangelio. ¿Cuál es el acontecimiento que removió a Zaqueo (quizá es la página más hermosa de todo el Evangelio)? Había ido a verle, por curiosidad, porque oía hablar de Él. Y en aquel encuentro, en aquella mirada...: «Voy a tu casa». «¡Viene a mi casa!» Iba a visitarle, a él, que era el delincuente de la ciudad, el delincuente más famoso de la ciudad, el

usurero, el traidor del pueblo; «¡Viene a mi casa! Al que haya robado, le devuelvo cuatro veces lo suyo, y regalo la mitad de mis bienes»; y es hermosísimo que no haya dicho «todos mis bienes»<sup>14</sup>, ¡es hermosísimo!

Entender así el pecado y el mal es aprender el dolor del pecado, un dolor que no turba ni siquiera un poco la *leticia*, como en la cara de los niños, cuando la madre los recoge después de que se han caído: la sonrisa se filtra, se transparenta a través de las lágrimas de los ojos. Aprender el dolor del pecado y del mal: el mal y el pecado son un dolor – como la muerte, como la muerte es un dolor–, pero es un dolor que no quita la alegría, la *leticia*, porque está dentro de un abrazo. El dolor se experimenta dentro del abrazo. Como cuando te equivocas de pequeño, o te equivocas de mayor, como si un hombre hubiese hecho un mal a su mujer, y su mujer –cuando él volviese encerrado en sí, dispuesto a la batalla– lo abrazase: se deshace en llanto de alegría.

Éste es el cristianismo del movimiento, y es verdaderamente un dolor grande que el movimiento no sea así. Lo será, si lo seguís. No os sigáis a vosotros mismos. No sois vosotros los amos de la comunidad de tal universidad, de tal ciudad, ¡no! Si acaso los «amos» son aquellos a los que el Señor se la ha puesto en las manos: nosotros. ¡Seguidnos, por favor! La fuente de la presencia, la fuente de la energía y de la presencia es esta alegría, esta *leticia*.

Cantamos *L'opera*<sup>15</sup> y nos vamos.

## Velada de cantos de los comienzos del movimiento

*Giussani*: En la velada de esta noche queremos hacer un recorrido por las canciones que cantábamos en los comienzos del movimiento. Empezamos por el *Inno delle scolte di Assisi*. Cronológicamente, en sentido absoluto, esta canción es la primera que cantamos con los pequeños grupos del inicio. La aprendimos porque era un ejemplo impresionante de la unidad de concepción del hombre que se tenía en el Medievo: fijaos cómo estaba bien claro, ya desde el principio, el tenor de nuestra conciencia. En efecto, los escoltas, o sea, los centinelas de las murallas de Asís cantaban esta canción para llamarse los unos a otros. La canción dice en un determinado momento, dirigiéndose a los santos: defendednos del enemigo que ataca, que puede atacar la ciudad, y defendednos del enemigo que puede atacar el alma. Esta unidad es algo inconcebible para nosotros, que casi nos repugna –se lo decía a los chicos entonces y os lo digo a vosotros ahora– por la mentalidad que tenemos, incluso después de veinticinco años de movimiento; y, aunque no nos repugne precisamente a nosotros e incluso nos despierte el deseo de adquirir de forma cada vez más espontánea esta mentalidad profundamente

unitaria, que ve en la realidad humana, en la realidad visible, física, natural, el signo de la vida que no muere, de la vida del espíritu, de la vida del corazón, no hay nada que pueda repugnar más a la mentalidad laica de hoy que esto. Cantémosla.

#### *Inno delle scolte di Assisi* <sup>16</sup>

El movimiento nació con este sentimiento de la unidad de la carne y el espíritu, que es necesario recuperar conscientemente, de forma crítica, para que pueda llegar a ser la fuente de una cultura realmente nueva.

Hay una serie de cantos que aprendimos rápidamente en los comienzos –cuando los cantábamos éramos tan sólo veinte, treinta o cuarenta–. Los tomamos del cancionero de los Scouts, valorando –otra enseñanza temprana– de entre todas sus canciones las más metafísicas, es decir, las canciones que tenían que ver con el destino del hombre y su estructura. Estas cuatro que vamos a cantar son hermosísimas, cada una más que la anterior. Espero que una, al menos, la conozcáis todos: *La traccia*, que habla del camino al destino.

#### *La traccia* <sup>17</sup>

La segunda es *Le stoppie aride*. Ésta es una verdadera enseñanza de lo que es el sentido religioso. Es una canción en la que el sentido religioso se percibe vivido de forma concreta, aunque sea, no digo en el extravío, pero sí en la nostalgia de un encuentro más claro, un encuentro que se presiente más que entenderse.

Sea como sea, ya desde el principio está presente la pregunta «¿Qué significa el mundo?». Los rastrojos áridos, un vuelo de pájaros, ¿qué significan? Y después la voz del mundo –la tarde, el fuego, el claro herboso, el cielo que declina– que penetra: eres Tú, Señor, que te escondes (en el primer caso) y que me rodeas (en el segundo caso). Y finalmente la vida en la relación con el hombre: eres Tú, Señor, que te revelas. En la vida, en la relación con el hombre, eres Tú, Señor, quien te revelas, quien dices: «Aquí estoy para ti». Todo aquello en lo que creo es concreto. Cuando se descubre la respuesta de Dios, cuando se descubre la Presencia, todas las cosas en las que se cree, o sea, todo a lo que hace respirar al ser humano –el mundo y la vida– se concreta alrededor de mí.

#### *Le stoppie aride* <sup>18</sup>

La tercera es la *Terra della betulla*. Es como los *espirituales* que cantaríamos algunos años después: en ella está el tema de la casa, del regreso a casa, es decir, el sentido del destino recuperado otra vez.

#### *Terra della betulla* <sup>19</sup>

*Il cielo è pieno di stelle*. También esta canción habla de la relación con el Misterio. El escultismo –que desde el punto de vista educativo es ciertamente una de las cosas más serias de este siglo, más aún, para mí es lo único verdaderamente serio en este siglo en el

terreno educativo, siempre que se viviese en serio— habla, no obstante, del hombre en su estado natural, que todavía no conoce, pero que conserva una pureza y una frescura de ánimo gracias a las cuales entiende y siente el Misterio como punto firme. Por eso todas sus canciones están cargadas de nostalgia, son canciones que se «distraen» en una nostalgia última, no en el mal sentido de la palabra (sólo *La traccia* tiene mayor precisión; no sé quién la compuso, pero sin duda era un hombre más cristiano que los demás, más claramente cristiano que los demás). Pero esta canción es más bella todavía.

*Il cielo è pieno di stelle*<sup>20</sup>

La canción dice: «Mira la luna desaparecer poco a poco»: es la tristeza, la tristeza última. No obstante esta tristeza, el alma del escultismo es una genialidad que reconoce el signo, que ve el mundo como signo de otra cosa. La religiosidad es para Baden Powell un factor fundamental en el escultismo.

Entonces, llegados a un cierto punto, después de cuatro o cinco años en los que cantábamos continuamente estas canciones, nació la primera, la primerísima canción del movimiento, compuesta por una chica del movimiento; de hecho, una escribió la letra, Maretta Campi, y otra la música, Adriana Mascagni. Y es, de improviso, nuestra respuesta a esta nostalgia que late en el corazón del hombre. Además es clara —clara, decidida— y es como si todavía no hubiese florecido del todo. Cantémosla sin gritar y con agilidad, respirando cuando hay que respirar.

*Povera Voce*<sup>21</sup>

Hay otra canción de la misma época que espero que muchos sepáis, aunque no la hemos puesto en la lista: es *Grazie, Signore*, de Adriana, que viene antes que *GS cha cha cha*.

*Grazie, Signore*<sup>22</sup>

La frescura de esta canción era la frescura de nuestras comunidades en los primeros siete u ocho años. Me acuerdo de que una vez, en uno de los primeros años, los adultos de la Acción Católica me llamaron a participar en un debate sobre GS (*Gioventù Studentesca*), en una gran parroquia de Milán. Junto a mí, habían invitado a Marzotto Caotorta, que era el padre de una chica que después vendría con nosotros y ahora es diputado del Parlamento. El encuentro fue un ataque feroz de más de una hora y media contra GS —que, según ellos, sacaba a los chicos de sus familias, mezclaba chicos y chicas, era como un «rebaño», etcétera—. Al final, como yo había estado respondiendo durante una hora y media, el Presidente de los hombres de Acción Católica le dijo a Caotorta: «Doctor, diga ahora su parecer». Él se levantó y dijo: «¿Habéis visto juntos a esos chicos? Id a verlos: decidme si hay un lugar donde haya más alegría».

«¡Gracias, Señor, porque le has dado la sonrisa a nuestro rostro!» Y además qué

intensa es esta canción, que rebosa de todas las categorías de nuestra vida común: gracias porque nos has juntado «para hablarnos de tu amor». Por ello hablaba, aunque implícitamente, del testimonio, del mundo, del amor al mundo. En aquellos años ya, cuatro chicos de diecinueve años (de los que después tres se marcharían de misión), Pigi Bernareggi, Eugenia Scabini, Mariarita Morreale y Emilio Brughera, habían lanzado la idea de hacer misión. Eran cuatro chicos de diecinueve años: no eran ni curas ni profesores, ni siquiera eran universitarios. El presidente y la presidenta de GS (para entrar en relación con las autoridades eclesásticas habíamos nombrado presidentes), que eran Pigi y Eugenia, colaboraban con GS durante su primer año de universidad. Entonces cada uno de nosotros hacía, no sé, siete u ocho *raggi* («radios») a la semana, ¡además de todo el trabajo escolar! Bien, estos chicos consiguieron (en su primer año de universidad), construyendo GS, «levantando» GS (porque la levantaron ellos), consiguieron influir de tal forma en el primer curso de la Universidad Católica (y no sólo, también sobre otros cursos), que al año siguiente hacían reuniones de cuatrocientos universitarios (que, salvo algunos, no provenían de GS). No es que fueran vete a saber qué: es que creían. Por tanto el problema es el mismo problema de hoy.

De todos modos, en aquellos años en que Adriana empezaba a hacer sus canciones había también entre nosotros alguien que se había resistido muchísimo a entrar en GS, uno muy amigo de Pigi, se llamaba Dino Quartana. Cuando algunos años después conocimos al padre Duval y al padre Cocagnac, Dino se enamoró de la vida dominica y se hizo dominico en París, donde todavía vive. Este verano ha estado con nosotros en Pianazze y ha dicho –ha sido realmente conmovedor– que lo que le había hecho nacer le había vuelto a salir al encuentro años después para volver a agarrarlo (porque la tormenta arrasó con todos los dominicos franceses). Él, apenas hubo entrado de joven en GS, después de mucha resistencia, creó el himno de GS: *GS cha cha cha*, que vamos a cantar ahora y ya nadie canta.

*GS cha cha cha*<sup>23</sup>

Propongo cantarla otra vez, para «ajustarla» también en vuestras comunidades.

*GS Cha cha cha*

En aquellos años íbamos a hacer caritativa los domingos a las granjas de la *Bassa* milanesa. Durante dos años conseguimos reunir a una media de mil estudiantes por domingo, que iban por todo el territorio en torno a Milán, hasta veinte o treinta kilómetros fuera de la ciudad, para dar cursos de higiene, jugar con los niños o enseñar el catecismo en todas esos caseríos perdidos. Entonces Robi Ronza, refiriéndose a los pasos de los que iban a la *Bassa* –se iba en transporte público, pero después siempre había que hacer cuatro o cinco kilómetros a pie, hiciese el tiempo que hiciese, en invierno o en verano–, compuso *Pim Pam*: «pim pam» era el ruido de los pasos de los que iban por los

caminos de la *Bassa*. Cantémosla.

*Intervención:* ¿Cómo la cantamos? Porque con los años se ha cantado de tantas formas que ahora es un lío...

*Giussani:* No, el problema no son los años, es que cada uno canta como le parece en vez de ir al origen de las cosas. Aunque hayamos impreso el librito de los *Cantos*, en cualquier parte de Italia a donde vayáis hay una versión distinta. Lo cual es señal de estupidez: el individualismo siempre es estúpido, porque corta los puentes que le comunican con la riqueza y no crea armonía, no crea una unidad sinfónica. Menos mal que, por lo menos, ahora hay un disco con las canciones de la Mascagni, y menos mal que para las de Claudio ha salido un volumen estupendo, con la música incluida, de Città Armoniosa<sup>24</sup>.

Cantémosla, veamos cómo sale, y después corregimos lo que sea necesario.

*Pim pam*<sup>25</sup>

En los primeros años estaba con nosotros un chico que era muy original y genial, y me desagradaba que se perdiese por el camino, quizá, de hecho sin el quizá, perdido bajo el peso del 68, porque todos sus amigos, incluido el cura de su colegio, se pasaron al movimiento estudiantil. Pero hizo algunas canciones preciosas. La más hermosa de ellas es *Placido*, «Plácido se llamaba». La belleza de estas canciones de los comienzos es que expresan un ambiente. Ahora hay gente como Claudio Chieffo, que con una construcción espiritual propia, compone canciones que son, como todas las que ha hecho, una verdadera meditación con el alma del movimiento. Pero en aquellos años había realmente un clima así. «Plácido se llamaba», en el fondo, es nuestra moral, ascética y mística, es una síntesis de nuestro tipo moral, ascético y místico.

*Placido*<sup>26</sup>

Esta canción es verdaderamente genial porque indica que la santidad no es otra cosa que hacer lo que uno es capaz de hacer, en la sencillez de la fe. Cantad también *Il gabbiano*, si queréis. Es del mismo estilo.

*Il gabbiano*<sup>27</sup>

Sería mejor que cantásemos de forma que nos ahogásemos un poco menos. ¡No conocéis la pausa, el valor del silencio, del instante de silencio que separa una estrofa de la otra!

Nosotros fuimos los primeros –GS fue la primera– que en aquellos años trajimos a Italia y difundimos los cantos religiosos del padre Duval, primero, y del padre Cocagnac, después. Los cantábamos todos, ya fuesen los de Duval o los del padre Cocagnac: *Le ciel est rouge*<sup>28</sup>, *Seigneur mon ami*<sup>29</sup>, por ejemplo. Pero vosotros ya no os los sabéis. Ahora vamos a cantar *Oh! doux pays de Chanaan*, de Cocagnac. Quizá algunos de vosotros



sepáis el estribillo. Que el que dirige cante la estrofa y los demás cantamos el estribillo. Después aprenderemos otro canto de Cognac.

*Oh! doux pays de Chanaan*<sup>30</sup>

Este otro estribillo lo podemos aprender todos, en cambio, porque está en un francés que se entiende bien: *J'irai sur la route où tant d'autres sont passés; par la foi et le doute ta parole m'a guidé*: «Iré por el camino por donde tantos otros han pasado; tu palabra me ha guiado a través de la fe y la duda». Tiene un poco el sabor de *La tristezza* de Claudio Chieffo, pero a otro nivel. Quizá sea mejor repetir primero las palabras en francés todos juntos.

*J'irai*<sup>31</sup>

Ahora cantemos algunas canciones de Claudio, ¡si no estáis demasiado hartos!

*Todos*: ¡No!

*Giussani*: En ese momento apareció Claudio. Las canciones de Claudio son verdaderamente como una meditación, no hay una palabra que no venga a cuento.

*I cieli*<sup>32</sup>

*Lasciati fare*<sup>33</sup>

*Quando uno ha il cuore buono*<sup>34</sup>

¡Hermosísima! ¡Por fin hemos cantado una bien!

*Abbiamo suonato*<sup>35</sup>

*Marta, Marta*<sup>36</sup>

*Ma perché*<sup>37</sup>

La última. Cantemos *La nuova Auschwitz*<sup>38</sup>.

Ésta y *La tristezza*, es decir, *La Ballata dell'uomo vecchio*<sup>39</sup>, son para mí las más grandes de todas las de Claudio, sin comparación.

De todos modos, esta velada debería dar como resultado la voluntad, el deseo, de que nuestras comunidades canten. Cada vez que vamos a ver al Papa, lo que más destaca es que cantamos, porque esto es señal de la vida (no por nada el canto ha decaído tanto entre nosotros). Y en este sentido, insisto incluso en un cierto gusto y una cierta tendencia a la perfección, siempre que el perfeccionismo no nos impida cantar.

## **Velada de audición de fragmentos de música clásica**

*Giussani*: Igual que ayer por la noche renovábamos la memoria de las canciones de los primeros años, esta noche quisiéramos escuchar la música que nos ayudó a pensar durante esos primeros tiempos (los primeros tiempos en su estricto sentido cronológico).



Por eso, quisiéramos recorrer estas primeras etapas musicales desde el comienzo hasta un determinado momento.

En sentido cronológico, el primer fragmento de todos fue un fragmento de Beethoven, que hice escuchar a los primeros doce o quince que nos reuníamos. Se lo hice escuchar para incitarles a esa dimensión ideal de la vida –no por nada se llama la «sinfonía del destino»–, arriesgada, sin la cual no se hace nada, eres como todos los demás y te aburres como todos los demás. Escuchemos por tanto antes que nada el primer movimiento de la quinta sinfonía de Beethoven, cuando el destino llama a la puerta.

Hay siempre dos temas permanentes, uno fuerte y otro dulce, que llamaremos el tema masculino y el tema femenino de la sinfonía, que se entrecruzan con variaciones.

L. Van Beethoven, *Sinfonía n. 5*<sup>40</sup>

Pero este destino pasa por la vida a través de la percepción de la desorientación, de la derrota, de la tristeza. Usaba entonces tres fragmentos para desarrollar este concepto, para hacer que este concepto se sintiese. El primero era el preludio llamado de la «gota» de Chopin (pero como aquí sólo tenemos la ejecución de un pianista que hace que todo suene metálico, no lo escucharemos). El segundo fragmento que usaba era el segundo movimiento de la séptima sinfonía de Beethoven. La séptima sinfonía de Beethoven se conoce también como «la sinfonía de la fiesta nupcial», y para mí es la más hermosa (desde el punto de vista técnico la sexta sinfonía es la más bonita de Beethoven, pero para mí es mucho más fascinante la séptima).

Fiesta nupcial. El primero, el tercer y el cuarto movimientos son un florecer riquísimo, un riquísimo volcán de temáticas llenas de alegría, de gozo. Sería una maraña de melodías si no hubiese un orden profundo, un orden que se obtiene con una riqueza de temas y variaciones espectaculares.

Imaginad –decía entonces– que estáis dentro de la sala de la fiesta. El primero, el tercer y el cuarto movimiento describen esa fiesta, una gran fiesta en un gran salón con muchos invitados. En un determinado momento, un hombre de espíritu extraño sale del salón y se asoma desde fuera a una ventana de la sala, y observa a distancia todo ese girar, todo ese vocear, todo el griterío, la música: la observa desde fuera y percibe su absoluta vanidad. De allí nace el segundo movimiento, que aparentemente contrasta tanto con el primero, el tercero y el cuarto. Escuchar este segundo movimiento hace que el corazón se encoja y, de hecho, es una de las piezas más melancólicas de la historia universal de la música.

Notaréis que, bajo una bellísima melodía temática, hay un acorde que es el verdadero tema; éste, con algunas ligeras variaciones, dura casi ininterrumpidamente desde el principio hasta el final y, aun cuando parece haber desaparecido –como en el preludio de Chopin–, aun cuando parece que ha sido arrollado por la melodía, natural y espontánea,

por el espontáneo y natural deseo de vida del hombre, cuando uno menos se lo espera, vuelve –¡tac!–, vuelve y concluye el fragmento. El tema del destino y de la tristeza «contiene» continuamente el ímpetu del tema de la vida y lo domina, de modo que incluso el tono del tema de la vida también está gobernado por este fondo.

L. van Beethoven, *Sinfonía n. 7*<sup>41</sup>

El tercer fragmento que utilizaba para desarrollar esta temática (llevaba estas cosas también al liceo, daba clase de religión usando estos fragmentos musicales) es la *Incompleta* de Schubert. Schubert murió a los treinta y cuatro años. De haber vivido, habría sido un músico más grande que Beethoven, a mi parecer. Sea como sea, ésta es su pieza más famosa, y también la más grande: está incompleta como pieza musical, porque quedó materialmente inacabada con su muerte; pero además el carácter incompleto de la vida es el verdadero tema de la pieza. Estemos atentos sobre todo al comienzo. El tema principal es la vida entendida como aventura. Y después el gran obstáculo: lo imposible.

F. Schubert, *Sinfonía n. 8 Incompleta*<sup>42</sup>

Y sin embargo la vida es una «medida». Bajo todo el drama de la fascinación (primer tema de Schubert), de la respuesta triste (lo imposible), de la batalla que se deriva de ella (son los tres temas de Schubert), bajo todo esto, la vida tiene un orden inevitable, irresistible. Lo escuchamos en el pasaje que usaba a menudo en los Ejercicios Espirituales de entonces para introducir el tema de la moral, que es el *Vals del adiós* de Chopin. Recuerdo que escribía el esquema de este vals en la pizarra al empezar la meditación de los Ejercicios, porque su orden temático es uno de los más claros. Los temas de este vals describen primero la tristeza, después la voluntad de afirmar la vida frente a esta tristeza y finalmente la resignación...

F. Chopin, *Vals del adiós*<sup>43</sup>

Escuchemos ahora el *Concierto para violín y orquesta* de Beethoven, su única composición para violín y orquesta, con ese tema fundamental que recorre todo el fragmento: la vida del hombre y de la sociedad están dibujadas por la melodía de la orquesta; por tres veces el violín huye para afirmarse a sí mismo y es rescatado las tres veces, hasta que reposa en paz. El violín no puede resistir por mucho tiempo ese impulso; por suerte la orquesta –es decir, la realidad comunitaria– lo vuelve a acoger en sí.

L. van Beethoven, *Concierto para violín y orquesta, Op. 61*<sup>44</sup>

Ahora, como es tarde, muy tarde, nos saltaremos el *Laudario de Cortona*.

*Todos:* ¡No!, ¡sigamos!

*Giussani:* Lo que quiero que oigáis a toda costa son tres pasajes de De Victoria, que es el más grande compositor español. La voz humana tiene un poder infinitamente superior

al de cualquier orquesta y la polifonía representa la cumbre más alta de la música humana. Yo empecé a entender la música polifónica a los trece años, cuando escuché *Caligaverunt oculi mei* por primera vez.

Cronológicamente, vendría antes el *Laudario de Cortona*. Pero cuando el movimiento era ya más maduro y pudo tener su propio coro, la música polifónica nos llenó de curiosidad y fascinación, en particular la música de De Victoria. Ahora vamos a escuchar el *Ave Maria* (todos la conocemos ya desde hace años, pero tal vez la entendamos mejor si la volvemos a escuchar así) y después escucharemos el *Tenebrae factae sunt* del Viernes Santo y el fragmento de música más hermoso del mundo, en mi opinión, que es el *Caligaverunt oculi miei*. Es el Coro de la Capilla Sixtina: resulta algo dramático, pero creo que hace un buen efecto. Os ruego que aunque estéis cansados escuchéis bien esta música; todo el *pathos* del alma religiosa está en estas composiciones.

T.L. de Victoria, *Ave Maria*

Ahora el *Tenebrae factae sunt*: es la narración de la muerte de Cristo. «Cayó la oscuridad sobre la tierra y, hacia la hora nona, Cristo gritó con voz fuerte: ‘Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?’, e, inclinando la cabeza, exhaló su espíritu. Entonces un gran temblor se apoderó de toda la tierra, e, inclinando la cabeza, exhaló el espíritu».

T.L. de Victoria, *Tenebrae factae sunt*<sup>45</sup>

*Caligaverunt oculi mei*, se entenebrecieron mis ojos por el llanto, *quia elongatus est a me qui consolabatur me*, porque ha sido alejado de mí El que me consolaba. *O vos omnes qui transitis per viam*, vosotros todos que pasáis por la calle, *Videte si est dolor sicut dolor meus*, mirad y ved si hay un dolor tan grande como mi dolor.

T.L. de Victoria, *Caligaverunt oculi mei*<sup>46</sup>

Ese *si (si est dolor)* es sin duda el grito más humano que podáis escuchar en cualquier composición musical, el grito más humano y el más humanamente religioso de toda la música, con el llanto que le sigue (*sicut dolor meus*). Es realmente el pasaje más hermoso que se pueda escuchar (aunque en esta versión fallen un poco los contraltos).

Son las once menos cuarto: conviene que nos vayamos a la cama. De todas formas, chicos, buscar la verdad, vivir la verdad, es una música más grande que las sinfonías de Beethoven y los motetes de Palestrina y De Victoria. A esto estamos llamados cada día y si nuestra amistad es fascinante es sólo por esto.

## Asamblea 2

*Giussani*: Estábamos de acuerdo en hacer en esta asamblea preguntas sobre lo que

dijimos anteayer. Pero, chicos, qué estupidez tan grande sería que hiciésemos todas estas cosas sin que fuese verdadero (¡verdadero!) el camino, ¡sin que el camino fuese verdadero! Y si es el camino verdadero, ¡qué estupidez no recorrerlo con todo el corazón, con toda nuestra disponibilidad, con todo el seguimiento!

*Intervención:* Al principio de la asamblea del otro día se afirmó que lo que constituye nuestra humanidad no nace de nuestro esfuerzo sino de una presencia que no es nuestra. ¿En qué sentido esta afirmación —que me parece central en una concepción religiosa de la vida— no anula el papel del esfuerzo de la inteligencia, y sobre todo de la voluntad, en el camino de la madurez humana? En otras palabras, ¿en qué consiste la ascesis? ¿En qué consiste el desapego al que te referías la otra noche como condición necesaria para poder percibir el destino verdadero de las cosas y las personas y por tanto adherirse a él?

*Giussani:* Quede claro que todo el que quiera responder a esta pregunta puede hacerlo levantando la mano.

Para mí la libertad es el punto crucial en el que verdaderamente se juega nuestro destino. Es decir, es el lugar donde, aunque sea en penumbra, aunque sea en un gesto apenas perceptible, el hombre se abre de par en par a lo que se le ofrece, se abre de par en par a la Presencia que lo constituye, o bien se cierra a la Presencia que lo constituye. La libertad se juega en reconocer esta Presencia o no reconocerla. Pero uno se puede quedar a mitad de camino y entonces hay realmente un mal absoluto. Este reconocimiento, una vez que sucede (y no sucede hoy porque sucedió ayer, ni sucederá mañana porque haya sucedido hoy), es lo que constituye el yo. Lo que constituye a un hombre es el reconocimiento: tanto desde el punto de vista cognoscitivo como desde el punto de vista «re-cognoscitivo», desde el punto de vista de la aceptación del ser. Cuando trabajamos *El sentido religioso*<sup>47</sup> éste debería haber sido uno de los ejes de nuestro discurso. Creo que es extremadamente importante que nos demos cuenta de esto, aunque, si se sabe, uno se da cuenta sólo con el paso del tiempo. Hace falta que uno se meta por este camino durante un tiempo, y, para vosotros, el tiempo puede ser éste.

Cuando Cristo dice: «Sin mí no podéis hacer nada»<sup>48</sup> —«¡nada!»— no lo dice como «una forma de hablar». Cuando la liturgia nos hace cantar: *Sine tuo numine nihil est in homine, nihil est innoxium*,<sup>49</sup> «Sin Tu poder creador no hay nada en el hombre, nada que no le hiera, que no le haga daño, todo nos hace daño», no es «una forma de hablar».

Cuando, explicando *El sentido religioso* a los universitarios en Milán, llegamos al momento en que se habla del signo, del mundo como signo —y el vértice de la percepción del mundo como signo lo hemos descrito como el instante, el nivel, en que el hombre se da cuenta de que no existe por sí mismo—, yo decía: imaginad que nacéis, que salís del seno materno a vuestra edad, con la conciencia que os da vuestra edad. Al abrir por

primera vez los ojos, os daríais cuenta con estupor de las cosas<sup>50</sup>. El sentido religioso se expresa sobre todo a este nivel: el asombro por las cosas, por una realidad que ya está ahí, que por tanto no puedes agotar, que te condiciona totalmente –¡totalmente!–. Pero, por no repetir ahora todo el recorrido, en un determinado momento, sobre todo, te pondrías rostro a ti mismo, te darías cuenta de ti mismo<sup>51</sup>. Y nada hay más evidente en el instante en que un hombre adulto toma conciencia de sí mismo, nada, no hay nada más evidente que el hecho de que «yo no me estoy haciendo a mí mismo» en este momento. Nada es más evidente que mi ser, que mi yo: no hay nada más evidente en este momento que el hecho de que yo no me doy el ser. Es la experiencia suprema de lo contingente.

Por así decirlo, ésta es la raíz natural de nuestra respuesta, donde se ve casi como a través de un microscopio que todo lo que hay en mí sólo puede proceder del hecho de que yo acepte esto, de que yo lo reconozca, de que yo acepte el ser que me es dado. Naturalmente esto sucede como de manera espontánea.

Pero de esta forma estaríamos hablando todavía de un hombre abstracto, un hombre que no existe, porque el hombre que existe es el que tiene en sí una herida que la Iglesia llama «pecado original»: la incapacidad del hombre de ser verdaderamente él mismo, la ineptitud del hombre para cumplir lo que percibe idealmente. Éste es el motivo por el que Dios se ha hecho hombre, y el hombre es –cuántas veces nos lo hemos dicho– como un individuo que ha estado enfermo durante mucho tiempo y que es incapaz de caminar por sí mismo, que cuando tiene que caminar se cae al suelo, está en pie un instante y enseguida le ceden las rodillas, y sólo se sostiene pasando el brazo por la espalda de otro. Ésta es la imagen que el cristianismo tiene del hombre. Entonces se trata de aceptar que ese Hombre me acompañe. Esto se llama «gracia». La gracia es esta Presencia por la que el hombre, al reconocerla, al aceptarla, hospedándola, se vuelve capaz de sí mismo, de ser él mismo, se adecua a su propia imagen ideal. Y no lo hace automáticamente, sino en una historia. El hombre sigue viviendo la desproporción, pero es como si, paso a paso, se acercase al destino: se vuelve proporcional a su destino. «Contigo, Cristo, yo soy proporcional a mi destino, que eres Tú». Y esta proporcionalidad a mi destino se desarrolla y se manifiesta como un camino para que yo no me enorgullezca como si hubiese llegado ya o me desespere como si no pudiese suceder nada.

La respuesta a tu pregunta, pues, es que la libertad está en reconocer el ser o bien – como digo siempre– en poner el brazo entre el ser y yo, en taparse la cara con el brazo, es decir, anteponer una propia medida, un pre-concepto, una pre-sunción, una pre-ocupación. Y esto sucede en grado máximo en nuestra relación con Cristo.

No quiero seguir dándole vueltas al asunto hasta el infinito, pero (es el ejemplo que pongo cuando explico *El sentido religioso*) igual que el médico cuando reconoce a un paciente se da cuenta de que hay un bulto y dice: «Aquí hay un nódulo» o «aquí está

hinchado el hígado», cada uno de nosotros, tocándose –por así decirlo– el pecho, tocándose la cara, nota si en el fondo de sí, dentro de sí, hay una apertura al ser como la cara de un niño, o está el ceño más o menos fruncido del hombre pretencioso. En el primer caso cualquier debilidad se resuelve entrando con una profundidad cada vez mayor en el ser; en el segundo, hasta la virtud se convierte en lejanía del ser, en fariseísmo.

Lo que tenemos que comprender, y es lo más impresionante, es esto: es Otro el que nos hace (espero que, si seguís en este camino, el Señor os lo haga entender a vosotros como me lo hizo entender a mí, mejor pronto que tarde). Ser conscientes de esta Presencia es el único camino para la ascesis, la única vía ascética: se llama «memoria». La memoria es el afecto a Cristo, es la memoria de Cristo, la conciencia de Su presencia. Esto quiere decir que en cualquier hora –idealmente el rezo de las Horas debería representar el comienzo de toda acción– yo puedo gritar: «Dios mío, ven en mi auxilio. Señor, date prisa en socorrerme»<sup>52</sup>. Claro, nosotros decimos siempre estas palabras como si tuviésemos una bolsa en la cabeza, pero éste es el grito del no-ser que hay en nosotros, es el grito que tiene el olor del no-ser, del aliento del vacío, es el horror de la propia incapacidad que se vuelve alegría, que se vuelve seguridad y se vuelve alegría, aunque tenga que atravesar cientos y miles de errores: el error no vence, el error ya no nos define.

El cristianismo es ser conscientes de la presencia de Cristo –es la conciencia de una Presencia, de esa Presencia–, es memoria que te hace abordar a las personas con una mirada distinta, aunque en esta mirada tire de ti el lastre de lo que eres (el pecado original), el lastre de tu desgracia, que es más que la nada, una desgracia original. Por eso la ascesis –para mí– es mendigar a Cristo que la memoria de Él se haga habitual en la vida. El gesto de la ascesis es mendigar a Cristo. En cuanto a lo demás estoy en buena compañía, porque en los *Relatos de un peregrino ruso*, se dice que la única oración del peregrino era «Señor Jesús, ten piedad de mí porque soy pecador»<sup>53</sup>, y la repetía idealmente con cada respiro, como respiración. De todas formas, seguid este camino y pronto os daréis cuenta de la mirada distinta que tenéis hacia vuestra mujer, hacia el compañero o hacia las cosas.

*Intervención:* ¿Cómo se puede pasar de la generosidad a la gratuidad? Ayer decías: «La generosidad es un esfuerzo humano o un rasgo del carácter, mientras que la gratuidad nace de un juicio». Y añadías después: «La gratuidad es la prosecución del encuentro». Sin embargo, aunque yo reconozco que el encuentro ha sido realmente un don para mí, una gracia, a menudo no es suficiente para mirar a los demás con gratuidad, amando sólo su destino. Muy a menudo me sigue resultando un esfuerzo ir al encuentro de los demás.

*Giussani:* Que todavía te suponga esfuerzo ir al encuentro de los demás es un rasgo propio de la estructura de la existencia tras el pecado original. La expresión «pecado original» es la más extraña para la racionalidad naturalista que se pueda concebir. Pero no hay nada más evidente que el pecado original, nada que se pueda experimentar más. Es una idea sin la cual no se explica nada del hombre –¡nada!–, en cambio, contando con ella, todo se hace transparente, todo se entiende. Entonces, las consecuencias del pecado original, sus consecuencias en el modo de existir, continúan, aunque el pecado original haya sido vencido en nuestra carne por Cristo en el Bautismo. Por eso, la contradicción, la tensión, la fatiga, están presentes hasta el final, pero coexisten –dentro de la memoria, dentro de esa conciencia de la que hemos hablado antes– con una claridad, con una ligereza, con una alegría, con una seguridad que no tiene igual. Y uno se ama verdaderamente a sí mismo, teniendo piedad de sí.

De todos modos, he dicho que la generosidad es un impulso del carácter, del temperamento; y esto es un don, es un instrumento que es un don, pero que tiene su revés, porque un tipo generoso es más proclive a otro tipo de caídas. El carácter siempre tiene, con su aspecto bueno, también su aspecto negativo. He dicho que, en cambio, la gratuidad nace de un juicio. En efecto, el encuentro que has tenido y el recuerdo de ese encuentro no te abren necesariamente a la gratuidad, porque aún necesitas profundizar en el encuentro. Por eso he dicho que la gratuidad nace de un juicio; el encuentro debe convertirse en juicio para que te abra el horizonte y te estimule a la gratuidad, porque el encuentro es el encuentro con el hecho de Cristo. Si tú, en la forma en que te acercas a tu chico, en la que te acercas a tus amigos, tienes en mente el encuentro con Cristo, que prosigue en tu vida con ese chico o con esa gente, entonces ves de forma distinta al chico y a la gente, aunque no estés libre del peligro de equivocarte que hay en tu temperamento. Ya sea generoso, y entonces se hace «excesivo», resulta la caída más fácil, o sea rudo, y por tanto tu forma de tratar las cosas y a las personas pueda resultar más dura y «feroz».

Resumiendo, el juicio es la comparación entre la relación que establecemos con lo que tenemos delante y podemos aferrar y la relación que se ha establecido en nosotros, la relación que Cristo ha establecido en mí y que me hace ensimismarme con Él, con esta compañía que viene de fuera y me atraviesa la carne y los huesos. El juicio es la comparación entre esto y la forma en que te relacionas con el chico, con la chica, con los amigos, con el que te enfada, con el que te cae bien. Normalmente –en sentido absoluto– el que te cae bien hace que reacciones de una manera y el que no te cae bien hace que reacciones de otra: esto es la reacción. Lo contrario a un juicio es actuar según las reacciones que te provocan los demás, ya sean espirituales o de opinión (la opinión es la reacción de tu actitud espiritual a la presencia de la persona que tienes delante) o sean de



estado de ánimo y entonces se llama instinto. Nosotros actuamos exactamente así, y es una dinámica análoga a la de los animales. El juicio es, en cambio, la acción que deriva de comparar la relación que tengo con una cosa o con una persona con el destino común, con la relación que tengo yo y que esa persona tiene con el destino. El juicio es sólo esto, porque el juicio es la comparación del absoluto, de la idea universal, con lo particular.

*Intervención:* Quisiera entender mejor qué significa que el juicio es una comparación entre mí y lo que ha sucedido, porque a menudo interpretamos esta relación con lo que nos ha sucedido a nuestra manera, y la mayoría de las veces nuestra interpretación la disminuye.

*Giussani:* La relación entre lo que ha sucedido y tú no es la relación que hay entre «don Giussani» y tú, entre la diaconía de tal época y tú, entre tal cura y tú, entre la comunidad de Imola y tú. No es esto. Es la relación entre Cristo y tú. Porque el «don Giussani» o el tal cura, la comunidad de Bolonia o la comunidad de Imola, la tal diaconía del CLU, etcétera, no son nada, son meramente otro aspecto del engaño del hombre, otro aspecto de la alienación, si no se perciben como medio y signo de la presencia de Cristo. Éste es el problema.

Volvamos a la cuestión del juicio. Pongamos: yo tengo que estar contigo. Puedo acercarme a ti como lo hacen todos, a merced de mi estado de ánimo y de lo que tú despiertas en mí. Esto se llama reacción y el hombre sucumbe a esta reactividad. Sólo un filósofo o, si lo preferís, sólo una madre o una persona que hubiese sufrido mucho y de una forma buena se acercaría a ti pensando: «Fíjate, éste es hijo de su madre. Tiene una madre», o bien: «Éste es un joven que tiene que vivir, que tiene su vida por delante», o acaso: «Éste es un hombre que tiene ante sí un camino hacia un destino ignoto». Éste es el filósofo. Y éste es un juicio a nivel natural. Es decir, comparo la relación que tengo contigo, la reacción que me despiertas, positiva o negativa, indiferente, neutral, la comparo con el destino común tal como lo percibo. Cuántas veces, viendo las fotografías en los periódicos —como las de ayer o anteayer, de los kurdos a los que han matado los iraquíes— uno dice: «Pero... ¿y las mujeres que estos hombres han dejado en casa, los niños que han dejado en casa?». Éste es el buen sentido del hombre, por así decirlo, a un nivel casi banal, aunque no demasiado: la relación que establecemos con esas figuras se compara con el destino común que tenemos de ser hijos de una madre, de tener amigos, de tener hermanos en casa, de tener hijos, o bien, en el caso del filósofo, con el destino de todas las cosas. Los *Primi Poemetti*<sup>54</sup> de Pascoli, en su mayor parte, son una de las más hermosas expresiones del siglo XX de este sentido del destino común, que es lo mejor del socialismo «inútil», del socialismo humanitario.

Perfecto. Yo me acerco a ti. ¿Por qué estoy aquí con vosotros? ¿Porque he conocido a «don Giussani» o a Fulano o a Mengano? ¡Venga ya! ¡Aunque si no los hubiera



conocido no sabría nada de este «Otro»! Por eso, el juicio es la conciencia de un encuentro, no en el sentido del encuentro con Fulano o Mengano, o con alguna diaconía, sino que es la conciencia de la presencia de Cristo. Es el «anuncio» de esa presencia lo que me hace madurar, lo que convierte en conciencia madura la realidad del Bautismo, porque fue en el Bautismo cuando fui abrazado por Cristo y ya no me deja, como decían los Salmos de estos días –al menos en nuestro breviario–: «Al que yo he tomado, ya no lo dejo». Esto no se puede interpretar: se obedece, se reconoce, se acepta, o se rechaza. Es la libertad. He aquí la ascesis. Y, si se acepta, es realmente un alivio, porque lo que busco en las relaciones con la diaconía y con la comunidad no es la opinión de los de mi diaconía o de mi «vete a saber qué»; lo que busco es lo que me hace profundizar en el sentido de la compañía de Cristo. Es este juicio sobre el mundo lo que me hace capaz de dar, y esta capacidad de aceptar (y de perdonar todo) lo que me hace capaz de gratuidad. Es una capacidad de «gratuidad», por la que no necesito ninguna contrapartida, ningún interés y ningún placer. O mejor, el placer, el interés y la contrapartida no tienen nada que ver, realmente no tienen nada que ver. Y, justo cuando uno entiende esto, cuando uno ha decidido realmente que no tienen nada que ver, porque hay otra cosa que le urge más, entonces todo se convierte en contrapartida, interés y placer. Si en cambio –como dice el subtítulo de un catecismo para jóvenes– Cristo es «el último escalón» de una búsqueda intelectual, como si Cristo fuese el descubrimiento de un estudio, del esfuerzo de mi razón y no Alguien que me he encontrado aquí en mis mismas narices (es lo más contrario al cristianismo como método, metodológicamente) y si, como después se dice, la búsqueda continúa, continúa, continúa, entonces, mientras la búsqueda continúe, yo soy libre de hacer lo que me dé la gana porque soy ley para mí mismo. Mientras que nadie tiene una búsqueda tan grande por delante como la de adecuarse a una presencia concreta, porque ésta es una búsqueda que te remueve desde el fondo, que te da la vuelta.

*Intervención:* Siguiendo con el problema de la interpretación. Me parece que hay otro tipo de interpretación a la que en el fondo nos sometemos, que es la del malestar. El otro día tú dijiste que el malestar humano es una condición natural que «debe ser acosada por lo verdadero». Mi experiencia es que a menudo resuelvo este malestar con lo que no es verdadero, y entonces lo reducimos, y ése es el camino para la idolatría. ¿Cómo podemos permanecer en la conciencia verdadera de este malestar y qué es lo que nos educa en ello?

*Giussani:* Estaremos de acuerdo en que todas las preguntas acaban llegando a un mismo punto: la necesidad de lo que yo llamo «memoria», es decir, la conciencia de la presencia de Cristo, pero no de un Cristo lejano y abstracto, todavía opinable, a merced de nuestra capacidad de fantasear, sino de un Cristo que se ha manifestado, que se nos ha

acercado físicamente. Si hace dos mil años este hombre ponía contra las cuerdas a los fariseos –que no podían escaparse con sus interpretaciones porque Él estaba allí presente y les decía: «Pero yo os digo»–, hoy la analogía de esto es justamente la Iglesia. La Iglesia, por tanto, y ante todo el Papa, porque él es el signo auténtico de Su Presencia. Pero ¡el Papa está en Roma! Hace falta que esta Presencia esté aquí, como en el Evangelio, todos los días, paso a paso, palabra tras palabra, y que cada gesto que hagamos esté ligado a ella. Esto se llama «movimiento»: el movimiento es lo que elimina el riesgo de que dejemos que el malestar se disuelva en la trivialidad, en la no-verdad; el movimiento y no, otra vez, el movimiento tal y como lo piensas tú, sino el movimiento como es, es decir, tal como es guiado.

En la medida en que vosotros tratéis de aplicar, de vivir y revivir las cosas que nos decimos entre nosotros en vuestra vida concreta (lo que se os dice, lo que se os graba, aquello que se os recuerda), el misterio de la Iglesia, aunque sea en una analogía muy lejana, os acosará de cerca, como os decía el otro día, os apretará por los cuatro costados. El movimiento es la forma, para nada absoluta, pero para nosotros –para nosotros– históricamente inevitable, históricamente insustituible, que nos abraza por los cuatro costados. De hecho, lo que el movimiento os dice, os lo dice para cada día de vuestra vida, os da imágenes y ejemplos para todos los días de vuestra vida, incluso os sugiere programas y proyectos de acción, cuya finalidad es sólo que madure en nosotros la conciencia de esa Presencia. «Sin mí no podéis hacer nada»<sup>55</sup>.

Me da apuro deciros estas cosas: no me da apuro decirlas en las reuniones que tengo con los del Grupo Adulto o incluso, actualmente y finalmente, al Consejo del movimiento. Con vosotros me encuentro un poco avergonzado porque entiendo la distancia psicológica que hay entre lo que os estoy diciendo y la manera en que habéis crecido hasta ahora, en la que todos hemos crecido hasta ahora. Pero si Dios nos ha puesto en esta forma de educación...

Es una forma de educación, así que se camina con paciencia. Como yo con tu edad no entendía estas cosas, no nos espantemos de que tú no las entiendas todavía existencialmente. Ante todo empiezas a oírlas cuando yo todavía no las había oído; primero empiezas a sentir alguna repercusión, a vislumbrar algún aspecto, y empiezas a sentir tu vida plegada a una determinada forma. Sólo hay una condición: hace falta que el afecto, el afecto al movimiento, te domine. El afecto es una adhesión cordial a lo que se entiende o se intuye como esencial para la propia vida. No se puede tener afecto a algo que no sea decisivo, que no se perciba como decisivo para nuestra vida, para nuestro destino. «Para nuestra vida» quiere decir para la forma de amar a la mujer, para el modo en que mañana formaré una familia o en que elegiré mi camino, para el modo en que estudio hoy, en el que hoy soporto o acepto o abrazo a toda esta gente desconocida

que está aquí. No por nada permanecéis siempre juntos; ¡no por nada, instintivamente, por el amor de Dios, permanecéis en vuestro grupo! Entonces la capacidad de gratuidad, de acogida gratuita, ¿dónde acaba? También los paganos son capaces de amar a sus amigos, decía el Evangelio<sup>56</sup>. Pero ¿éste es el mayor ejemplo de la novedad que hay entre nosotros? También en un congreso de afiliados al Partido Comunista Italiano se hablan todos, porque tienen algo en común, el partido, y para ellos el partido es su vida. Nuestro movimiento no es un partido, no nos une el hecho de que estemos «afiliados» a una comunidad universitaria. No es eso, aunque a menudo permanece una gran extrañeza entre nosotros. La cuestión es la conciencia de lo que tenemos en común. ¿Y qué es lo que tenemos en común? Tenemos en común lo que es nuestra vida, lo que es mi vida y lo que es tu vida: ¡realmente somos una sola cosa! Esto es la gratuidad. Entonces hasta nos sería más fácil no quedarnos siempre encerrados en el grupo de nuestra universidad.

Es necesaria la fidelidad al movimiento (agradezco mucho a nuestro amigo la intervención de antes, porque ha puesto el dedo en la llaga): seguir al movimiento es seguirlo en su verdadera guía, y su verdadera guía es el que tiene como pasión absoluta y única hacer posible el reencuentro con Cristo, que Cristo llegue a ser el juicio sobre la vida y los afectos, que se convierta en memoria y afecto, porque esto es lo que cambia el mundo. ¡Esto cambia el mundo, chicos! Sólo esto cambia nuestra vida y nada más, no lo que pensemos sobre la cultura o las opiniones sobre la mejor forma de hacer vida de comunidad, porque, si continuamos al otro nivel, entenderemos que hasta el modo de hacer vida de comunidad tiene que aprenderse y ser seguido. El movimiento ha avanzado por su unidad, en ningún caso por las opiniones autónomas.

*Intervención:* Ayer se decía que nuestro malestar a menudo nos lleva a pedir de una manera que en la práctica es no pedir. Quisiera preguntarte entonces cómo hacer para que nuestra vida se convierta en petición.

*Giussani:* Que nuestra vida se haga petición está, desde mi punto de vista, radicalmente unido a una cosa pequeña y aparentemente despreciable, que es el obligarse a pedir, el repetir la petición como expresión del juicio sobre sí, porque una petición verdadera procede de una mirada verdadera sobre nosotros mismos. De todas formas, desde este punto de vista, Dios ha encontrado un medio óptimo para persuadirnos a pedir; Dios usa un medio que no es natural para persuadirnos a pedir.

Imaginad un hombre que viva con la conciencia de su nada, que viva con la conciencia de estar siendo hecho momento tras momento: pensad qué clase de compañía infinita vive este hombre, qué rico de seguridad y lleno de humildad está, qué audaz es al tiempo que es un niño. Un hombre así es alguien que, mientras camina o estudia, mendiga igual que un sediento mendiga el Ser, mendiga el agua del Ser: «A ti te suplico, oh Dios; te suplico, fuente de mi vida. Yo aspiro a Ti, que eres la fuente; ¡dónateme a mí, fuente de mi

vida!».

Pero en vez de ser el camino normal, éste es el punto máximo de un camino «anormal» —en todo caso, una cumbre—. Cuando san Pablo dice: «Vivo ya no yo, eres Tú quien vives en mí, así que aun viviendo en la carne, vivo en la fe del Hijo de Dios, que me ha amado y se ha entregado por mí»<sup>57</sup>, ¡«en la fe del Hijo de Dios» quiere decir en la conciencia de una presencia real! Pero éste es el punto más alto de un camino «anormal». Tendría que ser obvio, tal como nosotros vemos las plantas, o como nos vemos la cara; tendría que ser obvio que, como en este instante la verdad de mí mismo es que surjo como el chorro surge de la fuente, porque no me hago por mí mismo, hay otra cosa que no es mi yo: eres Tú —este Tú cuyo rostro no puedo distinguir, este Misterio que me hace—. Esto es Dios: no hay nada más cercano, corre por mis venas y late en cada pulsación, está dentro de cada nervio, es el corazón de mi corazón. Esto debería ser normal: un hombre que vive así es un hombre razonable, que usa la razón, porque la razón es la conciencia del ser; es un hombre que usa la razón, porque la razón es conciencia del ser, ¡es conciencia del ser hasta el fondo (por eso esta mesa, esos árboles, el cielo... nada se hace por sí mismo: conciencia del ser hasta el fondo). De modo que alguien que viviese así realmente viviría de otra manera. Sin duda, los psicólogos dirían que es un desequilibrado, pero es un exaltado que está muy atento a todas las cosas que a ellos se les escapan. Sería un exaltado capaz de abrazarlo todo, la vida y la muerte. Un desequilibrado para el que es razonable dormir y velar, comer y beber. Es un exaltado capaz de dar su vida por cualquiera. Un exaltado para el que la vida es obediencia, es decir, razón continua. El ideal de los psicólogos, en cambio, es el hombre animal, el hombre convertido en animal en el sentido literal de la palabra, la reactividad del hombre, la confusión de la reactividad humana, que es lo que les da la fama y les da de comer.

En cambio, decía, el Señor ha encontrado otro camino: ha permitido que nos equivocásemos, nos ha «dejado» equivocarnos, ha permitido que nos equivocásemos. ¡El error! ¿Me entendéis? ¡El error! La primera condición para poder pedir es la conciencia del error. Y cuanto más sensible es uno a la desproporción de su vida, en lugar de deprimirse o decir: «Uff, apáñatelas» y «encogerse de hombros» frente al destino, pide al destino, se hace sabio: en vez de deprimirse, se hace sabio. ¿Consigo explicarme? Me gustaría hablar de estas cosas de uno en uno, pero os juro que hablo como si estuviésemos cara a cara, y no os extrañéis de que mis palabras os suenen todavía tan raras, porque el movimiento todavía no os ha tocado así; pero si el movimiento no os toca así, es inútil, porque el movimiento es el camino para que la vida cambie, para que se realice, salga a la luz y florezca ese hombre nuevo que está ya en el Bautismo, cuya semilla nos ha sido dada (porque estamos carnalmente impregnados de Cristo): tiene que

salir a la luz, tiene que hacerse adulto, tiene que hacerse consciente, con todo el dramatismo de nuestro tira y afloja, de nuestra oposición, de nuestro error, de nuestro volver a abrazar, de nuestro clamor, de nuestra petición. Me habías hecho una pregunta. ¡Repítela!

*Intervención:* ¿Cómo puede convertirse en petición continua mi vida, nuestra vida?

*Giussani:* ¿Está clara? Sólo que este problema indica ya una sensibilidad de ánimo desarrollada. Hay una cuestión previa: «¿Por qué tengo que pedir?». Tenemos encima capas y capas de grosor que nos imposibilitan el simple hecho de prestar atención a una pregunta como ésta. Venga, ¿por qué pedir? Porque somos incapaces de ser verdaderamente nosotros mismos, porque somos incapaces de entender a Cristo, de vivir a Cristo, de traducirle en una cultura nueva, de traducirle en una vida gratuita. Entonces lo primero, justo lo primero antes que cualquier otra cosa, es el dolor de no entender. Y uno pide cuando no entender es un dolor. Por eso su pregunta es algo grande: «¿Cómo hacer de mi vida petición?». La vida se convierte en petición por esta sordera irreductible, por esta obtusidad impenetrable, por esta impermeabilidad que se resiste a todo. ¿Por qué? «Porque vuestra salvación está cerca»<sup>58</sup>, está ahí al lado. De hecho, jugando con el latín y el griego se podría decir tanto que esta salvación está «entre vosotros» como que está «en vosotros». Es lo mismo. «En nosotros» por el misterio del Bautismo; es otro nivel de vida: «Vosotros que habéis sido bautizados os habéis revestido de Cristo», os habéis convertido en «miembros de Cristo»<sup>59</sup>. Estas expresiones son imágenes humanas para que podáis entender cosas que vuestra imaginación no logra concebir, porque es una realidad que está por encima de la realidad natural, que es más profunda que ella, más verdadera. Y es tan verdadera que permite que los ideales naturales se realicen, es decir, el ideal de la unidad: el ideal de la unidad –supremo– que hay entre una mujer y su hijo; el ideal de unidad –supremo– que hay entre el hombre y la mujer. Pero estas cosas, estas cosas grandes, estos «banquetes nupciales» son de una tristeza ilimitada cuando se miran como las miraba Beethoven en el segundo movimiento de la séptima sinfonía que escuchamos ayer<sup>60</sup>.

En cada curso que doy sobre *El sentido religioso* siempre hablo de esa mujer que vino a confesarse después de haber estado un mes ausente. Venía todos los días. Eran mis primerísimos años, cuando confesaba en una parroquia de Milán. No sabía nada de ella, salvo que tenía una sensibilidad agudísima. Al principio venía todos los días. Después dejó de venir durante todo un mes. Cuando volvió, me dijo: «He tenido una niña, la segunda», y antes de que yo dijese nada, añadió: «¡Si supiese qué impresión! Lo primero que pensé cuando sentí que había salido fue: ‘Ya empieza a alejarse’». ¡Qué grande! No hablemos pues de lo terrible que es mirar así la unión entre hombre y mujer.

Ahora bien. Cristo salva estas cosas, las salva, las redime. ¿Qué significa redimir? Hace que sean verdaderas, tanto que se puede mirar el mundo cara a cara y ya no se pierden: la unidad entre el hombre y la mujer, la unidad entre madre e hijo. Es una realidad sobrenatural lo que hace verdaderas las cosas. La palabra sobrenatural no significa que está en el más allá, sino que está en lo más profundo, en las raíces de nuestro yo; porque lo sobrenatural es lo divino, es el Misterio, y por eso es más yo que yo, está más dentro de mí que yo mismo. La prueba de esto es que los imposibles ideales humanos empiezan a volverse posibles cuando se vive la conciencia de lo sobrenatural, de esta profundidad, de esta compañía, de esta Presencia. Esto se llama verificación, es el anuncio de la verificación.

Si yo siento el dolor de no entender estas cosas, que no consiguen traspasarme la piel, el enorme espesor de mi piel, y si «la salvación está cerca de ti», entonces pido: «Dios mío, ven en mi auxilio. Señor, date prisa en socorrerme»<sup>61</sup>. La conciencia de la desproporción o del error –porque es un error vivir de otra manera, no es verdadero–, la conciencia de la desproporción o del error me hacen más fácil pedir, hacen que me venga a la cabeza pedir. Es como el marinero que hace promesas en plena tempestad, aunque sea «acordarse de Santa Bárbara cuando truena»: en la necesidad, uno grita. La necesidad, el deseo insatisfecho, es, en efecto, el signo de que lo eterno es nuestro destino.

Espero, pues, que la respuesta al que me ha preguntado sea más fácil de entender ahora: pedimos cuanto menos «torcemos» la mirada, cuanto menos censuramos nuestros errores, nuestra desproporción, cuanto menos tendemos a concebir como normal, como algo normal y justo, nuestra incapacidad para entender y vivir de una forma distinta. Esto es la ideología: sea cual sea la forma que tenga, la ideología es el esfuerzo por hacer normal, por definir como norma humana, como algo natural, nuestra incapacidad para entender lo sobrenatural y vivir la gratuidad, para entender la presencia de Otro, para entender la Presencia y vivir según su reflejo, que es la gratuidad: tal como Él se mueve, nos movemos nosotros.

Mi respuesta tiene dos aspectos, por tanto. «¿Cómo puede nuestra vida convertirse en una petición continua?» Estableciendo la petición, haciendo de la petición un programa en sentido literal, haciendo sistemática la repetición del grito, la petición. De aquí la atención a las Horas, que no se deben rezar ya con una compunción piadosa y superficial, sino decir sus palabras como propias. Por lo menos el principio es fácil: «Dios mío, ven en mi auxilio. Señor, date prisa en socorrerme». Señor, ven rápido en mi auxilio. Y después, tal vez, esta atención hará que una frase u otra de los salmos me golpee.

Por tanto, ante todo falta que se convierta en palabras mías la oración que ya hacemos



durante el día. Pero después hace falta establecer como programa la petición de ayuda, el grito a Cristo, ponerlo como programa de la propia vida, como el peregrino ruso: «Señor Jesucristo, ten misericordia de mí porque soy pecador»<sup>62</sup>, o bien repetir: «Dios mío, ven en mi auxilio», pero no para sacar provecho. «Ven a ayudarme a que te conozca, ven a ayudarme a vivir como un hombre nuevo». ¡Basta, es esto! De otra forma, ¿qué buscáis cuando vais a confesaros, qué hacéis? Cuándo vais a comulgar, ¿qué hacéis? ¡Ésta es la única petición! Digo que hay que multiplicar esto, casi como proyecto y programa. Es exactamente lo que dice la página de *Los relatos del peregrino ruso*. Todavía no he encontrado ninguna página mejor que ésta. Que esta petición de la fe y del afecto a Cristo, que esta petición, pues, de amor nuevo al hombre, cada vez, con el tiempo que pasa, coincida más con nuestra respiración, incluso cuando estamos enfurruñados, incluso cuando estamos desanimados, incluso cuando nos hemos equivocado. Darse cuenta de que nos hemos equivocado cuando nos hemos equivocado no debe bloquearnos. Ese sobresalto amargo que se tiene –no porque antes el error no haya sido consciente, era consciente antes, y cómo, es responsabilidad nuestra–, ese sobresalto que se tiene en el momento en que surge el remordimiento, en que uno se da cuenta con amargura, no debe detenernos, no tenemos que «pararnos», sino que –como el niño que ha roto algo y que, aterrorizado, levanta la vista y ve a su madre que le sonríe y le abraza, y entonces entre las lágrimas se filtra ya la alegría y la ternura– tenemos que pedir. El hombre es el peregrino de lo eterno. Los hombres de la edad media definían al hombre con la expresión *homo viator*: el hombre en camino, viandante, viandante de lo eterno. Y entonces no hay ningún gesto que exprese mejor nuestra humanidad, que la apacigüe más y la haga crecer más, la madure más y la haga más fácil, que pedir. Mendigar la fe y el afecto a Cristo: esto es la Confesión, y no una cantinela de pecados, de los que algunos, los más relevantes, se deben citar, para que sea verdadero nuestro malestar («es verdad que soy así»), pero sólo por eso. Y es la esencia de la Comunión: la petición de la fe y del afecto a Cristo. Porque es otra vida.

Nicodemo, que como vosotros estaba ilustrado de cierto saber, que había estudiado en la universidad, estaba en la universidad, tenía la cabeza llena de los eslóganes de moda, de la cultura dominante –que en vez de cultura radical era farisaica, es decir, lo mismo, con alguna implicación moralista contraria: moralistas unos, moralistas los otros–, estaba sin embargo impresionado por el tono de aquel hombre, entendía que en Él había algo diferente, nuevo. Fue a verle de noche, porque le avergonzaba ir de día, ya que tenía miedo de los judíos, y le dijo: «Maestro, yo entiendo que vienes de Dios, porque nadie tiene este acento que tienes tú...». Y entonces Cristo le dijo: «Hace falta nacer de nuevo». «¿Qué? ¿Nacer de nuevo? ¿Entrar de nuevo en el seno de mi madre? Ahora que soy viejo...» «En verdad, en verdad te digo: lo que nace de la tierra es tierra –es decir, a

tu nivel, las cosas son así, es imposible—, pero lo que nace del Espíritu es Espíritu». ¡Lo que nace de la profundidad de las cosas es diferente! Y lo que tú ves nace de lo profundo, porque la tierra no se hace por sí sola, como tú no te haces a ti mismo: nace de lo profundo. La palabra «espíritu» en el cristianismo no se refiere a algo opuesto a la materia, sino que significa la raíz de la materia: el Espíritu es la consistencia de la materia, el Espíritu creador. «Por eso, en verdad te digo, si uno no nace de nuevo no puede entender la vida». «¿Cómo puede ser esto?, ¿cómo puede suceder esto?», dijo Nicodemo, como para sí: «¿Cómo puede suceder esto?». Y en eso nos expresaba a todos nosotros: «La tristeza que hay en mí, la fe que no tengo, tienen mil siglos»<sup>63</sup>. Nos expresaba a todos nosotros: «¿Cómo es posible que suceda esto?». Y entonces Jesús reaccionó con dureza: «¿Cómo tú, tú que usas la razón, que eres filósofo, que eres profesor de universidad, no usas tu razón hasta este punto? ¿No entiendes que la realidad entera no entra en tu pequeña medida?»<sup>64</sup>. Y de todas formas, dentro de nuestra pequeña medida tenemos la demostración: viviendo con esa conciencia, lo que hay dentro de la pequeñez de nuestra medida se hace hermosísimo, se hace más hermoso. «[Mi juventud] no te he perdido. Has permanecido en el fondo/ del ser. Eres tú, pero eres otra:/ [...] más hermosa./ Amas, y no piensas en ser amada [la gratuidad]: en cada/ flor que se abre o fruto que enrojece/ o pequeño que nace, al Dios de los campos/ y de las estirpes das gracias de corazón»<sup>65</sup>. Pero ¿dónde hay una juventud mayor que ésta de Ada Negri a los setenta años, después de su conversión? ¿Dónde? ¿Se podría hablar así de un joven con las manos tendidas a obtener posesivamente lo que quiere, exactamente como un animalito?

*Intervención:* ¿Qué implica lo que has dicho desde el punto de vista del ejercicio de nuestro papel, de nuestra responsabilidad?

*Giussani:* Creía que saldrían más este tipo de preguntas, pero quizá las he cortado con mis respuestas, tan largas. Yo no sé cómo responder de otra manera, porque se podría responder con una frasecilla, pero no consigo soportar la evidencia de que la frasecilla no se entiende. Nadie vuelve a abrir la boca, pero la frase no se ha entendido. Para mí es insoportable. Por eso lo que intento es despejar este camino lleno de estorbos. Volviendo a la pregunta, ¿qué conlleva esto para nosotros, que somos los responsables? Yo no sé cómo podría gritar la respuesta. Quisiera decíroslo al oído, o mejor, como una gran confidencia; no sé si gritarla o decíroslo en un susurro: traicionamos a nuestros amigos, si *nosotros, aquí*, no vivimos lo que hemos dicho. Atentos, por favor, que nadie se excluya, porque vivir esto quiere decir buscarlo —¡buscarlo!—. Nosotros sólo seremos responsables si buscamos esto; de otra forma mejor que dejemos de ser responsables, que tengamos menos responsabilidad. Los responsables son los primeros que tienen que



buscar esto. De otra forma, es imposible que desempeñemos ciertos roles en el ámbito universitario, que ejerzamos la responsabilidad, sin vivir nuestro papel como un pequeño «centurión», como «oficialillos», como pequeños «cabos», el pequeño «cabo» de cualquier «capitancillo» o los íntimos de algún «general». No estoy mareando la perdiz cuando os hablo de esto. El responsable es uno que siente la necesidad de estas cosas, y por tanto el que pide estas cosas. Lo pide. ¿A quién? ¡Se lo pide a Cristo y se lo pide al movimiento, por Dios! Nadie es tan libre como el que busca estas cosas: el hombre que busca estas cosas cabalga sobre la vida y la muerte, es un hombre que está dentro de las cosas como todos los demás, al que las cosas le hostigan como a todos e incluso más, pero está por encima de las cosas, camina por encima de ellas, camina dentro de ellas, camina a través de ellas. Por otra parte, el responsable es el hombre más obediente que hay. Precisamente porque busca estas cosas, todo él está atento al que se las enseña, no a gestionar la comunidad, ni a gestionar la cultura, que deja de renovarse, ni a gestionar las caritativas, que dejan de ser gratuitas, ni a gestionar una estructura.

Por eso, como os he dicho ya –lo he dicho en el Consejo Nacional y puedo decirlo también aquí– desde el momento en que hay, gracias a Dios, un punto en nuestro movimiento, un punto del CLU, donde aunque no se vivan todavía estas cosas, se buscan verdadera e inteligentemente (aunque el peso de la reticencia sea tremendo, y por eso intolerable; a ese nivel es intolerable la reticencia; uno siente el peso de estar allí porque es el peso de su reticencia), desde el momento en que hay este lugar, por favor, ¡sigámoslo! En el movimiento sucede esto: en un determinado lugar, el jefe de un determinado lugar, o la diaconía de un determinado lugar pretende que los suyos le obedezcan, pretende que su comunidad le obedezca; pero ellos no obedecen al que guía el CLU: aquí es donde se ve que las cosas no funcionan. Entonces, como estas cosas son de lo más natural, corriámoslas, ayudémonos a corregirlas, y basta. Pero busquemos esta novedad. Lo que nos diremos mañana acerca del desafío que es para el mundo una cultura nueva que haga más verdadera la sociedad, más humanas las relaciones entre hombre y mujer, más vivibles las relaciones entre padres e hijos, más cómodo el orden social (como también nosotros queremos), depende de esto. De otra forma seremos una masa de pobres presuntuosos a la que se le toma el pelo, enganchados al carro de otros, a la ideología dominante. No podemos hacer otra cosa. Durante muchos años el movimiento ha estado –degenerando– un poco así, durante una decena de años: agregados a la estructura categorial del mundo aunque con palabras distintas.

Por eso, la petición a Dios es la obediencia entre nosotros. Esta obediencia es como abrazarse, es un abrazarse continuo. Yo me siento así con vosotros. ¿Es posible que os falten atributos hasta el punto de que no lo sintáis también vosotros?

*Intervención:* Desde este punto de vista, entonces, el responsable es sencillamente la

persona que más se adhiere a la verdad que ha encontrado, y por tanto la vuelve a proponer donde quiera que esté. Es decir, es el que más vive en la comunidad este valor y tiene una sola tarea, valorar todo.

*Giussani:* Hay que explicar esto, ¡es muy importante! El responsable es el que más responde, el que trata de vivir más, pero es más hermosa la palabra «responder»: es el que más responde...

*Intervención:* Por eso es la persona que más presente tiene el valor allá donde éste se encuentre, tiene una tensión continua por valorar esa presencia.

*Giussani:* El responsable es la persona que reconoce el valor del movimiento allá donde verdaderamente está, y por eso tiene esta prontitud para apreciar su valor, el valor que se comunica; está dispuesto a valorarlo todo. De cualquier modo, éste es un comentario inteligente a mi frase banal: que hace falta ser profundamente obedientes al movimiento, porque entonces se camina. Se camina, con todos los defectos que tenemos encima, y cuando nos caen encima las nubes de nuestros pensamientos y suena el fragor de la tentación o cuando hace esa niebla espesa que no nos deja respirar, en la que ya no se siente nada y no se ve nada, se sigue adelante igual, porque estamos unidos. Y después vuelve lo que debe volver, más que antes —¡más que antes!—.

Muchachos, se va del movimiento el que no quiere su propio destino, el que no ama su propio destino más que las cosas que hace, o mejor, el que no busca su propio destino por encima del apego al estado de ánimo en que se encuentra, es decir, el que, siguiendo con reticencia, hace prevalecer su reticencia.

## Asamblea 3

*Intervención:* Hoy abordaremos las implicaciones que tiene todo lo que hemos dicho los días anteriores en el ámbito del trabajo cultural. ¡Ya es significativo que un inculto como yo hable de cultura!

*Giussani:* ¡Sí!

*Intervención:* Nosotros no afrontamos la cultura como «intelectuales». La verdadera cultura es la posición que el hombre, cualquier hombre, tiene ante la realidad, por zoquete o instruido que sea. De no ser así habría hombres (los intelectuales) que pueden vivir y otros (que no lo son) que no pueden vivir porque están privados de la capacidad de afrontar la realidad. Nosotros decimos que el intelectualismo y la ideología son un esquema al que se intenta reducir, sin éxito, la realidad. De aquí se deriva un impedimento al aproximarse a la realidad, esa reducción inhumana que se vive a menudo (y también nos alcanza a nosotros). Alguien que, armado sólo de sus ideas, intente de

algún modo reducir la realidad a ellas, es un *minus*, un menos, en el sentido de que es incapaz de salir de sí mismo. Lo que nos permite conocer la realidad, «pegarnos» a ella, lo que da al hombre la energía para moverse no es la ideología. Y lo que hace superar la ideología no es otro sistema de ideas, sino un modo distinto de afrontar la realidad, una capacidad de amarla, de abrazarla. El intelectualismo es estático, no tiene energía para avanzar. Lo único que da la energía necesaria es un motivo a través del cual uno entiende que vale la pena estar dentro de las cosas. ¿Qué es lo que permite, entonces, esta adhesión verdadera a lo real? El reconocimiento de un valor, la certeza de haberlo encontrado, profundizar en él. Uno empieza a actuar, a moverse, a tener una posición cultural, cuando reconoce el valor por el que merece la pena adherirse a lo que tiene delante. Aquí empieza a nacer el hombre. ¡Lo contrario de este afecto es el instinto!

*Giussani:* ¡Fantástico! ¡Muchachos, subrayad: «Lo contrario del afecto es el instinto»!

*Intervención:* Pero ¿cuál es el valor que hace que, al reconocerlo, uno se mueva? El Ser. Aquello en lo que consiste la vida, esa «cosa» sin la cual ya no hay motivos para estar en el mundo. Ese valor te «pega» a la realidad más que cualquier análisis. Sólo la conciencia de un origen y un fin, de «aquello por lo que vale la pena», nos permite estar en la realidad. No se puede vivir sin reconocerlo; de otra forma sólo queda la desesperación, y la desesperación paraliza. Éste es el punto de partida no sólo para el cristiano, sino para cualquier hombre digno de este nombre.

A nosotros se nos ha revelado –segundo punto– cuál es el punto de partida, dónde está el Ser como fenómeno que se vive, que se encuentra: ¡porque Cristo está presente dentro de esta compañía! El hombre se distrae fácilmente o se hace extraño a la intuición del valor, por esa inclinación misteriosa al mal que se llama «pecado original». El hombre no es capaz de vincularse hasta el fondo con el Ser, al que sin embargo intuye y reconoce momentáneamente. Necesitamos que se nos introduzca en este valor único por el que vale la pena dar toda la vida. En esto consiste el Hecho cristiano. El movimiento es ese acontecimiento de hace dos mil años que ha llegado hasta cada uno de nosotros, es el signo de la tradición, el signo de lo que ha sido confiado de mano en mano para que cada uno de nosotros pudiese gozar de él. Por eso nosotros no podemos permanecer en el Ser sin permanecer en el movimiento. No puede haber posición cultural, no puede haber cultura, «adhesión» a la realidad, sin permanencia en el movimiento, es decir, sin el reconocimiento de esta Presencia que hemos encontrado.

Dios ha venido para aclarar al hombre qué era lo que buscaba. La presencia de Cristo es esta revelación, y a nosotros se nos ha dado un lugar donde acontece esta iluminación de la mente y el corazón. Sin esto es imposible la acción. De hecho, cada vez que el movimiento se convierte en un esquema, que se percibe más o menos como una imposición, nuestra acción se paraliza; como mucho llegamos –y nuestra historia lo

confirma de manera muy evidente— a tratar de competir con los demás, haciendo seminarios, revisión de programas académicos, etcétera. No es que sean cosas que están mal, como no es malo tener ideas en la cabeza; el problema es que, o nuestras iniciativas tienen un punto de comparación que las contesta, las corrige, las hace avanzar, las impide caer en el desaliento, o decaen. La cultura nace de una vida y no al contrario: la permanencia en esa vida es el origen de la cultura. Esa vida, por sí misma, es un juicio sobre el mundo. Y esto es lo que los demás no saben hacer.

La permanencia en lo que finalmente ha respondido, lo que ha salido al encuentro de nuestra espera, se traduce como método en un seguimiento, y el seguimiento es la adhesión de la propia personalidad al valor que se ha encontrado. Es justamente lo contrario a la obediencia ciega o gregaria, o al formalismo. Seguir implica una relación con otro hombre que vaya al fondo de lo que le juzga a él y a mí. Esto pone en juego la conciencia que tenemos de nosotros mismos: en efecto, tengo que medirme con esta humanidad que conozco, pero debo llegar a entender el valor metafísico que hay en ella, es decir, algo que está más allá de lo que inmediatamente golpea mi sensibilidad. Tengo que aprehender a Cristo presente en medio de nosotros, porque de otra manera nadie me satisfará. Lo contrario a esto es el «personalismo», la adhesión a una persona, que bloquea, que nos hace ser esquemáticos, dispuestos a repetir movimientos y formas de expresarse, mientras que lo que hace que merezca la pena vivir es algo bien distinto.

El que vive el encuentro y la permanencia de la que hemos hablado —tercer punto— tiene un principio cultural nuevo, un principio nuevo para leerse a sí mismo y la realidad: reconoce que todo es don, gracia, es decir, vive la gratuidad como primer principio de pensamiento y de acción, en vez del interés o la conveniencia, que es el principio que adoptan los demás. Uno entiende que sólo la gracia de un encuentro, de una llamada, ha hecho posible que su pensamiento y su acción se muevan. Y esto es lo más grande que podemos comunicar, porque es lo que permite vivir en cualquier condición de vida, lo que permite el coraje de seguir trabajando incluso en un lugar difícil, como es la universidad. Uno ya no tiene nada que perder: sólo le queda conquistar y profundizar el motivo por el que se mueve. Podrá equivocarse cientos de veces, pero el error está ya vencido desde el principio. En este sentido, hasta el problema de la expresividad se reconduce a dimensiones humanas y equilibradas. De hecho, una expresividad que vive de la gratuidad es un don para el otro; en cambio una expresividad que vive de sí misma es violencia, ya que trata de afirmarse a cualquier coste. Si la sensibilidad expresiva no es la comunicación de la verdad que se ha conocido, se vuelve un invento de nuestra cabeza. La mentira es terrible: porque si la verdad es 7, la mentira es 6,9999.

*Giussani:* ¡Estupendo! Una bonita idea.

*Intervención:* Dos implicaciones concretas para terminar. Ante todo, esta postura de

gratuidad tiene que educarse, y la caritativa es el gesto que nos educa en ella. Como se decía en el «librito verde», *G.S. riflessione sopra un'esperienza*<sup>66</sup>, nosotros no somos capaces de dar a los demás todo lo que necesitan. Entonces compartimos con ellos una hora, medio día a la semana o cada quince días, con un único fin: ser con ellos gratuitos, para que podamos comprobar qué significa para nosotros la gratuidad del encuentro que hemos tenido. Sin una postura como ésta no hay cultura posible para nosotros. Por eso, lo más importante es que cualquiera que esté o entre en el movimiento haga un gesto de caritativa con este fin.

Compartir con gratuidad una situación significa no tener pretensiones en lo que se refiere a que ésta cambie, sino entrar en ella como todos, pero con un añadido: la certeza de que se sale de ella, porque lo verdadero nos ha hecho suyos. Y así se comprueba cómo esta situación compensa humanamente en todos los sentidos: desde el punto de vista de la relación, de la alegría, del conocimiento, de la capacidad de iniciativa, de no desanimarse. «Compartir» es un término existencial, no intelectual y abstracto, que se opone al «análisis», concepto vigente en toda la cultura de nuestra época. Compartir implica que yo me implique por entero con el otro. La inteligencia, si no tiene corazón, está muerta, no llega tan siquiera a intuición. No se puede entender lo que no se ama. Por tanto, lo primero antes que nada es la educación en la gratuidad.

En segundo lugar, es necesario que esta conciencia de lo gratuito sea la forma en que estamos presentes en el ambiente; es decir, sea la respuesta que, a través de un compartir, demos nosotros a la desesperación que actualmente hay en la universidad. Nosotros partimos de una certeza sobre nuestro destino, que nos ha sido dada y que queremos comunicar. Por eso no podemos perder tiempo. Éste es el mal que más nos aflige: dejar que el tiempo pase sin sentido, dedicado totalmente a la búsqueda instintiva de un placer, pequeño o grande.

*Giussani*: Ahora tratemos de ayudarnos a ver los ganglios vitales de esta exposición: los puntos cardinales en los pasajes que él ha enunciado, pero que debemos subrayar.

Cuando hablábamos de la «pérdida de tiempo», que es un gran mal entre nosotros, pensaba, aparte de las cosas tan justas que se han dicho: con todo lo que hemos oído y llevamos encima y esta responsabilidad que nos ha sido confiada, ¿cómo es posible acabar (en el sentido propio de destruir) con nuestro tiempo, totalmente dedicado a reacciones instintivas de medio pelo, a la búsqueda de pequeños placeres, de pequeñas comodidades, como cuando éramos pequeños y corríamos el «riesgo» de perdernos durante las vacaciones? Cuando yo era pequeño, en el seminario, se predicaba durante medio año sobre el cuidado en las vacaciones; porque las vacaciones, uno o dos meses totalmente libres, podían deshacer todo lo que se había hecho durante un año. Pero ¡sería tremendo encontrar gente de veinte o veinticinco años en estas condiciones!

De todas formas, un aspecto de esta «pérdida de tiempo» en la que pensaba es lo horroroso que es escuchar este tipo de palabras sin intentar agarrarlas existencialmente. Cuando se llega a un cierto punto (y os confieso que yo estoy así), uno siente horror de ello. No se trata de que ya no tenga ganas de hablar, porque uno estaría siempre hablando de estas cosas, porque ¿qué significa hablar de lo demás? ¿Qué es «lo demás»? pero es como si hubiese una humillación insoportable, la humillación de ver cómo se arrojan margaritas a los cerdos, de sembrar en terreno baldío. Por otro lado, como Dios hizo, hace falta sembrar en terreno baldío, en piedras, cristales, zarzas –como dice el Evangelio–, hace falta echar la semilla<sup>67</sup>. Y cada uno responderá ante Dios, porque éste, sin intención de ofender a nadie, es el destino de cada hora y de cualquier palabra, «aún las dichas en broma»<sup>68</sup>. De hecho, no hay nada en nuestra vida que no sea supremamente inteligente: todo está cargado de inteligencia, la inteligencia de Dios. En este sentido decía que hace falta retomar los ganglios de nuestro discurso para darnos verdadera cuenta de ellos.

*Intervención:* ¿Podrías volver a lo que se decía antes sobre el «valor», sobre aquello por lo que vale la pena afrontar la realidad?

*Giussani:* Antes hemos usado una fórmula que –atentos, por favor– es de una importancia extrema hablando en términos gnoseológicos, desde el punto de vista de una percepción clara y por eso existencial o, mejor, de una percepción clara precisamente porque es existencial: el «aquello por lo que vale la pena». Valor es lo que vale la pena. Todas las estupideces que has hecho estas vacaciones, pongamos, ¿qué son ahora? ¿Qué te queda? ¿Qué tienes en tus manos? El concepto de valor es: «Aquello por lo que vale la pena». Entonces, ¿qué vale la pena? Lo que vale la pena es lo que queda, lo que permanece, no como un detrito, porque el detrito no permanece, las *ruine* no permanecen, las ruinas se pierden cada vez más con el paso del tiempo; lo que permanece es lo que construye, lo que te hace ser: a través de la fatiga todo el tiempo que haga falta, a través de la oscuridad y la repugnancia, pero te hace ser más, te hace ser más tú mismo.

*Intervención:* Decíamos que el valor, aquello por lo que vale la pena afrontar la realidad, es el ser...

*Giussani:* Pero sólo podemos percibir el concepto de «ser» existencialmente; como lo que nos construye, lo que nos hace ser más plenos, lo que nos hace más nosotros mismos, es decir, lo que nos hace entender más, comprender más, abrazar más y amar más, es decir, poseer más todo. Porque poseer una cosa que nos haga excluir todo lo demás es perderla también, es una ilusión provisional.

Éstas son cosas reales. Tanto es así que la diferencia que surge en el clásico ejemplo de la mujer y el hombre que se quieren, la diferencia que surge entre la ingenuidad

adolescente, entre la instintividad juvenil que repugna (al hombre adulto le repugna, le despierta compasión, le despierta piedad) y la madurez, está justo aquí, en el comienzo imprevisto que hace que uno entienda: quizá por una desilusión, por el desinflarse de todo enamoramiento, el venir a menos del ímpetu que se sentía (por otra parte, ese ímpetu, ese enamoramiento, te ha «jorobado», porque te ha atado, hace que estés atado), de improviso se abre un comienzo en el horizonte, a través del cual es como si naciese el sol: «Ésta es la tarea de mi vida, éste es el punto a través del cual puedo mirar al sol que nace o que se pone, puedo mirar el día que empieza, puedo mirar el trabajo, puedo mirar la gente que pasa a mi lado por la calle con el ánimo tranquilo; cumplo mi parte en todo esto, mi parte en el mundo entero». Es exactamente, en sentido real, lo que –sólo que con un centelleo estético– había sucedido al comienzo. Cuando hay un inicio bueno de enamoramiento es como si se abrazase todo el mundo, es como si el corazón se ensanchase. Pero todavía es algo ficticio; y, más aún, una ligera profecía, un ligero anticipo soñador de lo que hay en la realidad; es nada frente a la realidad de un hombre que con su mujer y sus hijos lleva adelante su tarea en el mundo, mira el pasado, el presente y el futuro, con todos sus defectos y todas sus fatigas, o con todas sus alegrías, y está sereno, es verdadero –¡es *verdadero!*– y dice: «Me he equivocado y me equivocaré muchísimo, pero cumplo mi deber, desarrollo mi tarea, mi función en el mundo; mi articularse sigue adelante, sigue en este mundo; yo desarrollo mi tarea en el gran designio». Es una adhesión incomparable a la mujer, a los hijos, que además lleva consigo, haciéndolo surgir, un sentimiento nuevo. Igual que el bastón de Moisés hizo que brotara agua de una piedra por orden de Dios, así en esta sujeción a Dios, en esta obediencia al cosmos, al ser, se produce una fuente de sentimiento que es inconcebible para el adolescente y el joven. Es como, no sé, vivir el corazón del mundo: estamos hechos para el corazón del mundo, pero ese corazón del mundo emerge como contenido que da consistencia al pequeño ámbito que nos toca como tarea, como deber.

Ésta es la hipótesis de trabajo que despliega en el hombre su capacidad de comprensión total. Cuando la hipótesis de trabajo explica todo, lo despliega todo. Entonces, ¿hay una hipótesis de trabajo sobre el ser humano, una hipótesis de trabajo, hablando antropológicamente, más potente que ésta que da la universalidad, el valor de lo cósmico, incluso en el instante, en el instante fugaz? Pero una monja de clausura, si es mínimamente inteligente y consciente, vive de esto. La santidad cristiana es esto: lo eterno en el instante, que es, en el fondo, la forma en que prosigue el misterio por el que el Infinito, Dios, se hizo niño, ¡se hizo un feto!

El ser es lo que nos construye, aquello en base a lo cual somos, nos construimos, lo que nos alimenta, nos hace llegar a ser grandes, comprensivos. Por eso cuando hablábamos de apoyarnos en el Ser, yo señalaba como algo de importancia extrema la

frase: «La inmanencia en toda esta vida es cultura».

Pero si no se revela este «ser» —éste es el otro punto que quisiera subrayar—, resulta un término abstracto. «Revelado»: ¡si se revela, tiene la forma de nuestros rostros! ¿Qué son nuestros rostros, que mañana ya no existirán? Y sin embargo el Ser, el Ser con la S mayúscula, se me hace concreto en la forma de vuestros rostros. El Ser me toma y hace que me adhiera a él. El «adherirse a» es poseer; la posesión es la «relación con». El «adherirse a» es poseer, es afecto. Lo que acrecienta mi inteligencia de las cosas es el afecto, de modo que a medida que sigo adelante por este camino, hay menos cosas que me resultan ajenas, ya no hay cosas que sean ajenas para mí, ni sobre todo personas que me resulten ajenas: es lo que ninguna ideología consigue hacer, ninguna. Y, en segundo lugar, este Ser «concreto» acrecienta en mí el afecto: es como si fuese todas las cosas. Esa vibración que el gran poeta o el gran esteta pueden percibir, justo como una vibración estética, aquí se hace realidad, tanto es así que yo ruego por esta gente como si fuese yo mismo, y rezo por la tierra, por las nubes y por el sol; yo rezo por todo esto, con todo esto (las Laudes están hechas de todo esto).

Entonces, esta adhesión al Ser se convierte en un juicio sobre el mundo, como se ha dicho. El primer aspecto de la plenitud del hombre es un juicio sobre el mundo, que yo llego a vivir no en el sentido de que sea automáticamente coherente, sino porque en mi incoherencia requiero este juicio: lo vivo porque la traición me duele; lo vivo, porque es realmente lo que me rescata en cada momento de la tumba del instinto. El instinto «revuelve la podredumbre», echa las cosas a la tumba y las convierte en huesos y podredumbre; cuando ha pasado el arrebató del instinto, te das cuenta de que sólo contenía podredumbre.

Por el contrario, hay un juicio sobre el mundo que puedo llegar a vivir. Es una fórmula para indicar la prueba de la presencia del Ser: que me hace volverme comprensivo, comprensivo ante cualquier cosa, y al mismo tiempo hace que me adhiera a todo (no se trata de una comprensión intelectual y abstracta). Y así, el corazón de piedra lentamente se vuelve un corazón de carne, y esto es lo que hace que la vida se cargue de capacidad expresiva. Mi madre no estudió, pero tenía una carga de expresividad grandiosa: es una expresividad que no es la violencia de la que he hablado, como les sucede en cambio a todos los «expresivos», a todos los que se llaman «artistas». No es la gran, casi inexorable tentación de afirmarse a uno mismo, la violenta afirmación de sí, en la que todo los demás tienen que estar en función de uno mismo, y deben estar allí escuchando con los ojos y la boca abiertos de par en par a eso tan grandioso que es tu expresión.

Se ha dicho después que los demás no son capaces de este juicio sobre el mundo que yo consigo vivir —inteligencia y afecto—. ¡Es verdad! Es tan cierto que cuando nos apartamos del movimiento no somos ya capaces de este juicio y todo el horizonte se



empequeñece, como si tuviésemos una extraña enfermedad de los ojos que restringe el campo visual: se atrofia la energía de la visión y se atrofia la energía afectiva, ya no se es capaz de adherirse a nada, ¡a nada! Cuanto más has agarrado ansioso las cosas con tus manos, más incapaz te has vuelto de adherirte. Después lo distinto te irrita, lo distinto hace que revientes de rabia, lo distinto te hace vomitar; ¡ni siquiera existe para ti lo que es distinto! Es como si hubieses perdido el tacto, ¿entiendes? Es como tocar una cosa sin sentir que la tocas. No existe lo distinto. Los demás son así, el mundo es así, está totalmente imbuido de esta mentira.

¿Cuál es la categoría característica que nos permite ver que no nos apoyamos en el Ser? El olvido. El Ser tiene la capacidad de ser comprensivo y la adhesión al Ser nos impulsa a vivir esta capacidad de comprensión. Lo contrario, estar separados del Ser, o sea, de la verdad del valor, nos obliga al olvido: olvidamos. Cuántas veces he dado esta gran regla –tenedla presente, es grande, sea cual sea el estado de ánimo que tengáis–: el error está obligado a olvidar o renegar de algo, siempre. La verdad está siempre en tensión por abrazar todo de una manera fascinantemente inquieta, intranquila, se dilata: ¡es como un hambre del universo!

De todas maneras, realmente estamos apoyados en el Ser cuando nuestra postura es una actitud que nos hace crecer, que nos construye, que desarrolla en nosotros la comprensión y el afecto por cualquier cosa. Lo contrario es una postura que siempre nos lleva a olvidar algo, y cada vez una cosa más, y que acaba por hacernos extraños.

*Intervención:* Desde un punto de vista meramente existencial, entiendo que el Ser es mi destino, que mi destino es la alegría y que la alegría es el dolor transfigurado, es una capacidad de enfrentarse al mundo aun viendo lo que es, aun viendo lo que somos nosotros mismos.

*Intervención:* El recorrido que hemos hecho esta mañana sobre el tema del «Ser», a través de la noción de una tarea, me ha recordado una constatación que he tenido que hacer a menudo en mi vida. No es suficiente decir que la cultura es un punto de vista humano diferente a la hora de afrontar la realidad; la cultura es un punto de vista humano que se traduce en tarea. De otro modo permanece la impresión de cierto intelectualismo. Es como si la pertenencia a Cristo o la referencia a Cristo como estructura básica del juicio fuese suficiente para garantizarme que estoy en una cultura cristiana. ¡Es falso! Sólo la adhesión a Cristo permite que mi vida sea una tarea, y es lo que me mantiene en una cultura cristiana. De otra manera incluso la primera afirmación –que es la que plantea el concepto de cultura– es cierta al 6,9999, es decir, es mentira, no se sostiene en la vida. Péguy intuyó y expresó con fuerza suprema que la cultura es una tarea, es la tarea de mi vida y está por entero dentro de la tarea de mi vida, porque sólo en la tarea de mi vida es donde yo juzgo todo y no soy juzgado por nadie, excepto por el Espíritu de

Dios.

*Giussani:* Es lo que dice también el Evangelio, cuando Juan el Bautista manda a sus discípulos a preguntarle a Cristo: «¿Eres tú el que tiene que venir o debemos esperar a otro?», «¿Eres tú la explicación de la vida y del mundo o debemos esperar a otro?». Y Él dice: «Mirad los hechos: los ciegos ven, los lisiados caminan, los sordos oyen y a los pobres se les anuncia la buena nueva; la buena noticia se anuncia a los pobres»<sup>69</sup>. La buena noticia es el principio cultural, es decir, aquello por lo que vale la pena el mundo. Aquello por lo que vale la pena el mundo no es ya sólo una adquisición de los intelectuales o de la gente rica, el descubrimiento de aquello por lo que vale la pena vivir y de la visión del mundo es propio de la pobre gente, es decir, de cualquier hombre en su tarea concreta, práctica, cotidiana. En su trabajo concreto y cotidiano, práctico y cotidiano, el hombre realiza la naturaleza de su corazón, es decir, la afirmación de la totalidad, la relación con el infinito. «A los pobres se les anuncia la buena nueva»: la cultura, la cultura en serio, la cultura verdadera, aquella por la que la acción ya no se pierde, ni siquiera la más insignificante, es función, es tarea, es función del universo, de la totalidad –por eso el hombre, en su acción particular, abraza la totalidad, ama el Ser–, y es también tarea de la pobre gente, que no ha podido discurrir ni estudiar, más aún, es de ellos y no de los otros: un cambio de arriba abajo que es el mayor desafío al poder.

*Intervención:* Quisiera decir algo más con respecto al ser. Santo Tomás definió al ser, en la gran corrección que hizo a la concepción de la realidad de los clásicos, como lo positivo por excelencia. El ser es positivo porque esta guitarra, como nuestra amistad, esta mesa o la inmensidad del cosmos, participan del ser, del principio de su positividad. Esto es tan cierto que en aquella grandísima fase de la cultura cristiana Dios fue definido como el *ipsum esse subsistens*<sup>70</sup>, lo que quiere decir ese ser, ese ente, cuya esencia es existir.

*Giussani:* Es decir, ese ente es la positividad total, y todas las demás cosas participan de esa positividad. Agradezco esta intervención, porque es exactamente el principio que estaba bajo la verificación que he indicado: la «positividad» de nuestra vida. Porque la palabra «alegría», que es la palabra humana más grande, porque es la anticipación del paraíso, parece no ser actual en muchas ocasiones. Y, de hecho, en muchas ocasiones no lo es. Tanto es así que Cristo usó como término para indicar la positividad de la vida la palabra «paz». Claudel, en *La Anunciación a María*, dice que la paz «está hecha de dolor y alegría a partes iguales»<sup>71</sup> –el concepto de alegría como dolor transfigurado–. De hecho, el cristiano es el hombre alegre. ¡Alegre! Hasta con la cara larga, en el fondo no consigue arrancarse la *leticia*. Mientras que, mundanamente, es al revés. Lo que quizás habéis vivido en estas vacaciones es exactamente lo contrario: un gozo exterior, con una

cobarde amargura dentro –¡cobarde!–.

*Intervención:* Quisiera saber qué diferencia hay entre el riesgo que se ha indicado de ponerse a competir con los demás y la postura de desafío cultural ilustrada en el libro-entrevista *Comunión y liberación*<sup>72</sup>.

*Intervención:* Intento responder yo. Lo que más me ha impresionado hoy –y que revuelve la mentalidad a la que estamos ya acostumbrados y de la que estamos impregnados– es que nuestra fuerza no está en la lucha, sino paradójicamente en la pobreza: nuestra consistencia está en pertenecer a Otro. Creo que en parte responde a la pregunta...

*Giussani:* Sí, la responde desde el punto de vista teórico. La pregunta, no obstante, es muy pertinente en lo que se refiere al método con el que debemos vivir el ambiente de la universidad: y ésta es la cuestión.

*Intervención:* Yo creo que si me pongo a competir con otro, la unidad que me mide es ese otro con el que compito; en cambio, si planteo un desafío cultural, en el sentido que se decía en la entrevista, pongo ante el otro algo con lo que debe hacer cuentas.

*Giussani:* Es decir, el método de la presencia en la universidad es una actitud positiva, es una positividad –nosotros proponemos algo: positivo, «ponitivo», poner– es proponer una vida, proponer una presencia. Entonces es el otro el que tiene que hacer cuentas con esta presencia. Y proponer una presencia significa proponer una amistad, proponer relaciones entre amigos, proponer relaciones con los extraños que se vuelven compañeros, proponer relaciones con los profesores, proponer relaciones con el contenido de lo que dicen, mi idea sobre las cosas, y discutiré, polemizaré. Proponerse, proponerse en la universidad. En la universidad, proponerse: presencia, presencia, ¡sólo presencia! Como se decía ahora, poniendo de relieve que el sinónimo de la palabra «ser» es la palabra «presencia».

*Intervención:* Esto es fundamental, me parece, porque poner ante los demás este desafío quiere decir proponerse a sí mismos como portadores de este acontecimiento, y no de un discurso, de una ideología.

*Giussani:* No un movimiento, sino el movimiento de sí, de la propia persona. El movimiento es tu persona. Si estamos juntos es porque eres una persona tan rica, tan floreciente en tu riqueza, tan dotada, que nos implicas también a nosotros: la comunión.

*Intervención:* Yo quisiera hacer una pregunta práctica. La invitación a hacer caritativa, ¿la debo sentir como una forma de hablar o...?

*Intervención:* A mí me parece que es literal, no es para nada una forma de hablar. Luego la forma de la caritativa es lo más libre de todo. Pero, o uno se educa de esta manera a afrontar la vida (podrá ser ir a las chabolas, ayudar a estudiar a los compañeros, tomar una determinada iniciativa política o una iniciativa de solidaridad), o uno se sitúa

así, o no entiende por qué debe hacer determinadas cosas, no entiende la motivación y el método por los que tiene que seguir una tarea de presencia en el ambiente en el que vive.

*Intervención:* Pero es todavía más, porque, siempre por seguir dentro del tema central de hoy, el ser es un dato, no es un deber. Entonces, el compartir con el otro como siempre lo hemos aprendido, como pura educación en la gratuidad, significa aprender qué es ser, qué es ser creados. Por eso es la raíz de la cultura...

*Giussani:* ¡Mira que no está claro!

*Intervención:* Quisiera volver al tema central de hoy: el ser como algo positivo, como valor. El ser no es un deber, es un dato, un don; yo estoy llamado a participar del Ser, que es Dios, en virtud de un don gratuito. Entonces, el gesto de la caritativa, entendido como pura educación en la gratuidad, es una condición existencial, eficaz, dentro de la cual me educo en el hecho de que existir, el ser, la vida, es un don y no un deber. En este sentido, es el principio fundamental de la cultura y de la presencia.

*Giussani:* Es muy justo, pero para mí que todavía es un poco difícil. En definitiva, lo que dices significa acostumbrarnos a sentir a las personas que conocemos como un descubrimiento, como el encuentro con algo nuevo, como parte del don del ser, como el signo del encuentro con Cristo, con Dios, con la totalidad. De hecho, ¿cómo encontramos nosotros la totalidad? La encontramos abriendo las ventanas y asombrándonos del sol. Es un detalle ridículo del universo, pero para nosotros es el encuentro con la totalidad. Al pararnos por la calle, nos sorprendemos a veces mirando un tallo de hierba y nos asombramos de su existencia, y esto es el encuentro con el Infinito, el encuentro con Dios.

Esta mañana hemos hecho un descubrimiento decisivo, a mi parecer, sobre la caritativa, que no se había producido antes en toda la historia de nuestro movimiento, quizá ni siquiera al principio, cuando hicimos el cuadernillo sobre la caritativa<sup>73</sup>: la caritativa es la condición para la cultura. A decir verdad, al principio, justo al principio, estaba este juicio. Pero ciertamente ha sido un gran redescubrimiento desde hace unos pocos años, así que para educarnos en la cultura debemos educarnos en la gratuidad, o lo que es lo mismo, vivir la caritativa. Sólo que si vivimos la caritativa por el mero «hacer caritativa», somos unos moralistas que hacen la vida más pesada, y basta. Lo que cuenta es la conciencia de lo que hay dentro de la caritativa. Por eso hace falta un momento, aun pequeño, aunque sea un solo momento durante la semana, durante la quincena o durante el mes, en que uno hace un gesto así, es decir, vive una relación con conciencia de una pura gratuidad. La gratuidad no es: «Yo te doy esto»; eso no es la gratuidad sino la «riqueza» más grave, es la afirmación de uno mismo; la gratuidad en cambio es la alegría de participar de una Presencia. Estoy agradecido a esta persona con la que voy a hacer sus tareas de casa porque me hace participar de la Presencia; tan cierto es, que

después de haberlo hecho, he crecido; desde que lo hago, siento que crezco. La gratuidad es «gratitud hacia»; se cambian las tornas: es gratitud hacia la persona a la que, hablando en términos humanos, le hago el favor, porque me hace participar del Ser.

Por eso la palabra «gratuidad» no se refiere solamente a las relaciones con las personas, sino también con las cosas. Cuando nos hacemos la señal de la cruz antes de comer (o también cuando no te la haces: no somos formalistas, el formalismo –el moralismo– es la roña de nuestra vida; ¡cuando no hacemos la señal de la cruz porque estamos fuera, en un restaurante, puede bastar con un instante interior!), comer se convierte en gratuidad, porque se vuelve agradecimiento al Ser que nos hace participar de Sí. Entonces uno se hace mucho menos pretencioso, automáticamente el gesto de comer puede ser menos voraz, más equilibrado, más humano, por ejemplo.

*Intervención:* A mí me parece que un ejemplo que indica la validez cultural de un gesto como la caritativa es la iniciativa de los Católicos Populares. ¿Por qué tiene uno que «calzarse» haciendo política en la universidad en la situación en que estamos? ¿Porque algunos quieren mientras que a muchos de nosotros...?

*Giussani:* ¿Les trae sin cuidado?

*Intervención:* Porque el que hace esto lo hace gratuitamente; lo hace porque entiende que compartir esta situación con todo lo que implica es necesario para participar de la sustancia que da gusto a su vida, y por eso, sin presunción y sin pretensiones, se mete en ello y trabaja, consciente de todo lo que hay que hacer, de todo lo que falta y de todo lo que no se puede hacer. Los demás, los que se habían metido a hacer política con una pretensión sobre el resultado, se han ido de la universidad, han teorizado que había que actuar «fuera» de la universidad. Nosotros somos los únicos que se han quedado dentro. ¿Por qué? Porque el único principio guía de este «estar dentro» es la gratuidad de la que hablábamos: no se puede hacer política en la universidad de otra manera. Si nuestros políticos no son capaces de hacer política es porque les falta esta dimensión: están pegados a la poltrona, como todos los demás.

*Giussani:* Y es triste ver que gente devota, ligada a una ideología como la marxista, puede transitoriamente –¡transitoriamente!– ser más capaz de gratuidad que nosotros.

*Intervención:* Quería que me ayudaseis a entender más la cuestión del valor. ¿Cómo se puede vivir este «principio metafísico» de la realidad? He entendido esta mañana que lo que mueve a actuar es un interés, una conveniencia, o bien es gratuidad. ¿Cómo se puede alcanzar este sentido de la gratuidad, entendido no como esfuerzo sino como dimensión permanente de la vida? Yo mismo he dicho muchas veces que el valor se nos ha revelado en Cristo presente, pero también esta mañana he entendido que decir: «Cristo está presente» es algo piadoso si no alcanza la mentalidad y el juicio, el criterio metafísico con que abordar la realidad.

*Giussani:* Claro, muchachos. ¡Porque no es metafísico! ¡Porque no hay nada más existencial que esto! Y aquí está la cuestión: el acto existencialmente más grande es el que nosotros normalmente no hacemos: rezar, pedir el Ser, mendigar el Ser. Si uno tiene hambre, busca algo de comer o se muere. No digo estas cosas porque sea cura; lo digo porque es terrible descubrir la dificultad que hay ante algo que es absolutamente simple, original. La oración es la traducción a nivel adulto, consciente, de la postura que tiene el niño pequeño hacia el seno o el rostro de su madre. Es una búsqueda continua, es decir, una búsqueda estable. No me hagáis caso en esto y estaréis «cocidos» en vuestra estupidez, porque éste es el peligro que se cierne: la estupidez infinita en vez de la infinita positividad, una positividad infinita. Mirad que si no os resignáis a decir: «Dame de este agua», como le dijo el Señor a la Samaritana... «El que beba de mi agua, el que venga a buscar mi agua, brotará en él una fuente perenne, un nuevo ser»<sup>74</sup>. Se volverá verdaderamente autónomo, no dependerá de los condicionamientos que determinan la vida de todos y que, cuanto más presuntuoso se es, más la determinan, de modo que ¡la vida queda totalmente condicionada, esclavizada, alienada! No hay nada que esté más en contra de nuestros hábitos normales que rezar. Pero ¡no hay nada más racional que rezar!

Pero ésta no es la única respuesta. Es la primera respuesta. ¿Qué es la oración de la mañana? ¿Qué quiere decir la oración de la tarde? ¿Por qué rezamos Laudes, Vísperas, y todo lo demás? ¿Por qué? ¿Qué sentido tiene? Es terrible que se haga todo esto como sin conciencia. En definitiva, es lo que nos ha atraído al principio. Una de las cosas que más atrae al principio es rezar juntos. Pero este atractivo se pierde inmediatamente, porque se convierte en un formalismo comunitario, un gesto de la comunidad, y como mucho queda como una emoción superficial, una conmoción estética, y no como un clamor. Pero las cosas que habéis dicho hoy, hace diez años no habríais soñado ni tan siquiera pensarlas. Hace falta que sea así para todos nosotros. No somos del movimiento porque entendamos estas cosas, somos del movimiento porque anhelamos estas cosas, aspiramos a estas cosas.

En segundo lugar, se trata de seguir verdaderamente al que habla en el movimiento, porque el que habla en el movimiento es alguien que ya ha recorrido toda la fatiga de la incertidumbre –¡toda!– y ha atravesado todas las dificultades que tenéis vosotros.

*Intervención:* Entonces el movimiento, existencialmente, como fundamento de una postura cultural, es este grito a Cristo, un grito al que es todo y a su presencia histórica. Por tanto, desde el punto de vista existencial, se ve que uno construye una posición cultural si pide un juicio sobre su vida a Cristo, y a la compañía que Cristo nos da.

*Giussani:* ¡Justísimo! Es decir, he respondido de dos formas a la pregunta sobre el valor existencial de Cristo presente. La primera es el grito a Cristo, la oración. Pero recordemos que Cristo es Dios hecho presencia y que el rostro de esta Presencia es la

comunidad entre nosotros: Su rostro es la comunión entre nosotros. Por tanto, a la petición a Cristo en la oración le corresponde la petición a nuestra comunión, a nuestra comunidad, al movimiento, para que juzgue nuestra vida. He sido más abstracto antes cuando hablaba del movimiento como el seguir a las personas que hablan en el movimiento; pero ahora se ha aclarado que seguir a las personas que están en el movimiento, que están de forma madura en el movimiento, quiere decir dejarse juzgar por ellas.

*Intervención:* Quisiera que volviesses a explicar lo que se dijo al principio sobre la diferencia entre seguir a una personalidad y seguir una experiencia...

*Giussani:* Antes se ha dicho una frase extremadamente clara: el seguimiento no es seguir a otro porque se llame «X», o porque es cruel en su forma de dirigir la comunidad y, por tanto, uno o se marcha o se adhiere a él, etcétera. Es «seguir a otro en lo que nos juzga a mí y a él». No sigo a «la» persona que dirige mi comunidad. ¿Quién es ése? Puede hasta, manifiestamente, estar más cargado de defectos que yo. ¿Le sigo porque habla bien? ¿Qué quiere decir «hablar»? Hay mucha gente que habla estupendamente. De ser así, tendríais que seguir a cualquier personaje político que hable de manera fascinante. ¿Qué diferencia hay entre seguir a alguien del movimiento y seguir al político de turno? Que tú sigues a lo que os juzga a él y a ti. No encuentro una fórmula mejor que ésta: seguir a alguien en lo que os juzga a él y a ti. Siempre lo he dicho durante estos años (empecé la lucha contra el «personalismo» hace dos años), que no se sigue a la persona, a ninguna persona —¡que quizá sea un pobre diablo peor que tú!—, se sigue la experiencia de vida, la experiencia de ser, la verdad, el valor que a través de esa persona ha llegado hasta ti o se te solicita, al que estás llamado. Y ese valor, o esa experiencia, te juzga a ti, pero también a la persona que te lo dice.

El afecto a la persona que guía la comunidad es inversamente proporcional al apego personalista que tenéis. El apego a una persona es algo que parece fuerte, pero es ilusorio, y entre otras cosas, deja que hagas lo que te dé la gana. Con la postura «personalista», de hecho, primero imitas, te vuelves un imitador hasta de las inflexiones de la voz, como se decía, y después pasas y haces lo que te da la gana, en tus intereses personales haces las tonterías que se te ocurren.

Mientras que, en el seguimiento del valor que alguien te da, te ves juzgado hasta en tus intereses personales. Por eso el apego personalista es algo gregario, es una cobardía, es degradante para la persona: estar pegado al nombre de menganito de tal es justo como no entender nada. Y el que favorece esto es un pobre desgraciado que hace daño al movimiento, porque no ama a la persona: se amará a sí mismo en acción, pero no ama a las personas que tiene delante. Lo decía en el colegio: «Muchachos, acordaos, las cosas que os digo son verdad aunque mañana me veáis en los periódicos por haber cometido

delitos» (esperemos que no pase, ¡eh!).

*Intervención:* Precisamente partiendo de la experiencia de este año en la universidad, veo nacer en mí la exigencia de nuestra unidad, y quisiera entender qué relación tiene con lo que hemos dicho sobre la gratuidad. El signo más grande que nosotros podemos ser como presencia en la universidad es mostrar la unidad que vivimos: éste es el hecho más sencillo por el que los otros entienden la gratuidad de la que hablamos. ¿Qué relación hay entre educarse en la gratuidad y construir una unidad visible en la universidad?

*Intervención:* Yo fui por primera vez a la caritativa cuando experimenté lo verdadero que es este encuentro y reconocí que mi tarea en la vida era comunicarlo. Entonces dije: «La educación de mi libertad pasa por aquí», y probé. Desde entonces le he dedicado una hora a la semana.

*Giussani:* Y aunque fuese una vez cada quince días. Quisiera no obstante que este problema estuviese claro, ya que es muy importante, porque detrás de él está la necesidad de tener un concepto claro de libertad. En definitiva, si yo quisiera ser feliz, o sea, alguien completo, total, y uno me dijese: «Mira, si subes dos kilómetros por esta escalera y, en vez de subir los escalones, vas a horcajadas por la barandilla, llegarás a la felicidad», sería irracional no hacerlo. Cuando, después de veinticinco metros, ya algo cansado, digo: «Pero ¿qué estoy haciendo aquí?», aun entonces sería razonable hacerlo. Porque la libertad es la racionalidad en acto. No se puede separar la libertad de la razón: la racionalidad es la conciencia de lo real hacia su plenitud y la libertad es la posesión de lo real hacia su plenitud. La razón es como los ojos que te permiten ver y la libertad es como el corazón y los brazos que abrazan. Por eso la libertad es adhesión. Siempre pongo este ejemplo en clase: uno está caminando entre la niebla en una zona que no conoce demasiado, no sabe lo que tiene delante; en un momento dado ve unas sombras en la niebla; ¿será un hombre o un búfalo? Entonces mira atentamente, porque si es un búfalo tendrá que quitarse de en medio y si es un hombre, ¡vete a saber quién será! Mira atentamente: ¿es un hombre! ¿Es más libre cuando no está seguro o es más libre cuando dice: «Es un hombre»? Es más libre cuando dice: «Es un hombre», porque la libertad es adhesión al ser, a lo verdadero.

Le dices a tu padre: «El domingo voy a salir con mis amigos». Tu padre, que ha discutido con tu madre y no está de buen humor, aunque no te haya dicho que no en mil ocasiones anteriores, esta vez, extrañamente, dice: «No, no vas». Tienes la impresión de estar en una cárcel, de falta de libertad. O bien, hay algo que te apetece mucho; tú no sabes si te dirá que sí o que no (y cuanto más te apetece eso más inseguro y dudoso estás), y él te dice «Sí, hazlo»: es la libertad. Porque la libertad es la vida que vive, o sea, es adherirse al ser, como hemos dicho antes, es que lo positivo se realiza. Es la



positividad aconteciendo, la libertad.

La elección, el problema de la elección, es el signo de una libertad que todavía no es ella misma, tanto es así que Dios no elige como lo hacemos nosotros: Dios está en lo eterno. Es elección respecto a nosotros. Dios tiene un designio eterno: «Te he amado con un amor eterno»<sup>75</sup>. ¡Antes de que yo naciese!

Entonces, si entiendes el significado que tiene para ti hacer gestos de gratuidad, es decir, compartir la persona del otro, participar en la vida del otro, no por un motivo político, para tenerlo, para poseerlo, para «atraerlo» (si vas a compartir una hora con alguien para atraerlo al movimiento y él tarda un poco en venir, te enfadas. No es que la gratuidad no tenga un fin justo, sino que es una forma de perseguir el fin justo: Dios comparte de tal manera nuestra vida que puede permitir que nos equivoquemos toda la vida, «atrayéndonos» a la salvación), si entiendes que la gratuidad es fundamental para tu sentido del ser, para aumentar en ti el sentido del ser, la positividad de tu vida, la capacidad de abrazo y de adhesión de tu vida, de reconocimiento y adhesión de tu vida, entonces, hasta cuando no tienes ganas, hasta cuando todo te pesa, hacer ese gesto fijo es la suprema libertad. Cuando reconoces que algo es justo y no tienes ninguna gana de hacerlo, no eres libre si pasas y «te vas de juerga», eres libre si lo haces. Esto es la libertad: estar por encima de los condicionamientos que nos determinan.

La segunda parte de la pregunta es muy importante en sentido práctico.

*Intervención:* A propósito de esto quisiera decir que una presencia unitaria no es un rebaño que aplica el mismo esquema ante todas las situaciones con las que se encuentra en la universidad. La unidad es la actitud del hombre que se siente hecho, que se siente construido por la relación con los demás, que reconoce su consistencia existencial en un solo punto. Por tanto la unidad se vive como referencia a un juicio sobre uno mismo.

*Giussani:* Y por eso es libertad. Es decir, yo reconozco que el lugar donde soy construido e iluminado es el movimiento; entonces, mi lugar en la universidad, es decir, el lugar donde crezco, es la comunión con los otros del movimiento, es la unidad con los demás.

Antes habéis usado una expresión muy interesante: «Vivir la unidad». La nuestra es una unidad que vive. Ahora bien, ¿de qué está hecha la vida? ¡De intereses! La vida se interesa por todo, se abre a todo, la vida quiere saberlo todo. Entonces es una unidad entre nosotros no encerrada en sí misma, sino abierta de par en par a las personas que se conocen, a la gente que se conoce deambulando por ahí, al compañero que tienes ahí al lado, codo con codo, a lo que sucede en clase: «Pero ¿qué dice este profesor?». Hace que te tragues estas cosas como si fuesen ciertas. ¡Discutámoslas!». Y entonces nuestra unidad crea un seminario aparte, un debate, una asamblea. Y de todo esto se habla en la Escuela de comunidad.

Hay un punto que añadir, que me ha recordado la intervención de antes, y que tiene una importancia decisiva. Hay un momento en la vida de la comunidad en que volvemos a hundir la mano en todo lo que estamos diciendo y desde allí juzgamos a izquierda y derecha nuestra vida, la vida de la comunidad y la vida que tenemos alrededor: es la asamblea permanente. No tiene que hacerse todas las semanas (la asamblea permanente es el momento en que brota de manera asamblearia, en que aflora todo lo que tratamos de vivir permanentemente); se puede celebrar una vez al mes, pero hay que prepararla muy bien. Los grupos hacen Escuela de comunidad todas las veces que quieren; en la Escuela de comunidad ya debe darse una referencia a todas estas cosas. Pero, sobre todo, la asamblea permanente –inspirándose en las categorías, en la mentalidad que hemos dicho desde hace tres días y que hemos dicho hoy– tendrá que hacer que surjan todas estas cosas, sobre todo haciendo referencia a los discursos del Papa, que serán los textos de la Escuela de comunidad de este año<sup>76</sup>. En base al trabajo de Escuela de comunidad, la asamblea permanente deberá juzgarlo todo, deberá juzgar la propia vida, deberá juzgar la vida de la comunidad, deberá juzgar la vida que sucede en la universidad. La asamblea permanente debe convertirse en el instrumento más claro con el que se meten las manos en el fondo de estas cosas. No se trata de repetir lo que se ha dicho: prohibámonos repetir, salvo citando entre comillas. Es decir, decimos un pensamiento nuestro y después podemos repetir perfectamente: «Como ha dicho Fulano... así y así». Debe ser como una palabra que nace de la confrontación entre lo que hemos entendido, lo que empezamos a entender de estas cosas, y la vida.

El juicio es la expresión de un valor que nos «aborda», que da un bandazo a nuestra vida, la hiere y la obliga a cambiar. El juicio de valor es esto. Cuando la verdad cae como una espada sobre nuestra vida, la hiere y la obliga a cambiar, a renovarse, aunque no lo consigamos. Es necesario custodiar, favorecer, cuidar esta herida, aunque no se logre cambiar: cuidarla, de manera que nos moleste, porque no hay nada más hermoso que esta molestia, nada más hermoso que este dolor. Un dolor que es como una herida abierta, que es la puerta por la que entra en nuestra vida la verdad, y en nosotros el amor a ella. Por eso, la asamblea permanente tiene que ser el lugar del juicio, donde salgan a la luz estas heridas, donde estas heridas o estos florecimientos salgan a la luz; tendrá que favorecer este cavar la tierra, como el arado que hiende o como el tiempo que hace florecer. Éste es el juicio, no repetir ciertas palabras.

1980

# LA RACIONALIDAD DE LA GRATUIDAD<sup>77</sup>

*La idea de que la presencia en la universidad dependía de la persona y, más aún, que fuera en su origen la expresión de lo que uno es y de la conciencia que tiene de sí mismo, era ya un punto firme en la trayectoria de las comunidades universitarias de CL. Como una especie de línea divisoria, esta idea indicaba el camino para el desarrollo de la experiencia del movimiento, a la que se contraponía, en caso de no ser aceptada, su decadencia en asociacionismo. Sin embargo, precisamente porque no se trataba de una nueva idea o de un nuevo proyecto sino de la verdad de la persona y su experiencia, el problema estaba lejos de verse resuelto. En este Equipo, bajo forma de apuntes, se dirige la atención a los rasgos de la concepción cristiana de la vida y se traza el camino para la personalización de la fe.*

## Asamblea

*Intervención:* La amistad entre algunas personas, que las intervenciones de todas las ciudades han descrito, ha dado como resultado una forma de estar presentes en la universidad que es respuesta a muchas de las necesidades que se plantean en ella.

Esta respuesta ha servido para educarnos a través de gestos que siempre hemos entendido como gratuitos. ¿Qué clase de racionalidad y de inteligencia demostramos en estos gestos y en las respuestas que damos a las necesidades que todos tenemos? Si volvemos a entender esto, estaremos poniendo fundamentos que nos mantengan en pie cuando no sepamos dar respuesta a una necesidad, que puede ser más grande de lo que nosotros pensamos, y evitaremos caer en hacer las cosas por generosidad. ¿Qué clase de inteligencia nace de la gratuidad, de estos gestos que nos obligan a un sacrificio, a un trabajo? Es fundamental que el que tenga una responsabilidad entienda esto, porque permite un juicio que no implica la obligación de estar siempre físicamente presentes; y si tengo claro cuál es este juicio, seguiré estando presente, incluso en los momentos en que no puedo estar materialmente ahí.

*Intervención:* ¿Qué es lo que debemos construir?

Esta pregunta sobre la construcción viene antes de la que se acaba de hacer. El primer efecto de una racionalidad en acto es que te preguntas algo sobre el acto mismo.

Lo que sucede por su propia naturaleza, el efecto al que tiende por su dinámica original la naturaleza racional, es una construcción. Tanto es así que esta construcción, en su

totalidad, se llama vida y la objeción más tremenda a nuestra naturaleza y a la vida es la muerte. Pero la aspiración que define en su alcance la longitud de onda, el reflejo último de nuestra conciencia, es lo infinito, lo inconmensurable. La definición de la palabra razón, conciencia, es la relación con el infinito. ¿Qué quiero construir con esta conciencia?

*Intervención:* A mí me interesa la justicia. La justicia es la fe. Nuestra acción nos ha desvelado a nosotros mismos y a los demás que nos habíamos olvidado del hombre, de nuestra humanidad y de la de los demás, y al actuar se nos ha desvelado que lo que deseábamos era la conciencia de que nuestra vida sea verdadera.

Y los demás han descubierto esto.

De entrada, se encuentran con nosotros, que ponemos las mesas de acogida para los que entran en la universidad o resolvemos sus primeros problemas. Es un tipo de presencia distinto, que ni siquiera creíamos que se pudiese concebir, porque nadie vive ya esta dimensión, un intento auténtico que se afirma como gratuidad, es decir, que afirma su naturaleza más verdadera. El principio para construir un mundo verdaderamente justo es afrontar la necesidad que tenemos en su raíz, es un modo de vivir, de criar los hijos, de mirar la sociedad.

Esto quiere decir construir un hombre bueno, o bien, que el hombre verdadero sea libre. La justicia es que el hombre verdadero tenga libertad. Es el hombre con su libertad el que construye la paz —dice el Papa<sup>78</sup>. La paz es la justicia, porque si las cosas no estuviesen en su lugar no habría equilibrio, por tanto habría guerra. Lo que buscamos constantemente es la justicia. Desde el punto de vista existencial, la justicia es poder vivir sin tener miedo a morir.

*Giussani:* Lo que acabáis de señalar es importante, pero todavía es insuficiente. Tenemos que responder a la necesidad de tal modo que no suframos ya el chantaje del resultado inmediato de nuestra respuesta. El hombre nuevo, verdadero, no es un producto que nosotros concebimos, sino un orden que debemos descubrir y reconocer de nuevo, un orden al que debemos obedecer.

El problema completo es cómo se constituye un hombre nuevo, porque uno entiende que la justicia no es su propia capacidad de responder a una necesidad.

Cuando uno empieza a entender que sólo se construye a partir de la afirmación de que yo soy pensado, que soy «otro que me hace», entonces se une a los demás sin dejarse chantajear por la necesidad que yo tengo o los otros tienen.

La cuestión no es la capacidad de construir, sino partir siempre de algo que es más grande que yo y en lo que me meto por entero, porque no depende de mí.

Esta conciencia es el punto que, si mañana cerrasen todas nuestras cooperativas en Italia, me haría comenzar de nuevo al día siguiente. La palabra que corresponde a la

exigencia que nos constituye es la palabra justicia.

La justicia es lo que queremos construir.

Y ¿qué es construir la justicia?

La generosidad puede ser irracional. Nosotros podemos dedicarnos con libertad a la construcción de la justicia porque esa justicia no depende de mí, es el designio de otro y yo obedezco. La compañía que nos ha puesto juntos ha nacido de la fe: del reconocimiento personal de que esa justicia, ese designio de «otro», tiene un nombre, Cristo. En este sentido, la justicia es la fe. Cristo es el medio por el que la justicia se realiza.

En el 68, 69 y 70, repetíamos esta palabra que ahora se ha olvidado. Vosotros repetiréis esta palabra con una conciencia cien veces mayor. Construir la justicia, el hombre nuevo, el hombre en sus rasgos originales, verdadero y según su origen, porque no se constituye por sí mismo, es parte de un designio del que Cristo nos ha hecho partícipes.

En este sentido, decíamos, la justicia es la fe.

Lejos de la fe, la justicia se convierte ante todo en un chantaje de la imagen que nos hacemos de la necesidad.

Vuestros compañeros de izquierdas objetaban que os apoyabais en las necesidades de los otros para afirmar vuestro proyecto. Y vosotros decíais que no. Y es verdad, porque nosotros no actuamos por un proyecto nuestro; pero si eliminamos la fe, la imagen que nos hacemos del proyecto nos chantajea.

Vuestros compañeros se mueven sólo para imponer su ideología. Decían que había que hablar del estudiante-masa, no de su persona: ésta es la deshumanización erigida en sistema.

Esta abstracción erigida en sistema gobierna su imagen de la necesidad.

La imagen de la necesidad que ellos tienen les chantajea por entero y están totalmente alienados, porque la propaganda del poder es la que propina esta imagen de la necesidad.

En segundo lugar, si nos olvidamos de la fe, estamos expuestos al chantaje del resultado de nuestro actuar, porque cuando nuestro actuar muestra su desproporción con la necesidad, uno se enfada. Nos sentimos cada vez más solitarios y mantenemos obstinadamente nuestras propias posiciones. O bien nos desalentamos, como cada mil novecientos noventa extraparlamentarios de los dos mil que había.

Si no se entiende que la justicia es la fe, se está expuesto a ese chantaje continuo de la necesidad a la que hay que responder, que es la ideología, y la desproporción de nuestro resultado se vuelve testarudez rabiosa (insistir en algo aunque sea equivocado); o bien uno se desalienta.

La respuesta a esta pregunta interpela a nuestra humanidad, es decir, garantiza que

todo lo que se hace sea humano y útil o no se haga.

*Intervención:* ¿Qué relación hay entre la justicia y la fe?

*Intervención:* La justicia es la realización de la necesidad que tiene el hombre, de su naturaleza original que exige la verdad, es decir, la libertad del hombre verdadero. ¿Quién realiza esto? ¿Quién lo ha realizado? Jesús. No se realiza la justicia, no se responde a la verdadera necesidad que el hombre tiene si no se cree.

*Giussani:* Esta observación aclara quién realiza la justicia, pero la observación que se ha hecho sobre el chantaje aclara el significado de la justicia misma. El hombre se hace una imagen de su necesidad, se vuelve ideológico y se ve obligado a enfrentarse con su propia derrota lenta, aunque no abandone su ideología (esto es el chantaje).

Imaginad la amargura inmensa que debe provocar en un joven comunista el imperialismo ruso. Quieren acallar la amargura que les provocan los recuerdos de sus aspiraciones ideales.

Tienen que realizarse y para hacerlo se ven obligados a abandonar su participación activa en el partido.

El hombre no puede realizar la justicia; éste es el concepto fundamental de la antropología cristiana, que se llama pecado original. El hombre no puede realizarse a sí mismo. El hombre nuevo no es autógeno, ha sido hecho, es parte de un designio de otro que se nos ha revelado.

El hombre se ha encontrado de frente esta impotencia. Si era sincero sufría como un trauma; si era un hombre común, usaba el poder obstinándose en su idea.

Esta impotencia es fundamental en toda la experiencia humana: un hombre que ame a una mujer entiende esta desproporción, como la entiende un padre que mira a su hijo o un hombre que tenga piedad del mundo.

El hombre no ha sido abandonado a esta desesperación, porque el que ha trazado el designio ha venido. El designio por el que tú actúas y que te salva es Cristo: la justicia es la fe.

Nos comprometemos con las necesidades para construir la fe. La alternativa a esto serían las imágenes de la necesidad que se hacen los hombres.

«La justicia es la fe»<sup>79</sup>: es una frase de san Pablo.

La dificultad es el paso del ideal de justicia a la fe, porque el hombre es incapaz de realizar la necesidad de justicia que, sin embargo, tiene.

El pecado original es la incapacidad del hombre de ser él mismo. Esto significa que es incapaz por sí solo de amar a una mujer verdaderamente, o de ser padre. Lo que le hace capaz de esto es el reconocimiento de una presencia distinta. Ése es el designio del que tú dependes, y que nosotros como hombres deberíamos haber reconocido desde siempre, y que en cambio no hemos reconocido, ni lo reconoceremos, presos como estamos del

orgullo y del amor propio, de la medida de nuestras opiniones o imaginaciones, de nuestro estado de ánimo. Este designio es Cristo.

Quisiera volver a algo ya esbozado: en un determinado momento nos hemos juntado por la fe. Esto hace que salga a la luz el significado humano de lo que nos ha reunido: la compañía se ha creado en nombre de la fe cristiana. Esta compañía es lo que nos ha hecho generosos, nos ha permitido asumir todo ese compromiso, ese atractivo que en ningún año de la historia del CLU ha sido tan fuerte. Esta compañía nos ha lanzado a una postura de compromiso gratuito (porque no ganamos nada con lo que hemos hecho; y, en el fondo, los extraparlamentarios no podían entender por qué poníamos las mesas de acogida en la universidad; era por afecto hacia los compañeros, era realmente algo gratuito, y ocurría hasta en donde no había respuesta). La expresión de la gratuidad es realmente una generosidad. Antes se ha dicho: «Cuidado». Hemos hecho mucho esfuerzo, pero esta generosidad, si se queda tal cual, es falaz, porque si la desproporción que tiene nuestra actividad ante la necesidad predomina (es decir, si no podemos resolver los problemas de los alojamientos o de la estructura universitaria), estaremos tentados por el desaliento; si durante tres años no se añadiese nada, os aseguro que la tentación de no hacer ya nada más sería bien fácil.

Si uno tiene que estudiar para graduarse o enferma y ya no puede «ser generoso», su gratuidad se ve mortificada, en un primer momento, y después se desanima.

Entonces es necesario que descubramos la profunda racionalidad que tiene la gratuidad que nace de nuestra amistad; no es un problema de organización, sino de que haya un grupo de gente amiga entre ellos, gratuitamente decidida. Esto explica la profunda racionalidad de la gratuidad: ya no podemos realizar una ayuda que no sea juicio. La racionalidad de la gratuidad viene dada por el hecho de que la gratuidad nace de un juicio sobre lo que soy, es la libertad del hombre nuevo, es la ley de mi naturaleza, la expresión de cómo percibo mi persona en la relación con su destino.

Entonces, si descubro esto, todas las acciones que llevo a cabo juzgan la situación, son juicio de la verdad de mi persona, un juicio que la verdad que soy expresa sobre lo que me rodea; me escuchen o no, me salga o no me salga, no puedo dejar de dar este juicio.

Una madre que viese a sus hijos en peligro se tiraría de cabeza a salvarlos. Esto es un juicio: «Yo me lanzo», aunque no fuese posible que saliera bien; una madre lo hace porque ésta es su naturaleza, que juzga la situación en que se encuentran sus hijos.

La consecuencia más sintomática de que un gesto está cargado de gratuidad racional, y no es meramente un moralismo generoso, es que sucede como expresión de la verdad de nuestra persona, que en última instancia cambia nuestra persona, la transforma; aunque no tenga éxito, soy más yo mismo comprometiéndome en la gratuidad. Por eso, por una parte, la racionalidad de la gratuidad está en el hecho de que el compromiso, la gratuidad



en la que nos comprometemos, nace de la verdad de nosotros mismos: es una necesidad de mi vida, de mi persona, querer a mis compañeros, aunque ellos no lo entiendan, no se den cuenta. Por otra parte, este compromiso de amar a mis compañeros me hace crecer, me hace madurar, me hace más capaz de juzgar, de afrontar las cosas de una manera distinta. Es el ejemplo de esta mañana: vosotros dabais en las mesas de acogida todas las indicaciones útiles, pero también ofrecíais un juicio sobre todo lo demás. El que os oye queda atrapado por esta unidad de vida. Por eso la racionalidad de la gratuidad lleva a un incremento de vuestra persona, a un cambio de vosotros mismos: capaces de dedicarlo todo, también vuestra casa, o vuestra novia. Si el compromiso en las mesas de acogida no os lleva a esto, es un impulso generoso que pasará rápido.

*Intervención:* Quería apuntar una consecuencia más de esto. El aspecto que más impresiona de todo lo que hemos dicho es que es la verdadera forma de cambiar la universidad, y tiene que ver con la reforma, con los cursos, las clases y todo lo demás: porque la universidad cambia cuando nosotros comenzamos a vivir un poco más. De otra manera no cambia, porque algo cambia sólo cuando yo estoy dentro con mi vida diferente. Por tanto, para nosotros, la universidad está empezando a cambiar porque se realiza esta obra de transformación, y eso se debe al principio cultural que usamos para estar presentes, es decir, se debe al juicio sobre lo humano que da la fe traducida en nuestra amistad presente. A mi parecer, este hecho, desde el punto de vista del análisis, de la lectura política, tiene una fuerza cultural tremenda.

Aunque sólo fuera porque me da las cartas que jugar en el debate con los demás. No hacemos un gesto gratuito para que cambie algo en los demás, sino porque cambiamos nosotros.

Nosotros cambiamos la universidad porque logramos vivir más y hemos demostrado que la universidad está cambiando. Cambiar la universidad significa esto, porque la estructura, los cursos, etcétera, ponen de manifiesto esta vida que crece.

La gratuidad es la ley de la vida.

Me parece importante que hayas hecho ver también el segundo aspecto, porque cuando hablamos de gratuidad como expresión de la vida que vivimos, no decimos algo completo todavía, porque alguien podría decir: «Yo no lo siento»; mientras que el ejercicio de la libertad permite ver que la persona se realiza en el compromiso, aunque no tenga dentro este ímpetu, que viene después al comprometerse.

*Giussani:* Por eso la gratuidad es racional. Las formas de compromiso de las que se ha dado testimonio esta mañana son compromisos de gratuidad. Son una gran expresión de gratuidad. Si no percibís la raíz racional de la gratuidad, dejaréis de practicarla, tarde o temprano.

¿Cuál es la raíz racional de la gratuidad?

*Intervención:* Que no hay otra alternativa para un hombre verdadero. Si uno entiende que hace un gesto de gratuidad por su necesidad de ser hombre, se hace más grande. Por eso en lo que hace se acostumbra a comportarse también de manera distinta con las otras cosas de la vida: la novia, la familia, el dinero. Si lo que hacéis en la universidad no os lleva a un cambio, a un juicio distinto en el resto de vuestros intereses personales, no es verdadero ni siquiera lo que hacéis en la universidad.

Es una generosidad irracional, porque la racionalidad viene del hecho de que la gratuidad es una necesidad de la propia naturaleza y que entonces, al ponerla en práctica, a uno se le iluminan también los otros aspectos de su vida; por tanto la racionalidad de la gratuidad se ve cuando un gesto gratuito nos cambia también en lo demás.

En términos cristianos esto es la conversión. ¿En qué consiste esta conversión? Es lo que antes hemos llamado «juicio». No podemos ya realizar una intervención que no sea a la vez un juicio. Entonces las mesas de acogida y la Asamblea de «palabra clara» nos hacen capaces de dar un juicio sobre las clases, sobre la manera de estudiar. La observación de que hay otra forma de hacer un examen quiere decir que hay otro modo de juzgar el examen, porque «el examen no lo es todo». Hay una forma más libre y por eso hay una forma más capaz de encontrar el significado de lo que se estudia para el examen.

El juicio es la expresión de la unidad de mi persona. Si me implico gratuitamente en las mesas de acogida y luego no vivo la gratuidad con mi novia, con mi familia o con el estudio, mi persona no está unida. Esto es la racionalidad: la unidad de mi persona es una necesidad genética.

*Intervención:* ¿Cuál es el camino para llegar a ser tipos humanos así, para los que el ideal coincide con la vida?

*Giussani:* Esta unidad no coincide con la coherencia, porque uno puede ser frágil. Esta unidad se llama juicio; éste es el comienzo del hombre, que después caminará como un pobre hombre, tal como es, en el sentido de su coherencia práctica y moral.

La coherencia de la que se habla entre el ideal y la vida es la unidad de la persona, que se expresa en el juicio sobre las cosas, por tanto en el trazar un comportamiento, independientemente del hecho de que después se logre o no.

¿Cuál es entonces el camino por el que moverse? Yo sólo conozco un camino, que tiene dos linderos, y ya hablé de él en Folgarida<sup>80</sup>.

Lo primero, no le quitéis importancia, porque es cien veces más importante de lo que pensáis, es mendigar a Dios llegar a ser así, es mendigar al Espíritu: se llama rezar. Cuando rezas, cuando rezas Laudes, ¿qué pides? Mendigas a Cristo llegar a ser así, porque la fuerza del hombre y de la historia es Cristo. Es su Espíritu. Hace falta mendigar ser así.

Es necesario pedir esta unidad, que es producto de una profunda racionalidad en la gratuidad, raíz de una racionalidad profunda en la gratuidad.

En segundo lugar, hace falta estar junto a las personas que ya son así. Cuántas comunidades universitarias han tirado por la borda años y años porque han rechazado en nombre de su autonomía una compañía de este tipo. Lo que más necesita el movimiento es una imagen real de lo que somos. Nuestra comunidad tiene necesidad de esto. Antes que todas las actividades, que las iniciativas, antes que personas cultas, necesita de esta imagen.

No sólo la comunidad necesita esto, sino que toda la universidad lo necesita, más incluso que vernos hacer esto o aquello, cursos y contra-cursos, seminarios o conferencias.

Tiene necesidad de una imagen permanente de lo que somos, y ésta se adquiere estando junto a personas así.

Repetimos: si la gratuidad, al ser racional, nos debe entrenar también en relación al resto de las cosas, no podemos poner una mesa en la universidad, no sería un gesto gratuito e inteligente comprometernos a repartir panfletos, exponernos ante todos en la Asamblea de «palabra clara», y que luego estos gestos no tengan ninguna repercusión en la relación con la novia y con lo demás, con los compañeros y con el estudio.

Si no tiene relación con todas estas cosas es verdaderamente inútil, es participar en una organización.

La cultura es el desarrollo que la práctica de la gratuidad genera en la relación con cualquier cosa que interese en la vida.

Pero el verdadero problema está en el origen de la gratuidad.

Sinteticemos.

1) El psiquiatra De Greef dice que la personalidad falsa se basa en una hipertrofia del instinto de defensa<sup>81</sup>. Esto es tan cierto para el hombre como para las naciones. «La verdadera personalidad se funda en el instinto de simpatía». Esto es la versión desde un punto de vista bio-psicológico de lo que decimos de la gratuidad. La gratuidad, llamada aquí simpatía, de una forma más digna porque es más completa, a nivel humano se llama «amor». La gratuidad constituye la ley, es decir, la descripción de la dinámica fundamental, la necesidad de la naturaleza del hombre. El hombre está allí donde su realidad se expresa con gratuidad; más acá de este valor se cae en el mecanicismo o en lo instintivo. Desde el punto de vista cristiano se llama caridad, gratuidad. Desde el punto de vista del origen, recordemos que el hombre, como dice la Biblia, está hecho a imagen de Dios. Ahora bien, ¿cuál es la dinámica del misterio de Dios? Es la creatividad, es decir, la entrega de sí, la gratuidad; Dios es amor, caridad, gratuidad.

Siendo la gratuidad la ley, el hombre no es libre, no es él mismo, sino en la gratuidad.

La naturaleza del hombre verdadero es la gratuidad, su dinamismo es la gratuidad.

No se entiende la racionalidad de la gratuidad si no se va hasta el fondo. Lo que acabamos de decir no es todavía la última palabra: ¿cuándo puede el hombre comportarse de forma gratuita consigo mismo, con su mujer, etcétera? ¿Cuándo?

Cuando el hombre es verdadero, es decir, cuando tiene conciencia de su relación con el destino. Una conciencia de sí como relación con el destino.

Esto es la esencia de la racionalidad, tendríais que haberlo entendido en *El sentido religioso*<sup>82</sup>; uso la palabra «destino» porque es iluminadora desde el punto de vista psicológico, aunque pueda ser genérica y confusa. La palabra Dios es el término exacto que habría que usar, pero la palabra Dios es verdadera cuando es idéntica a la palabra Misterio. En este sentido, la comprensión de la palabra destino se aclara, aunque no se precise. Sea como sea, la palabra racionalidad es el fenómeno de la naturaleza en el que ésta toma conciencia de ser relación con el Infinito, relación con Dios, con el Misterio, es decir, con el destino.

Sin la conciencia de esta relación con el destino no hay relación de gratuidad, ni con lo que tengo delante ni con la persona que más quiero; sin esta conciencia, cuanto más amo menos gratuito soy. Y la palabra amar, por tanto, se hace equívoca. Lo que nos permite la gratuidad es la conciencia del destino; conciencia de la relación con el Infinito, de mí yo como relación con el Misterio. Este Misterio se ha hecho hombre: por eso la gratuidad la hace posible una conciencia de sí como relación con Cristo. La gratuidad se vuelve posible, brota, cuando uno mira al hombre, al otro, a sí mismo, a las cosas, pensando que son relación con el destino; se mira a sí como relación con el destino, a ti como relación con tu destino, que es también el mío.

Éste es el fundamento natural de la simpatía. Pero todo esto sería breve, como la espontaneidad fragilísima de un instante, como el soplo de un instante, si este Misterio, este destino, no se hubiese hecho compañía, Cristo, Dios con nosotros. Porque Cristo es mi destino, el tuyo, el del hombre que no nos conoce, del que nos niega, por lo cual para nosotros, ante Cristo, ya no hay ningún extraño y percibimos hacia cualquiera este sentimiento de fraternidad. Esta palabra es justa, si se tiene en cuenta que deriva de un juicio; decir que tú tienes el mismo destino que yo es un juicio y de éste nace para mí una fraternidad, aun en la extrañeza y la antipatía, o bien por una simpatía que podría encontrar desde el punto de vista físico.

El primer factor, pues, es que el problema de la universidad no es responder a las necesidades, y menos aún ser capaces de responder a las necesidades, ser inteligentes o espabilados u organizados para responder a las necesidades, no es un poder. El fin que hace humana nuestra presencia en la universidad, lo que fundamenta y genera nuestra presencia en la universidad, no es la esperanza, la pretensión o la ilusión de un poder

dado (porque la capacidad de responder a las necesidades es un poder), sino que es esta conciencia de nosotros mismos como relación con Cristo, que es mi destino y el de todos los hombres, y que se ha hecho compañía; tú lo reconoces, como yo, y entonces nos abrazamos y entonces somos amigos. Esta amistad, nuestra compañía, de la que todo deriva, como habéis manifestado hoy, aunque fuésemos cuatro o cinco entre seiscientos, nace de la conciencia de sí como estar destinado, como realidad constituida por la relación con el destino, Cristo. Por eso, compañía y amistad, simpatía inevitable con el que se reconoce así: la presencia en la universidad es esta presencia de uno mismo que se desborda.

La presencia en la universidad es posible (de hecho, ése es nuestro objetivo), pero ésta es un desbordarse de la conciencia religiosa de uno mismo. Entonces, cualquier cosa que se haga, sea cual sea el resultado que se obtenga, me expresa y me madura, me da alegría y gozo, me hace libre, es decir, capaz de afirmar mi rostro frente a todo, capaz de dar un juicio sobre cada cosa, de darme por entero en un servicio gratuito, en el límite de mis posibilidades.

El CLU ha llegado a un momento en el que, o esto sucede, o no sé si podrá mantener durante mucho tiempo una supervivencia de tipo asociativo.

Nosotros queremos construir la justicia; por lo que depende de nosotros (porque lo demás puede no depender de nosotros), esto quiere decir que nosotros seamos justos, que seamos nosotros mismos, es decir, presencia de una realidad cargada del mensaje por el que uno hace todo lo que hace. El mensaje es que la verdad del hombre es Cristo, el destino hecho presencia.

Queremos construir esta justicia: el problema es si somos verdaderos; el resto es una consecuencia, que se basa en las condiciones que Dios permite o no permite. Este tipo de presencia no tiene límites y es totalmente libre, no en el sentido de que uno hace lo que le da la gana, sino que, donde sea y ante cualquier cosa, está animado por esta conciencia y es libre frente a todo, nada le chantajea o determina. Nosotros tenemos la mira puesta en crear este hombre nuevo; y por tanto en vivir la inevitable compañía que se deriva de esto. Nuestra presencia es el hacerse eco de la Presencia en la historia, en una compañía.

2) El segundo punto de la síntesis es simplemente una consecuencia. Si uno tiene este sentimiento de sí, esta autoconciencia, se pone ante lo que sea con gratuidad, que no es otra cosa que la expresión libre de sí frente a todos, una expresión que se traduce en juicio sobre todo, y que te permite ser libre de todos los condicionamientos. Frente a la necesidad de cualquier naturaleza (intelectual, moral, material), la necesidad del individuo que entra por primera vez en la universidad, del que lleva cuatro años en la universidad y está solo como un perro, en medio de la marea, del que necesita comprar los libros al precio más bajo o busca alojamiento, del que quisiera tener compañía o que

el profesor fuese más claro en clase, que la organización de la clase fuese diferente, que hubiese una introducción a la clase, ya que de otra forma no se entiende nada durante meses y meses y no sirve para nada; para una persona, como las que hemos descrito en el primer punto, que tiene conciencia de su destino, es decir, Cristo, ¿qué quiere decir comprometerse?

- a) En primer lugar, una capacidad de atención, una sensibilidad frente a la necesidad;
- b) en segundo lugar, un juicio sobre la necesidad, es decir, una percepción, con el poco o mucho análisis que haga falta, que permita crear una hipótesis de intervención, por tanto un proyecto, un juicio operativo;
- c) en tercer lugar, un intento práctico que nace de esta sensibilidad y de este juicio operativo;
- d) por último, un uso de toda la compañía, es decir de toda la colaboración posible, para que el efecto de este intento sea más verdadero.

Esto es lo que se llama «posición cultural». La cultura no es otra cosa que el desarrollo –sistemático, orgánico– de la percepción del juicio en el compromiso práctico de colaboración ante la necesidad; la necesidad es el modo en que la realidad solicita mi conciencia.

Este desarrollo será tanto más orgánico y sistemático, será más capaz de generar una cultura, cuanto más potente sea la unidad de mi autoconciencia, es decir, de lo que se ha decidido en el primer punto.

El fruto de nuestro movimiento es esta creatividad cultural. Esta creatividad cultural (este desarrollo orgánico y sistemático como objeto de nuestra sensibilidad, de nuestro juicio operativo, de nuestro compromiso en el proyecto, de la colaboración) alcanzará al libro que se lee, al juicio del profesor en clase, a la relación con la novia, a la asamblea permanente de la Escuela de Comunidad, a la lectura de la Escuela de comunidad, a la novela que se lee antes de dormir, a la vida que hay que organizar, a la familia del día de mañana y a todo el trabajo de mañana, a la política destructora de lo humano que nos rodea como un cerco, a lo que se lee en los periódicos, a todo. Atribuir este término, cultura, a la profundización de cierta inclinación literaria es evidentemente crear la monstruosidad de un esquizofrénico. Los intelectuales, en cuanto hombres minusválidos y esquizofrénicos, son utilizados por el poder y utilizan el poder.

Resumiendo.

1) El primer punto de la síntesis eres tú en la compañía, porque la capacidad de reconocimiento amistoso es el *test* de que has tomado verdaderamente conciencia de ti y de tu destino.

2) El segundo factor sintético es el resultado que debe nacer del primer punto, es decir, una cultura nueva. Un desarrollo orgánico, sistemático, de la sensibilidad, del juicio

operativo, del proyecto fáctico. Un desarrollo por tanto del compromiso concreto, de la colaboración atenta para responder a las necesidades, ya que la necesidad es el modo en que la realidad solicita la conciencia de mí mismo, nuestra personalidad.

El movimiento tiene estas dos vías y, si no se adecua a esto, sólo sobrevivirá como un pesado organismo asociativo.

Aquí se ve que todo el fenómeno del movimiento está apoyado por entero en la persona, en la responsabilidad de la persona; es una alternativa y una contestación de fondo frente al mundo, es una propuesta nueva a la vida del mundo, es decir, la propuesta de una humanidad nueva, no una imagen ideológica producida e intencionalmente impuesta, violenta; una humanidad nueva que empieza a florecer donde yo estoy, donde estamos nosotros.

## EL PASO A LA EXPERIENCIA<sup>83</sup>

*La experiencia del CLU se había vuelto ya paradigmática para todo el movimiento de Comunión y Liberación. Muchos temas que se habían afrontado con los universitarios y muchos llamamientos que se les habían hecho se iban a extender, en poco tiempo, a los profesores, a los estudiantes de secundaria, a los trabajadores. El recorrido sin embargo no había concluido, antes bien, apenas se había emprendido. Aunque la perspectiva estaba claramente trazada, el camino de la personalización, el aparecer de la persona, con su libertad y creatividad, el que todo lo que se hacía se tornara en experiencia, eran todavía metas que alcanzar de forma entera y madura. No es de extrañar, por tanto, la pregunta: «¿Adónde vamos?», que don Giussani plantea al comienzo de este Equipo, y que repetirá otras veces en los años siguientes. Es una pregunta que requiere conciencia del paso que hay que dar y del objetivo que perseguir en todo lo que se hace y se construye.*

*Estas palabras adquieren una dimensión profunda y comprometedora, también para el lector.*

*De este Equipo sólo se han conservado los apuntes de la introducción y de la síntesis final.*

### Introducción

I) El punto al que mirar: dar dignidad de experiencia a lo que hacemos.

Quisiera hacer una pregunta: ¿Adónde dirigirse? Según vosotros, ¿a qué debe mirar este *Equipe*, cuál es su meta, el punto al que el CLU, también por la responsabilidad paradigmática que tiene de cara a todo el movimiento, debe mirar? ¿Hacia dónde nos orientamos?

En los otros *Equipe* hemos insistido en la necesidad de que nuestro tipo de actividad y de compañía llegase a ser capaz de ofrecer un juicio.

Capacidad de juzgar sobre lo que se hace, sobre lo que sucede y sobre lo que somos. Hasta ahora hemos insistido en esto; pero ahora, ¿qué paso tenemos que dar? Normalmente hemos usado la fórmula: «De la experiencia al juicio». De por sí, la fórmula «De la experiencia al juicio» no es precisa. Es el juicio lo que hace que algo se convierta en experiencia; y la experiencia es comparar lo que se experimenta con el ideal que se ha reconocido (ver el capítulo sobre la «Estructura de la experiencia» en *Educación*



es un riesgo)<sup>84</sup>. Uno, a los sesenta años, puede haber probado todo lo que se puede probar pero no por eso es necesariamente una persona «experimentada»; la experiencia es la capacidad de medirse con el ideal. De otra forma no se hace experiencia de nada, se tiene la típica actitud de tantos viejos, llena de silencio, de nada. De por sí, como definición, no deberíamos decir: «De la experiencia al juicio», sino que deberíamos decir: «Demos dignidad de experiencia a lo que hacemos». Lo que significa introducir un juicio en lo que se hace, porque el juicio, cuando se da, cambia hasta las connotaciones del sentir. Si tú juzgas lo que haces, el sentimiento cambia, no puede seguir como antes. En el caso de la relación con una chica, por ejemplo, sientes dentro el remordimiento, el sentimiento cambia y se torna en deseo de verdad, que es la característica de la confrontación con el ideal o del juicio. Hasta ahora hemos dicho: «De la experiencia al juicio». Propongo que esta fórmula se sustituya por el eslogan: «Pasemos de hacer el movimiento a vivir la experiencia del movimiento». Decir: «Pasemos de hacer el movimiento a la experiencia» coincide con todo lo que hemos dicho sobre la personalización.

Que hacer el movimiento llegue a ser experiencia tuya y mía: la clave de este paso es el juicio. De hecho, ¿cómo se da este paso? Metiendo en todo lo que hacemos la comparación con el ideal, o sea, un juicio. Hacer todas las cosas con el peso del ideal dentro, con la memoria del ideal, con el gusto del ideal.

Esta presencia del ideal hace que brote esa comparación que es el juicio, entra en todo lo que hacemos, iluminándolo con la chispa del juicio.

Si de verdad metemos en lo que hacemos el valor ideal, es imposible que nos dediquemos a la dialéctica. Podemos estar llenos de incoherencia, pero no somos dialécticos. La incoherencia es el dolor de la vida, es el pecado, y «el que dice que no ha pecado es mentiroso»<sup>85</sup>. La dialéctica es, en cambio, un mecanismo abstracto: por ejemplo, ¡ciertas Escuelas de comunidad que especulan espiritualmente!

Resumamos. Tenemos que comprender ahora que la fórmula: «De la experiencia al juicio» que hemos usado provisionalmente es impropia. Porque es el juicio lo que convierte algo que se hace en experiencia. Uno puede ser un gángster toda su vida, robar, matar, tener centenares de mujeres y llegar hasta los sesenta años sin tener experiencia; está privado, vacío, disperso, si no ha juzgado lo que ha hecho. ¿Qué significa juzgar? Significa comparar lo que se hace con el ideal que se ha reconocido. Es meter en lo que se hace el ideal, la conciencia ideal.

¿Cómo sucede esto? Sucede cuando el ideal es como un peso, en el sentido del peso específico de un metal. Es un peso, una memoria, un gusto que uno lleva dentro cuando besa a una chica o cuando le echa el ojo a algo que puede robar en el supermercado, cuando vuelve a casa y su padre y su madre discuten o cuando quedan diez días para un

examen y se pasa todo el día encima de un libro.

Este punto recuerda todo lo que hemos indicado este año: hace falta seguir a las personas vivas. ¿Qué es una persona viva? Una persona viva es alguien que, a sabiendas o no, consciente o inconscientemente, lleva dentro este peso. Los demás se dan cuenta de que alguien lleva dentro este gusto aunque sea inconscientemente. Porque alguien que lleva dentro este gusto ideal, de alguna manera, compara.

Las personas más vivas, las realidades más vivas, son esas en las que se ve, más o menos, que hacen lo que hacen con este gusto, aun con todas las incoherencias de este mundo. El juicio que se nos ha pedido este año no es por tanto una operación mental. El primer error que hemos cometido ha sido entender este juicio como una operación mental, como un hecho dialéctico, en el que, como es bastante raro estadísticamente que el hombre sea verdaderamente inteligente, nos reducimos a pensar lo que dicen los demás.

El juicio, en cambio, es propiamente un peso, una memoria, un gusto que llevamos encima y nos acompaña, en el coche, donde vayamos, en las cosas que hacemos, dentro de cualquier cosa en la que nos ponemos en juego.

Y, al acompañarnos esta memoria ideal, este gusto que actúa en nosotros, aunque sea inconscientemente, incide en nosotros y nos determina de alguna manera; es decir, nos hace capaces de juzgar. Por eso el juicio determina una forma de presencia, porque es un modo de humanidad. Cuando usábamos la expresión «tipo humano» para indicar las personas vivas, estábamos indicando una presencia que es un juicio, porque el tipo humano está determinado por la visión que tiene del ideal, que es como su corazón. El juicio es una presencia. «El Señor viene a juzgar la tierra»<sup>86</sup>. Si no, las palabras del Señor se reducen únicamente a ocasión y pretexto para que el hombre realice sus pensamientos. Cuando se dice: «Hay que seguir el Evangelio» suele ser equívoco en la mayoría de los casos. Porque el Santo Evangelio era un hombre presente en la historia, era un hombre, del que uno podía decir cuando iba a escucharlo: «Qué delincuente», «Éste es un demonio», o bien: «Éste es un profeta». Le seguimos no por el sonido de sus palabras, sino por su presencia, porque una palabra es la expresión de una presencia, de otro modo es un mero pretexto para afirmar nuestros propios pensamientos. La contestación a lo que llevamos dentro previamente la da una presencia, Otro, no unas palabras. De otro modo, las palabras se toman inmediatamente y se cambian por lo que nosotros pensamos. Por eso, la idea fundamental del movimiento es el seguimiento.

«El Señor viene a juzgar la tierra»: es una presencia que trata de expresarse también con las palabras, pero puede no ser capaz de ello. Mucha gente es provocadora, viva, es capaz de convocar, más que mucha gente que charlotea, porque saber hablar depende de los carismas o del temperamento. El juicio es una presencia que desafía lo que eres,

haciendo que el ideal sea activo en ti, haciéndolo determinante, haciéndolo memoria y gusto.

Cuando acabéis la universidad, vuestro proyecto estará en función de la familia, del deber, del trabajo; pero ¿para cuántos el proyecto está determinado por un juicio?

Que el juicio sea una presencia quiere decir que el juicio es algo que eres tú, es como eres tú, es la medida en que el peso del ideal determina tu mirada y tu actitud. No hay nada en que los demás puedan ser tan agudamente espectadores y críticos como en la visión de cuánto pesa el ideal en lo que haces, en cómo te moviliza.

Quisiera que la cuestión estuviese al menos formalmente clara: el juicio es una experiencia, el juicio bíblico cristiano es una presencia que perturba, que desafía. Se llama conversión y es la obra del Espíritu que renueva la faz de la tierra.

Hay una consecuencia de esto: una presencia implica un compromiso. No es suficiente reflexionar sobre las palabras que se han oído.

## II) Un ejemplo de compromiso.

En la Universidad Católica, una amistad que se había creado entre algunos y que el año anterior había penetrado y catalizado todo el clima de la comunidad, ha dado vida este año a una «batalla cultural»: a dar razones a los demás de la posición que se sostiene.

1) ¿Cómo se han hecho amigos? Para mí la respuesta es doble.

a) Sucedió un poco porque habían quedado impactados por la llamada del movimiento: que el cristianismo es la forma más justa de la vida. Esta propuesta les había impactado de la manera en que siempre ha impactado a lo mejor del movimiento. Normalmente la mayoría siente este llamamiento como algo confuso y genérico. En cambio, fue el origen de la amistad del grupo al que me refiero.

b) Pero la gente, a menudo, viene al movimiento por el presentimiento o el sentimiento de un posible ámbito amigable; no por el motivo de la fe en Jesucristo, sino por la posibilidad, la promesa, de un entorno amigable que se ha abierto ante él. De ahí debemos concluir, como criterio de método y como principio proyectual, que la gente viene con nosotros por una cierta promesa de cambio humano (esto no elimina el término «cristiano»): donde «cambio humano» tiene su punto específico en la palabra amistad. Por sí solo el primer motivo no bastaría para entrar en el movimiento, porque para ser adecuado exigiría ya una gran madurez, una cierta entereza en la persona.

La gente viene por un cambio de humanidad que pre-siente o del que siente una posible promesa; y este cambio de humanidad tiene su prueba en un clima de amigabilidad. Tenéis una analogía de esto lejana, pero verdadera, en lo que dice Jesús en el Evangelio: «Por esto os reconocerán como mis discípulos, porque os amáis unos a otros»<sup>87</sup>.

Pero la amigabilidad no basta por sí sola en el tiempo. Precisamente esa amigabilidad,

por la que se entra en el movimiento, se convierte para muchos en una enorme pretensión y se transforma en desilusión.

Y, además, la amigabilidad no resiste automáticamente. Exige una cierta atención; una cierta atención a la persona, una personalización de las relaciones. Éste es verdaderamente el mayor peso de este momento, porque esta amigabilidad como respuesta a la pretensión natural de la gente exige una madurez fresca que no es indiferente, aparte de tiempo.

2) Las autoridades académicas y los profesores atacan a esa compañía, que se ha creado como he descrito. Entonces se celebra una asamblea pública y se repiten las palabras de este curso: «Compañía, amistad; nosotros tenemos una amistad, vivimos a Cristo en una amistad». Pero se encontraron un poco vulnerables frente a las objeciones de los demás. Entonces adquirieron conciencia de que tenían que entender ellos ante todo, darse a ellos mismos las razones para dar razones a los demás y responderles de los motivos, de las razones, de los factores que constituían esa amistad, esa compañía en la que habían depositado tanta esperanza. Se dieron así cuenta de que tenían que releer también esa esperanza. La pregunta sobre los motivos que hay para tener esta esperanza en nuestra compañía, sobre qué sentido tiene nuestra compañía, no había nacido con escepticismo sino positivamente. ¿Cómo responder a esos profesores? Es decir: ¿qué motivos tiene nuestra posición para sostenerse, para proponerse? He aquí la batalla cultural.

El salto cualitativo de la batalla cultural se dio precisamente en el hecho de que se vieron obligados a dejar de repetir las frases del discurso tal como las sabían, se vieron obligados a declinarlas, estando determinados no ya por lo que ellos sentían, sino por aquellos a los que tenían que dirigirse, a partir de los hechos que sucedían. Tenían que articular lo que descubrían en función de la gente que debía leerlo y en función de los hechos que había que juzgar delante de todos.

3) Esto les llevó a profundizar en la conciencia del acontecimiento de su amistad, de su compañía; en definitiva, a una conciencia mayor de su identidad. Pero la conciencia de la identidad de una compañía y de una amistad que quiera tener significado para la vida no puede dejar de coincidir con el descubrimiento de esa identidad y, por tanto, con el descubrimiento de las condiciones de su propia historia. De aquí vino, entonces, la influencia sobre todo el CLU. La influencia sobre la determinación de las preguntas últimas, la necesidad de la personalización, la conciencia de que el movimiento nace de mi persona, sale de mi vida.

4) En un cierto punto de este paso se pone de relieve otro factor: la batalla cultural ha dado certeza a muchos, ha hecho que muchos alcanzasen la certeza. Éste es el paso definitivo: la certeza. Porque el síntoma de la certeza es que se tiene simpatía con todo lo

que uno se encuentra. De hecho, sólo la presencia en nosotros de la certeza acerca del destino da la simpatía hacia todo lo que uno se encuentra. Sin certeza, la simpatía no es posible para nosotros, es posible tan sólo formalmente, con el que repite las cosas que hacemos y con el que está de acuerdo con nosotros. Cuando falta esto en el movimiento, ya no hay capacidad de apertura, de valorar hasta el pábilo vacilante; o la gente se adhiere a la forma y al esquema que nos hemos dado, a nuestro modo de discurrir y de obrar, o se va. En cambio, imaginemos a una persona frente al cosmos: el núcleo central es su corazón, pero el cosmos es toda la periferia de su cuerpo. Cuanto más potente es una persona, cuanto mayor certeza tiene en su conocimiento, más abraza todo su mirada, más lo valora todo aun en su forma habitual de ir por la calle, y no se le escapa nada. Se fija hasta en la hoja amarillenta que hay en medio del árbol verde. Sólo la certeza del significado último le hace sentir, como si fuese un detector, la más lejana limadura de verdad que pueda haber en el bolsillo de cada uno. Y no es necesario para ser amigo de otro que él descubra que lo que tú dices es verdad y se venga contigo. No es necesario, me voy yo con él por esa pequeña limadura de verdad que tiene. Por falta de esto, el movimiento ha dejado de ser movimiento desde hace demasiado tiempo, porque nos hemos encerrado en el esquema del discurso y de la praxis de la propia comunidad: o actúas como nosotros o no eres de los nuestros. Sólo la certeza de la verdad se siente inmediatamente fraternal, maternal y afectuosa hacia cada fragmento de verdad que hay en cada uno; porque la verdad es amiga de todos.

Esto no es en absoluto equívoco, porque precisamente al acoger los valores parciales que hay en el otro, entiendo cada vez más la gracia de la verdad completa que llevo encima de mí. Profundizo en mi identidad.

5) Hay todavía otro punto en este recorrido. Al verse atacada, esta amistad que era vaga y confusa tomó conciencia de sus motivos afrontando los acontecimientos de la vida a partir de ellos. Esto permitió a muchos que madurase en ellos certeza del ideal y, como consecuencia, una apertura que deriva precisamente de la claridad de la certeza (lo contrario de lo que dice la *intelligentsia* católica de nuestros tiempos). ¿Qué les falta ahora a los que han alcanzado esa certeza? Falta la *acogida radical* que la *libertad* debe hacer a esta certeza. Es el problema de la libertad: una radicalidad en el rendirse a esta certeza, que todavía no es coherencia, pero es una decisión de fondo de vincular a esta certeza la propia vida. De modo que vosotros, los de la diaconía, no seáis los que dan el juicio correcto, los que hablan en las asambleas de tal modo que de repente la asamblea se vuelva interesante, los de la diaconía a los que todos estiman y a los que todos obedecen, sino que os convirtáis más bien en compañeros de los compañeros, en compañeros entre los demás, es decir, en una presencia; para que lleguéis a ser ese juicio, esa presencia que implica y atrae a los otros, un ámbito de amistad real con los

demás. No es un problema de carga humana (primer punto), no es el placer por la batalla contra el que es hostil, ni siquiera es la certeza que se nos desliza en el alma y permanece, ni su florecimiento estéticamente interesante y humanamente fascinante que es la simpatía hacia todos. El problema, para ser una presencia que envuelva e implique a todos (presencia comprometida, que se traduzca en juicio, es decir, experiencia que se proponga y cambie a los demás) es la libertad. El problema de la libertad es confiar nuestra vida desde sus raíces a la certeza de lo verdadero. El problema es que lo que estamos viviendo se convierta en nuestra vida, donde vida quiere decir comer, beber, la mujer y el hombre, el deber de casarse, los hijos, el dinero, el proyecto, el tener que formar un hogar, etcétera.

## Síntesis

1) Creo que el primer punto debe empezar con la palabra «juicio», aunque no estoy seguro de este punto de partida, porque no es verdad que nos hayamos juntado por un juicio. No es por eso.

Es más ajustada la expresión *valor intuitivo* y más precisamente, un valor intuitivo *para la vida* en una compañía, donde la compañía es instrumento y de antemano signo efectivo de ese valor.

Pero el que viene por una intuición o por el presentimiento vago de un valor y después no se le llama a este valor o no se compromete en verificarlo, tarde o temprano se va. Y esto es de inmediato un problema de voluntad. Por eso, el problema es la voluntad de ponerse en condiciones tales que permitan darse cuenta, en los detalles de la vida, de la realización más humana que nuestra amistad acarrea. Porque la vida es una trama de aspectos particulares, no existe la vida en abstracto. Una persona intuye la presencia del valor en la compañía que ofrecemos, que es instrumento de ese valor, y, al mismo tiempo, ya resultado. Tan sólo que esta adhesión por el presentimiento o la intuición del valor cobra consistencia sólo a fuerza de una voluntad que trata de hacer lo que ha intuitivo verdadero para ella misma, para su vida concreta.

2) El segundo punto es nuestra relación con el *movimiento*, la relación con nuestra compañía. La verdad de la que hablamos está dentro de un signo; el significado último, «eso más grande» está dentro del signo de nuestra compañía. Es la devoción al movimiento lo que asegura el seguimiento. No es nuestra compañía, la comunidad no es para nada el aspecto al que estoy sujeto y del que soy devoto; es la comunidad en cuanto que signo de una presencia a la que, sí, estoy sujeto de la que soy devoto. Así que nuestra devoción no es una devoción a la comunidad, sino devoción al hecho que está

presente en el signo que es nuestra compañía, o sea, a la comunidad con la autoridad. Esto desarrolla la actitud a la que llamamos seguimiento.

Hay una *Nota Bene*: el seguimiento es la actitud más profunda de la verificación. Es decir: el seguimiento es hacer *verdadero para mí* lo que la comunidad propone; de otra forma la adhesión es precaria. Por eso el seguimiento es el corazón de la verificación. Quisiera hablar de entusiasmo por nuestra compañía, donde por entusiasmo entiendo la voluntad de adhesión al valor, prescindiendo de los condicionantes y los defectos.

¿Entendéis la importancia de todo lo que se hace en la comunidad? El que sigue está más atento a todo lo que se hace en ella y, al mismo tiempo, es más libre que uno que no sigue; y el que no sigue está resentido porque se le dicen las cosas que hay que hacer. El que sigue verdaderamente sabe perfectamente lo que puede hacer: está atento a todo, pero no se siente obligado a hacerlo todo. Le molesta no poder participar en lo que no puede participar, pero es libre.

3) El tercer punto es: el paso al juicio se entiende todavía como una operación intelectual; esto es la destrucción de las Escuelas de comunidad, que quedan como un mero intento intelectual, cuando –peor todavía– no son un desahogo sentimental. El juicio queda como una operación intelectual cuando el juicio que la palabra instaure, cuando la palabra que el juicio saca a la luz, no es expresión de una presencia comprometida. Es decir: el que dice esa palabra, el que refiere ese juicio que se debe transmitir no está comprometido contigo. Los de la diaconía hacen el discurso, o bien las personas más vivas dan sus juicios, y están convencidos de ello, pero todavía es una operación intelectual si esta palabra suya no nace o no les lleva a estar más implicados con la gente. Es distinto, hay un modo de hablar que está comprometido, y hay un modo de hablar que no es signo de compromiso.

La palabra que el juicio instaure no es expresión de una presencia comprometida con el otro cuando el que la dice no la hace nacer de un compartir, o el que la escucha no está en una postura de seguimiento, es decir, no está implicado con el que dice esa palabra, es decir, no tiene voluntad de verificar. Repetimos con radicalidad un discurso, pero esto deja al otro indiferente, porque lo que implica es el hecho de una presencia, no ciertas palabras que se repiten. El juicio no es una operación intelectual, es una presencia existencial. Por eso hay una observación interesante de tipo práctico: los de la diaconía, precisamente porque su obrar es una operación intelectual y un gestionar la actividad en lugar de una presencia existencial, no consiguen realizar esa mediación con la que podrían gestionar toda la comunidad. El «alcance» de toda la comunidad sucede porque con la palabra que dices te unes a los otros, y estos otros son el nexo con otros más. La operatividad de nuestro anuncio radica en la implicación de otros, que a su vez implican a otros más.

El juicio no es algo mecánico, sino un entusiasmo; uso esta palabra para subrayar la pureza que es necesaria en el fondo para que todo esto sea verdadero. El juicio no es un mecanismo, sino que nace del asombro, del entusiasmo por el descubrimiento de un hecho concreto presente. Acordaos del primer capítulo del evangelio de san Juan, cuando los apóstoles le vieron por primera vez<sup>88</sup>; ése era el juicio sobre su vida y sobre la vida de su pueblo. Así pues, es necesario rendirse a este hecho concreto, presente en todo lo que se hace. Porque, cuando se toma una decisión, el problema no es la decisión en sí, sino contemplar el valor, es decir, una presencia; de otro modo la decisión resulta moralista y sentimental. Ésta es la consecuencia más importante en las decisiones: el centro de la cuestión es dónde está tu corazón. Si tu corazón está en lo que eliges, entonces la elección se convierte en una cuestión verdaderamente afanosa, así como cuando el criterio de la elección es lo que te da la gana. Entonces te decides por el movimiento, pero llevas dentro una recriminación continua que se convierte en pretensión hacia el movimiento, si después las cosas no van bien. Mientras que en las decisiones, de cualquier naturaleza y tipo que sean, el corazón debe estar puesto en el valor, en el hecho concreto que has visto dentro del signo de la Iglesia, dentro de la vibración de ese signo junto a nosotros, que es el movimiento. «Si sigues tu estrella, no puedes por menos de llegar a glorioso puerto» –decía Dante<sup>89</sup>. Es necesario, en la elección, tener los ojos puestos en el valor como hecho concreto presente que es Cristo, la verdad de tu vida, de la vida de la gente, del mundo, del universo, la clave del cosmos y de la historia.

Es mirar ahí, y por tanto a la realidad de la Iglesia, y por tanto, la más cercana a nosotros en la práctica, la realidad del movimiento, a su balbuceante contingencia, lo que sostiene esta relación, lo que educa esta relación. En la elección, no es la decisión misma lo que debe preocupar, sino el valor, el hecho de la Presencia; esto libera y simplifica. Si uno, en vez de hacerse el héroe, el mártir del movimiento, entiende que el movimiento necesitaría algo y no se siente capaz de ello, entonces será humilde, y tratará de ser más intenso en lo que ha elegido hacer, conforme a su mayor pobreza, a su mayor debilidad, y tendrá un dolor dentro de sí que es positivo, no es recriminación, no es remordimiento estéril. Sin esta humildad, al no sentirse capaz de dar cien pasos y dar sólo veinte, el individuo traduce su falsa adhesión como un renegar del movimiento que pretende demasiado de él, y entonces se queda muerto y herido, porque, aun en los veinte pasos que da, no hace nada. Por el contrario, «¿Lo que era vuestro no podíais tenerlo?», le dice san Pedro a Ananías<sup>90</sup>. Seamos humildes y pidamos a Dios y a la compañía de la comunidad que nos hagan capaces con el tiempo de hacer más. Es tan bonito estar dentro de la compañía con humildad, es decir, con la conciencia de ser continuamente



perdonado porque no hago ciento, no soy capaz de ello, no me veo con fuerzas, no tengo la libertad de hacerlo. Entonces uno tiene que ser continuamente perdonado, entonces la comunidad es verdaderamente el lugar de Cristo, donde Dios se define; y la definición de Dios es la misericordia. El fariseísmo queda abolido desde su raíz, como el moralismo, la presunción y la falsa tranquilidad; uno en la vida tenderá con humildad a incrementar lo que tiene. No por cálculo, sino por amor a un hecho que tenemos presente. Enamorándose de un hecho presente, uno saca el veinte por ciento, ese veinte por ciento que consigue hacer.

4) Todo esto sucede a través de la voluntad de verificar, a través del juicio y del seguimiento, y por tanto, de la participación en el movimiento; así, cuando el Espíritu quiere, brota *el acontecimiento de la certeza*. El acontecimiento de la certeza sucede en nosotros no como un relámpago, sino como a un día le sucede la noche, se afirma insensiblemente, como la vida.

Y el nivel de la certeza abre de par en par la capacidad de verificar, realmente sin límites: es la idea de *simpatía*. La certeza abre de par en par la simpatía hacia todo y multiplica, de manera riquísima, la verificación, porque la simpatía hacia todo quiere decir precisamente que la verificación se extiende a cada cosa. El que más tiene tendrá más. Y entonces uno ha entrado realmente en la rica experiencia a la que la amistad y la compañía le han llamado, y realmente su vida coincide con esta compañía, que es el lugar que le lleva a coincidir con el mundo entero. El ímpetu misionero es la prueba de que este aspecto se ha cumplido en nosotros. Es ahí donde el cristianismo, es decir, el hecho concreto presente, se torna en catolicidad, y Cristo empieza a experimentarse como la clave del cosmos y de la historia: la propuesta del movimiento nació así.

5) Llegados a esta inmanencia total de mi persona en nuestra compañía, debería surgir una certeza que me abre de par en par a una simpatía total, por la que vivo la experiencia de la fe y abrazo el mundo y la historia. Pero no está dicho, hasta ahora, que demos todo el corazón a este hecho. Normalmente falta radicalidad en la decisión, en la rendición: que mi persona acepte pertenecer a este hecho concreto presente y, por tanto, a la Iglesia y al movimiento. Sin estos pasos no es cierto que nuestra persona acepte convertirse en una presencia totalmente envuelta en este Hecho: nosotros tendemos siempre a cierta reserva; es lo que más se ve cuando se acercan a nosotros. La reserva de fondo (el «pero», el «vale, pero», «estoy de acuerdo, pero») se ve a simple vista; lo último que se pone en juego es *la libertad en su totalidad*, uno no es libre nunca, mientras siga diciendo: «Pero, sí, sin embargo...».

El pecado original tiene su última raíz en la libertad, es decir, se expresa en esta falta de energía de adhesión al ser. Por eso el obstáculo para nosotros es implicarnos verdaderamente con los demás en la comunidad, es la paciencia en la relación con los

demás. Quisiéramos muchas veces que nuestro discurso vivo, que persuade, bastase, que estuviésemos satisfechos, pero esto no es una implicación, es una pretensión.

Nosotros nos resistimos a nosotros mismos ante la perspectiva que hemos conocido: lo que determina y hace nacer el movimiento, en cambio, es una rendición total –un compromiso– al hecho concreto presente, su reconocimiento hasta el fondo; esto nos vuelve más pacientes, y, por tanto, más capaces de valorar a los demás, nos hace verdaderamente amigos de los hombres y, por eso, ante todo de los que Dios nos ha puesto al lado. Amigos de los hombres, del que Dios nos pone más cerca, incluso del que nos engaña: el perdón al que nos hace daño es lo más vertiginoso que podemos experimentar. A partir de aquí, uno empieza realmente a percibir por sí mismo qué es la misericordia, empieza a entender cuál es la naturaleza de Dios, porque es la capacidad de vencer al mundo, o sea, de ser señores de la realidad, y, por tanto, empieza a participar en una experiencia creativa. Ésta es la libertad total con la que tenemos que reconocer y juzgar la pertenencia, aunque, después de este paso, empecemos a darnos cuenta mucho más que antes de que nos equivocamos. Los pecados se vuelven cien en vez de dos, porque antes éramos obtusos: el santo, el que se siente pecador, no los otros. De todos modos, esta libertad acepta plenamente la pertenencia al hecho concreto: Cristo, Iglesia, movimiento (porque ya no nos quedamos en lo abstracto). Fijaos en que esta rendición total es realmente una gracia, como el acontecimiento de la certeza, más profundo y más radical que esa rendición. Por eso éste es el contenido de la petición que se llama oración, o de la oración que es petición, el contenido de la petición que se llama vida. ¿Dónde está mi corazón en las cosas que hago? El corazón en las cosas que hago es petición del Ser, es petición de que este Hecho me conforme en todo lo que hago, se torne significado de todo lo que hago. Así podemos «arriesgarnos» a empezar a entender, a vivir, a experimentar que hasta trabajar tiene el estremecimiento de la oración, que empieza a tener dentro un estremecimiento de petición.

Esto es empezar a ser transparentes, o sea, verdaderos.

6) La necesidad de mortificación. Sin mortificación no se consigue ir hacia el destino, no se llega a vivir el signo de la verdad, no se llega a un verdadero juicio, no se vive el seguimiento, y sobre todo, no se vive la certeza y ni siquiera se la reconoce.

Este reconocimiento de la pertenencia es una cuestión radical: sin esta radicalidad estamos mal; pero sin la apariencia de renuncia a algo no somos libres. Porque, psicológicamente, es una apariencia de renuncia, a la que el cristianismo llama mortificación; pero la semblanza de muerte es la condición para la resurrección: se llama «cruz».

En el ánimo más visible de nuestra gente, es decir, de nosotros, se ve que el esfuerzo, condición obvia del camino y por eso mismo, signo de que se camina, se convierte en

objeción al camino. La condición se vuelve objeción: ésta es la gran máscara de la mentira, la máscara de lo diabólico; en esta necesidad de la mortificación se reencuentra el impulso de la libertad. Este ímpetu de la libertad se siente a dos niveles: el nivel del asombro de lo verdadero, el entusiasmo, y el nivel opuesto, el esfuerzo. La libertad se encuentra justo en el juego del sacrificio y la mortificación. Tenemos miedo al sacrificio, todo el mundo es así. Cuanto más miedo tenemos de este sacrificio, de esta mortificación, más tajantes somos e insistentes en el deber, en el pedir a los demás que observen nuestras palabras. La alternativa a este impulso de la libertad o esfuerzo de la mortificación es la imposición como deber a nosotros mismos y a los demás, un esfuerzo artificioso para superar el miedo.

Este juego de la mortificación es condición de la acción, en cuanto que está determinada por el hecho concreto presente, es decir, por la Iglesia en la concreción del movimiento. Esta mortificación es una condición de la acción cuando la acción se dispone como seguimiento del movimiento, según el peso del ideal; este peso no radica en discutir las acciones con los de la diaconía, sino que es una referencia que tú vives por ti mismo como dimensión de tu corazón. El esfuerzo de vivir las cosas en función del movimiento no quiere decir ponerlas en común, en el sentido de hablar de ello, sino que es una dimensión que vives tú. Nada puede sustituir al juicio que tú haces; así se forma tu persona.

## PERSONALIDAD E IMPULSO CULTURAL<sup>91</sup>

*La vida y, con ella, también los planteamientos se iban simplificando. Por una parte emergían, con una fuerza y claridad cada vez mayor, los temas de la personalización y del impulso cultural; por otra, se volvía cada vez más claro que todo lo que se decía y se hacía tenía que entrar en la vida; de otro modo, habrían sido como mucho consignas de una asociación destinada a desaparecer en poco tiempo.*

*En los meses precedentes a la reunión estival se habían distribuido dos preguntas, sobre las que habían trabajado las comunidades: la primera se refería a las dificultades que se habían encontrado durante el año; la segunda pedía en cambio que se señalasen las experiencias nuevas que habían sucedido, los signos tangibles de que algo se estaba moviendo.*

*La pregunta: «¿Adónde ir?» asumía, en este contexto, un significado completamente nuevo. No era la pregunta sobre el futuro de una organización, sobre sus fines y sus proyectos, sino que era una pregunta dirigida al yo, pregunta a la que cada uno tenía que responder personalmente, haciendo las cuentas con su propia humanidad.*

*En los diálogos con los estudiantes –recogidos por extenso para no perder los matices y, sobre todo, para entender la génesis común de los juicios y de las fórmulas que, después, iban a resultar emblemáticas para muchos– don Giussani muestra su capacidad pedagógica al apasionarse por cada intervención y sacar de ellas los contenidos de una propuesta sintética y final que pueda servir para el camino común.*

### Introducción

Tras la presentación de la semana que han hecho nuestros responsables terminamos esta tarde con una meditación que recuerde, por medio de algunas canciones, los factores fundamentales y esenciales de nuestra experiencia, para que nuestro trabajo sea un trabajo constructivo y provechoso. Creo que el sacrificio que habéis hecho, de tiempo y económico, para subir aquí, y la naturaleza de esta reunión nos imponen este recordatorio. Quisiera que, ante todo, cantásemos la primera canción que nació en el movimiento, *Povera voce*<sup>92</sup>. Por este motivo: el primer factor para que nuestra vida se decida a llevar a cabo una tarea, que no sea la que impone inmediatamente la sociedad y que no interese inmediatamente por un beneficio económico, sino que sea un trabajo sobre la vida, es que en nosotros «el sentido del destino» –la conciencia del objetivo

final, de un objetivo total, que invada por tanto la entera trama de nuestra expresividad y de nuestras acciones, el contenido entero de nuestro tiempo— se identifique cada vez más con el sentimiento que tenemos de nosotros mismos. «Destino» es una palabra que está en uso entre nosotros desde hace algunos años; y tenemos que tratar de conseguir a toda costa que, como otras muchas grandes palabras, no se vacíe. Es significativo que nuestra primera canción, que Adriana Mascagni compuso hace tantísimos años, expresase el sentido del destino.

*Povera voce.* La cantamos como si fuese una oración, con calma y corazón.

Hay una palabra que introduce, por antítesis, el segundo factor necesario para que nuestra personalidad se afirme y sepa afirmarse dentro de la experiencia de la fe: es la palabra «miedo». Yo no sé cómo se hizo el año pasado la Escuela de comunidad sobre *El sentido religioso*<sup>93</sup>, pero allí, *en passant*, al final de cierta página, se dice que la cura a este miedo, la antítesis de este miedo —que es la señal más impresionante del pecado original en el hombre, la consecuencia más dramática, por tanto, de la división profunda que hay en la base de nuestra conciencia entre inteligencia y libertad, pero que es también consecuencia de esa debilidad aún más radical que provoca la división, una debilidad que penetra también en la inteligencia y más directamente en el corazón de la libertad— es una compañía vivida, una vida comunional. La tradición rusa tiene una palabra estupenda y profundísima, que es la clave de toda la historia del pensamiento ruso, incluso del pensamiento filosófico en sentido estricto: *Sobornost*, es decir, la dimensión comunional como dimensión de la persona. La persona encuentra apoyo en esta dimensión para adquirir el impulso capaz de atravesar este miedo, donde la inteligencia adquiere una consistencia mayor y encuentra apoyo para que la libertad asuma el coraje que le es necesario. Paradójicamente (nunca como en este caso la palabra «paradoja» se ha usado tan bien), la unidad del yo, de la persona, sucede en esta dimensión comunional. Por eso, con este entendimiento más profundo cantemos, aunque estemos acostumbrados a esta canción y pueda haber algunos aspectos superficiales, *Ma non avere paura*<sup>94</sup>.

El bien no termina nunca. Recordemos que la compañía que ha querido hacernos el destino, para que nuestra mente se iluminase y el corazón se hiciese capaz de afecto a su propio significado, esta iniciativa de presencia que el destino ha tomado hacia nosotros, con Cristo, sigue un método. Este método es el método del *signo*, porque Cristo, el hombre Cristo, es el signo en el que el misterio del destino se ha hecho presente, y ese signo continúa en nuestra compañía. Ésta es la dimensión sagrada de nuestra compañía, es la dimensión de belleza, de justicia, de verdad, que tiene nuestra compañía y es la dimensión de la permanencia del signo en nuestra compañía. Si vosotros os fueseis durante veinte años, después de veinte años encontraríais todavía esta compañía que os

reconocería, os aceptaría, como si os hubieseis marchado el día anterior. Nosotros somos parte de este signo que, en términos exactos, se llama «Iglesia», que literalmente quiere decir «compañía que se reúne». La gracia de pertenecer a este signo, de haber encontrado esta Presencia en un lugar persuasivo o en todo caso provocador, no es una gracia que se nos haya dado sólo para nosotros, sino para el mundo, el cual, fuera de este signo, «está por entero en la mentira»<sup>95</sup>, como dice Cristo. Mentira que se manifiesta en su modalidad más virulenta en la violencia, en el odio a la vida del hombre. No es sólo Auschwitz. Ahora el mundo está lleno de *Auschwitzs*, desde Rusia a Camboya o El Salvador. Sea cual sea el color de la bandera que levanta el mundo, hay una violencia que expresa la mentira que lo constituye. La imposibilidad para la verdad y la libertad, característica del hombre, no puede sobrevivir, no puede afrontar la vida, sino deslizándose o cayendo en la mentira, es decir, en una afirmación de su propia medida que es desproporcionada a la realidad y está cargada de pretensión y por eso de oscuridad, de engaño. Cantemos, por tanto, *La nuova Auschwitz*<sup>96</sup>, y recordemos que «no es difícil ser como ellos», que es posible ser como ellos. Decía que el mundo en que estamos está lleno de ejemplos de esto, es una gran documentación de esto: tenemos todavía que prepararnos, amigos míos, ante el hecho de que esta manía de destrucción de lo humano que está dentro del corazón desviado por la mentira y la afirmación de sí que lleva consigo cada hombre, esta manía de destrucción de nuestra civilización, todavía tiene que aparecer en su forma más trágica.

Lo que estamos viviendo es el momento, el tiempo de la disolución (leed, por favor, *Balance de la Historia* de Grousset<sup>97</sup>; que ninguno de vosotros se olvide de este consejo mío, escuchadme; por lo demás, el segundo factor para la construcción es la compañía, y la regla de la compañía es seguir; escuchad aquello en lo que insistimos, no os arrepentiréis nunca, digo nunca, ni una sola vez). Pero después del tiempo de la disolución una civilización entra en la tragedia total. Tenemos que prepararnos también para ese momento. Pero quiero insistir en el hecho de que el tiempo de esta violencia, de esta destrucción, de algún modo siempre anda serpenteando: en nuestra vida personal, en la relación con tu chica o tu chico, en la relación con tus padres, con los compañeros de clase, con todo lo que nos rodea. ¡Cuántas cosas en nosotros conocen el veneno de la violencia, de la instrumentalización! Sólo hay una forma de evitarlo al acercarse al hombre, quienquiera que sea, desde el más cercano y que más nos preocupa hasta el más extraño y lejano: es el amor a su destino, este respeto profundo, esta pasión por su libertad, por su energía en marcha. Cantemos *La nuova Auschwitz*.

La conciencia del destino, de la finalidad total del vivir, la adhesión a nuestra compañía y, por tanto, la inteligencia de seguir, la pasión por el mundo, por los demás:

para todo esto nos hace falta algo sencillísimo, como un hilo, como una raíz, el hilo sutil de una raíz; nos hace falta la «decisión». Creo que, en estos días, lo más importante que tiene que suceder es un salto cualitativo de esta decisión, en cuanto conciencia de las razones y energía afectiva.

*Camminerò*<sup>98</sup>

Lo más conmovedor es que este «caminaré» –esta decisión– no encuentra ninguna objeción radical en ningún estado en que podamos llegar a encontrarnos; aunque estuviésemos cubiertos de una montaña de malestar y de mal, esta decisión no se rompe, no se ahoga. Tan cierto esto que la compañía, la comunidad, nos abraza hasta con la posible montaña de malhumor o de mal que podamos tener, o de pecado (ésta es una gran palabra). Sólo hay un momento en que la compañía ya no nos abraza: ese en el que nosotros nos vamos, en que rompemos nosotros. Lo más conmovedor, al menos para mí, es pensar en esto, que es el signo, la reverberación física, experimental, de la definición que da la Biblia de Dios: la misericordia, una definición imposible para cualquier filosofía. Por eso, este «caminaré» puede ser verdadero, esta decisión puede ser real, en cualquier estado en que nos encontremos.

Tengo que pedirlos todavía un esfuerzo, durante tres minutos. Como mañana rezaremos Laudes, quisiera que volviésemos a cantar juntos, para corregir los posibles errores y por tanto cantarlo bien ante Dios –la primera belleza que hay que realizar es el modo de rezar y cantar ante Dios–, el himno de Laudes, *La luz de la aurora ya brilla*<sup>99</sup>. Cantémoslo sin gritar.

Si bien, decía, no podríais poner ninguna objeción a esta misericordia aunque estuviéseis bajo un montón de estiércol, es justo que nos hiera el sentido, el sentimiento de lo que todavía no somos. Cantemos, para terminar, *Offertorio*<sup>100</sup>.

## Asamblea 1

*Giussani*: Si mantenemos vivo el pensamiento, es decir, la razón y el juicio, entonces no es tiempo perdido cantar las cosas que hemos cantado. Antes, mientras cantábamos, me preguntaba: quién sabe por qué la primera vez que escuché *La guerra*<sup>101</sup>, ese «quizá» con el que termina la canción me hizo saltar, hizo que me enfadase, ¡y me encontré con que era el único que tenía este sentimiento! Vosotros veis estas cosas sin razón ni juicio, es como dejarse llevar por la ola de las palabras dentro de una melodía, por esa llamada banal, empírica y no juzgada, a vuestro sentir cotidiano. Debe llegar a ser por entero razón y juicio; no debe pasar ni una sola cosa sin que se haga razón y juicio, bien y mal. Esto es la libertad incluso respecto del mal.

*Intervención:* Hemos enviado dos preguntas para preparar este *Equipe*: 1) ¿Qué dificultades, prácticas y teóricas, habéis encontrado en vuestra experiencia de este año? Y 2) ¿Qué novedad ha aportado lo que se describía en los apuntes del último *Equipe* para la vida de la comunidad, para ti y para tus amigos?

Se han enviado una serie de aportaciones en relación a estas preguntas, de las que hago un breve resumen.

Las contribuciones que se han recibido señalan dificultades de dos órdenes diferentes. Hay un primer grupo para el que la experiencia descrita en el último *Equipe* no se ha verificado. En muchos casos ha faltado incluso el inicio de una simple amistad, por lo que tanto la propia persona como la comunidad son inconsistentes. Por ejemplo, la comunidad de Palermo dice: «La comunidad se entiende como un lugar de referencia abstracto; vives la vida solo, el límite te pesa a las espaldas y tienes la pretensión de superarlo por ti mismo». En otros casos, para algunos ha comenzado cierta novedad, pero ello no ha determinado el clima de la comunidad. Dice la comunidad de Medicina de Milán: «Hay una incapacidad para implicarse personalmente, por lo que no se consigue hacerse cargo de las dificultades de un camino común». ¿Cuáles son las consecuencias de esta situación? Ante todo una soledad personal y por tanto la incapacidad de referirse a nuestra historia. Por eso la vida se afronta instintivamente y se es incapaz de hacer una propuesta o misión en el ambiente en que se está. En otros términos, hay una ausencia de dignidad cultural de nuestra experiencia.

*Giussani:* Esta serie de anotaciones me parece interesante como síntesis: la soledad, la falta de referencia a una historia, la incapacidad de propuesta y la carencia profunda de dignidad cultural, carencia que puede existir aunque se hagan magníficos estudios sobre Hegel o Tales, o mejor todavía, sobre Gramsci.

*Intervención:* Hay otro grupo de comunidades que se reconocen en la síntesis del *Equipe*. Viven dentro de la universidad un inicio de compañía verdadera, que, al ser atacada, ha mostrado las razones por las que vive, lo que se ha traducido en juicio ante los hechos que suceden. Ahora bien, precisamente porque ha comenzado algo, se dan cuenta de que están ante un momento crucial. Es significativa la intervención de la Universidad Católica de Milán, que apunta el riesgo de aburguesamiento, es decir, de «creerse capaces y llegados ya al objetivo por las cosas que se han hecho este año, olvidando el punto de partida: que todo ha sido movido por un don. La consecuencia es un seguimiento sentimentalmente fascinante para los más jóvenes, un estar determinados por las cosas que se deben hacer para los que tienen una responsabilidad, y un espontaneísmo en los que se sienten fuera de la responsabilidad. Se quieren gestionar las cosas de la comunidad pensando en el movimiento como algo que se posee, como si no hubiese que dar un paso más».



*Giussani:* Se piensa en el movimiento como algo que ya se ha adquirido.

*Intervención:* Por otra parte se dan cuenta de que esto no basta. El camino que han hecho ha abierto una pregunta sobre qué resultado tiene la experiencia que se está haciendo para las propias personas y se advierte más claramente el propio límite. Se entiende intelectualmente que la respuesta está en el encuentro que se ha tenido, pero cuesta hacer experiencia personal y cotidiana de este encuentro, cuesta que llegue a ser el criterio con que se afronta la vida.

*Giussani:* Es interesante –me permito intervenir señalando lo que provocan en mí estas cosas– la identificación (que seguramente no habréis notado) entre la posesión, algo que ya se posee intelectual o incluso sentimentalmente, como por ejemplo, una compañía, una amistad, un punto de referencia, y la falta de cambio de uno mismo, la falta de cambio de sí mismos. Lo que elimina el poder, la posesión, el poseer, es decir, lo que él ha llamado «aburguesamiento» (que no es ninguna referencia a la sociedad burguesa, a la burguesía; es un término que usamos habitualmente, y que se refiere desde el punto de vista histórico a ese tipo de humanidad, pero que es común a todos los grupos humanos) es el cambio de sí. Si el aburguesamiento es la posesión, lo contrario al aburguesamiento es el cambio de uno mismo, porque buscar el cambio de los demás o el cambio de la situación implica la pretensión de poseer ya los instrumentos, de saber ya, de poseer de antemano la imagen y los instrumentos que se deben imponer a la sociedad para que cambie. El marxista posee tal como posee el burgués de la Revolución francesa, ¡idéntico! Porque lo único que rompe el círculo del poder, lo que rompe el horizonte de la posesión, es el cambio de uno mismo.

*Intervención:* La universidad Bocconi expresa esta necesidad como «deseo de que nuestra compañía no nos proteja del drama personal y cotidiano de reconocer la Presencia que hay entre nosotros». La facultad de Medicina señala la dificultad para esto: «Una de las mayores dificultades es la continuidad en lo cotidiano de la experiencia que vivimos en ciertos momentos; en el fondo del corazón reina todavía la inseguridad que produce una vacilación instintiva ante cada paso sucesivo que cada uno está llamado a dar por sí solo». Cuando uno está solo ya no resiste.

*Giussani:* ¿Por qué no resiste ya?

*Intervención:* Porque hay una incertidumbre que domina en lo profundo del corazón. En las intervenciones que se han enviado se intenta intuir el paso que se nos pide. Todas se refieren a lo que en el último *Equipe* se describió como «reserva».

*Giussani:* En el último *Equipe*, de hecho, dijimos que el gusano, el veneno de la cuestión, es que nosotros tenemos siempre como una reserva en la adhesión a lo que se nos propone. Hay muchas preguntas sobre esta idea de reserva. ¿Qué es esta reserva? ¿Cómo se puede romper o salir de esta reserva? Tendremos que volver a ello.

*Intervención:* La comunidad de Cagliari dice que se trata de escepticismo: «Damos la vida, nuestro tiempo, nuestras energías, por algo en lo que, en último término, no creemos; este escepticismo mina en lo profundo la experiencia del movimiento tan rica de cambio humano, vuelve inerte el deseo y bloquea la libertad».

*Giussani:* «Hace inerte el deseo», escribidlo. ¡Es bello! ¿Por qué es bello? ¿Por qué es hermoso, amigos?

*Intervención:* Porque el deseo muere.

*Giussani:* ¡Porque es verdad! Es bello porque es verdadero.

*Intervención:* Esto es todo lo que sale de las intervenciones. He terminado.

*Giussani:* ¿Entonces os parece que esta síntesis, dejando los detalles aparte, es persuasiva en su conjunto, en el sentido de que es realista? ¿Sentimos que verdaderamente es así, sentimos que el problema urgente está en los juicios y acusaciones de los límites y dificultades que se han descrito?

*Intervención:* Sí.

*Giussani:* Escuchad –eventualmente me paráis, si soy demasiado entrometido–, como el tiempo perdido no se recupera jamás, para contribuir a un mejor uso del tiempo en nuestro diálogo, creo que primero tenemos que, todos juntos, identificar lo que según nosotros deberían ser los puntos que hay que adquirir, los puntos de llegada de nuestro trabajo, que debería continuar con el trabajo hecho en casa sobre las preguntas del último *Equipe*. Es un auténtico delito venir al *Equipe* sin proseguir el trabajo: sería mejor entonces que os quedaseis en casa y mandaseis a otros, a lo mejor menos inteligentes que vosotros, pero más voluntariosos.

En base al trabajo que se ha hecho y al que tendremos que hacer ahora, ¿a qué debemos mirar, según vosotros? Una vez que se han dado estas impresiones, que se ha expresado este sentir, ¿cuáles son los puntos de llegada para un salto cualitativo en la vida de nuestras comunidades? Propongo, antes de las intervenciones puntuales, que identifiquemos un término de llegada, si es posible. Antes de ponernos manos a la obra sobre un pedazo de madera, digamos: «Puedo sacar de él una mesa o una estatua». Hace falta, en definitiva, que se elija entre dos direcciones distintas, que a lo mejor luego se abandonan, porque cuando lleguemos al ombligo de la estatua, la madera nos puede mostrar que sería mejor haber hecho una banqueta.

¡Decid lo que os parece! Según vosotros, ¿no sería mejor, a partir del trabajo que habéis hecho sobre el último *Equipe* (y ésta es la condición más trágica y la que más nos interroga) y de lo que se ha dicho ahora, que identifiquemos adónde se debe llegar, los factores de un nuevo impulso para la experiencia del movimiento? Así se podrán acoger más oportunamente y con más inteligencia las intervenciones, al menos en la respuesta que demos. De otro modo, si vosotros intervenís y, pongamos, nosotros contestamos

buscando una respuesta, aunque uno al final puntualice, resuma, mucha riqueza de las respuestas se pierde. Mientras que, si hay un trabajo previo de comprensión, es decir, si se tiene una hipótesis de llegada, entonces es como si se abrazase las respuestas, se salvaran mucho más, hasta en sus matices y las connotaciones de su expresión.

*Intervención:* Deseo ser capaz de vencer la distracción continua. Si no se me ayuda a ponerme ante ciertas preguntas o a formular un juicio, por ejemplo, ante las elecciones, me pierdo. Lo que deseo es una ayuda para no estar distraído en todo. Es el deseo con el que vengo aquí. Aquí me vuelvo a encontrar ante rostros que me ayudan.

*Giussani:* Ésta puede ser una de las hipótesis útiles. Es lo que le sucede a un niño pequeño: corretea de un lado a otro y su madre, o la que está en su lugar, atenta a cogerlo, a agarrarlo por los pantaloncitos antes de que se precipite por la ventana. Parece que no hay cristal y en cambio... Hace falta correr tras él, porque está totalmente distraído. Desgraciadamente, nosotros no podemos hacer lo mismo con vosotros. Entonces lo que has dicho, tu intervención —has hablado de distracción— podría señalar un punto de llegada que implique una inmanencia de la persona más continua y radical en el movimiento. Porque evitar la distracción no depende de ser ayudado desde fuera, en el sentido que decíamos del niño. Desgraciadamente, ya no podemos actuar así. Si en todo el CLU fuésemos sólo cinco, uno de jefe, otro de presidente federal y yo consiliario, quedarían dos soldados. Entonces podríamos perseguirnos como se persigue al niño —porque el aspecto infantil nunca se va del todo: por eso Dios tiene mucha piedad—. De todos modos, puesto que ya no podemos ni imaginarnos en una situación como la del niño, la cuestión, en lo que se refiere a nosotros, seres «civiles», de más de veinte años y por tanto mayores de edad y responsables de nosotros mismos, es una inmanencia tal en el movimiento que la propia facilidad original que tenemos para una *déffaillance*, una caída continua en la desmemoria, sea contestada.

Su intervención indicaría esto como punto de llegada.

*Intervención:* Por mi experiencia de este año en Venecia, yo identificaría el punto de llegada con la profundización en dos factores que se nos han revelado como verdaderos. El primero es que, para algunos, el acontecimiento que hemos encontrado se ha convertido en la razón misma de la existencia. El segundo es que uno no puede hablar de juicio si no vive la experiencia. El juicio no puede ser una operación intelectual, y nos hemos dado cuenta de esto durante la batalla cultural. En los que han intuido esto ha surgido el deseo de poner radicalmente en juego su libertad. Entonces, según mi parecer, el punto de llegada es que nos hagamos capaces de una energía moral estable, capaz de proseguir lo que se ha iniciado.

*Giussani:* Me parece que nuestro amigo ha hecho que emerjan otras dos posibles hipótesis de llegada. Primero, cuando ha dicho que «el hecho entre nosotros se ha

convertido en razón de nuestra existencia». Segundo, cuando ha dicho que el juicio nace de la experiencia, no es una operación intelectual. He dicho segundo, pero es lo mismo que lo primero: que el hecho llegue a ser «razón» de la existencia, quiere decir que ésta, como juicio sobre la vida, se convierte en «la experiencia» de la propia existencia. Lo segundo que ha dicho es, por tanto, igual que lo primero, porque un hecho no se hace razón de la existencia si no alcanza a ser experiencia. No hay una «razón de la existencia», no se percibe una «razón de la existencia», si no es como hecho que se experimenta o como hecho en el que uno se sumerge, como hecho en el que se implica. Entre nosotros, la realidad no puede percibirse como razón de la vida, si no es como experiencia. Todos estamos de acuerdo en que nuestra compañía es la razón de la existencia, pero ésta es una afirmación intencional y abstracta. El descubrimiento que «Venecia» ha hecho este año, consiste exactamente en la percepción experimental de este hecho como razón de la propia existencia. Mientras que la segunda observación que ha hecho, es que haría falta energía moral para hacer estable esta percepción.

*Intervención:* Cuanto más avanzo, más entiendo que me ha aferrado un acontecimiento que he encontrado y que este acontecimiento es más fuerte que yo, estoy marcado por él. El problema es que, a mi parecer, a menudo, por cómo vivimos, por cómo somos, somos nosotros más fuertes que este acontecimiento que nos ha aferrado. Mi pregunta es: ¿se puede hacer algo?

*Don Giussani:* ¿Está clara la intervención?

*Intervención:* ¿En qué sentido somos más fuertes nosotros?

*Intervención:* En el sentido de que, en la vida normal, es como si estuviésemos continuamente distraídos por otros intereses. Nuestro comportamiento, nuestra mentalidad, está determinada no por lo que hemos visto, sino por esos otros intereses. En segundo lugar, cuando nos encontramos, como a menudo sucede, con una objeción a lo que hemos visto y a la que no sabemos responder, el hecho de no saber responder nos hace dudar, no de nosotros, sino de lo que hemos visto. Es como si hubiera que rehacer todo continuamente de nuevo.

*Intervención:* Me parece una contradicción: primero dices que es más fuerte que nosotros y después, de hecho...

*Giussani:* Perdóname, amiga mía. Si estamos aquí es porque todos reconocemos que el hecho de Cristo es el hecho que cuenta para la vida de la historia, del universo y de la existencia. Si estamos aquí es porque tenemos fe cristiana. Por lo tanto, teóricamente, intencionalmente, hemos reconocido que hay algo más fuerte que nosotros, pero queda a nivel de intención, es decir, sigue siendo abstracto. ¿Qué significa abstracto? Es abstracto lo que no tiene que ver con la trama de intereses en que se juega, en el tiempo y en el espacio, el sentimiento que tenemos de la vida y de nosotros mismos. Es algo más

que lo que se ha dicho antes, cuando se hablaba de la distracción, de la desmemoria. Esto es más radical: se trata de un reconocimiento que después se pone en jaque en las decisiones, o mejor, en los juicios y las decisiones de la vida concreta, de la vida cotidiana. Y entonces lo que hemos reconocido puede estar bien sólo para hacer cursos o seminarios, que dejan la vida intacta y no generan un pimiento en nada, excepto a lo mejor un colegio, una universidad, etcétera. Se puede hacer un seminario sobre las excavaciones del Mar Muerto y sobre la relación entre los esenios y Jesucristo, puedes hacerte hasta un nombre como teólogo reconocido en todo el mundo, sin que la fe, en el fondo, en el fondo, cambie lo más mínimo la vida. El cardenal Pignedoli me hablaba una vez –hace algunos años– de una reunión de teólogos elegidos en todo el mundo como Consejo del Sínodo de los Obispos en Roma. Sólo faltaba uno famosísimo, que era entonces el teólogo del cristianismo como pobreza. No llegaba y lo estaban buscando, porque tenía que impartir una ponencia. Al final consiguieron encontrarlo: ¡estaba en el hotel Hilton de Roma! Era el teólogo de la pobreza, tenía que dar una ponencia sobre el cristianismo y la pobreza, ¿me entendéis? Se puede ser teólogo sin que la vida sufra la menor mella. Entonces el acontecimiento cristiano no avanza. La teología o tales cursos o tales seminarios no hacen que el cristianismo progrese ni una brizna en el mundo, porque el cristianismo no es una doctrina, es un hecho.

Es un contrasentido, has objetado, reconocer que algo es más fuerte y después decir que son más fuertes otros intereses, que somos más fuertes «nosotros». Aquí está la cuestión: «nosotros» significa el sentimiento que tenemos de nosotros mismos. Es más fuerte el sentimiento que tenemos de nosotros mismos y de nuestra vida que el sentimiento de ese hecho. Es decir: más fuerte que ese hecho, que el sentimiento de ese hecho, es el sentimiento de nosotros mismos que deriva de la mentalidad común, porque el sentimiento que tenemos de nosotros mismos es idéntico al sentimiento de sí que tienen todos los hombres de nuestra sociedad. Que una mujer sea deseable en cierto sentido o que esté bien tener dinero para viajar por el mundo e irse a esquiar, pagando de hotel sesenta mil liras al día, que esté bien que nos aprueben los exámenes, o tener ropa bonita, incluso tener la compañía adecuada y que se quite de en medio el que nos toca las narices, o bien tener un padre y una madre que no nos joroben los momentos de paz con sus discusiones, etcétera, éstas son las cosas que todos tienen en la cabeza, son los factores que constituyen el sentimiento cotidiano de todos. Este sentimiento cotidiano que tenemos de nosotros mismos, derivado de la mentalidad común en sus aspectos más elaborados o en sus reivindicaciones o en sus justificaciones, es más fuerte que el sentimiento que tenemos de Cristo. De ahí la pregunta, ¿se puede hacer algo?

*Intervención:* Me doy cuenta de dos cosas: primero que no se puede hacer nada sin la verdad de la propuesta que tenemos delante; pero, en segundo lugar, que no es posible

tener una experiencia verdadera, si «verdadera» no quiere decir «para tu persona»: una propuesta no es ni siquiera verdadera si no es verdadera para ti, si tu libertad no la pone a prueba.

*Intervención:* Donde yo iba de vacaciones había un embarcadero de cuatro metros de altura desde el que te podías lanzar al agua. Éramos otros dos y yo. Decíamos: «¿Quién se tira primero?». Había rocas debajo, y por eso nos preguntábamos: «¿Y si nos rompemos la cabeza?». Había unas chicas mirando y alguien tenía que hacerse el duro. Entonces dije: «No, se puede saltar, ¡yo he visto a gente saltando!». Entonces me subí al embarcadero y me dije: «Ahora me lanzo, pero ¿me tiro de cabeza o de pie? ¿Y si me doy en la cabeza? Mejor tirarse de pie, pero con los pies a lo mejor me resbalo, entonces es mejor lanzarse...». Hasta que en un momento, salté. Esto es. Entiendo en este sentido lo que estás diciendo. Has dicho que nosotros hemos encontrado algo y que ese algo es verdadero para nuestra vida, pero en el fondo el punto determinante de la vida somos todavía nosotros, no lo verdadero que hemos encontrado. Pero si algo es verdad, sólo hay un problema, que uno decida lanzarse, porque cuando se lanza se da cuenta de que ese algo es más que la intuición que ha tenido de que es verdadero cuando lo ha encontrado; empieza a saborearlo como verdadero. Yo, ante la pregunta: «¿Se puede hacer algo?», o me quedo pensando: «Me tiro o no me tiro, me doy con las piedras o no, me tiro de pie o de cabeza...», o bien me lanzo. Me parece que éste es el único problema.

*Intervención:* En ciertos momentos yo he optado por Jesucristo; pero el problema para mí es poder «lanzarme» siempre, es cómo hacer que esta decisión sea estable, cómo permanecer en esta decisión.

*Intervención:* Lanzarse puede parecer una palabra decisiva, la usamos a menudo, y sin embargo presupone algo. En los apuntes del *Equipe* se decía que lo que te permite permanecer después de la fascinación inicial es el trabajo, el trabajo sobre lo que el movimiento te ofrece, sobre los instrumentos de ayuda, sobre la Escuela de comunidad. Por tanto lanzarse, más allá del entusiasmo que cada uno le pueda poner, a mi parecer deriva de estas cosas. El encuentro con ciertas personas, con una experiencia o una propuesta, es verdadero y significativo si te estimula en este trabajo. Lo que nos corrige en este camino hacia una humanidad nueva es sin duda la inmanencia en una compañía; pero la inmanencia presupone también, además de una relación humana con el que más vive, un trabajo constante. La estabilidad parte entonces de una seriedad con nosotros mismos. Creo que se nos pide más que ir a repartir un manifiesto o la revista de CL.

*Giussani:* A mi parecer, amigo mío, no hay duda de que la palabra lanzarse o arrojarse implica un factor que la palabra «decisión» identifica. Este factor es inevitable. Quizá la intervención de antes quería subrayar, ante todo, esto. De aquí nace un problema que

queda abierto: ¿Qué es lo que decide la decisión? ¿Qué es lo que la pone en marcha, el motor? En definitiva, ¿cómo se enciende la chispa de esta decisión?

Por otra parte, estoy completamente de acuerdo contigo en que este lanzarse no es simplemente una decisión, porque no hay un acto en la vida, un acto del yo, que se pueda separar del resto. Cuando nos adherimos a la fe de un modo intencional y abstracto no somos capaces de mantener esta abstracción o esta intencionalidad como aparte, preservada; en los remolinos de la vida esta intencionalidad se desvanece, la abstracción se convierte cada vez más en una nube lejana y la fe se hace cada vez más extraña. El hombre no puede llevar a cabo un gesto fuera de la trama que es toda su personalidad, o mejor, que es su personalidad como historia. Por eso, uno no puede decidirse –y el primer problema es cuál es la chispa de arranque, lo que enciende tal decisión–, no puede decir: «Me decido» sino como el comienzo de una historia, es decir, de un trabajo. Lo que tú llamas trabajo yo lo llamo historia, historia humana. Un hombre que expresa el sentimiento que tiene de sí o el ideal que tiene de sí (porque el sentimiento que tenemos de nosotros mismos coincide con la palabra «ideal»), manipulando con su energía la realidad –personas o cosas, a sí mismo, a los demás– para obtener algo, para realizar algo que esté en función del sentimiento que tiene de sí mismo, que sea útil para el sentimiento que tiene de sí mismo, para el ideal que tiene. El trabajo es esto.

Por otra parte, no existe el hombre fuera de una trama de relaciones. De hecho, la trama de relaciones es la primera objetivación del sentimiento que uno tiene de sí mismo. La elección de los amigos, la elección de los compañeros, es la primera documentación clamorosa, la primera objetivación, del sentimiento que uno tiene de sí mismo, es decir, de los ideales que tiene. Así pues, ese trabajo es imposible si se prescinde de la compañía, en cualquier caso. Por eso la decisión significa elección de una compañía y trabajo, o sea, historia.

En este sentido, la decisión de repartir un manifiesto es una decisión en sentido impropio. No se trata del entusiasmo del gesto. Ésta es la diferencia entre las elecciones del 75 y las elecciones de este año: en muchas partes del movimiento las elecciones de este año han sido la ocasión para tomar una decisión. Hay grupos y comunidades, más grupos que comunidades, que han renacido, más bien han nacido de la decisión de comprometerse en las elecciones. Las elecciones han sido la ocasión que ha hecho de catalizador del residuo de espera, de deseo y de buena voluntad, de intuición recóndita, que todavía quedaba en ellos. ¡Las del 75 no! Las elecciones del 75 fueron, en los lugares donde obtuvieron apoyo, una ocasión de gran presunción, que ha hecho que se pierda durante años y años el camino del movimiento.

*Intervención:* Quisiera hacer una pregunta sobre la intervención anterior; él ha usado la palabra «lanzarse», pero tú la has recogido como «decisión». ¿Qué es lo que se gana en

ese lanzarse, en esa decisión? ¿Qué conveniencia tiene para nuestra vida esa decisión, ese lanzarse, ese riesgo? Si tuviésemos que describir lo que hemos ganado, lo que sacamos en limpio, ¿cuál es la conveniencia de lanzarse?

*Giussani:* Esto es. Me parece que esta intervención recalca el motivo, vuelve a proponer mi imagen de la chispa: ¿qué es lo que hace decidir? ¿Cuál es la chispa que provoca la decisión, que constituye la novedad, el núcleo de un fenómeno nuevo – porque la decisión es el núcleo de un fenómeno nuevo–? La decisión es como el surgir de un hombre nuevo: es una concepción, como la de un niño, es una concepción nueva. La decisión es la concepción de un ser nuevo. Por eso el interrogante que se ha levantado, que me permito dejar en el aire: «¿Cuál es la conveniencia de esta decisión?», plantea una cuestión de método altamente interesante, que hay que resolver, y a mi parecer indica el camino de la solución, en cuanto método. Es lo que le decía a nuestro amigo antes: hace falta una chispa. La pregunta es cuál es esa chispa, el motor, cuál es el acontecimiento que «concibe» este ser nuevo. He intentado encaminaros con esa imagen.

*Intervención:* ¿Puedes aclararme algo? Hablas de decisión, pero ¿en qué sentido? ¿Es algo que parte enteramente de nosotros? Llegados a un cierto punto, me pregunto: ¿qué es lo que tengo que decidir? Yo lo veo más como una propuesta que me hace Cristo: «¿Quieres hacer esto?». Responder, decir sí o no, es lo que me toca a mí. No escuchar o no responder a esta propuesta es una forma quizá amable de decir: «No». En el fondo sólo hay un problema: rendirse a la voluntad de Cristo, y éste es un problema mío, nadie me puede sustituir en la respuesta. Aquí no se puede teorizar, ni creo que se pueda decir cuál es la chispa de arranque o qué es la chispa: en el fondo, la chispa de arranque es esta pregunta que nos hace Cristo. No podemos dedicarnos a teorizar: es un problema personal, para cada uno de nosotros. O me adhiero a Cristo, me rindo a su voluntad, aprendo a amarle, o no hay nada que hacer.

*Giussani:* Pero, amigo mío, nadie quería decir nada distinto de lo que dices, porque en esto radica precisamente la decisión: Cristo me propone que dé un salto de cuatro metros. «¿Me tiro o no me tiro?» ¿Me explico? «¿Estoy de acuerdo o no estoy de acuerdo?» ¡Esto es la decisión!

*Intervención:* Por eso no hace falta que le des más vueltas, porque aquí o salto yo o no sucede nada. Tú puedes hacer lo que quieras...

*Giussani:* ¡Yo no le doy más vueltas, te amo! Y sólo porque te amo quisiera aclarar contigo el paso que tú y yo, personalísimamente, tenemos que dar para responder a Cristo. Este paso que tu responsabilidad (que quiere decir «respuesta»; decisión quiere decir respuesta, respuesta a Cristo) está llamada a dar se llama decisión. Tu intervención se insinúa como una ligera indicación del camino dentro de la imagen que he propuesto antes. Es decir: por un lado está la propuesta que Cristo te hace y, por otro, estás tú que



tienes que responder. La respuesta que das es la decisión de la que estamos hablando y es absolutamente personal, porque ciertamente otro no puede tomar la decisión por mí. Difícilmente podría ser así. La preocupación que expresas subraya que nuestra decisión es una respuesta a algo que se te propone, a lo que hemos llamado «propuesta de Cristo». Nuestra decisión es la respuesta a algo que se te propone. Entonces yo pregunto: «¿Qué es lo que te lleva a decidirte?» ¿«¿Qué te persuade a responder?»». A esto nos referíamos con el concepto de la chispa o el concepto de conveniencia del que hemos hablado antes. Por eso estoy totalmente de acuerdo en tu preocupación. Sólo que tú has añadido, nos has recordado, que esta decisión no se juega ante las rocas que hay cuatro metros más abajo, sino ante una propuesta, la propuesta de Cristo. Pero ¿dónde está esa propuesta? ¿Cómo haces para encontrarla? ¿Te la imaginas por la noche? ¿Es una inspiración imprevista? Te pregunto: ¿Qué es?

*Intervención:* La encuentro dentro de la Iglesia.

*Giussani:* ¿Y qué es la Iglesia?

*Intervención:* Es nuestra comunión.

*Giussani:* Tan sólo quiero decir, amigo mío, que si tú no hubieses tenido ciertos padres, no hubieses conocido a ciertos curas, ciertos compañeros, la propuesta estaría fuera de este mundo. Por eso no debemos olvidar nunca que cuando hablamos de la propuesta de Cristo, nos referimos a un hecho histórico, trivial en su forma, experimentable, que has podido ver, sentir a través del olfato, con las orejas –si lo has oído–, tocar con tus manos. Un hecho histórico frente al que has podido estar con la boca abierta, escuchando o rebelándote: ¡esto es la propuesta! Sólo decía esto para completar tu intervención.

*Intervención:* Para mí, la chispa es una intuición, el presentimiento de que en cierta realidad humana hay un bien para mí, está mi verdad. Y lo que yo quiero para mí es ser verdadero. Lo que me hace moverme es algo interesante que he entrevisto.

*Intervención:* La intervención de antes preguntaba cómo no estar distraídos. Si pudiese responder, diría que yo no deseo tan sólo no estar distraído, sino ser protagonista de lo que tengo delante y de la pregunta que me hace; ir al encuentro de la vida sin dejar nada fuera. Y esto no es una promesa lejana, es una promesa que puedo seguir, porque tengo ante mí imágenes visibles de gente que la vive, que son más hombres que todos los demás y por eso me atrae. «Más hombres» significa que no tienen miedo de mirar a la cara la vida y la muerte, las cosas grandes y las cosas pequeñas. Y esto sólo es posible en el hecho cristiano.

*Giussani:* Esta intervención añade dos cosas. Primero sostiene algo que ya se ha dicho, especificándolo un poco, es decir, describe la experiencia de conveniencia humana tal como él la ha sentido. En segundo lugar –cómo decir– rinde homenaje al factor que le ha

hecho más fácil moverse, que quizá ha sido incluso el catalizador de todo su moverse, es decir la presencia de gente que se revela más humana que los demás. Por tanto, ha respondido a las preguntas sobre la conveniencia o lo que hemos llamado «chispa».

*Intervención:* Quisiera contar, para confirmar lo que se decía ahora, lo que ha sucedido con los dos amigos irlandeses que han estado con nosotros este tiempo. La noche antes de irse, decían que habían llegado aquí sin saber nada del movimiento y que se habían encontrado con gente que tenía una forma distinta de actuar, aunque no se expresase con palabras. Esta humanidad más grande les había impresionado, les estaba moviendo a querer entender más de dónde nacía esa gente.

*Giussani:* Han sentido conveniente para ellos lo que vosotros llevabais, lo que vuestra vida llevaba consigo. ¡Vuestra vida lo llevaba: no os habéis liado a hacer discursitos! Por eso, a mi parecer, la cuestión es interesante: vosotros, en las vacaciones de Misurina, ante los ojos de esos dos irlandeses, de la decena de españoles y de los otros cinco o seis alemanes, habéis aportado algo, tan cierto es esto que se han ido totalmente impresionados, contentos, ¡han sentido la conveniencia en vuestra vida, aunque en vosotros haya cierta inseguridad! Ésta es la cuestión que hay que aclarar, cuyas raíces hay que sacar al aire. Ésta es la mala planta que hay que dejar con las raíces al descubierto.

*Intervención:* Últimamente me ha impresionado, después de haber estado en la peregrinación en Polonia, leer en *Decisión para la existencia* la página sobre la sencillez de corazón<sup>102</sup>. En Polonia me he dado cuenta de que o estoy agradecido al movimiento por el encuentro que he tenido, o hay un asombro como primer y radical nivel por el hecho que me ha sucedido, o bien no me muevo ni medio centímetro. Al comienzo era sencillo tener este asombro, ahora pasa por una mortificación, la mortificación que supone reconocer que el valor no está en mí, sino fuera de mí. A veces pienso que soy yo el que tiene que poseer las cosas, desempeñar una función, es decir, que soy yo el valor. No soy capaz de construir un clima con los demás en el que yo esté en una postura de humildad real. Muchas veces me doy cuenta de que no nos hacemos compañía entre nosotros precisamente porque falta la tensión para reconocer lo verdadero. Y no veo esto justamente porque ese reconocimiento tiene que pasar por una mortificación.

*Giussani:* ¿En qué consiste esa mortificación?

*Intervención:* En reconocer que el valor, la medida de las cosas, no soy yo, sino que está fuera de mí: mi valor, en todo, es algo distinto de mí, y mi verdad consiste en adherirme a él. Se me ha hecho claro caminando en Polonia: si estás en ello y vas hasta el fondo —y esto supone una muerte de ti, es un anonadamiento—, te das cuenta de lo que te ha sucedido y estás agradecido. Entonces piensas en todo, en los amigos, en la historia, en el movimiento, y te das cuenta de que nadie en el mundo tiene lo que tienes

tú. Pero, llegado a este punto, las cosas no son como la primera vez, hace falta continuamente esa mortificación. Respondiendo entonces a la pregunta, deseo dos cosas: en primer lugar, tener una postura que me permita ser capaz de esta radicalidad, de la sencillez de reconocer el dato por el que decido, lo que implica también una posición ante la compañía; segundo, una imagen de nuestra compañía, describir una imagen de nuestra compañía, un clima tal, que ayude a todos a tener esta libertad, por el que cualquiera que venga no se encuentre con personalismos, sino ante gente que tiende a la verdad.

*Giussani:* ¡Gracias! Hay que admitir que vuestras intervenciones han confluído desde muchas partes indicando un punto que aún no se ha dicho formalmente. A mi parecer, el punto, la hipótesis de horizonte, la primera hipótesis de horizonte a la que debemos mirar es la personalidad, la personalidad nueva. La personalidad no es lo que se describe en los textos de psicología; la personalidad nueva eres tú distinto de antes, soy yo distinto de antes. He hablado antes de una «concepción», en el sentido literal del término, como si un hombre y una mujer concibiesen. Porque la decisión de la que se ha hablado no es una cuchilla de afeitar, es algo mucho más complejo, mucho más fascinante, pero sobre todo, mucho más rico que una cuchilla de afeitar o un hacha. La decisión es verdaderamente una concepción, un generarse, que debe aparecer como un sentimiento nuevo de sí. Porque el aspecto psicológicamente perceptible, el aspecto que se puede experimentar de la idea que tienes de ti mismo, es el sentimiento que tienes de ti. El ideal que tienes está totalmente dentro del sentimiento que tienes de ti mismo, porque el sujeto que come y bebe, que sirve en vacaciones o estudia durante el curso, el sujeto de tu desilusión amorosa o de tu entusiasmo afectivo, el sujeto de todo esto eres tú, pero «tú» no es una palabra abstracta. Entiendo que no lo arreglo mucho usando otro término, pero la expresión «sentimiento de sí» o «concepción de sí» dice más que las palabras «tú» o «yo».

La decisión es precisamente una concepción de sí, una concepción, un engendrar, un concebir el propio yo; por eso se habla de un «hombre nuevo» o de un «corazón nuevo». Y no es que un individuo recién concebido tenga ya todas las ramas, todas las frondas, las hojas y los frutos. No es que tenga ya bigotes o barba, y tenga que ir al sastre para hacerse el traje. ¡No! Es todavía algo —cómo decirlo— absoluta y aparentemente informe, toscamente informe, aparentemente sin estructura y, aparentemente, absolutamente indefenso, inerme. Pero creo que la cuestión es ésta: es la personalidad nueva.

La primera meta a la que tenemos que mirar es tener una idea clara de la personalidad nueva, como concepción nueva, como génesis de nosotros mismos, como corazón nuevo. Si queréis decirlo en otros términos, es la personalización de la vida del movimiento. De todas formas, prefiero la primera formulación: es el problema de la

personalidad nueva —de la personalidad—. Por eso estamos hablando de cuál es la chispa que origina esta concepción, este generarse, de cuál es el tipo de conveniencia que da origen a esta concepción y eventualmente, como ya se ha apuntado, de cuáles son los factores de desarrollo, de afirmación, o las condiciones de subsistencia de este engendrarse. La concepción biológica es sólo un ejemplo, pero es el ejemplo más significativo. Por eso, el aspecto más fascinante de la cuestión es ver qué es esa chispa o qué es, en qué consiste, esa conveniencia. El segundo momento son las condiciones, el contexto, o mejor, el contexto natural (ésta es la mejor expresión: porque el útero de una mujer es el contexto natural de una concepción). Y, tercero, están las dificultades, el enemigo, el tipo de lucha que hay que sostener, para responder a Cristo. Yo propongo esto como primer camino que recorrer, como primer refugio que alcanzar, como primera cumbre que escalar.

Creo que el movimiento, el CLU, ha llegado a tal punto que, justo en este trance, el problema capital es la personalización de la vida del movimiento, es decir, la génesis, el nuevo concebirse de la persona. Como le ha sucedido a nuestro amigo de Bolonia que ha ido a Polonia —su intervención ha sido un magnífico testimonio—, tal como él muestra ya haberse concebido debe sucederles a todos: esto es lo más importante para el CLU. Lo demás —la organización, el desarrollo, la afirmación, la política, el «vete a saber qué»— son consecuencias facilísimas. Si el CLU ha dado un paso es porque algunos se han «personalizado» así, han empezado a personalizarse así desde hace unos pocos años. El CLU se ha movido, y el movimiento se ha movido, de esta forma. El movimiento dentro del movimiento consiste en esta personalización dentro de su contexto, de tal modo que uno se vea capaz de ser consciente y de afrontar las condiciones, las objeciones, las dificultades, es decir, la lucha, la vida como lucha. Porque, de todas maneras, es una norma general que la vida es una lucha. Lo dice la Biblia: *Militia est vita*<sup>103</sup>; de hecho, lo dijo Jesucristo en su propuesta: «No he venido a traer la paz, sino la guerra»<sup>104</sup>.

*Intervención:* ¡Los que han echado tripa están fuera de juego!

*Giussani:* Echar tripa es tenerse como criterio a uno mismo: pero ¡uno puede no echar tripa y seguir teniéndose como criterio a sí mismo! Volvamos a lo nuestro. Os pregunto si no estáis de acuerdo en que todo lo que se ha dicho, en el fondo, en el fondo, apunta a este término: la personalidad, la persona, la personalización de esta experiencia. Es decir, tú, una concepción nueva de ti, una génesis de ti, un hombre nuevo. ¡No el hombre nuevo que es el término de todas las imágenes ilusorias y desilusionantes de los extraparlamentarios del 68, de todos los marxismos y de todos los revolucionarios de este mundo (hasta Hitler tenía su imagen: el hombre nuevo era el hombre alemán), sino el hombre nuevo que eres tú! La palabra «decisión» es fundamental, indica justo el instante del acontecimiento en que algo nuevo se concibe.

Propongo este tema como el primero en el que trabajar, porque tenemos que trabajar durante cuatro días. Mañana, sin embargo, haremos una excursión. El trabajo no es sentarse aquí a calentar la silla durante dos horas: ¡el trabajo es el contenido de una relación! Antes que nada, ¿estamos de acuerdo en esto, sí o no?

*Intervenciones:* ¡Sí!

*Giussani:* Tenemos que ir al fondo de esto. Pero a mi parecer, hay otro asunto además que ya ha empezado a surgir, especialmente en la última intervención.

*Intervención:* Quisiera hacer una observación que nace de las vacaciones que hemos tenido en Misurina. Allí se ha dado una diferencia palpable. El primer día, cuando nos encontramos, éramos unos extraños. A partir de cierto momento algunos empezaron a amar como algo propio la propuesta que se les hacía: el silencio, el ir de excursión, el gusto de cantar cuando se llegaba a lo alto de la montaña, el jugar de una determinada manera. Estos gestos comunes eran la expresión de la personalidad de cada uno. Es como sí, aun con toda nuestra incapacidad, hubiesen crecido en esos días las ganas de seguir. Y esto hacía crecer lo que éramos, una personalidad. El origen no ha sido hacer un esfuerzo de forma moralista, sino intuir que era más hermoso ir tras una vida juntos que arreglárnoslas solos. Y esto se podía ver. No fueron sólo los irlandeses quienes salieron impactados, sino nosotros mismos también. Quisiera entender mejor qué era esta belleza, porque lo que ha sucedido en las vacaciones no ha sido algo sentimental.

*Giussani:* Tu intervención es una explicitación de la palabra «conveniencia». Uno sentía que aquello era conveniente para él. Tenemos que ir al fondo de esta conveniencia o de esta belleza. La palabra «conveniencia» se refiere a un concepto que no es propiamente el de lo bello, sino el de lo útil: pero la palabra «conveniente» puede indicar lo bello y lo útil. Conveniente.

Si no hay nadie que quiera hablar, yo quisiera señalar lo que –me parece– es una segunda hipótesis de horizonte, un segundo tema. El CLU tiene ahora una absoluta necesidad de que este tema se conjugue, se realice. Creo que la clave está al final de la intervención de nuestro amigo «polaco», cuando ha dicho que hacían falta dos cosas. Primero, «una postura justa, de apertura a la compañía»...

*Intervención:* Sí, la humildad.

*Giussani:* Tendremos que comentar esta palabra, porque nadie sabe lo que quiere decir. Y, segundo, «una imagen de compañía que ayude». ¿Cuándo ayuda una compañía? Cuando está hecha de «gente en tensión a la verdad». Creo que la raíz de la segunda cosa, que desarrolla la primera, no puede yuxtaponerse a ella. El primer término –al que tenemos que llegar a cualquier coste, porque tenemos que establecer en estos cuatro días el programa de compromiso, de conciencia, de imaginación y de operatividad para todo el CLU– debe ser: construir la persona, la génesis de la persona, la

personalización, la personalidad. El segundo aspecto, que a mi parecer desarrolla el primero, encuentra su «tac», su chispa, en esta frase: «¡Una compañía que ayude!», que era el segundo factor que ha puesto de manifiesto la intervención de antes. El primero era todavía personal, la humildad. El segundo era, en cambio: hace falta una compañía que ayude; y sólo ayuda una compañía hecha de «gente que tiende a la verdad». Esto es lo primero que os dije anoche. Cuando comentaba y os hacía cantar *Povera Voce*<sup>105</sup>, dije que el primer factor que hay que recuperar es el sentido del propio destino: «Gente que tiende a la verdad». Una compañía hecha de gente que tiende a la verdad.

Lo más hermoso es que esta lucidez y este coraje del que somos actores, que estamos viviendo, están antes, vienen totalmente antes de lo que somos capaces de hacer: por eso es la salvación de todo lo que somos, de cualquier cosa que seamos capaces de hacer, aunque estuviésemos enterrados bajo un montón de estiércol. Es como cuando una tormenta descuaja un árbol, o unos niños lo destrozan, pero el árbol tiene un bulbo tal, una raíz tal, que continuamente resurge. Estamos hablando de algo así. Este segundo aspecto del que estamos hablando está a este nivel, aunque esté ya más desarrollado.

*Intervención:* Quisiera decir que sólo he entendido la experiencia que hemos vivido este año al final, en la asamblea que tuvimos en Desenzano. Me he dado cada vez más cuenta de que se dirigía hacia la adquisición de un significado que era capaz una y otra vez de explicar la experiencia y la vez siguiente de ser motor ...

*Giussani:* Un momento, un momento: ¿«Adquisición de un significado que la vez siguiente...»?

*Intervención:* Era capaz de ser motor para comprender la nueva acción.

*Giussani:* Despacio, despacio. Ésta, chicos, es una locomotora justa, va en la dirección justa. ¿«La adquisición de un significado que la vez siguiente...»?

*Intervención:* Era capaz de crear algo nuevo.

*Giussani:* Antes lo has dicho mejor: «Capaz de ser motor de la acción...».

*Intervención:* Me he dado cuenta de que no había entendido las cosas de las que habíamos hablado en el *Equipe* anterior, y, al volver sobre ellas solo y junto a los demás, se aclaraban cada vez más. De una forma u otra, aunque no haya nacido una amistad tan precisa como la de los de la Católica de Milán, también había sucedido algo entre nosotros. Continuamente salía a flote la cuestión del significado. Me he dado cuenta, cada vez más, de que la fe era un don, y que yo la tenía, y que quizá ni siquiera la había buscado. Este significado tomaba cuerpo, porque la fe por sí sola, «la fe sin las obras...», como dice san Pablo...

*Giussani:* ¡Santiago!<sup>106</sup>

*Intervención:* Sí, gracias. Quería añadir: pero ¿por qué me conviene todo esto? Me conviene porque me he dado cuenta de que me estoy volviendo capaz de explicar las

cosas que me suceden. Empiezo a experimentar la carrera hacia el destino de manera consciente, teniendo siempre delante un significado que es capaz de explicar todo esto.

*Giussani*: «Correr hacia el destino teniendo delante un significado que explica estas cosas». ¿Habéis entendido ahora cuál es el camino? «Correr, teniendo delante un significado que explica...» Éste es el juego más bonito de la vida, muchachos: éste es «el» juego de la vida: ¡la verdad es el juego de la vida! Así pues, ¿cuál es este segundo término? Él dice: «La adquisición de un significado». ¡Cristo es el significado! ¿No es ésta la cuestión? «La adquisición de un significado que a su vez es capaz de explicar la acción y de ser motivo, motor de la acción». ¿Cómo se llama la actividad en la que el hombre, basándose en un ideal, un punto unitario, explica todas las acciones que lleva a cabo, una tras otra, y las conexiones entre ellas, las maneja, las usa, las gobierna de una manera unitaria, a la luz de ese ideal? ¡Cultura! Es la cultura.

Chicos, ha llegado el momento en que es necesario que esto despegue: el acontecimiento de la cultura nueva. Que no se realiza a través de cursos, lecciones, estudios o seminarios; estas cosas serán instrumentos, pero la cultura es la adquisición de un significado que a su vez, continuamente, es capaz de explicar la acción y de ser su móvil, o sea, de gobernar la acción. En efecto, como os he dicho tantas veces, la cultura de la cebolla es una idea que nace del fenómeno de la cebolla, que en cada ocasión, a cada intervención tuya, explica cómo te tienes que comportar, hace que te comportes de tal modo que el ideal de cebolla se realice, de modo que las cebollas sean más grandes, más buenas, más dulces, más numerosas. Esto es la cultura de la cebolla, ¿no? Aquí se trata de la cultura del hombre, y por eso, también de la cebolla y de la zanahoria, de las estrellas y del átomo.

El último que ha intervenido ha añadido después que antes no había entendido bien las cosas que se decían en el *Equipe*, pero ha trabajado en ellas junto a otros. Si habéis trabajado sobre ellas es porque os habéis fiado, habéis dado crédito: no se puede usar un instrumento sin darle crédito, corres el riesgo de caerte al suelo. De todos modos ésta es la importancia que tiene el retomar lo que se dice. Así, ese significado toma cuerpo. Esta intervención ha citado impropriamente pero oportunamente la frase de Santiago: «La fe sin obras está muerta». Esa frase quiere decir que el significado «debe» tomar cuerpo. De otra manera Cristo es algo abstracto e inútil, si no toma cuerpo, es decir, si no llega a ser la explicación, el punto de vista que explica todo y que te da el motivo para hacer más humano lo que estás haciendo. Tiene que tomar cuerpo. En términos cristianos, Dios no existe sino dentro del tiempo y el espacio. El conocimiento de Dios, la relación con Dios, se da dentro del tiempo y el espacio: esto es la Encarnación. Tomar cuerpo. De otro modo, sin estas obras, la fe sería algo abstracto, un punto de vista abstracto: tomar cuerpo es traducir en obras la fe, es decir, manejar con ella el tiempo y el espacio, la

relación con tu novio o el texto que lees. Y así esa fe, ese principio, la propuesta de Cristo, es un juicio sobre mí que me hace correr hacia el destino. Esto es la personalidad, la personalidad que se desarrolla como cultura: un hombre que corre hacia el destino, es decir, hacia la totalidad, teniendo delante el significado –la memoria– que le explica las cosas, en el sentido que hemos dicho antes: las explica y se convierte en su motor, es decir, le hace concebir las cosas de una forma más hermosa. ¡Vuelve la idea de la belleza!

Entonces, perdonad, propongo que esta noche o mañana, cuando vayamos de excursión, volváis a pensar en estos dos temas, y también en las cosas que, sobre el segundo, no hemos dicho todavía. Pero muchas de las cosas que han sugerido la personalización, la idea de la personalización, el ideal de la personalización sirven también para el segundo tema. Aunque todavía quedan muchas otras cosas que decir. En la asamblea del jueves por la mañana, en un primer momento –me perdonaréis– haré el punto de la *situation* y después seguiremos conversando, y si es necesario volveremos a ello por la tarde.

El primer término es, entonces, la personalización, la personalidad, ¡la persona! La persona como génesis, como contexto y como objeción, como lucha. Génesis, contexto, lucha. Segundo término, que debe ser norma para la vida del CLU de este año: el desarrollo cultural, el impulso cultural. ¿Estamos de acuerdo?

## Síntesis

Hay algunas de nuestras canciones, tres o cuatro, que son verdaderamente definitivas; como la *Ballata dell'uomo vecchio*<sup>107</sup> (aunque sea, como ya he notado varias veces, la canción que menos cantamos, muy significativamente, porque cantarla exige cierta seriedad) o *Il popolo canta*<sup>108</sup> (cuando dice: «Camina el hombre cuando sabe bien a donde va», y por eso prosigue: «Siento que la vida me estalla dentro del corazón»). Porque el factor predominante, decisivo, para la *leticia* y la alegría, no es la ausencia de esfuerzo –incluso psicológicamente, el factor decisivo no es la ausencia de esfuerzo o el gusto en el sentido «fácil» del término, en el sentido que diremos, espero, en esta evocación de vuestras intervenciones–, sino saber bien adónde se va.

He vuelto a copiar todas vuestras intervenciones en un cierto orden. Lo que pretendo es aclarar un posible «discurso» en el sentido latino de la palabra, el posible camino que está escondido, que está dentro o debajo de la variedad de vuestras intervenciones. Tendréis que retomar este esfuerzo mío de ordenar las cosas –es una propuesta, entendámonos– por grupos hasta la hora de comer.



## I

La primera cosa que siempre he recordado a los chicos de bachillerato y a los universitarios, que no han tenido las condiciones casi óptimas en las que tantos de vosotros habéis podido estar y en las que vosotros, los del *Equipe*, estáis desde hace algunos años (tanto para vosotros, como para ellos, este primer punto es obligado: «Camina el hombre cuando sabe bien a donde va»), es el *impacto original* por el que estamos aquí (sin este *impacto original* ni siquiera nos habríamos visto las caras en este mundo; al final sí, pero ahora, ni soñarlo). El *impacto original* por el que estamos juntos consiste exactamente, como contenido, en esto: es como si hubiésemos sido alcanzados por algo dentro de lo cual se nos comunicaba el saber adónde se va, saber adónde va mi humanidad, saber adónde va el hombre. Hemos sido «aferrados por un acontecimiento más fuerte que nosotros», y lo único más fuerte que nosotros es el destino, y basta. Éste es el primer paso, saber adónde ir, al haber sido aferrados por un acontecimiento más fuerte que nosotros.

No hace falta que ahora me detenga en todos los pasajes; cito vuestras frases, pero la cuestión de peso, la cuestión verdaderamente de peso es este impacto, el impacto con un acontecimiento. La palabra «acontecimiento» suscita en mí un poco de miramiento y hace que me venga un cierto pudor, porque es una palabra fuerte. Pero sirve para indicar que una cosa que aparentemente podría ser muy trivial, te trae un mensaje pertinente a tu vida, a tu persona, y justo por eso es un acontecimiento. Era quizá una estupidez, pero ha sido un acontecimiento más fuerte que nosotros, hasta tal punto que nos ha movido, porque llevaba en sí este saber a donde ir. («Camina el hombre cuando sabe bien adónde va»).

No me detengo en todos los pasajes, como he dicho, es inútil. Quiero recordar simplemente que «a donde va el hombre», el destino para el que ha sido lanzado el hombre a una «comparación universal»<sup>109</sup>, como dice *El sentido religioso*, este destino, esto «a lo va el hombre», es un hombre entre nosotros, una presencia humana que está entre nosotros: Cristo. La propuesta de Cristo, para volver a un lenguaje categorial, es el destino, aquello a lo que el hombre va. Este «adónde ir» es un hecho histórico, un hecho de la historia, una presencia dentro de la trayectoria histórica. Es un hecho histórico, un hecho (la palabra «acontecimiento» ya lo indicaba). La propuesta de Cristo como destino, como aquello a lo que todo se dirige; aquello a lo que se dirige todo es el destino, y el destino es un hecho que ha sucedido entre nosotros.

Uno de vosotros ha dicho: «Tengo delante imágenes visibles de personas que son más hombres que los demás, que no tienen miedo de nada». Este hecho, este hecho que vehicula nuestro destino, este hecho que nos hace saber adónde vamos, tiene

ramificaciones que tocan también nuestra vida. «A nuestro camino se una hoy un Huésped nuevo»<sup>110</sup>, dice el himno de Laudes. Y Él vuelve a nuestro camino a través de una realidad humana como la Suya; porque es una realidad humana que es prolongación de la Suya: «Hombres –imágenes visibles– que son más hombres que los demás, que no tienen miedo de nada». Leyendo la vida de san Germán el Inválido o la de san Camilo de Lelis –como leeréis o releeréis todos en *Los santos*<sup>111</sup> de Martindale; os juro que no os hará mal releerlo, si ya lo habéis leído, porque lo habéis leído como leéis las Laudes, casi inútilmente– se tiene que decir: son justo «imágenes visibles de hombres más hombres que los demás, que no tienen miedo de nada». «No tienen miedo de nada» quiere decir no tienen miedo a la muerte –espero volver mañana por la mañana sobre el problema de la muerte y del miedo a la muerte; porque es una anotación muy justa–. Pero no son solamente san Germán el Inválido o san Camilo de Lelis. ¡Pensad, por favor, que hay gente en vuestra comunidad y en vuestra universidad que dice esto de vosotros, que dice esto de ti! Y tú te sientes, por fortuna te sientes –lo espero, al menos– como... ¡oh, Dios!, tendrías ganas de anonadarte, de huir, de desaparecer. Y en cambio es precisamente así, aunque a uno le vengan ganas de desaparecer o de reír; porque te vendrían ganas de reír, y también de desaparecer.

Este punto de partida, en torno al que estoy reuniendo las expresiones que se han usado durante la asamblea, tiene un contenido común para todos. No hay ni uno solo que se haya venido con nosotros, aunque sea durante un mes, que no haya tenido lo que en una intervención se ha llamado «intuición de que sea verdadero para mí». Camina el hombre, se mueve, cuando sabe bien adónde ir: es la intuición de que esa propuesta sea verdadera para nosotros mismos. La intuición de que sea verdadera para nosotros es lo que yo he llamado la chispa. «¡De la última chispa nocturna de tu locura surgirá la primera aurora!»<sup>112</sup>, le decía el abad a Miguel Mañara. La chispa es esta intuición. Puede ser que haya sido como la chispa que a veces crepita bajo las cenizas, cuando se remueve ligeramente, o bien como la de una cerilla en la noche oscura. Puede tener esta pequeña dimensión, pero ha sucedido. ¡Ha sucedido! Recordáoslo siempre, no me cansaré jamás de repetíroslo –yo lo aprendí en el colegio, con cierta gente sentada en los pupitres–: la verdad es como la cara de una mujer hermosa, no puedes decir que no es bella, ¡no lo consigues! Pero, dejando a un lado el ejemplo, la verdad es algo que se impone inevitablemente. Durante la fracción de un instante el corazón se conmueve. Es lo que llamaba chispa.

Pero hay un segundo factor, estaría por decir más de tipo ético, en este primer impacto que estamos obligados a sacar siempre, porque ahí está la fuente, ahí está la clave de la cuestión. Esa chispa, esa intuición de algo verdadero para uno mismo, aun tenue, aun

nebulosa, confusa —es un error decir confusa; no ha sido confusa; al menos durante una brizna de tiempo había una chispa, y por tanto no es confusa—, ha suscitado, puede que «en pequeñas partículas de polvo», una emoción o conmoción en la que, aun inconscientemente, «nos hemos sorprendido agradecidos y asombrados por lo que ha sucedido», como habéis dicho. Es decir, esa chispa ha hecho como emerger una pobreza de espíritu, tal vez una brizna, una pequeña brizna, como una pequeña mota de polvo, de pobreza de espíritu. Es como si esa chispa hubiese sido un fuego, un tizón ardiente que ha llegado hasta el hueso, ha puesto al descubierto nuestros huesos, es decir, nuestro corazón, ha atravesado la carne y ha generado un instante, una experiencia, de pobreza de espíritu, de sencillez de corazón («agradecidos y asombrados por lo que ha sucedido»).

Sigo diciendo «instante» por abarcar todos los casos, pero para la mayoría no ha sido en absoluto un instante, ha sido mucho más que un instante. Éste es el punto de partida. Este punto de partida es una brizna de lo sucedido, del famoso «ha sucedido», es una brizna del famoso hecho histórico, es una brizna del hecho de Cristo, que penetra capilarmente en el universo. Él nos ha salido al encuentro en nuestro camino y Su palabra nos ha inflamado, y al partir el pan, es decir, en una comunidad, en una compañía, nosotros hemos sentido realmente —porque en la compañía nosotros hemos sentido realmente— un pedacito, hemos participado por un instante (ésta es la palabra más justa) en Su resurrección. Porque ha resucitado. Ha resucitado, y nosotros ahora somos la demostración de ello.

En el funeral del pobre don Fernando Tagliabue estaba el médico que le había atendido, que no era precisamente un cristiano practicante. Al final del funeral, siento que me abraza este hombre mientras llora «inconteniblemente» y me dice: «¡Es inútil razonar, esto son hechos!»». Él se había quedado muy impresionado por la serenidad, aun llena de cansancio y de dolor, pero —cómo decir— luminosa, es decir, razonable, consciente, de aquel cura. ¡Es la Resurrección! Haced lo que queráis, pero dentro de diez años, dentro de cien años, dentro de diez mil años habrá gente que os diga lo que os estoy diciendo yo ahora, porque lo siente y lo experimentan: ¡ha resucitado!

## II

Y así llegamos al segundo punto de vuestras intervenciones. Uno de vosotros dijo: «Hemos sido aferrados por un acontecimiento más fuerte que nosotros, pero nos encontramos como si fuéramos nosotros más fuertes que lo que nos ha aferrado», es decir, en nuestra vida resulta más imponente y más decisivo este «nosotros». Por favor, cuidado con confundir las palabras: «Nosotros», en este caso, significa que nuestra reactividad, nuestro estado de ánimo mental u opinión, nuestro estado de ánimo

psicológico o instintivo, prevalece. Nosotros somos más fuertes que lo que nos ha aferrado. «¿Se puede hacer algo?», preguntabais.

Otras notas decían: «Ante la objeción que nos plantean las cosas o las personas, se derrumba la certeza de lo que hemos visto», se hunde la certeza de la propuesta. Digo «objeción» extendiendo el término también al concepto de fatiga, de esfuerzo, porque la fatiga es la primera objeción. La fatiga se convierte en la primera objeción y se derrumba la certeza en lo que hemos visto.

En lugar de afrontar la objeción conforme a la chispa que se ha despertado —y así la chispa atacaría también a otro trozo de madera, se agrandaría el fuego, y así es como la chispa se realiza, madura, camina—, frente al leño frío se ponen objeciones a la chispa. Por eso puede suceder que dos irlandeses vengan con nosotros de vacaciones a Misurina y se vayan impresionados por nuestros rostros, entusiasmados por el rostro de nuestra vida, y este rostro de vida nuestro, en cambio, esconda escepticismo e inseguridad.

Tratando de aclarar esta antítesis que hay en nosotros entre algo que ha sucedido, el reconocimiento de algo que ha sucedido —lo que es innegable, a menos que alguien os haya echado encima un montón de basura—, por lo que os he hablado de la chispa y de la sencillez de corazón, y una incertidumbre subterránea, o escepticismo, que por eso impide, disuade de toda construcción, alguien ha dicho: «¡Lo que importa no es esa cosa verdadera, sino nosotros mismos!». Ojo de nuevo, atentos a la confusión de palabras. «Nosotros mismos» se entiende como un tejido, como una trama de reacciones mentales o de opiniones, de reacciones superficiales, materiales, o instintivas, es decir, como uno u otro estado de ánimo. «Lo que importa no es lo verdadero, intuitivo, sentido en la propuesta, sino nosotros mismos». A mi parecer, aquí está realmente el punto crucial de la batalla; esa frase me parece una definición encarnizada y perfecta, sencillísima, de dónde está la cuestión. Otro decía: «Soy yo el que debe poseer las cosas, yo soy el valor», es decir, no es la verdad que he sentido lo que se convierte en medida, el punto importante no es lo verdadero, ¡soy yo! Es decir, no es la cosa verdadera que se me ha manifestado y propuesto lo que debe tender a convertirse en medida de mí, a determinarme, a definirme; yo estoy definido por mí mismo, es decir, por el flujo de mis opiniones y de mis instintos, de mis reacciones, de mi reactividad. Ésta es la batalla humana, ésta es la cuestión.

Ahora se entiende la pregunta que se hizo. Porque está claro que, si la cuestión es la que hemos identificado, uno debe como separarse de sí para adherirse a lo verdadero. Debe arrancar su mirada de sí. Porque la cuestión, en efecto, no soy yo, sino la cosa verdadera que se me ha propuesto: entonces uno debe quitarse el morro triste de encima y levantar la cara (*erectus*<sup>113</sup>, decía san Pablo; *erectus*, que levanta la vista). Si levantas la vista ya no te ves a ti mismo, ves algo distinto, ves al Otro. En los términos del ya

famoso ejemplo del puente y del tirarse desde el puente la pregunta es: «¿Cómo estar siempre en condiciones de lanzarme?». Esta dinámica por la que uno aparta la mirada de sí y de la afirmación de sí mismo –donde la mentira está en la palabra «sí», porque no se trata de «sí», sino de un complejo de reacciones; porque en el fondo está la afirmación de lo que provoca la reacción, es decir, la alienación– este arrancar la mirada de sí para llevarla hacia lo verdadero, aunque sólo se haya presentado un instante, que ha producido una herida en el fondo, poniendo al descubierto el corazón (pobreza de corazón o sencillez de corazón), esta dinámica se llama «moralidad», es la moralidad. La pregunta: «¿Cómo estar siempre dispuesto a lanzarme?», o por usar otros términos, «¿Cómo decidirme?, «¿Cómo decidirme siempre?» (porque la libertad es hoy, es de hoy; de hecho, la libertad es la participación de lo eterno y lo eterno es el hoy absoluto; la libertad no es el hoy total porque es una participación fragilísima de lo eterno, pero su naturaleza es la de lo eterno: «Hagamos el hombre a nuestra imagen, a nuestra semejanza»<sup>114</sup>; por eso la libertad es el presentimiento de lo eterno), pone en juego la moralidad.

¡«Hace falta una energía moral estable», como dijo otro de vosotros, para levantar la mirada así! Pensad en cuando un niño se pone de morros y baja la cabeza, y su padre le sigue diciendo: «¡Saluda, que me haces quedar mal, saluda!», y él tiene la cabeza baja, cerrada, mantiene abajo su cara: el niño no tiene energía para levantar la cabeza, no tiene energía moral en ese momento, porque su energía coincide con el flujo de su reactividad (si tiene ganas, la levantará). ¡Helo aquí! Nosotros que somos grandes obramos como el niño cuando se pone caprichoso; sólo que en nosotros no se llaman caprichos, en nosotros se llama «personalidad adulta». Y así el hombre ya no camina como hombre, porque el hombre camina «cuando sabe bien a donde ir»<sup>115</sup>. De aquí la fuente de dos cosas, una consecuencia de la otra. Imaginad que uno esté sentado a la mesa y tanto en la mesa como en el suelo hay una miríada de pedacitos de papel, mezclados con pedacitos de mantel, de platos, de estofado; imaginaos a uno que se vea envuelto por este montón de cosas: se ahogaría, aunque no esté envuelto del todo. Imaginaos que uno se vea obligado a estar ahí: sería un incordio del otro mundo. Si esto es lo segundo, lo primero es lo que lo hace todo pedacitos (estoy describiendo realmente cuál es, no sólo la tentación, sino la vida de la mayoría, incluidos vosotros), y es lo que indicábamos en la asamblea con los términos «pero, sí, sin embargo». Lo que destroza es esta objeción a la vida, esta objeción a todo, excepto por el instante en que accidentalmente algo coincide con vuestra apetencia, pero hasta eso es un pedacito porque la apetencia es también fragmentaria. ¡Los «pero», los «si», los «sin embargo», que parecen ser el instrumento de una sabiduría y de una personalidad autónoma, son exactamente la fuente de esa fragmentación de todo que causa aburrimiento y malestar!

«Soy yo el que debe poseer las cosas»: ésta es la mentira más poderosa, es la mentira total, es el diablo, Satanás, el demonio opuesto a Dios. No soy yo el que debe poseer las cosas, no es mi reacción la medida de las cosas, porque yo no soy su valor. El valor es lo que hemos sentido cuando y donde hemos sido provocados: es otro. El valor es otro.

Hace falta una energía moral estable para poder evitar el naufragio de los «pero», de los «si», de los «sin embargo»; es decir, la objeción a la exigencia de unidad y de orden, por tanto a la exigencia de seguir un criterio distinto a nosotros. Los «pero», los «si», los «sin embargo», son siempre objeción para afirmar un orden que nos supere, para afirmar a otro, una medida que es distinta de nosotros, para afirmar la reactividad, sea como opinión o como instinto, es decir, como estado de ánimo. Hace falta una energía moral estable. El problema es, pues, responder a estas preguntas: «¿Se puede hacer algo?», «¿Cómo estar siempre dispuesto a lanzarme?», «¿Cómo tener esa energía moral estable?».

### III

Hemos utilizado una palabra –así pasamos al tercer punto, que es el más importante en lo referente al primero de los dos temas señalados en la asamblea para la construcción de la personalidad, para el afirmarse de la persona, de la personalidad– que contiene la respuesta sintética a esas preguntas: es necesaria una «decisión», como en la imagen tragicómica del salto desde el puente. Pero ¿qué es esa decisión? Decir: «Es necesaria la decisión» no es todavía una respuesta. La respuesta debe procurarnos una decisión, debe llevarnos a esa decisión. De hecho, «decidir» quiere decir «cortar de una vez, cortar de una vez la atadura que tenemos de nuestra mirada a nosotros mismos y levantarla para ver lo que está presente ante nosotros, la presencia a la que se dirige el hombre, el Otro».

Quisiera, no obstante, antes de identificar los factores que permiten tener esta decisión y le dan forma y cuerpo, aclarar lo que significa: en términos imaginativos es quitarse el morro triste de encima y mirar a la cara al otro, pero, más precisamente, la decisión es la inmanencia en lo que ha sucedido, la inmanencia de nuestra vida en lo que ha sucedido. Es la inmanencia en la chispa, o sea, la permanencia de la chispa y de la sencillez de corazón; es la inmanencia en la propuesta que el destino ha hecho de sí, Cristo, dentro del hecho con el que te ha llegado a ti, dentro de la forma en la que te ha alcanzado (eso es, usemos esta palabra, aunque, más que su propiedad en la lengua italiana, es su etimología lo que nos permite usarla: la forma como «especie de hecho» con la que te ha alcanzado).

Así pues, la decisión se formula y toma cuerpo como resultante de dos abscisas, de dos factores en juego.

1) El primer factor es precisamente la chispa de la que hablábamos antes. Pero ahora

hace falta aclarar, hace falta entrar en esta chispa; es como ver una molécula, que parece algo ya definido, definitivo, y sin embargo está compuesta por átomos; el átomo parece indivisible, y resulta que tiene dentro todo un mundo de protones, de electrones y de «vete a saber qué». La chispa, esta chispa, es el disparo de una conciencia nueva acerca del origen de mi yo. Lo que hemos llamado chispa o intuición, que todos hemos tenido mucho o poco, es la aparición de un sentimiento de sí diferente, nuevo. Pero un sentimiento de sí se debe siempre a un fenómeno original; el sentimiento de sí depende de la imagen que tenemos de nuestro origen, del origen del yo. El sentimiento que tenemos de nosotros mismos depende, deriva, de la imagen que consciente o inconscientemente tenemos del origen de nosotros mismos, del punto que origina el yo, de lo que hace el yo, lo que constituye el yo.

Uno de vosotros ha dicho: «He tenido experiencia de algo interesante», es decir, que tiene que ver contigo: *inter-esse*. Todas estas palabras son palabras que es necesario ver en su aspecto dinámico: «Que tiene que ver contigo» significa algo que entra dentro de uno y hace que nos sintamos de otro modo, hace que nos percibamos diferentes, que penetra en nosotros y nos revuelve, no en el mal sentido, revuelve en el sentido de que uno se siente distinto: cambia su sentimiento de sí. Es algo que interesa, algo que revela un origen distinto de nosotros mismos, es decir, produce un sentimiento distinto de sí. Uno entiende que él es otra cosa, que tiene un origen distinto.

De otra manera, volviendo a la «conveniencia», la decisión se produce por la respuesta a esta pregunta: «¿En qué es conveniente esta propuesta para mí?» «Conveniencia» es una palabra que usó Cristo en el santo Evangelio: «Si tu ojo te escandaliza, arráncatelo, más te conviene entrar en la vida eterna con un solo ojo que ir con los dos ojos al Infierno»<sup>116</sup>. Con dos ojos puedes destruirte, con un ojo solo hasta puedes recobrar al otro. Te conviene. Conviene. Conveniente es algo que corresponde. «¿En qué es conveniente para mí?», quiere decir entonces: «¿Qué tipo de verdad es?». Es mi verdad, la verdad de mí, porque esta conveniencia recuerda la famosísima definición de la verdad de santo Tomás de Aquino (un hombre, por su bien, si puede hacerlo, tendría que pensar en ella todos los días): la correspondencia (*adaequatio*) de una propuesta, del objeto que tienes delante, de una presencia (*res*), a la conciencia de ti mismo, al sentimiento original que tienes de ti mismo, a la autoconciencia original (*intellectus*): *adaequatio rei et intellectus*<sup>117</sup>.

La idea de «interesante» y la idea de «conveniencia» introducen más potentemente otra expresión que se ha usado: «He experimentado un atractivo». El síntoma de la conveniencia, el síntoma de un verdadero interés, es el atractivo. Las palabras son la única fuente del verdadero pensamiento (el origen, la etimología de las palabras), y «atracción» significa: «Te traigo a», eres sacado de ti hacia otro, eres tú que eres



arrancado de ti hacia otro.

Bien, ésta es la cuestión: la decisión se produce sólo a partir del descubrimiento de que el propio yo es atraído por Otro, que la sustancia de mi yo, la sustancia de mi ser, mi corazón, coincide con «ser atraído por otro» –por este destino, por este fin, por esto último, por este significado–: éste es el sentido de la dinámica viviente que soy yo, no muerto, sino vivo. Este Otro es el sentido de la dinámica de mi yo, de este vivir mío, de esta dinámica que es mi vivir. Cuando digo: «Yo», me refiero a una dinámica que tiende hacia otro, a Otro. Otro es lo que constituye mi vida, porque el Otro me atrae y yo soy este «ser atraído», estoy constituido por esta atracción. Por eso se dice: «Mi destino», y no hay quien pueda eliminar esto: uno puede gritar cuanto quiera, puede «tocar fuerte y no parar jamás, para acallar el grito de la muerte»<sup>118</sup>, como dice la canción, pero ¡no puede quitárselo de encima! Así, la gente hace política, hace dinero, trabaja, vive una relación afectiva, hace todo como un «tocar fuerte y no parar jamás, para acallar el grito de la muerte», porque de otra manera se vería obligada a caer en la cuenta de toda esa papilla que le rodea, de esa fragmentación total, de ese despedazamiento total: moriría de aburrimiento y malestar. En el fondo, ya que uno se acostumbra hasta a tocar fuerte y no parar nunca, en un determinado momento se acaba en la droga, incluida la forma suprema de la droga, que es matar a los demás, porque la violencia sobre los demás es la forma suprema de la droga; es una droga que no se va a comprar a la India, sino que se lleva en la sangre, se adquiere dentro de la propia sangre.

La decisión, pues, se produce en el lugar donde uno descubre esta naturaleza suya de «ser atraído», por la cual, como dice san Pablo (al que siempre citamos): «Ya no vivo yo, sino Otro quien vive en mí»<sup>119</sup>. El atractivo es, de hecho, algo distinto que vive en mí y que me hace vivir. La decisión se produce cuando uno empieza a darse cuenta de esto, nace de esta conciencia de hombre nuevo, de esta novedad en la percepción de sí, en el sentimiento de sí. Y es un momento en el que realmente uno se concibe a sí –tal como un hombre y una mujer conciben un niño, y lo conciben por un atractivo–. Este ejemplo no es perfecto, pero por analogía es el más profundo que se pueda poner. Es realmente una concepción de sí lo que viene de este abrazo profundo de mi yo con el Otro, del que descubro, acepto y reconozco su atractivo. Sin sencillez de corazón, sin pureza de corazón, sin pobreza de espíritu, esto no acontece, porque, donde no hay pobreza de espíritu, este atractivo se experimenta pero no se reconoce totalmente: hay reserva, y entonces no se da la «concepción».

Ayer uno de vosotros dijo una frase que, me parece, es la clave capital para entender este fenómeno formativo de la personalidad nueva, de la personalidad verdadera para la que el hombre ha sido creado, que es el hombre nuevo del que Cristo hablaba a



Nicodemo, el hombre que nace de lo alto<sup>120</sup>: ¡de lo alto, es decir, del Otro! Se trata realmente de una «concepción» de sí, de una concepción generada por el reconocimiento y la aceptación del Otro como el atractivo que me constituye. Uno de vosotros dijo mientras estábamos tomando una bebida: «El gusto viene de la finalidad» (esto –entre otras cosas– cualifica la diferencia entre el trabajo adulto y el juego de los niños; en este sentido, para el adulto el juego es siempre un trabajo, debe tener una finalidad: descansar, por ejemplo; en el caso del niño el objetivo lo tiene la naturaleza, no el niño; para el niño el juego no tiene significado alguno, es pura reactividad).

«El gusto viene de la finalidad». Quisiera que ahora hiciésemos el esfuerzo necesario para ir al fondo de esta frase, que nos permite entender lo que he dicho antes (que es lo más gordo que podemos decir). Si no percibimos cada vez con mayor gravedad esto, será como si no hubiésemos nacido. «Más le valdría no haber nacido»<sup>121</sup>, dijo Cristo de Judas, porque no había reconocido al Otro, el atractivo que le constituía, que constituía su naturaleza. «El gusto viene de la finalidad». Ahora bien, el gusto es un placer, es una vibración estética; la finalidad de una cosa es la verdad de esa cosa. Esa frase repetía, sin darse cuenta, la famosísima, fundamental y capital frase de santo Tomás de Aquino: «La belleza es el resplandor de lo verdadero» (*Pulcrum splendor veri*)<sup>122</sup>. Si la belleza es el resplandor de lo verdadero, entonces el gusto, la estética, el gusto estético, es la forma en que el hombre percibe lo verdadero. ¿Entendéis por qué, con toda la verdad que se nos dice, nosotros no comprendemos lo verdadero, por qué no lo abrazamos, por qué sigue siendo algo «intelectual»? Porque el hombre no comprende la verdad de la vida igual que una calculadora electrónica hace una división o una multiplicación o resuelve una raíz complicadísima. El hombre no funciona así. Nosotros estamos frente a las palabras verdaderas, «Dios, Cristo...», exactamente como una calculadora frente a las órdenes que se le dan.

¿Cuál es el modo en que el hombre descubre (en el sentido del reconocer bíblico, del reconocimiento bíblico) su verdad, la verdad de sí? Y se trata de un reconocimiento, porque, si se trata de la verdad de mí, yo me hago una sola cosa con ella; si es la verdad de mí, me descubro una sola cosa con ella; mi fuerza, mi consistencia, mi grandeza, es esa cosa. El hombre reconoce la verdad de sí mismo al experimentar la belleza, al experimentar el gusto y la correspondencia, al percibir el atractivo que la verdad suscita, un atractivo y una correspondencia totales, no en sentido cuantitativo ¡sino cualitativo!

Decir: «El gusto viene de la finalidad» es hablar de «la alegría que nos viene ante una verdad que se descubre, es decir, del asombro ante la belleza». Estar «asombrados por lo que ha sucedido» o tener «gusto por lo que ha sucedido» es lo mismo, porque el gusto, el asombro y la alegría se dan por la belleza de lo que ha sucedido, la belleza de la verdad.

La belleza de la verdad es lo que me lleva a decir: «¡Es verdad!».

Entonces, nuestra carencia radical, lo que nos deja en una indecisión de fondo, es una incapacidad, una aspereza total del gusto por la belleza, por el gusto estético, y por lo tanto una resistencia impresionante a dejarnos cautivar por la alegría, por la *leticia*, y con ello, por la vivacidad –¡por la vivacidad!–. Porque sólo lo que es bello, lo que se te presenta como bello, te hace vivir, es decir, cataliza la energía de tu vida, ¡es tu vida!

Ésta es la carencia atroz que se nota en vosotros, como jóvenes de hoy, esta carencia tremenda de asombro frente a la belleza, de capacidad receptora de la belleza. El efecto con que os alcanzan las cosas, en cambio, es una pura reactividad. Las cosas provocan en vosotros una mera reacción y os encierran en vosotros mismos, de manera que todo lo que se os presenta lo utilizáis para vuestros fines, lo instrumentalizáis. El asombro, el recibir la belleza, es lo contrario: los ojos abiertos a tope, los ojos y la boca abiertos de par en par para escuchar, mirar y recibir. Y uno está totalmente fuera de sí: esto se llama éxtasis, estar en el otro (*éxtasis*, en griego, quiere decir estar fuera de sí; *eksistanai*, estar fuera de sí). Vosotros no sois capaces de éxtasis, pero digámoslo con términos más sencillos: es una incapacidad afectiva. Si alguien –pero tendría que ser alguien capaz de éxtasis– desarrollase una doctrina de la experiencia del movimiento, en vez de apoyarse en las categorías del movimiento para elaborar su propia filosofía o su doctrina, la clave de esa doctrina sería la palabra «afecto». Este recibir la belleza, este asombro por la belleza, esta gratitud por lo que se ha entrevisto, por la intuición que se ha tenido, por lo que ha sucedido, este asombro, esta gratitud, es la capacidad de afecto. El gusto estético (verse conmovido, la capacidad de emocionarse, la capacidad de conmoverse) te mueve, es para adherirte a lo que se ha dicho, no para permanecer encerrado en tu reacción; te mueve, te hace salir de ti y «adherirte a» (afecto: «Adhesión a»). Es la incapacidad de afecto lo que os impide la decisión. Ésta es la última fórmula, y es también la más sencilla para todos, pero he querido hacer el recorrido entero, porque me gusta demasiado.

El primer efecto de este afecto es que uno se llena de asombro por lo que hay, ¡porque no es él! El segundo resultado de este afecto es que hace que brote una dignidad –son palabras que habéis dicho vosotros en la asamblea– inimaginable, porque mi dignidad coincide con aquello a lo que me adhiero. Y, tercero, en este afecto es donde se establece una consistencia que va más allá de los estados de ánimo o de las reacciones. Es en este afecto donde toma cuerpo la consistencia del yo, de una persona, más allá de sus estados de ánimo y de sus reacciones. Los estados de ánimo y las reacciones, entre otras cosas, están siempre determinados por cosas y por personas que no son nosotros mismos ni son nuestro destino, y que por tanto son siempre instrumentos de esclavitud, que obstaculizan nuestra libertad. La libertad es consistencia y la consistencia es el afecto por

lo que se ha intuido como nuestro destino, aunque sea por un solo instante, porque nos ha hablado con un acento que nadie tiene, que no tiene ningún otro.

Después de lo que he dicho alguien podría preguntarme: «¿Y entonces?». No, digo yo, lo que he dicho es ya una respuesta y una respuesta completa. El primer factor de una respuesta completa es la resistencia al afecto: no hay otra cosa que decir. Es la resistencia al afecto lo que vosotros tenéis. ¡Desbloquead esa resistencia, abandonadla! Yo respondo así. Sabed que es una incapacidad de afecto y por tanto es inhumanidad: es inhumanidad no vivir este asombro, esta gratitud, no dejarte aferrar por este sentido de la belleza, por esta belleza; no es ser más humanos, más inteligentes o más autónomos: ¡es ser más estúpidos y obtusos! De cualquier modo, quedaos al menos con esto: ¡juzgaos! La resistencia de la indecisión, sin duda, la tengo yo y la tenéis vosotros: es la batalla. Digo que la palabra afecto, tal como se ha explicado, como se ha originado, marca el camino de la batalla.

Como nos ha enseñado san Agustín, la belleza hay que pedirla<sup>123</sup>. Esto es lo único que se podría añadir, lo único que se debe añadir. Hace falta pedir esto, porque si un chico, a los veinte o veintidós años, tiene hambre y sed de una chica que valga la pena, la busca: ¡la busca! Buscad y hallaréis, «pedid y se os dará»<sup>124</sup>: pedid este afecto o este florecer del valor estético de la vida, que es el medio, la forma en que la verdad se comunica («Lo bello es el resplandor de lo verdadero»).

2) Pero hay un segundo factor, que está conectado con el primero. He dicho que la decisión es la resultante de dos abscisas, de las cuales la primera es la chispa, y he tratado de haceros entender en qué consiste esta chispa. Es algo que sucede y que se recibe en la medida de nuestra capacidad afectiva, es decir, de nuestra capacidad estética, de gusto estético, de sentido estético, o sea, de nuestra capacidad receptora de la belleza. Mientras que la pobreza de corazón, o la sencillez de corazón, es la postura ética que permite el desarrollo estético. Observad cómo mira las cosas un niño: ¡con los ojos como platos! La belleza y la vibración de la realidad entran a borbotones en él; en cambio, nosotros que estamos ahí cerca, estamos obtusos.

Vayamos al segundo factor, que está conectado con el primero. ¿Sabéis por qué esa chispa no provoca la decisión, por qué no provoca una experiencia estética que genere el afecto necesario para la decisión? Hay una dificultad congénita, una aridez congénita, se llama egotismo, egoísmo: es el pecado original, que ha ensuciado la belleza del mundo; hay una dificultad congénita, pero tres cuartas partes de los motivos por los que esa chispa no provoca la decisión de adherirse a lo verdadero, me parece, dependen del hecho de que no está claro el camino para llegar hasta ahí. La aridez afectiva, la insensibilidad estética, es, pues, la indecisión para adherirse a la verdad que se ha intuido, que se te ha propuesto; pero no se da, a mi parecer, por la resistencia que

tenemos en nosotros, o por maldad; esta resistencia, esta maldad, tiene un gran pretexto: que uno no ve el camino para llegar a la verdad. La verdad está ahí y uno, como en un relámpago, la entrevé; pero no sabe qué hacer para llegar hasta ahí.

La verdad es Cristo: ¿qué hacer para llegar hasta Él? El hecho de que no se sepa cómo ir, que sea confuso cómo ir, oscurece inmediatamente en nosotros hasta la claridad de la verdad, y empezamos a decir: «Pero, sí, sin embargo». Es como alguien que, yendo a esquiar al *Gran Paradiso*, ve, junto a una cabra montesa parada en lo alto de una roca, a una estupenda chiquilla, toda aparejada, con sus esquís. Sube rápido, pero cuando llega, la cabra escapa y esa chica, antes de que él haya podido terminar el segundo instante de contemplación, de emoción, vuelve a la pista y huye. A él le ha venido a la cabeza en el primer instante: «Fíjate, esa chica me vendría muy bien», pero ella se ha marchado. Él busca atentamente en el pueblo de abajo, en los hoteles de alrededor, pero no está. Estará en otro pueblo, piensa, pero quién sabe dónde. Entonces, lentamente, se cubre con un velo hasta la evidencia de que esa chica era para él, que le hubiera ido bien para él, que habría podido entablar una relación con ella. Lentamente todo se oscurece y desaparece. Queda como un cuento de hadas, «la fábula bella/ que ayer/ te ilusionó, que hoy me ilusiona, / Oh, Hermión»<sup>125</sup>. ¿No me he explicado, chicos?

Por eso el Señor dijo: «Yo soy el camino, la verdad y la vida»<sup>126</sup>. «¡Soy la verdad y la vida porque soy el camino!» Si el camino no estuviese claro, nosotros no recibiríamos nada de Cristo: Cristo es, ante todo, el camino. Andrés y Juan, cuando fueron tras Él (hay que leer una y otra vez el primer capítulo de san Juan), cuando le siguieron pisándole los talones y Él se giró y les dijo: «¿Qué queréis?». «¿Dónde vives?», «Venid a verlo», y estuvieron con Él todo el día, volvieron a casa y dijeron: «¡Hemos encontrado al Mesías!». Era verdad, porque lo había dicho una presencia que era el camino a la verdad: tenían el sendero, tenían el camino. Todo el problema psicológico, el problema psicológico más importante, no es ponerse a analizar qué es la belleza o cómo sucede el afecto, sino encontrar el camino a la verdad que se ha intuido. En un momento dado ya no se puede negar este hecho, la impresión de haberlo sentido: «Es el sendero, es la vía, el camino». La dificultad para decidirse cae en un noventa por ciento cuando está claro el camino a la verdad: la decisión por la verdad se hace mucho más fácil, la superación del egoísmo y del encerramiento en nuestra reactividad es mucho más sencilla. Por eso todas las veces que os hablo os digo: «¡Chicos, estas cosas están en pie aunque yo estuviese debajo de una montaña de basura!», porque todo mi mal, toda mi maldad, toda mi incoherencia y todos mis pecados, toda la forma en que se concreta mi egoísmo, si yo sé el camino, no me distraen de decir: «¡Sí, a pesar de lo que soy, Señor, te digo sí! Creo, Señor». O bien, mejor todavía: «¡Ven, Señor!», porque éste es el aspecto ético de la cuestión. «Ven, Señor, a destruir la montaña de basura debajo de la

que estoy, ven realmente».

Por eso, la cuestión más importante desde el punto de vista psicológico es la claridad del camino. ¡El camino es nuestra compañía! Y todo lo que nos odia, todo lo que odia nuestro destino, en nosotros y fuera de nosotros, sólo hará una cosa: ¡no destruir ideas y discursos abstractos sobre Cristo y la Iglesia, sino destruir nuestra compañía!

Al principio he dicho que hacía falta la inmanencia en el hecho, que es necesario permanecer inmanentes al hecho: Juan y Andrés tenían que permanecer dentro de la relación con aquel al que habían seguido. Os juro que no habían entendido nada de lo que decía, y no obstante empezaban a reconocer que le pertenecían. La cuestión es la inmanencia en el hecho, ir tras él. La verdad de nuestra vida, el destino de nuestra vida es Cristo, que se ha hecho uno de nosotros, una presencia. ¿Cuál es la modalidad en que esta Presencia nos ha tocado de modo persuasivo y lleno de presentimiento, aunque sólo sea por un instante? Es nuestra compañía. Permanecer inmanentes al hecho tal y como nos ha tocado: éste es el camino y por eso es a este nivel donde se juega la capacidad afectiva de nuestra persona, donde por afecto entendemos la suma de la energía que constituye al hombre, por la que éste se adhiere y vive la tensión de adherirse a su destino, es decir, a su verdad, a la verdad de sí, al Otro que es él mismo. Nuestra capacidad afectiva se juega en esta compañía.

Ahora tengo que apresurarme. Termino el desarrollo del primer tema. El segundo, la cultura, lo tocaremos mañana. Mañana hablaremos de la cultura, porque la cultura es el segundo aspecto en relación con el ideal.

Esta adhesión, esta inmanencia en el hecho, esta adhesión al camino, a la vía, este reconocimiento del camino que permite el estallido de la chispa y por tanto el fenómeno de la decisión, pasa por un sacrificio. Estoy muy agradecido al amigo nuestro que sacó esta categoría (era el último punto del último *Equipe* y nadie, en ninguna intervención, había apuntado a ello). Debemos tener una conciencia bien clara de esto: si el camino hacia mí mismo, es decir, mi verdad, es algo distinto de mí, debo arrancarme de mí mismo –de mí mismo en el sentido que se ha dicho antes, del conjunto de mis opiniones e instintividad, de mi reactividad–; debo arrancarme continuamente de mi reactividad, sea como opinión o como instintividad. Arrancarse de la propia reactividad se llama, en términos cristianos, mortificación, es decir, apariencia de muerte, o sacrificio. Se entiende así que el sacrificio, en su esencia, es el reconocimiento de Otro. El sacrificio, en su esencia, es el reconocimiento de que Otro es nuestra propia vida, es decir, la verdad de uno mismo. El sacrificio, en todas las experiencias religiosas de la humanidad, es ese gesto con el que el hombre reconoce que su verdad es Otro: Dios. Y por eso el hombre, tras haber esperado durante un año las primicias de la cosecha, sacrifica las primicias; en vez de usarlas las destruye, como expresión suprema del hecho de que no

se pertenece a ellas.

Fijaos, por favor, que entender estas cosas no es entenderlas por Cristo o por la comunidad, sino entenderlas por la mujer y el hombre, por los padres y los compañeros, por la objetividad y la realidad de las cosas que se tienen que estudiar, para la vida política, para todo. El sacrificio es el reconocimiento de Otro, el Otro por el que el hombre puede sacrificarse. El Otro al que el hombre puede reconocer como sí mismo, como su propia verdad, es sólo uno: Dios. Pero Dios se convierte en nuestra propia interpretación, como vemos en tantos filósofos, en tantos teólogos y en muchos curas. ¡Dios puede convertirse en nuestra propia interpretación, no hay nada que hacer! Por eso Dios se ha hecho alguien, alguien junto al que estaban Juan y Andrés; y este «alguien» ha permanecido entre nosotros: es la voz de la Iglesia, no la de los teólogos, sino la de la Iglesia en su magisterio, la del Papa y la de los Obispos unidos al Papa. Pero el Papa está en Roma y tú estás en la universidad de Macerata: el movimiento es el Otro que, bajo despojos superficiales, barrizales de nada, como son los nuestros, se hace camino para ti, se hace propuesta continua, que por eso enciende continuamente la chispa, se vuelve provocación a la belleza, al reconocimiento de la belleza, y por tanto manantial de afecto. El movimiento se convierte en camino para ti.

Una nota práctica y termino. Entonces, la gran cuestión, hablando en términos operativos, es la postura justa de apertura a nuestra compañía, es decir, como decía alguien anteayer: «La humildad». Quiero volver a esta palabra, que había dejado pasar, desanimado por la idea de que no podríais entenderla. La humildad no es otra cosa que la chispa del arco voltaico, del cual un polo es la evidencia de que yo no soy nada, nada, y el otro polo es que estoy segurísimo, cierto, libre, feliz, claro y libre, lleno de certeza: ¡mi certeza es Otro! Ésta es la chispa de la vida.

## Asamblea 2

*Intervención:* ¿Por qué hay en nosotros cierta dureza e insensibilidad a la hora de vivir la propuesta de nuestra compañía?

*Giussani:* Es un síntoma de que ha decaído la experiencia de la belleza como resplandor de lo verdadero. Es lo que sucede, en definitiva, con un ejemplo muy banal y lejanísimo, cuando un chico se enamora de una chica y la chica le dice que sí: durante unas horas o algunos días está chispeante y como levitando, le parece abrazar el mundo, hasta va con gusto a clase, le parece que abraza hasta los libros y los profesores. Y después, ¡qué tristeza cuando empiezan a verse, tras la cortina de humo que se va disipando –porque era una cortina de humo– los agujijones del egoísmo más avieso, de la

búsqueda de su propio placer, del ataque que sueltan sus pretensiones (la otra que se convierte en instrumento de él)! Es triste, el mal es triste, triste como la muerte. Como el perro que vi hace muchos años ya en Varigotti. Apenas dije Misa caí enfermo, desgraciadamente, durante tres años (allí empecé a perder el tiempo; cuando lo pienso me entran ganas de destruirme, pero no me destruyo porque el valor es Otro, es ser amados por Otro). Estuve durante tres años enteros en Varigotti, en Liguria. Lo más bello era el otoño o el invierno, cuando no había nadie. Pensad en cómo todo coopera para el bien: el movimiento, después, prácticamente tomó consistencia allí, en Varigotti. Un lugar tan hermoso fue, durante diez años, el escenario de nuestros mejores gestos. Era el mes de noviembre, yo recorría una y otra vez el kilómetro y medio de playa de Varigotti, y llegué, a la derecha hacia Finale, donde hay unos escollos, a la «playa eterna». Había un maravilloso perro castaño, arrellanado sobre una roca. Fui allí a verlo (sin tocarlo, porque me dan miedo los perros): estaba muerto. Entonces me acerqué con más seguridad: estaba lleno de agujeros de los que salían gusanos de un centímetro, con un centímetro y medio de grosor, como la falange de un dedo. Sólo contaba esto para decir que el pecado es triste, que el mal es triste. Aquel perro parecía bonito visto de lejos: era castaño, con una enorme cola, aunque no torcida, debía haber sido un perro de pura raza.

*Intervención:* ¿Y cuando lo que hemos encontrado ya no nos parece hermoso, o sea, cuando es como si nos faltase la gasolina?

*Giussani:* ¿Quién quiere responder?

*Intervención:* Yo digo que éste es el problema de la memoria.

*Giussani:* ¡Es verdad, por todos los santos! Escuchad —es un ejemplo—: ¿Por qué venimos a los Dolomitas, por qué se decide pasar las vacaciones en los Dolomitas, cuando a lo mejor durante varios días está nublado, como ayer, y no se ve nada? ¡Porque hemos visto las Dolomitas! Esto es la memoria. Y es justo que uno esté aquí —esperando que el sol revele de nuevo esas formas mágicas de las rocas, que han dado origen a todas las fábulas de estos pueblos, desde hace muchos siglos, que han llenado estos valles de cuentos y llenan estos valles de gente que, más que disfrutar del aire puro, quieren, sin darse cuenta, ver la belleza— aunque haya nubes. Uno puede pasarse aquí quince días esperando, si tiene mala suerte; en otra ocasión habrá más suerte, y así se va adelante. ¡Es que la vida es una prueba! «Todavía no habéis resistido hasta la sangre en vuestra lucha por lo verdadero»<sup>127</sup>. Todavía no hemos ido a la cárcel como en algunos países del Este. Es terrible que el pueblo cristiano de Occidente deje hacer, deje que sucedan estas cosas, sin que nadie hable de ello, sin que nadie lo diga, sin que nadie lo sepa; quiere decir que es gente que jamás ha visto la belleza; defiende la fe cristiana, defiende la fe y los sacramentos, lo mismo que el dirigente de una célula defiende los locales de su célula

del partido. ¡Sin duda nosotros no queremos ser cristianos así! No por nada éstos son los impedimentos más grandes, dada nuestra fragilidad, porque cristianos tenemos que ser.

Hay un gran estudioso de la antigüedad, que ya he citado en alguna ocasión, Festugière, que dice: «Cuando todos los demás sentimientos decaen, sólo permanece uno: la fidelidad». Ésta es la grandeza de la libertad en camino, es aquí donde se revela la energía del afecto y de la libertad. Si la libertad es afecto al ser, afecto al destino, el corazón —como dice la Biblia—, la grandeza del corazón del hombre, y por tanto la potencia del afecto humano, se demuestra en la fidelidad. Es conmovedor, cuando se celebra una boda, oír que se dice: «En la salud y en la enfermedad». La Iglesia es muy inteligente al hablar precisamente de la salud física, porque es el punto en el que más se revela la posibilidad de la repugnancia, tras un enamoramiento de veinte años: esa buena o mala salud, que es una alternativa que cuanto más tiempo pasa más fácil se vuelve, aunque de por sí no esté unida a la vejez.

Es la fidelidad, chicos, dentro de estas cosas. Cuando uno está en la niebla, la salvación es la compañía guiada hacia el destino, es la inmanencia en la compañía guiada hacia el destino, que es el instrumento de la salvación: el camino y la salvación. Porque la compañía en la que estamos es conciencia de ese destino (de otra forma no estaríamos juntos) y está guiada: el que tiene la responsabilidad de guiarla la tiene por ese destino, por la experiencia que ya ha vivido y le permite saber cómo se atraviesan las nubes; y los otros dan calor, la presencia de los demás da calor en el corazón. Por eso el mayor problema es la inmanencia en la compañía, y basta. Lo demás viene por sí mismo.

La observación más importante que hicimos ayer, después de la de la belleza de la verdad (pero es algo que no entenderéis hasta dentro de veinte años), es que la incertidumbre ante la evidencia de lo verdadero que se ha entrevisto, ante el acento de la palabra justa o ante la reverberación de la luz que se ha entrevisto, de la intuición que se ha tenido, depende de la falta de claridad en el camino. Hay entonces una incertidumbre que permanece siempre, como una especie de mareo. Como el que tuve la primera vez que fui a Brasil, en el golfo del León. Había un viento de fuerza ocho, y embarcamos cinco mil toneladas de agua (era un enorme mercante vacío, de treinta y cuatro mil toneladas, que iba por el río Amazonas). Pasé dieciséis días sin escalas, comiendo tomates y arenques ahumados, porque el capitán era un tacaño. El segundo día, en el golfo del León, me sentí mal: el mar seguía con fuerza ocho de viento, yo trataba de estar tumbado en la cama, pero me resbalaba a izquierda y derecha. Después de aquel día el mar se calmó y estuvo tranquilo durante los demás días. Pero cuando uno se ha sentido mal, el movimiento de las aguas deja como un fondo de náusea, y yo lo tuve durante dieciséis días. Esto es, nosotros tenemos esa inquietud, esa inseguridad, como una náusea de fondo. Esta náusea, esta incertidumbre, que, por así decirlo, decide la



indecisión, es la raíz de la indecisión, de una reserva que no nos permite jamás estar «dentro» (es fatal no estar dentro, es horrible tener un pie dentro y otro fuera, porque uno se tambalea continuamente), esta inseguridad o este desasosiego, que produce una reserva y no nos permite estar totalmente decididos, se ven favorecidos por el hecho de que no tenemos con claridad el camino para ir hacia la verdad y el destino. La inseguridad en el reconocimiento de la verdad, que se hace patente, está en el hecho de que uno se pregunta: «¿Y ahora cómo voy allí?». ¿Cómo se va, cómo se llega a la verdad? Así es como se llega a ¡vivir la *company*! La «pequeña compañía»<sup>128</sup> del Ulises de Dante, pero que no es pequeña, amigo mío, es grande. Tan cierto es que hasta la compañía entre dos, entre un hombre y una mujer (menos de esto *se m'ore*, menos de esto uno está solo), es el misterio de Cristo real, es un «sacramento».

Pero esto es simplemente una expresión del hecho de que somos una sola cosa: «Todos vosotros, que habéis sido bautizados, os habéis identificado con Cristo. Ya no hay judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre ni mujer, sino que todos sois uno solo, una sola cosa, en Cristo»<sup>129</sup>. El Bautismo es lo más grande, el hecho, el gran hecho de Dios en el mundo que penetra en nosotros. Administrar continuamente el Bautismo a los niños, el Bautismo de los niños, es lo más conmovedor que hay en la vida de la comunidad, sin comparación con ningún otro gesto, porque documenta cómo el poder de Cristo, el espíritu de Cristo penetra en la historia, sin que nada lo detenga, escogiendo, entrando en lo que el Padre le pone en sus manos.

Por eso, cuando oscurece, el cuerpo de esta fidelidad es la compañía: la fidelidad es la fidelidad a la compañía. No puede haber fidelidad a Cristo si no hay fidelidad a la compañía. Lo que os estoy diciendo es lo contrario a todo conformismo comunitario –«comunitardo» mejor–, a todo esquematismo innoblemente forzado sobre las espaldas por algún cura, por algún miembro de la diaconía o alguna diaconía. Esta inmanencia en la compañía tiene precisamente como signo y como síntoma, que se respira más.

Quisiera que entendieseis esto: cuanto más dentro se está en esta compañía, más libre se es de sus formas y de los rostros que la componen. ¡Cuanto más inmanente se es a esta compañía, más inmanente se hace uno a aquello por lo que existe la compañía: ¡Cristo! Debemos llegar a lo que decía uno de los más grandes pensadores alemanes del siglo XIX –un teólogo–, Möhler. Es una frase que ya os he repetido muchas veces. Cuando la encontré (yo leí poco durante los años del Liceo, durante los años de Teología, pero leí con inteligencia: Möhler y Newman, por ejemplo, elegí *er meio*<sup>130</sup>, y por supuesto a Leopardi, ése sí) me la escribí sobre una imagen con el rostro del Cristo de Carracci (todavía no había perfeccionado mis gustos) y me la puse en la mesa. La frase decía: «Creo que no podría vivir si no le oyera hablar de nuevo»<sup>131</sup>. ¡Esto es la

memoria! Nubes o sol, qué importa: ¡la verdad permanece!

Desde este punto de vista, el ejemplo más impresionante que he tenido este último año ha sido la enfermedad de don Fernando Tagliabue, al que muchos de vosotros habéis conocido. Por este mismo tiempo, el año pasado, tuvo los primeros síntomas, y después, pasado un año, murió de un cáncer terrible. El que iba a verle veía su serenidad evidentemente no fingida, densa de dolor, consciente. Una semana antes de morir, después de un ataque en que le faltaba la respiración, le expresó su creencia de que estaría muerto en poco tiempo a una chica maravillosa, que le había servido en el hospital, y después añadió: «A ese lado está la victoria, aquí la batalla». Estaban allí ella y él, no era una homilía hecha en la iglesia, no estaba citando un texto. Chicos, tenemos que dejar de citar y decir lo que somos, y lo que somos tiene que hacerse memoria, memoria de Cristo, porque Cristo, el destino hecho hombre, es aquello de lo que estamos hechos, igual que la mesa está hecha de madera. El hombre es relación con el destino, es tensión hacia el destino (esto es el sentido religioso, que todavía no se ha entendido). No es que el hombre tenga exigencia de la totalidad: es exigencia de totalidad. ¡Recordad vuestra «simiente»!

*Intervención:* ¿Cómo se puede tener esa energía estable?

*Giussani:* Ya he respondido: ¡viva la *company*! Pero hay algo más. Quisiera no ser superficial cuando vuelvo a estos temas. ¿De qué está determinada, de qué está hecha, cómo se ha formulado, qué es lo que crea nuestra compañía? Tal como nosotros la formulamos, nuestra compañía está siendo creada por el hecho de Cristo: es el acontecimiento de Cristo lo que, procediendo en la historia, nos ha tocado, nos ha penetrado y aferrado, y nos ha juntado. Estamos juntos por esto. Si se pudiese medir, sorprender, con un instrumento la tensión de la relación que hay entre nosotros o la tensión afectiva (en el sentido del *affici* latino), la naturaleza y la intensidad de esta vibración resultaría ser el acontecimiento de Cristo. Por eso no podemos permanecer inmanentes a la compañía sino en la medida en que está viva en nosotros la conciencia de lo que es la compañía. ¿Y cómo mantener con vivacidad la correspondencia de lo que es mi relación contigo, mi compañía contigo? A través de la memoria, del recuerdo. El recuerdo, la memoria, pero ¿de qué? Es la memoria, el recuerdo de Su presencia. ¡Esto es la oración! Son los momentos en que la compañía vuelve a ser más ella misma, porque nuestra vida humana no es como una línea recta brevísima hacia el destino, sino que es toda ella retorcida y sinuosa, tiene altos y bajos, en definitiva es una batalla, es una lucha. Hay momentos en los que se vuelve a emprender. Pongo siempre el ejemplo del hombre y la mujer, porque este fenómeno humano o el de los padres o de la madre hacia el niño son la sombra menos lejana de la relación que hay entre tú y Cristo. También en la relación entre el hombre y la mujer hay momentos de recuperación, de

volver a emprender (incluso cuando todo va bien, entendámonos). Y solamente por el fruto de un largo camino común, lentamente estas montañas rusas, este sube y baja, esta sinusoide, empieza a enderezarse y llega a ser casi una línea recta –¡casi!–. Ésta es la grandeza de la madurez, la grandeza de la vejez.

Así, pues, la oración es el momento de mayor recuperación.

Cuando san Pablo dice: «Somos todos una sola cosa porque todos comemos del mismo pan»<sup>132</sup>, ¿qué significa este «comemos del mismo pan»? Significa que somos el mismo acontecimiento: Cristo. Esto es el valor. Pero ¿para qué está la Confesión (de todos modos, antes que nada, confesaos un poco más)? Es el «sacramento», y el sacramento es la punta más profunda del signo, donde sólo un velo sutil separa nuestra carnalidad de lo eterno, de la unidad física con el eterno. En cualquier caso, el sacramento –la Comunión, pero también la Confesión– es una renovación profunda de nuestra inmanencia en la compañía. Esta inmanencia tiene que madurar tanto que el error (el error de ira que cometes, o el error de impureza, o el error de instrumentalizar al otro o a la otra, o el error del tiempo perdido, o el error del deber no cumplido, o el error de la mezquindad que te impide sentir, no sentir dentro de ti a la gente que muere de hambre en Camboya, la gente destruida en El Salvador o la gente encarcelada en Rusia), este fenómeno terrible, triste, que es nuestro mal, esta contradicción con el destino que nos constituye, con la simiente que somos, mi pecado, ante todo, se reconoce como algo que va en contra de nosotros: ¡contra esta compañía! Está contra mi destino, es decir, está contra Cristo, y por eso está contra nuestra compañía. Este atentado contra nuestra compañía es el aspecto más inmediato del pecado que debe venarnos a la cabeza. Nuestro pecado es un pecado contra Cristo hecho gloria, hecho signo, contra Cristo que posee, que demuestra Su posesión del tiempo y del espacio, porque nuestra compañía demuestra que Cristo es el Señor. «Grande es el Señor», hemos dicho en la liturgia, porque posee el tiempo y el espacio: le pertenecemos. Después de dos mil años, estamos aquí hablando de Él como se hablaría de éste que está aquí al lado, mi amigo, al que le doy una palmada en la espalda. El Señor cambia, cambia y cambia. ¡No es el Dios de los muertos sino de los vivos!

*Intervención:* Quisiera que volvieses a explicar la naturaleza de este signo, porque la verdad y la belleza se dan siempre en mi existencia dentro de un signo...

*Giussani:* Más aún, la belleza es el resplandor de la verdad, o lo que es lo mismo, la experiencia estética es el instrumento con el que el hombre se da cuenta de la verdad, revela la naturaleza del hombre, la estructura del hombre, el hecho de que el hombre conoce a través de un signo. La belleza no es otra cosa que el signo. Y nuestra compañía, aunque no esté hecha de grandísimos hombres como alguien hubiese querido que fuesen, es realmente algo hermoso, es una experiencia estética. Si no lo es en una medida digna

y suficiente para sostener la decisión, es porque no estamos presentes en ella como hombres.

*Intervención:* Sin embargo hay un modo de vaciar este signo, y por tanto la experiencia de la belleza y de la verdad, y se puede describir con la expresión «a pesar de». Es como decir: «Yo me la juego en esta compañía, a pesar de que vosotros no seáis hombres vivos». Pero decir esto tiene una doble consecuencia que anula el signo: la primera es que soy yo el que interpreta qué es lo verdadero y lo bello; la segunda, que yo tengo que sacar de manera moralista fuerzas de mí mismo para poder permanecer en ella. Mantenerse en ella es en el fondo una bondad moral mía, porque vosotros sois todos...

*Giussani:* ¡Estúpidos!

*Intervención:* Imbéciles, inadecuados, pero yo me adhiero no obstante por mi capacidad moral. Siempre he sostenido que es inhumano decir que, a pesar de mi padre y mi madre, yo soy yo, porque yo soy yo gracias a mi padre y a mi madre. Por eso, la memoria de la que hablábamos antes es el reconocimiento del acontecimiento presente hoy y es la decisión frente al acontecimiento hoy. No después, no más allá.

*Giussani:* ¡Perfecto! En resumen, «permanecer en la compañía a pesar de los demás» — lo repito porque es muy importante— antes que nada nos convierte en jueces. Es terrible. Y uno sólo puede hacerse juez cuando es absolutamente presuntuoso u olvidadizo de sí mismo, cuando es superficial consigo mismo. Y, en segundo lugar, que uno se mantenga aquí ya no es ser atraído, se ha roto el juego belleza-verdad. Está roto de tal manera que uno ya no consigue sorprenderse en la compañía de todos los sutiles, grandes y pequeños testimonios que la compañía ofrece, no consigue valorar los cambios que se han dado, que hay. En vez de haber un asombro frente a lo verdadero, frente a la belleza de la compañía, frente al hermoso signo que es la compañía, todo se convierte en el enésimo deber en el que desperdiciar las energías. Entonces, en lugar de ser un camino sencillo, la compañía se vuelve un peso cada vez más grande, con un resultado terrible: que en vez de cambiarte te hace cada vez más pretencioso, más exigente en el mal sentido de la palabra, y así todo empieza a ser: «Pero, si, sin embargo».

Su observación es realmente capital. Y antes de proseguir, tenemos que dejar que se pose el tumulto de esta observación fundamental. La gran mayoría de nosotros, de hecho, está en la compañía con esta postura. ¿Quién no lo está? El que tiene sencillez de corazón, el pobre de espíritu, que por eso ve, y se asombra de la belleza. Una de las cosas que más lamento es no haber ordenado todo el montón de cartas que me han llegado. Todos los días recibo cartas con las que me invade este asombro: una frase, un acento, una palabra, un ejemplo. Una de las cosas que me dijo el pobre don Fernando con voz rota cuando estaba ya en la cama de la que no volvió a levantarse fue: «Por favor, guarda las cartas y publícalas». Yo no lo haré, pero nuestra compañía está como

colmada de discretos milagros. Pero para ver los milagros hace falta estar deseosos de la verdad, hace falta tender a la verdad: entonces ves los milagros. Cuanto más consciente es uno de lo que es, es decir, su relación con el Misterio, más tiende a convertirse en milagro. Esto no es superficialidad infantil, es madurez humana. Nuestra vida está tan llena de milagros que, dejadme que lo diga por enésima vez (es lo que repito continuamente, con la esperanza de que alguien lo escuche, porque es lo más bello que hay, es la experiencia humanamente más fascinante que hay), en este momento – imaginad la autoconciencia o la capacidad de reflexión característica del hombre como un arco de mirada que desciende a lo profundo de sí– en este momento, la evidencia más evidente, más clara que haya, más transparente, es que yo no me estoy haciendo por mí mismo, que soy hecho: ¡yo soy hecho! Ésta es la aportación sin comparación alguna, cualitativamente, infinitamente distinta, que ha dado la idea bíblica de creación a la idea filosófica de inicio o de ser causado: yo «estoy siendo hecho», es decir, la esencia de mi instante es que soy querido, que yo tengo consistencia en este instante por el hecho de que soy querido, que soy amado. Yo soy hecho por lo que me hace: yo soy Tú que me haces. Entonces este Tú se convierte en la pasta de la dinámica de mi yo, la tensión de mi yo. Mi simiente está hecha de esto: de atracción al destino. Y el destino no es otra cosa que el nombre final del origen, el origen de cada instante.

*Intervención:* Quería preguntar si la energía moral, dentro de la compañía, no debe producir un trabajo de la inteligencia y de la voluntad, porque de otro modo me parece que ni la fe ni la compañía llegan a convertirse jamás en experiencia y por consiguiente no generan el fundamento de un juicio sobre la existencia y sobre las cosas, es decir, una cultura. Hace falta un trabajo de la inteligencia y de la voluntad que permita la personalización y que convierta en experiencia nuestra inmanencia en la compañía y nuestra fe en el Señor; experiencia que después produce el juicio.

*Giussani:* Ésta es otra intervención en la que tenemos que detenernos. Nosotros desarrollamos siempre este concepto cada vez que hablamos de «seguimiento». Porque estar en la compañía significa seguir. Ahora bien, el seguimiento es la suma del trabajo del hombre, es la palabra que sintetiza todo el trabajo del hombre, es la síntesis del trabajo humano, si por trabajo se entiende todo lo que dijimos ayer: esa expresión de uno mismo que capta la realidad, personas y cosas, a la luz del ideal, en la conciencia del ideal, y las maneja para hacer de ellas, cada vez más, instrumentos adecuados del ideal, dirigidos hacia el ideal. El seguimiento es precisamente como la suma de esta expresividad. Por eso no hay seguimiento, es decir, no hay inmanencia en la compañía, y la compañía no se convierte en sustento y fuente de energía moral estable, si tú no estás dentro haciendo un trabajo. En caso contrario, es como echar al agua algo envuelto en un recipiente impermeable: podemos estar dentro de la comunidad, dentro de la compañía, y

permanecer impermeables. Lo que nos hace permeables es el trabajo, el compromiso de la inteligencia y la libertad, el compromiso de la inteligencia y de la afectividad. Daos cuenta, por favor, de que la inteligencia hace de la compañía el criterio de juicio sobre la propia vida y la de los demás, singular y colectivamente. Si la compañía no se convierte en juicio es inútil estudiar hasta a lo mejores filósofos y hasta incluso todos los discursos del Papa. Es la compañía lo que debe convertirse en juicio, y no la compañía de los que tú eliges en la compañía, sino la vida de la comunidad; la compañía en tanto que movimiento en el que estás, de otra manera creas otro movimiento, haces otro movimiento. La inteligencia, el trabajo en cuanto inteligencia, quiere decir que la compañía se convierta en juicio: no repitiendo las cosas que oyes decir, sino ensimismándose con las razones que se nos dan para las cosas que se nos ofrecen, para aplicarlas con compromiso y riesgo y con una confrontación siempre vigilante. La confrontación con la comunidad y el que la guía es una dimensión normal del trabajo de nuestra inteligencia, y por ello es como una dimensión normal de la fuente. Esta comparación debe convertirse en juicio sobre la relación con tu chica, debe convertirse en juicio sobre la relación que tienes con tus padres y tu familia, debe tornarse juicio sobre la relación que tienes con tu estudio, con tu trabajo, con los compañeros, con la compañía, debe volverse juicio sobre tu tiempo libre, sobre los gustos que tienes, debe convertirse en juicio sobre todo: entonces hay inmanencia en la compañía, entonces hay trabajo. Y de aquí, fijaos, surge la posibilidad también de un trabajo sobre la afectividad, porque la afectividad es la libertad comprometida. Por eso el vértice de la libertad es la fidelidad y no el gusto, en el sentido fácil del término, las ganas. Y el juicio, con el compromiso de la afectividad, es decir, con el compromiso de la energía de la libertad, transforma las cosas, transforma tu relación con tu chica, transforma tu relación con tu familia, transforma tu relación con el ambiente escolar, transforma tu relación con lo que estudias, transforma tu relación con la sociedad y por eso transforma tu dimensión política: así nos hacemos creadores, fuentes de una nueva cultura, colaboradores, constructores, albañiles de una construcción nueva, de una cultura nueva, cada uno según sus capacidades (de otra manera sería verdaderamente una pena, algo que mueve a piedad, como decía Dante, que daría verdaderamente piedad, sería un gregarismo).

\* \* \*

*(tras una breve pausa de media hora)*

Cuando yo estaba en el primer año del liceo pasé por un momento de pánico romántico durante el que lloraba continuamente porque me había dado cuenta de que jamás sería como Rafael, como Miguel Ángel, como Beethoven; lloraba, me iba a la cama por la noche y lloraba, y así durante bastantes días. Después, lo que me «resolvió» fue descubrir que, si hacía bien la hora de estudio y observaba la regla como expresión de mí

mismo, si hacía bien lo que tenía delante, hacer bien algo pequeño era más grande incluso que las sinfonías de Beethoven, porque era un orden, una perfección, era música, poesía. Entonces me calmé y ya no lloré más. Así os lo digo ahora.

*Intervención:* Quiero volver a la cuestión de la experiencia. En nuestra reunión de grupo de ayer surgía un tipo de mentalidad que está dentro de nosotros y que tiende a hacernos rehuir el esfuerzo. Casi insensiblemente nos deslizamos a una conveniencia entendida como cálculo de las ventajas o desventajas que me proporciona el hacer cada cosa. O bien, si el problema es el afecto, entonces puedo decidir...

*Giussani:* ¡Adherirme a una persona!

*Intervención:* Sí, adherirme a una persona y no a lo que he encontrado. Me parece bien distinto lo que dijiste ayer sobre la mortificación, el trabajo, la exigencia de la voluntad, que hacen de nuestra vida en compañía una experiencia personal. Sólo así estamos a salvo de un grave riesgo de subjetivismo y de lo que san Pablo decía sobre la bandera sacudida por el viento...

*Giussani:* «Niños que fluctúan con cada viento de doctrina»<sup>133</sup>.

*Intervención:* Eso es. ¡Gracias! Me parece importante porque cuando falta la personalización en la vida del movimiento, también el importante tema de la cultura, se aborda fuera de esta experiencia. Como esta experiencia no es mía, las palabras que la constituyen y el valor que hay en ella no se convierten en la raíz de mi pensamiento. Es como si construir una nueva teoría, tomando partes de un libro y partes de otro, pareciese más digno y más verdadero que profundizar en la verdad que vive entre nosotros...

*Giussani:* De manera que todo lo demás, en lugar de ser material para la construcción, se convierte en alternativa. En resumen, cuando oigo que alguien (que desde hace tiempo es del movimiento y es muy inteligente) ha descubierto la ontología, es decir, la estructura estable y profunda de la realidad, a partir de un cierto autor, aunque sea eximio, me deja pasmado, porque si hay una característica de nuestro planteamiento y de nuestra concepción es precisamente la intuición y la afirmación de la simiente, es decir, de la estructura de fondo, de la ontología. Lo mismo valdría para Juan Pablo II. Estoy contento con Juan Pablo II porque me corresponde y por ello me enriquece. Pero para mí Juan Pablo II no es una novedad absoluta. Aquellos de entre nosotros para los que Juan Pablo II es una novedad, es gente que jamás ha vivido el movimiento, aunque lleven quince años aquí. Es distinto. Leopardi no se me plantea como alternativa, me enriquece, porque tengo una mano curva que lo capta y lo mueve para mis objetivos, al ser el principio que me anima global, total. Dante, con su Ulises<sup>134</sup>, no me dice nada diferente de lo que yo digo, pero yo descubro que lo que dice es conveniente: las cosas, de hecho, se descubren sólo en la medida en que corresponden a lo que ya hay. Decía Newman que las verdaderas conversiones no son otra cosa que el descubrimiento más profundo y

verdadero de lo que ya antes se quería realmente. En definitiva, nuestro rostro ya está marcado dentro de nosotros.

Lo que me urge subrayar ahora de la última intervención es, sin embargo, la palabra «experiencia», que hemos usado ya. Como la intervención anterior iba para largo, simplemente he valorado de ella el hecho de que la compañía es un trabajo, cosa que ya os había apuntado. Es un trabajo humano, que significa compromiso de la inteligencia, es decir, de la percepción de la verdad, y de la libertad, es decir, de la afectividad, de la energía afectiva. Pero la palabra experiencia indica el acontecer del trabajo humano con todas sus connotaciones y sus dimensiones. Sin duda la mayor parte de vosotros –aunque parezca que estáis en la compañía, pero no se está, porque no se trabaja en la compañía– no ha leído el fascículo sobre la experiencia, reimpreso como pequeño capítulo en *Educación es un riesgo*<sup>135</sup>. Fijaos, esas páginas se escribieron hace veinte años, cuando había quien nos acusaba de decir cosas sin el *imprimatur* eclesiástico y decía que por eso nuestras cosas no eran seguras. Así que llevé todo lo que habíamos escrito al censor eclesiástico más famoso de Italia de entonces, que era un tal monseñor Figini, decano de la Facultad Teológica de Milán, y no cambió una sola coma de todo lo que habíamos escrito; simplemente puso con «S» mayúscula una «s» minúscula de la palabra «ser» en un cierto pasaje. Pero el primer librito, el primer fascículo que salió con el *imprimatur* eclesiástico fue el de la experiencia. Os ruego que toméis *Educación es un riesgo* y leáis estas tres o cuatro pocas páginas, que las leáis no como leáis «Tex Willer»<sup>136</sup>, sino con un poco de atención.

De todos modos, la palabra experiencia indica el compromiso o la aplicación de la energía humana para la fertilidad de nuestra propia persona y del mundo. En efecto, la palabra experiencia indica el acontecer del proceso que lleva a la afirmación, a la realización de sí, es decir, a la madurez. Si el contenido de nuestra compañía, intencional o práctico, no llega a ser experiencia, entonces no se asimila, es decir, no es fecundo y no vuelve fructífera nuestra vida; por eso, después de cinco años estamos como al principio, sólo que pertrechados, si no sofocados, de un cúmulo de expresiones esquemáticas y de prácticas adquiridas. Si tomamos a un enfermo que no tiene hambre y que, pongamos, está en tales condiciones biológicas que no puede asimilar ya nada, y nosotros lo alimentamos, llenándole el estómago y el esófago de comida, sencillamente lo ahogamos. Así es estar en la compañía sin que esta permanencia se traduzca en trabajo y se convierta en experiencia: permanecemos como bloqueados, ahogados por el contenido intencional y práctico, por el contenido teórico, ético y de costumbres –es decir, práctico– de nuestra compañía, nos quedamos abrumados, sofocados, en el sentido de que nuestra personalidad no se desarrolla. Es lo contrario de lo que queremos obtener: mejor cuatro que crecen que cuarenta mil que forman un rebaño. Para muchos políticos,



en cambio, cuarenta mil que forman un rebaño son mejores que un millón de personas que piensan.

De cualquier modo, leed el capítulo sobre la experiencia. ¿Qué quiere decir que nuestra compañía debe convertirse en experiencia? Significa que debe llegar a ser un juicio sobre las cosas. Lo hemos dicho antes: debe traducirse en juicio. No es estar dentro de nuestra compañía el no empeñar en ella la inteligencia. Y empeñar la inteligencia en nuestra compañía no es criticar la compañía (entonces bastaría estar fuera): la verdadera crítica no es la capacidad de decir: «Pero, si, sin embargo», y poner objeciones; la verdadera crítica es percibir, descubrir, hasta en una montaña de basura, la pepita de oro. Para el verdadero crítico, Dante Alighieri, que si se lee de buenas a primeras resulta pesado, después se convierte en algo espectacular. Es el recuerdo que tengo de mi primer año de liceo con el cardenal Giovanni Colombo, que entonces me enseñaba Italiano: era verdaderamente un maestro, esperábamos la hora de Italiano con un enorme deseo. Un crítico es el que pone en movimiento y hace que salga a la luz el valor que hay, es decir, la creatividad de la cosa. Cuando identificas la creatividad de algo también identificas sus límites. Decir que éste es un hombre es decir que tiene un límite: el de no ser una mujer (¡si eso es un límite! Ojo, que estoy bromeando).

De todas maneras, leed por favor *Educación es un riesgo*, el pequeño capítulo sobre la «estructura de la experiencia». Recordáoslo unos a otros. La experiencia es algo que se prueba; pero –segundo– que se juzga; y por eso –tercero– que moviliza conforme al juicio, es decir, cambia. Esto es la experiencia: algo que se prueba. Pero uno, probando todo lo posible y todo lo que se puede experimentar, puede llegar a los sesenta años y ser como un niño, estúpido, inexperto, sin experiencia, y, al contrario, puede haber un joven que sea rico en experiencia. Descubrí esto cuando empecé a confesar siendo un cura joven. Me decía: «Pero mira a estas personas que vienen a decirme cosas del otro mundo; vienen a verme a mí que tengo veintitrés años: ¿por qué no van a los que las han visto de todos los colores, a sus sesenta o setenta años? Porque éstos no tienen experiencia, mientras que yo, frente al material que me dan, uso un instrumento ideal, juzgo». Así pues, hacer experiencia quiere decir: «Probar juzgando». Éste es el punto fundamental, porque el ideal te permite entender también lo que experimenta otro, no necesariamente lo que experimentas tú, te ensimisma con el otro precisamente desde el punto de vista ideal: te permite juzgar y por tanto te da la capacidad de cambiar. Esto es la experiencia. O nuestra compañía se convierte en experiencia o se vuelve realmente peligrosa: porque el que está, está como en un rebaño, o –peor todavía– porque uno, llegado a cierto punto, se va por pies.

*Intervención:* A propósito de la experiencia: desde que conocí el movimiento, para mí la experiencia ha sido sólo una, al igual que ha sido sólo uno el juicio dentro de esta

experiencia, es decir, el céntuplo. Un juicio me parece verdaderamente un juicio cuando es un «más» de verdad, es decir, una humanidad que se hace más grande.

*Giussani:* ¿Qué has dicho que es la experiencia?

*Intervención:* La experiencia del céntuplo, porque un juicio es un «más» de verdad y este «más» de verdad es el céntuplo: es el paraíso que comienza en esta tierra, la promesa que empieza ahora. No hace falta estar esperando un año, dos años, es necesario arrancar enseguida, y aquí radica el sacrificio, la mortificación, porque es un juicio sobre el propio interés natural.

*Giussani:* Preciosa observación. O el céntuplo se da ahora o no se dará tampoco mañana, porque el céntuplo es el «más» de verdad sobre lo que estoy haciendo. Si yo juzgo lo que estoy haciendo basándome en el ideal que la compañía me ofrece, si yo juzgo lo que estoy haciendo basándome en el ideal que lleva en sí la compañía, es decir, en Cristo, entonces, en lo que estoy haciendo adquiero algo «más» de verdad. Por eso el céntuplo es, hablando en términos generales, nuestro camino común. Quisiera añadir tan sólo que uno se da cuenta de esto con el tiempo, porque se vuelve macroscópico (es instantáneo, pero se hace macroscópico con el tiempo), también en el modo en que está junto a su mujer, en el que está con sus niños, en cómo se comporta en la vida política y social y se comporta en su trabajo. Con el tiempo estas cosas se vuelven macroscópicas: es realmente un pueblo distinto, una humanidad distinta que contrasta con la humanidad que domina el mundo.

Darse cuenta de que el céntuplo —en el juicio que das acerca de la relación que vives con tus compañeros— es inmediato, que actúa inmediatamente, porque se convierte en un juicio que te hace cambiar la forma de estar frente a todo; darse cuenta de que este modo distinto es más —en todos los aspectos— que el de antes, llegar a sentirlo, exige cierta madurez, gran agudeza y gran sencillez, o bien exige tiempo. Es lo que decimos siempre. Parece que en la comunidad todo sigue siempre como al principio. ¡Parece! Pero después de cinco años uno tiene que decir: «Soy distinto de los demás», o después de un año uno tiene que decir: «Soy distinto que antes», como mentalidad, es decir, en cuanto capacidad normal de juicio y en cuanto afecto a la vida y al mundo. Es otra cosa, en resumen. Basta con ir a los países en que todavía está viva la tradición cristiana, basta con acercarse a ciertas personas ancianas, que han sido realmente, no de manera moralista, educadas en una tradición cristiana auténtica: ¡Qué familia! ¡Qué sentido del respeto! Lo que más me ha impresionado de nuestros amigos polacos es cómo tratan a la mujer, precisamente por cultura, desde el punto de vista cultural. Es algo impresionante. Me trae a la cabeza el *dolce stil novo* de Dante —«tan gentil y tan honesta parece/ mi señora cuando ella a los demás saluda»—<sup>137</sup>, ciertos acentos del *dolce stil novo*, que tienen el mismo origen, sólo que históricamente eran más intencionales y estéticos, y

ahora, en cambio, son más prácticos. Fijaos, hasta la prensa ha tenido que admitir que el tipo de resistencia que han hecho y están haciendo los trabajadores en Polonia encuentra su sustento en la tradición eclesial, sólo se puede explicar como tradición cristiana vivida, y es un tipo de resistencia distinto al de todos los demás. Esto es el céntuplo.

*Intervención:* Intuyo entonces que el sacrificio y la mortificación no consisten tanto en saber esperar como en querer luchar...

*Giussani:* ¡Bien! Sería de estúpidos, al revés, identificar el sacrificio con saber esperar, porque esperar es la energía que recibe el que se sacrifica, si ya lo ha decidido: entonces uno espera el resultado, el fruto, pero es alguien que ya ha elegido. ¿Quién espera el regreso de Cristo? El que le ha elegido. La mayoría de los cristianos no espera para nada el regreso de Cristo, porque no le han elegido.

*Intervención:* El sacrificio, entonces, no es tanto una espera pasiva, mal entendida, sino este combate que uno mismo mantiene con el ideal, por el céntuplo ahora.

*Giussani:* Tengo que añadir algo. El sacrificio sucede ahora –¡ahora! –, no mañana, dentro de un año. Lo dice muy bien Lewis, en una página interesante de las *Cartas del diablo a su sobrino*<sup>138</sup>. Si no hay decisión ahora, tampoco la habrá dentro de un año. El sacrificio es ahora, el sacrificio en cuanto «enfrentamiento de sí con el ideal, por el céntuplo ahora», es ahora. Bien, si uno estuviera ahora metido en estiércol hasta el labio superior, justo debajo de la nariz, de modo que siente el olor, ¿cuál es la decisión, cómo se puede expresar el sacrificio? Yo no consigo quitarme todo este mar de cieno de alrededor; ¡entonces espero que pase el chaparrón! ¡No, es ahora, no mañana! ¿Cuál es la expresión de esto? Es la expresión más humana que hay: el grito, es decir, el pedir a Dios. La oración es el primer juicio, y es el juicio que expresa el hombre en cualquier situación en la que se encuentre, aunque esté desesperado hasta matarse. Es el ejemplo del Innombrable en *Los novios*: «Dios, si existes, revélate a mí»<sup>139</sup>. En este grito extremo del ateo se salvaba la seriedad y la verdad de su simiente, de su naturaleza original. Entonces uno se da cuenta de que decirle a Cristo: «Por favor, ven, Señor, sálvame de esto, haz que sea verdadero en esta relación, haz que sea puro en esta relación, haz que sea real y auténtico en esta tarea», hablar así es un punto de inflexión, un corte; aunque uno no consiga cambiar nada, por circunstancias o por fragilidad, corta con lo anterior. Decir en serio: «Ven, Señor, en esto, haz que yo sea verdadero en esta circunstancia» es el inicio del camino, porque es una herida; tan cierto es que san Pablo llama a la oración *sacrificium fidei vestrae*<sup>140</sup>, el sacrificio de vuestra fe.

### Asamblea 3

*Giussani:* Doy yo inicio a la continuación de la asamblea de esta mañana. ¿Quién tiene nuevas preguntas que plantear?

*Intervención:* Voy a hacer un poco de fraile ignorante (en tiempos, para hacer las «misiones» en la Iglesia había dos frailes, uno inteligente que explicaba las cosas, y otro ignorante que preguntaba) y planteo esta pregunta: ¿por qué en este momento de nuestro trabajo se introduce el tema de la cultura? Hemos trabajado sobre la personalidad, se nos ha dicho que es un punto fundamental. ¿Por qué ahora hablamos de cultura? ¿Qué es entonces la cultura?

*Giussani:* Cualquiera puede intervenir en la respuesta. ¡No os echéis atrás, ánimo!

*Intervención:* Quisiera responder a la pregunta con un ejemplo. Cuando empezamos con nuestra experiencia y cuando se consolidó, entre los años 60 y 64, se dirigían a nosotros en Milán acusaciones constantes, sobre todo por parte de un grupo de «intelectuales» de la FUCI<sup>141</sup> de entonces, que estudiaba a Maritain: nos acusaban de ser unos «vitalistas», de ser gente que no era capaz de realizar un desarrollo cultural serio ni de proponer las «mediaciones» necesarias entre la fe y los problemas del mundo. Me acuerdo de que, en un debate que se celebró con todos los responsables de la Acción Católica en Esino Lario, bajo la dirección de Manfredini, en el calor de la discusión para definir nuestra postura en relación con la de la FUCI, don Giussani dijo esta frase que me impresionó: «¿Qué culpa tenemos nosotros si vivimos la fe con un acento cultural diferente al vuestro? ¡Habrà aún libertad en la Iglesia para vivir la fe con acentos culturales diferentes!». Esta anécdota histórica, para mí, indica algo importante: que una experiencia humana viva es por su propia naturaleza un hecho cultural que actúa en el mundo. Una experiencia de vida, en cuanto implica la finalidad, la razón, el significado de la vida, es un hecho cultural en acto. Por tanto, en el nacimiento de Comunión y Liberación, o de GS, en los comienzos, en los primeros grupitos que se posicionaban en la escuela de una determinada manera, así como en la compañía de gente que se junta hoy en una facultad a vivir de una determinada manera, está ya el germen de la cultura. Se trata, de hecho, de una compañía guiada hacia el destino y por tanto de una compañía que expresa un significado. Una compañía de este tipo documenta y testimonia el hecho de que Jesucristo es verdaderamente el significado último y definitivo de la historia, y en su desarrollo afirma constantemente el nexo que hay entre todo lo que se hace y Jesucristo. Recuerdo que don Giussani siempre nos ponía un ejemplo, el de la viejecita con la zanahoria...

*Giussani:* Una vez, cuando éstos eran pequeños, les conté lo que me había pasado yendo por Brianza, no me acuerdo ya dónde fue exactamente. Estaba caminando y me había parado a tomar un vaso de leche en una granja. Mientras estaba hablando con el campesino, rodeado de unos cuantos niños, llega una mujer del campo. Yo iba vestido de

cura y a lo lejos esa señora agitaba una enorme zanahoria, de proporciones excepcionales, y decía: «¡Mire, Reverendo, qué grande es Dios!». Yo me quedé allí, de piedra. Y, cuando lo contaba, les dije: «Ésta es una posición cultural», esta conexión que establece entre la banalidad de un hecho cotidiano, de un acontecimiento totalmente tierra-tierra, la zanahoria, y el destino del mundo, esta chispa que hace saltar entre dos polos tan grandiosa y aparentemente lejanos, esto es una construcción cultural, esto es una posición cultural. Esa mujer, cuando oiga hablar de las elecciones, y oiga, pongamos, que su cura ha robado seis mil millones o que el vicario se ha casado con una chica, cuando oiga, no sé, hablar de Mao Tse Tung en China y las cosas que hace, sin duda habrá hecho un juicio, no una reacción escandalizada, sino un juicio (un juicio nunca es una reacción de escándalo, escandalizada).

*Intervención:* Esto hace que se entienda bien el nivel humilde, último, popular, elemental, en el que se sitúa la cultura. La cultura es, para nosotros cristianos, la capacidad de juicio que nace de la afirmación de Cristo como esencia, raíz y valor de todas las cosas. El juicio que estamos obligados a dar en la universidad, ante el problema del terrorismo, ante esto o lo otro, ese juicio que puede ser elemental (como el de la viejecita) o bajo una forma más elaborada, parte siempre del hecho de que Cristo es la raíz de la realidad: esto es la cultura. Si hablamos de cultura es porque nuestra posición es una postura humana que vive y que busca, por su propia naturaleza, crecer, expresar toda la dignidad que lleva dentro. La cultura es la forma a través de la cual se expresa y se comunica la dignidad profunda de una experiencia humana.

*Giussani:* Quisiera subrayar esta última frase. La cultura no es otra cosa que la dignidad profunda de una experiencia humana que se expresa y se comunica, que se vuelve capaz de expresarse y de comunicarse. Dentro de esta palabra, «comunicarse», está implícita por entero la necesidad de descubrir, valorar, respetar y valorizar al *partner*, la persona o personas a las que se comunica esa experiencia y las cosas sobre las que ésta se proyecta. En este sentido es mejor no confundir: no sería justo reservar el término «cultura» a un determinado horizonte que se realiza por esta comunicación, sino que debe aplicarse ya a ese sujeto vivo, a ese sujeto de experiencia viva, que puede llegar hasta el último horizonte. Por eso, una cultura digna de ese nombre, es sin duda, al menos como pretensión, universal. Si una cultura no tiene un horizonte universal, ya no es cultura. En este sentido, la dignidad de la experiencia humana tiende, por su propia naturaleza, a la catolicidad. Y ésta es, de hecho, la fuerza que tiene el anuncio cristiano, que necesita, para ser entendido y abrazado, para ser acogido, encontrarse ante una experiencia humana verdadera. Una experiencia humana verdadera, por naturaleza, es universal, por naturaleza está abierta hasta a la posible comunicación del infinito, hasta a la Revelación. Una cultura racionalista, que niega *a priori* la posibilidad de que el

Misterio se revele al hombre —éste es el gran dogma de la cultura racionalista, ya en el siglo XIX liberal—, una cultura que niegue la posibilidad de la revelación, que proponga esta negación como dogma o como tabú, según los diferentes puntos de vista, no tiene ya dignidad cultural, a mi parecer. Por su propia naturaleza, una cultura tiene como base la categoría fundamental de la *ratio*, de la razón, de la conciencia: la categoría de lo posible.

*Intervención:* Me parece que esto marca una clara diferencia entre el cristianismo, como única posibilidad cultural verdaderamente universal y de todo el pueblo, y las ideologías. La posición humana cristiana nace de una vida que se nos da y que pide ser vivida. Al ser una vida, es verdaderamente una posibilidad abierta para todos. Una ideología, por su misma naturaleza, no puede ser nunca popular y universal, excluye a la gente humilde o la reduce a «abc» y tiene su máxima expresión en los que «saben».

*Giussani:* La ideología pone al pueblo en función de los intelectuales, mientras que la verdadera cultura pone a los intelectuales en función del pueblo.

*Intervención:* Quisiera hacer una observación, a partir de la experiencia de la Universidad Católica de Milán, como ejemplo de lo que se está diciendo, y también en relación con el planteamiento que teníamos hace algunos años, es decir, las universidades populares, las ideas sobre las unidades de transición, los seminarios de revisión...

*Giussani:* Los cursos de revisión cultural...

*Intervención:* Sí, los cursos de revisión cultural y ese tipo de cosas. Este año mi experiencia ha consistido en darme cuenta de que la cultura no es más que un entusiasmo: el entusiasmo por una belleza que se ha entrevisto, por la verdad. Es esto lo que permite que arriesgue, aunque no sepa de qué se trata, pongamos, *Los novios*...

*Giussani:* ¡Tendrás que leerlo!

*Intervención:* Sí, lo leeré. Pero sin este entusiasmo jamás hubiésemos puesto un cartel, no nos habríamos interesado por las clases o por *Los novios* o por Dante. Sin este entusiasmo todo se convierte en el esfuerzo de adaptarse a un discurso. La gente se da cuenta de esto enseguida. Uno se da cuenta enseguida de si el que tiene delante vive por la pasión de algo que ha encontrado, que le empuja desde dentro, de lo que no puede dejar de hablar, o bien si está repitiendo un discurso, una simple ideología, aunque sea una ideología más inteligente que las otras. Creo que este entusiasmo es el origen de toda postura de compromiso cultural, incluido el estudio.

*Intervención:* Me gustaría retomar esta intervención porque me parece que ha tocado una piedra angular. «El entusiasmo por la verdad es lo que genera una postura culturalmente viva». El entusiasmo por la verdad es lo que nos inclina a la búsqueda, nos hace estar atentos y ser precisos en la experimentación y, por tanto, en el uso de las

mediaciones, nos da tenacidad, no deja que nos rindamos a soluciones falsas, exige las razones de todo, no se para cuando se llega a un cierto punto en las relaciones. Este entusiasmo por la verdad es algo insaciable. Quisiera simplemente recordar que el entusiasmo por la verdad se llama «fe». El entusiasmo por la verdad es el reconocimiento de este hecho que está entre nosotros, es el reconocimiento de que la verdad se ha convertido en un hombre, de que la verdad ya no es el resultado de nuestras elucubraciones, sino que es alguien al que te encuentras por la calle, unas palabras que se dicen en la mesa, un recuerdo que atraviesa la mirada con la que el hombre mira a su mujer, el reconocimiento de una fraternidad que elimina de golpe la extrañeza étnica, la extrañeza de temperamento, la extrañeza geográfica, la extrañeza histórica. El entusiasmo por la verdad es nuestra compañía. He aquí por qué me parece muy importante lo que se acaba de decir, porque en la vida del CLU todavía no está del todo eliminada la imprecisión que, gracias a Dios, se descubrió y eliminó hace ya cinco o seis años, o incluso menos, en la Universidad Católica de Milán (hablo de dónde estoy yo, por eso puedo dar testimonio de ello). Antes se creía que la presencia en la universidad y el gusto cultural, el compromiso cultural, consistía en la adhesión a los cursos de revisión cultural y a los seminarios que nuestros pocos profesorcillos asociados o en prácticas lanzaban en la facultad de Letras, la de Filosofía, o cualquier otra. Identificar esto con el compromiso cultural es un error gravísimo. Lo digo con fuerza, porque todavía hay algunos lugares del CLU en los que permanece este error. Si una iniciativa de investigación o de profundización cultural se entiende, se crea, en función de la vida de la comunidad, en función de nuestra compañía, de la compañía de toda la comunidad y, por tanto, de todo el movimiento, entonces sea bienvenida. Y cuantas más haya, mejor. Más riqueza tendremos para repartir, más seriedad también se podrá demostrar. Pero allá donde haya universitarios que estimen un seminario o un curso de revisión cultural o una investigación –desarrollada y guiada incluso por un gran profesor de renombre, de gran renombre– más que la vida de la comunidad, ¡no sé adónde mandarles! Es decir, sé qué hacer con ellos; espero hacer que entiendan también que la vida de la comunidad es más fundamental que todo eso. Si hay gente que está dispuesta a hacer sacrificios por eso y no por la compañía, por la vida de la comunidad, se equivoca, está fuera de juego –¡fuera de juego!–. Pertenerían todavía a esa postura que he descrito esta mañana, la de gente que puede llevar diez años en el movimiento y después saltar diciendo que ha descubierto la necesidad de la ontología leyendo, pongamos, a Rilke. Está muy bien que se estudie a Rilke, entendámonos, uno hace estupendamente en profundizar en Rilke; sólo digo que no ha vivido la vida de la comunidad y «su» Rilke no tiene un tronco sobre el que pueda significar un injerto vivo y realmente fructífero. Lo que era casi normal en las comunidades del CLU hace cinco o seis años, desde hace unos

años, gracias a Dios, por la experiencia que se ha vivido en Milán, ha sido decididamente contestado y por ello reducido, pero todavía no ha desaparecido como error que radica en el corazón y la mente de muchos. La fuente de la cultura es –lo repito– la experiencia de una compañía vivida, la experiencia de una vida vivida.

Quería simplemente hacer la observación de que la pasión por la verdad que todos comprendemos es el meollo para el desarrollo cultural, para la aventura de la cultura, no es otra cosa que la pasión por el hecho de Cristo y, por tanto, es la pasión por nuestra compañía, por el acontecer de nuestra compañía, por el acontecer de la compañía de nuestro movimiento, que es nuestra forma de vivir el gran acontecimiento de la compañía grande de la Iglesia de Cristo. En caso contrario, hasta podremos hacer cultura, pero no será cultura cristiana.

*Intervención:* La definición más bella de cultura que he encontrado en los textos de Giussani es: «La cultura es conciencia sistemática y crítica de sí».

*Giussani:* «De la propia experiencia».

*Intervención:* De la propia experiencia. A mi parecer esta definición introduce una novedad en el concepto de cultura y en la posición del que trabaja en estas cosas. ¿Cuál es, en efecto, el primer término de esta conciencia sistemática y crítica de la propia experiencia que define la postura del hombre ante la realidad? La fe, como acabas de decir. Porque es el término que define la verdad de lo que yo soy. Es imposible una adhesión a la realidad si se prescinde de esta verdad, y esto, a mi parecer, es el primer dato que hay que tomar en consideración.

*Giussani:* El punto fundamental es el que dices, pero el punto más duro es otro.

*Intervención:* Si el primer elemento de esta conciencia sistemática y crítica de la propia experiencia es el reconocimiento de la verdad que se ha encontrado, de nuestra historia, el segundo es la responsabilidad que se asume ante este encuentro.

*Giussani:* En lugar de la palabra «historia», que es muy bonita, pero puede estar ya como totalmente gastada, vaciada de su consistencia, digo que el punto de vista desde el que afrontar la realidad es la fe, pero la fe no es un sentimiento abstracto, no es un reconocimiento doctrinal y basta: la fe es vivir la compañía a la que el Señor nos ha llamado como camino hacia el destino, esa compañía mediante la que la gran compañía de la Iglesia se convierte para nosotros en criterio y afecto cotidiano. Esto es la fe. Por eso, chicos, aún no he dicho todo cuando he dicho que la fuente de la cultura es el entusiasmo por la verdad. En efecto, si la fuente de una posición cultural es la pasión por lo verdadero, y si la pasión por lo verdadero quiere decir pasión por la fe, es decir, por el hecho de Cristo, porque la fe es reconocer el hecho de Cristo, entonces la pasión por la verdad es la pasión por Cristo, es la pasión por Su signo, por el signo en el que nos ha alcanzado, que saltando los demás pasos, es nuestra compañía. Entonces, es sobre este



terreno, sobre este tronco donde se desarrollan ramas y follaje, flores y frutos, y cuanto más haya tanto mejor es (por tanto también las investigaciones, los seminarios, cursos, centros culturales y demás). Sin embargo, lo más importante es la obediencia y el seguimiento a la compañía.

El que dirige el curso de revisión cultural o el seminario no es en absoluto más interesante y más decisivo para nuestra cultura que los que dirigen nuestra compañía. Los equívocos en este sentido llevan a muchas falsedades. La obediencia y el seguimiento al camino de nuestra compañía pueden hasta, cómo decir, «reenviar», hacer que se pierda tiempo desde el punto de vista del conocimiento cuantitativo, pero aseguran el camino. En lugar de conocer este año, conoceré dentro de tres años, por así decirlo, pero camino. En cambio, si asumo la otra postura, por la que la indagación y la curiosidad o el trabajo sobre un determinado aspecto del saber se convierte en todo para mí, esto es una idolatría que se paga. Es una analogía perfecta, me parece, con la historia de la Iglesia: no son los teólogos los que hacen progresar la conciencia de la Iglesia, sino el Magisterio eclesiástico, que se sirve también de los teólogos; pero, repito, es el Magisterio, es decir, son los Pastores de la vida de la comunidad, de la gran compañía, los que hacen avanzar.

Por eso, espero que nuestras comunidades universitarias se enriquezcan de muchos intereses y profundizaciones y que cada comunidad universitaria tenga setenta y cuatro seminarios lanzados; pero ésa no es la clave de un verdadero crecimiento cultural, en el sentido que requiere el movimiento, es decir, conforme a la autenticidad de una fe eclesial.

*Intervención:* En efecto, a mi parecer, un tercer elemento del trabajo cultural es la verificación, es decir, la verificación de cómo el producto de este trabajo contribuye o no a la construcción de una conciencia crítica y sistemática de nosotros mismos. Éste me parece el único modo de que nuestra posición humana sea cada vez más auténtica; de otra manera corremos el peligro de estar siempre chantajeados por el resultado de lo que hacemos.

*Intervención:* Creo que todos nosotros tenemos una imagen equivocada, una especie de ilusión; pensamos que las palabras que acabamos de oír son como la raíz, el *humus*, sobre el que florecerá después una planta, un fruto que, sin embargo, está más allá. Pensamos que hay como una producción que debe arraigar en esta tierra, pero que, sin embargo, de alguna forma, está más allá. A mi parecer, éste es un vicio radical y tiene que ver con la falta de afecto al hecho que nos ha aferrado. Cuando hablabas de la compañía, pensaba: la producción cultural es para nosotros algo que está fuera de la compañía, que concebimos como nuestra casa. Mientras que el problema es el afecto a toda la casa, al movimiento, es construir la morada: todo, entonces, es ocasión, pero

ocasión para construir esta casa.

*Giussani:* Quiero desarrollar esta imagen, es decir, quiero aclararla porque es muy importante. Es importante para la vida de la comunidad, porque la mezquindad y el esquematismo en que las comunidades del CLU viven tantas veces –comprensible por otra parte, porque están guiadas por curas, o por curas laicos, por laicos que son como curas– son un delito. Se ha dicho que «No hay que concebir la comunidad por un lado y, por otro, la actividad cultural. Como si la actividad cultural se desarrollase fuera de ella, aunque tenga las raíces dentro». No, la actividad cultural es nuestra compañía que se dilata por el mundo entero, es un abrazo que abarca, que hace entrar en nuestra morada el mayor número posible de cosas y acontecimientos. Por ejemplo, yo sé poco de Marx, pero cuando tomo algunas cosas de las que he leído de él y las introduzco en las lecciones que doy en la Católica de Milán, es como si dilatase mi personalidad, mi morada, mi presencia, es como si la dilatase atravesando y abarcando también la figura humana –que es lo único salvable– de Marx. Cuando leo a Dante o cuando releo a Leopardi, ¡Leopardi es mío!, ¡Dante es mío! No es algo que yo haga fuera de la vida con vosotros, es una palabra acerca de la vida con vosotros; y cuando leo un artículo o una investigación sobre astronomía, es algo que está dentro de mi relación con vosotros, es que se dilata mi morada, no es un interés que aunque siga un criterio que radica en la comunidad, está sin embargo fuera. La Iglesia, de hecho, es la parte del mundo que reconoce su verdad, es decir, Cristo. En este sentido, no hay ninguna diferencia entre la Iglesia y el mundo, o mejor, hay una diferencia cuantitativa: que la Iglesia todavía no ha alcanzado los confines extremos de la tierra, porque eso sucederá en el fin del mundo, cuando todo el mundo reconozca a Cristo.

Las cosas por las que nos interesamos son parte de la vida de la comunidad, sean las que sean. En una comunidad de bachilleres –es un ejemplo que pongo siempre– había un chico apasionado por el violín (es el chico que tocó ante el Papa) y, en su primer año en la comunidad, un cura del movimiento le dijo que tenía que dejar de tocar el violín porque ahora lo más importante era la comunidad. Esto es exactamente lo contrario a la percepción del movimiento que nosotros tenemos –¡exactamente lo opuesto!–. Porque la dedicación al violín es parte de la vida de la comunidad, es un aspecto de la forma en que ese chico vive la vida de la comunidad. En este sentido, la cultura, como he dicho siempre, es la conciencia crítica y sistemática de la experiencia propia. El límite de una conciencia crítica y sistemática de la propia experiencia es el universo entero, porque la experiencia del hombre es la totalidad de lo real (la experiencia, de hecho, es un impulso hacia el infinito: por eso es la totalidad de lo real). Digo siempre que el universo no es otra cosa que la periferia de mi cuerpo: no hay solución de continuidad entre la conciencia de mi yo y la más alejada, la última nebulosa. La conciencia que tengo de mi

cuerpo implica la extrema, la última nebulosa. Por eso la pasión por la verdad es verdaderamente la pasión por el acontecimiento que sucede entre nosotros, y por tanto por nuestra compañía. No es que nuestra compañía sea el acontecimiento que se da entre nosotros, sino que nuestra compañía es el lugar donde el acontecimiento que es Cristo se da entre nosotros, de modo que nuestra compañía es su signo, su cuerpo. Es un signo que Cristo asume para sí: lo asume y lo lleva dentro de sí, tanto que somos miembros de Su cuerpo. Esto es lo que le hace decir a san Pablo: «Recordad que sois miembros los unos de los otros»<sup>142</sup>. No existe una concepción de la humanidad, de fraternidad, de la sociedad, de la amistad, más importante que ésta. La cultura es como la dilatación de esta unicidad, porque la cultura no es solamente conciencia, es una conciencia crítica y sistemática que te proyecta sobre las cosas de tal modo que las usas de una forma distinta. La cultura es una conciencia que moviliza. Por eso la cultura hace que nazca una civilización, desarrolla la civilización.

*Intervención:* Quisiera decir que esto no es un deber, es decir, que es inevitable llevarlo todo a casa...

*Giussani:* ¡Eso es, magnífico: «Llevarlo todo a casa»! Llevemos el mundo a casa. Esto es la experiencia cristiana.

*Intervención:* Quisiera subrayar, respecto a lo que se está diciendo, dos palabras casi análogas: paciencia y espera. Una madre, por ejemplo, ante su hijo pequeño, no sería una madre, sería inhumana y lo mataría, si no tuviese estos dos dones de la paciencia y la espera. Nosotros nos encontramos con esta gran cosa entre las manos, que es como un hijo pequeño, y quisiéramos que mañana por la mañana fuera ya grande, una persona adulta. Pero mi vida me pone de manifiesto cada día que el camino es largo. En este camino se corre el peligro de un chantaje. Si, en cambio, hay una espera paciente, es posible superarlo, es posible caminar con esperanza. Muchas veces, de hecho, ante la certeza de lo que hemos visto, por un lado, y nuestra inseguridad por otro, es más fuerte nuestra inseguridad.

*Giussani:* De todos modos, está bien la espera, siempre que sea viva, viviente, es decir, que tenga una hipótesis de trabajo, diríamos; se llama seguimiento. La espera, o es seguimiento o es un vacío.

*Intervención:* Yo no comparto la última intervención. Éste es mi testimonio personal. Yo era un buen chico, iba a la parroquia, pero siempre me sentía encerrado en el ámbito de la experiencia cristiana. Fuera estaban el mundo y la cultura, y yo sentía que para dar dignidad a mi experiencia cristiana tendría que justificarme ante el mundo y la cultura para tener yo también el derecho a existir ante los demás. El acontecimiento del movimiento ha dado la vuelta a esta posición. Ya no necesitaba justificarme frente a nada ni a nadie: el hecho que me había agarrado me ponía ante todas las cosas con la

fuerza de un significado, por tanto con fuerza cultural, capaz de juzgarlo todo. Ese hecho me había tomado dentro de una compañía y esta compañía no tenía necesidad de justificarse ante nadie, sino que ella misma juzgaba toda la realidad. ¿Qué se derivaba de ello? Unas ganas y un gusto –en vez de paciencia y espera, en el sentido que se ha dicho– de «ensuciarse las manos», para que se hiciese cada vez más verdadero para mí lo que ya se había mostrado como verdadero e inexpugnable, y se hiciese cada vez más creíble para los demás.

*Intervención:* ¿Puedo responder?

*Giussani:* No, no vale la pena, amigo, porque aquí no se trata de polemizar. No es que tú hayas dicho algo equivocado, pero él ha llevado la cuestión a su fundamento. Recuerdo cuando él y otro, una vez, invitaron a todos los profesores católicos de la ciudad y les espetaron sin miramientos –habían ido ciento cincuenta profesores de bachillerato– todas las cosas erróneas que decían en clase. Sólo lo decía por citar un ejemplo. Cuando uno se siente asumido y aferrado por el encuentro con lo verdadero, que está en una compañía, lo juzga todo. Lo dice san Pablo: «El hombre espiritual, es decir, el hombre que ha acogido la verdad, lo juzga todo y no es juzgado por nadie»<sup>143</sup>. Y entonces uno tiene ganas, como él decía, de «ensuciarse las manos», es decir, de entrar en relación con todo para confirmar y verificar su propia postura, para hacer más verdadera su postura, para dilatar su morada y enfrentarse a la mentira, allá donde esté. Ésta es la fe que se convierte en desafío para el mundo: «Ésta es la victoria que vence al mundo, la fe»<sup>144</sup>.

De todos modos, quisiera concluir por ahora, provisionalmente, porque tendremos que seguir avanzando en otros *Equipe*. Fijaos, por favor, en que la paciencia y la espera son cosas justas. De hecho ellos, que eran alumnos del último curso de bachillerato, en ese gesto con los ciento cincuenta profesores atrajeron sobre sí las iras de todos; no es que convirtiesen a su ciudad; pero se hicieron madurar a sí mismos. La espera y la paciencia son para que todo el mundo entienda estas cosas. Pero, como se ha dicho esta mañana, el juicio es inmediato. El juicio es inmediato, ahora –¡ahora!–. No «lo entenderé dentro de un año», ¡ahora! De otro modo uno no vive, porque la vida es esto.

Yo os quisiera proponer, para el desarrollo de la temática que ha dado contenido a nuestras asambleas en estos días, que fijaseis la atención sobre dos palabras.

Antes que nada la palabra «signo», porque es en la palabra «signo» donde anida toda la dinámica de la decisión, como dice *El sentido religioso*: «La libertad se pone en juego [se arriesga], en la interpretación del signo»<sup>145</sup>. Ésta es, realmente, la gran batalla del espíritu. La percepción de la belleza, que introduce a la verdad, que te permite entender la verdad, y la pobreza de corazón se juega en aceptar el signo, en reconocer el signo,

porque el signo es, si queréis usar una palabra horrenda, la gran mediación entre la verdad y nuestra existencia, nuestra alma en búsqueda, digámoslo así. El signo, además, es precisamente el instrumento de las relaciones que tiene el hombre con todo. Todas las relaciones que tenemos entre nosotros son por medio de signos, de los que la palabra y el gesto son los esenciales. El signo. La belleza de la que hemos hablado, como fuente del afecto que permite la decisión de reconocer la verdad, que permite por tanto la decisión de reconocer la compañía, el hecho que vive entre nosotros, es el signo. A través de un signo es como vamos hacia la verdad. A través de un signo es como se prueba el deseo de la verdad, la pobreza de corazón, la sencillez de espíritu. En el encuentro con un signo se ve si amamos la verdad.

En segundo lugar, el desarrollo del significado que se ha descubierto en el signo, que el signo vehicula, sucede a través de la experiencia. La palabra «experiencia», como se ha dicho y repetido, está también en la raíz de esa otra palabra que indica y señala el acontecer humano más completo, que es la cultura. La palabra «verificación» y la palabra «compromiso», la palabra «verificación» y la palabra «cultura» tienen su «nido de víboras» aquí, dentro de la palabra «experiencia».

Os digo simplemente esto, no por resumir estos días sino por dar dos términos, dos términos ciertamente sintéticos, de la problemática que ha salido. Por tanto nos volveremos a ver, amigos míos, en el próximo *Equipe* con un trabajo hecho. Si no lo hacen vuestros amigos, hacedlo vosotros. ¡Lo importante soy yo, eres tú!

1981

## EL HILO DEL DESEO<sup>146</sup>

*La exigencia de hacer personal la experiencia que se estaba viviendo era fuertemente advertida por todos; esta exigencia, sin embargo, chocaba con lo que, en una carta enviada a todos los responsables de las comunidades universitarias, se describía como «una indecisión a la hora de hacer verdaderamente nuestra la experiencia de esos dos años, con todas sus implicaciones personales y de juicio de la situación». Algunos comenzaron a advertir la necesidad de no reducir a un esquema asociativo la novedad de vida que aquellos años, desde 1975 hasta entonces, habían supuesto, haciendo de la comunidad «un refugio» y de las iniciativas «un peaje formal que pagado al movimiento». Se empezaron a usar expresiones como «posición humana», «tarea personal», «juicio concreto sobre la vida», como para indicar el giro que el camino iba dando hacia esa «personalización» que don Giussani, con insistencia creciente, requería de los universitarios y, en particular, de sus responsables.*

### Asamblea 1

*Intervención:* Hay dos puntos que emergen de las contribuciones que hemos recibido. El primero se puede formular así: nos hemos embarcado en algo que va mucho más allá de lo que pensábamos y podíamos imaginarnos. Dos ejemplos. Los de la comunidad de Bolonia, hablando de su compromiso y de los gestos que llevan a cabo, dicen: «Todo esto corre el riesgo de quedarse en una mera intuición si no crea una posición estable». Es decir, las asambleas, la Escuela de comunidad, las octavillas que se reparten, los manifiestos que se hacen públicos en la universidad, corren el riesgo de quedar como una intuición que vale sólo para ese momento, pero que no va más allá. Por otro lado, los de la comunidad de Padua observan que el encuentro con el grupo de adultos que se ha implicado en la lucha por montar un comedor universitario, «ha significado que la trayectoria de nuestra postura humana se hiciese más explícita».

*Giussani:* ¿Qué tiene que ver el segundo ejemplo con el primero?

*Intervención:* El ejemplo de la comunidad de Bolonia plantea una exigencia en negativo. Caen en la cuenta de que hay una experiencia fragmentaria que exige ser completa; es necesario ir más allá de lo que hasta ahora han imaginado, para poder dominar la situación, permanecer. El ejemplo de la comunidad de Padua dice que el encuentro con ese grupo de adultos les ha hecho entrever la dirección en la que desarrollar su posición humana.

*Giussani:* O sea, ¡los de Padua tendrían delante de ellos la imagen de lo que es una posición estable!

*Intervención:* Exacto. Entonces, surgen algunas preguntas. La primera: «¿Queremos ir verdaderamente al fondo de esta experiencia?». Segunda pregunta: «¿No se trata quizá de que los responsables de las comunidades están como bloqueados, porque no saben adónde ir, y por tanto frenan la vida de la comunidad?».

El segundo punto es el siguiente: una experiencia como la nuestra está entrando en un fuerte impacto con la realidad; tenemos que tomar conciencia de ello y medir la fuerza y los aspectos problemáticos que tiene este impacto. De hecho, en determinados aspectos del compromiso con el ambiente aparece una fragilidad, no teórica sino existencial. El impacto con la realidad tiene dos flexiones. La primera se refiere a nosotros. Cito una frase de la contribución que ha enviado la comunidad de Padua: «Cuanto más nos metemos en la verdad, más intentamos preservar para nosotros mismos espacios privilegiados y particulares». Según se va avanzando (esto se ve sobre todo en los que se están graduando y dejan el CLU), hay como una especie de resistencia que se infiltra en nosotros. Esta resistencia se ve porque, en la experiencia que hacemos, se quiere conservar algo para uno mismo. Estamos dentro de una verdad, somos entusiastas de ello, pero queremos preservar un espacio propio.

*Giussani:* Es decir, cuanto más nos comprometemos en la actividad, cuanto más nos atrae el compromiso y hace que aparezca también su fascinación, abre perspectivas, genera obras, da el gusto de una postura que se toma frente al ambiente o en la dialéctica (cultural, política) de la sociedad, cuanto más sucede esto, más es como si dentro de nosotros, en nuestra vida personal, o mejor, en nuestra vida individual, nos preocupásemos de guardar algo para nosotros. Nos preocupamos de no jugárnoslo todo en esta experiencia, nos preocupamos por reservar algunos aspectos privados de la vida, algunos factores, por ejemplo el trabajo, o por ejemplo la mujer o el hombre. En este sentido, acabada la universidad, ante la «pretensión» que el contenido y la propuesta del movimiento tienen, es como si se buscara en estos espacios que se han defendido encarnecidamente y algo sordamente un lugar seguro.

*Intervención:* De hecho, algunas intervenciones hablan expresamente de una «vuelta al aburguesamiento», que aparece sobre todo hacia el final de la universidad.

*Giussani:* Y éste es precisamente el síntoma de que la experiencia a la que hemos sido llamados no ha entrado en nosotros; es el síntoma que delimita el área en que queremos seguir siendo autónomos. Significa que la experiencia con la que nos hemos comprometido no ha penetrado en los aspectos personales, en el trabajo, no sólo como fuente de seguridad económica sino como expresión de sí o gusto o utilidad de la propia vida (el trabajo es el ámbito donde se asegura la utilidad de nuestro vivir o el gusto de



nuestro vivir). Pero si no ha penetrado en esto y no ha penetrado en el factor radical, el de las relaciones interpersonales (de las cuales la relación entre el hombre y la mujer es la más significativa, hasta cierto punto), ¿qué ha supuesto el problema de las relaciones interpersonales? ¡El tema de un juego o el anuncio de un circo! Esto quiere decir, más precisamente, que la experiencia que se ha vivido no ha desarrollado su capacidad cultural. Porque la capacidad cultural de una postura se determina y se documenta en la experiencia de afectividad y en la expresión sistemática de la propia personalidad, como aportación y relación con el mundo, y por tanto como trabajo. La concepción y la cultura ilustrada y anti-cristiana, que han determinado toda la edad moderna y en consecuencia han generado nuestro tiempo, ¿dónde se revelan ahora, en estos tiempos, completamente? En el deshacerse total de una imagen digna de la relación interpersonal (es decir, en la eliminación de la persona) y en un proyecto de mundo del trabajo, de un mundo que es el resultado de cierto sistema universal de trabajo.

*Intervención:* Hay una segunda flexión de este segundo punto. Impresiona de las intervenciones enviadas la descripción del compromiso que se tiene, que es el punto catalizador dentro de la universidad, tanto para nosotros como para los que nos conocen. El problema es hasta qué punto toda esta experiencia nuestra podrá resistir a verse fagotizada por una cultura que no es la nuestra, es decir, por un planteamiento que no congenia con el compromiso que nosotros tenemos cuando participamos en la CUSL (*Cooperativa Universitaria Studio e Lavoro*), o en los CP (*Cattolici Popolari*), etc.

*Giussani:* ¿En qué sentido dices que lo segundo que impresiona es la descripción de todo lo que hacemos como *Cattolici Popolari* o como CUSL? ¿En el sentido de que todos participan?

*Intervención:* Gran parte de la comunidad.

*Giussani:* Por tanto gran parte de la comunidad encuentra en estas actividades el aspecto más serio y consistente de su trabajo. ¿Es así? ¿Y dónde está el peligro?

*Intervención:* El peligro está en que otros destruyan todo esto. Si lo que vivimos no madura en una posición cultural adecuada, y por consiguiente, en un juicio constante y sistemático de todas las circunstancias de la vida, puede ser barrido en cualquier momento.

*Giussani:* Así pues, lo que dices es: esta actividad de los *Cattolici Popolari* y de la CUSL es como un fenómeno determinado, dictado y suscitado por un cierto tipo de planteamiento nuestro, pero este planteamiento no ha penetrado radicalmente en nuestra mentalidad. Entonces toda esta actividad –*Cattolici Popolari*, CUSL, etcétera– en la que reconocemos muy significativamente lo que más nos contenta de toda la vida de la comunidad, porque es el único aspecto que nos satisface, que satisface las exigencias de eficiencia, las exigencias productivas, que son exigencias naturales en gente que se

mueve, toda esta actividad es como «epifenoménica», es superficial. Se hace con seriedad, pero no tiene sus raíces dentro, o mejor, su raíz no ha penetrado en nosotros. Los que han empezado un cierto tipo de planteamiento, una cierta provocación, que ha determinado también el compromiso de los CP y de la CUSL, no han conseguido todavía que su alma entre en nosotros. Los CP y la CUSL no calan en una motivación que realmente poseamos, que todavía no es nuestra. Hasta el punto de que tratamos de mantener nuestros espacios privados con puños y dientes; y la imagen de nuestro futuro está totalmente confiada a esos espacios privados, más que al proyecto por el que hemos trabajado y trabajamos durante estos años, o mejor, más que a la razón de ese proyecto. La razón de ese proyecto todavía no está en nosotros. Si estuviese en nosotros, lo primero que se vería penetrado por ella sería la sensibilidad de las relaciones interpersonales y la imagen de la propia presencia en el mundo, y por ello, el propio trabajo.

*Intervención:* Abramos ahora la asamblea.

*Intervención:* En Nápoles, ésta ha sido la mayor dificultad: con frecuencia el movimiento es para nosotros la respuesta a una pregunta que no se ha planteado. Para muchísimos de nosotros el encuentro con el movimiento ha sido algo importantísimo, fundamental, pero permanece siempre como algo colateral a la vida. Digo que es la respuesta a una pregunta que no se ha planteado porque, cuando los demás nos han hecho esa pregunta es cuando nos hemos dado cuenta de la verdad que supone para nosotros el acontecimiento del movimiento.

*Giussani:* Explica esta frase.

*Intervención:* Pongo dos ejemplos. El primero ha sucedido al vivir nuestra presencia en la facultad, es decir, cuando hemos conocido a gente que vivía con claridad estas preguntas en su vida.

*Giussani:* ¿Qué preguntas?

*Intervención:* ¿Quién soy yo y qué finalidad tiene mi vida? ¿Qué sentido tiene el dolor? ¿Para qué tengo que vivir? ¿Se puede ser feliz? Hemos conocido en la facultad gente que expresaba claramente estas preguntas. Cuando nos han conocido, cada uno nos ha dicho de distintas maneras: «Vosotros sois importantes para mí, porque sois amigos, pero sobre todo porque me testimoniáis que es posible una respuesta. Vosotros proponéis una respuesta a mis preguntas». El otro ejemplo se refiere al terremoto de Irpinia<sup>147</sup>. Ante el dolor y las preguntas de toda esa gente, nos hemos dado cuenta de que el movimiento, esta realidad que hemos conocido, es verdaderamente la respuesta carnal a todo lo que hay, a toda la vida. Por tanto, la cuestión de fondo, la que se me plantea personalmente, es confrontar todo lo que hago, hasta las cosas más corrientes, con lo que he conocido junto a vosotros.

*Giussani:* Perdóname, has empezado diciendo que el problema es que el movimiento es una respuesta a una pregunta que no se plantea. ¿Has dicho eso?

*Intervención:* He dicho que es así para muchos. En cambio el movimiento existe, como respuesta a una pregunta, como el agua a la sed. No puedo entenderlo de otra manera.

*Giussani:* Ahora lo he entendido.

*Intervención:* Cuando nos hemos encontrado con la pregunta de otros, nos hemos dado cuenta de que teníamos la respuesta, pero no la pregunta.

*Intervención:* Soy de Padua y quisiera volver a algunas cosas que ya han salido. Después de los primeros tiempos que nos han obligado, digámoslo así, a acelerar el ritmo de los encuentros y el compromiso en la universidad a causa de la circunstancia del comedor...

*Giussani:* ¡Nunca des nada por sabido! Para la mayoría de nosotros esa frase no significa nada. ¡Tienes que explicarte!

*Intervención:* Sí. En Padua hay una cooperativa que ha alquilado un colegio de una orden religiosa, al que fueron muchos del CLU. Dentro del colegio se quería abrir un servicio de comedor nocturno, para los residentes y los universitarios en general. Enseguida surgió la polémica, porque a un par de kilómetros hay ya una estructura estatal y los estudiantes de Padua pedían que se abriese también por la noche. Tras una serie de enfrentamientos, prevaleció la voluntad de alcanzar una conclusión positiva. Todo este asunto ha requerido un compromiso por nuestra parte, una presencia mucho más intensa de cuanto habíamos experimentado antes. Y, en lo que se refiere a nosotros, el haber tenido delante a personas adultas, en un primer momento supuso ver que había gente más capaz que nosotros, que sabía adónde ir. En un segundo momento nos dijimos: «¿Qué me interesa comprender en el encuentro con estas personas? ¿Me basta con encontrarlo todo ya hecho, con recibir indicaciones precisas sobre cómo llevar adelante este trabajo, o bien hay algo más que necesito entender?». Esto, por tanto, supuso sumergirse en el asunto que estaba en el centro de la relación con estas personas y empezar a seguir las.

*Giussani:* Gracias.

*Intervención:* Pero ¿qué es esa historia del comedor?

*Giussani:* La historia del comedor es ésta: el «Murialdo» es un antiguo internado de frailes, que querían deshacerse de él. El Ayuntamiento, la Curia y también algunas asociaciones católicas querían tomarlo, pero nadie lograba llegar a un acuerdo con los frailes. Una oferta de la «Cooperativa Sacchetti» fue la más interesante. Desde el principio hubo un fuerte rechazo a esta solución, incluso con ataques en los periódicos para que el «Murialdo» no acabase en manos de CL. Después, cuando se cerró el acuerdo, la imaginación fértil de gente verdaderamente adulta en las cosas que siempre

nos hemos dicho, trató de aprovechar la ocasión y pensó en hacer un comedor abierto a todos los estudiantes de los alrededores (en un radio de dos kilómetros), aunque ya hubiese estructuras parecidas en la universidad. Ahora bien, era evidente la conveniencia de un nuevo comedor para los universitarios, en primer lugar porque el otro estaba a dos kilómetros de distancia, en segundo lugar por el tipo de gestión, por las facilidades incluso económicas que podían ofrecer, etcétera. Entonces todas las fuerzas sociales – ¡todas!– durante meses, todos los días, atacaron a fondo en los periódicos locales a la «Cooperativa Sacchetti» por esta operación. Cualquier otro, en cualquier otra postura, habría cedido, porque recibían ataques diarios. Gracias a Dios, el Obispo se puso de parte de la cooperativa y eso influyó en el Ayuntamiento. Sin embargo todas las fuerzas sociales seguían estando en contra. La «Cooperativa Sacchetti» respondió con algunos manifiestos en los que demostraba la utilidad de la idea y se defendía de las acusaciones; y los del CLU difundieron estos manifiestos en la universidad. En un determinado momento, cuando el nudo se cerraba y, a pesar de todos los manifiestos del mundo hay poco que hacer ante la violencia y el poder, los universitarios iniciaron una campaña de recogida de firmas entre los estudiantes para que defendiesen la utilidad del comedor. En dos días recogieron cuatro mil firmas. Entonces hasta la demagogia y la violencia de los opositores tuvieron delante un dato de hecho bastante duro. Y en un determinado momento, siempre a través de la presencia incansable y el trabajo infatigable de ese pequeño grupo de adultos, también el Rector apoyó el voto favorable que la Obra universitaria había ya dado al comedor (de hecho, incluso después de la aprobación de la Obra universitaria, todas las fuerzas en juego, políticas y sindicales, estaban en contra). El Rector, ante las cuatro mil firmas, después de un poco de vacilación, se ha mantenido firme, así que la cosa saldrá.

Éstos son los hechos. Me parece que él está diciendo que ante esta presencia de hombres –¡hombres!–, de adultos que tenían las ideas claras (tomadas de la experiencia que habían vivido y que viven en el movimiento; son también un «grupo de fraternidad», entre otras cosas) y una voluntad decidida, los universitarios sintieron que su experiencia podía llegar a su madurez y establecer una posición firme en la vida, en la sociedad, que podía ser la razón de un proyecto real; y, por otra parte, avergonzándose de su inercia y su andar en la cuerda floja, de nuestra palabrería, se implicaron en ayudarles. Y así, la realidad del CLU se ha construido, se ha reconstruido. ¿Me he explicado?

*Intervención:* Gracias.

*Intervención:* En Roma no podemos hacer otra cosa que partir de lo positivo. Ciertos gestos del movimiento han sido fuente de un interés humano, para nosotros y para los demás. Estas iniciativas han girado alrededor de la realidad de los *Cattolici Popolari* y también alrededor de la existencia de dos obras que hay en Roma y que son una

expresión de la amistad entre nosotros y de una forma nueva de afrontar la realidad universitaria. La cuestión es que cuando hemos intentado proponer esta experiencia a todos a través de cuatro asambleas abiertas en la universidad (la primera sobre lo sucedido en Polonia, hace unos meses, y la última sobre las elecciones en la universidad), nos hemos dado cuenta de que todo lo que habíamos hecho no era suficiente, que había un malestar, una dificultad a la hora de traducir en imágenes, en propuestas claras, en juicios, la verdad que habíamos descubierto. Nuestra necesidad, creo, no es ser ayudados a realizar asambleas sino a hacer que nazca en nosotros una experiencia humana más entera, una experiencia humanamente más madura.

*Giussani:* Hace falta que aclares mucho lo que dices.

*Intervención:* Decía que hay un dato positivo. Cuando hemos tratado de expresar esta positividad en dos asambleas, nos hemos dado cuenta de que este dato estaba en sus comienzos, que era difícil traducirlo en imágenes, propuestas, juicios claros, para nosotros y para los demás. Pensábamos en la necesidad de que lo que hemos encontrado empezara a volverse una experiencia más global, es decir, que interesase cada vez más a nuestra vida y, por tanto, a la vida de todos los demás. Tenemos la exigencia de una experiencia más madura, en resumen.

*Giussani:* Sin embargo, perdóneme, me gustaría comprender un poquito. Yo no vivo en vuestra comunidad –ni siquiera por el tiempo que debería dedicaros–, y por eso, en asambleas como ésta, soy un juez realmente significativo, porque aprendo, tendría que aprender, de lo que decís. Sin embargo es como si hablases en titulares, con palabras ya usadas; es como si repitiésemos fórmulas de valoración o de juicio que ya nos sabemos de memoria. Vuestra aportación a una asamblea debería consistir en la descripción de los hechos en que toda esta belleza de la vida sale a la luz, en decir cómo y de qué manera los hechos responden a esas fórmulas ya sabidas. Entonces empezaré a aprender cómo es la vida de vuestra comunidad, a entender qué es lo que me enseña la vida de vuestra comunidad. Puede que sea indiscreto y un poco impaciente, pero me pregunto: «¿A qué se refieren?». Cuando se habla así, puede que incluso se entiendan las cosas que se dicen, pero sólo como una formulación abstracta, las palabras no nos «revelan» nada. Por favor, decidme si exagero o no. Para vosotros, ¿todo lo que estáis oyendo es evidente y muy cierto, está tan claro? Porque lo que está claro ilumina, y al iluminar, permite que se entienda más: que se entienda más algo. ¿O bien dais vuestra aprobación porque unos fragmentos de frases os llegan a los oídos repitiendo cosas que también vosotros decís todos los días? Si no estáis de acuerdo, ahora es también el momento de que tengáis el coraje de decirlo. Por ejemplo, sólo he entendido una frase con claridad y ha sido reveladora para mí: cuando has dicho que, en el momento en que os encontráis con los demás, es como si la compañía tuviese dificultad para describir nuestros motivos, nuestra

motivación. ¿Es así?

*Intervención:* Ésa es la pregunta que nos han suscitado las asambleas que hemos tenido.

*Giussani:* Lo que digo es que la gran mayoría de nosotros, creo, puede compartir esta frase: es como si la compañía, aun cuando ya haya nacido, no supiese dar razones de sí y por consiguiente como si fuese incapaz de construir, de edificarse, de extenderse, por ejemplo, de añadir a otros. Si una compañía no sabe dar sus razones, si le resulta embarazoso dar cuenta de sí misma, no puede agregar, no puede incorporar a nadie, más que con una posibilidad que está muy por debajo de su verdadera potencialidad. Habéis celebrado esa reunión sobre Polonia y otra sobre las elecciones universitarias, y dices: «Ha sido precisamente ahí cuando hemos visto que nuestra compañía no tiene...».

*Intervención:* No ha sido capaz de dar razones de sí en forma de juicios y propuestas. Todos los que se acercan a nosotros ven una amistad, una determinada manera de afrontar las cosas juntos; pero después es difícil llevarles al fondo de lo que han empezado a intuir en esta amistad.

*Giussani:* ¿Qué quiere decir «llevarles al fondo»? ¿Cuál es vuestra exigencia? ¿Tiene nombre esta exigencia? Porque si no, es sólo una cosa oscura, una exigencia oscura.

*Intervención:* La expresión que nos venía a la cabeza es «globalidad de la experiencia», es decir, una experiencia que sea capaz de crear una cultura, una moralidad.

*Giussani:* Veamos, la comunidad universitaria, tal como revela la intervención que has tenido es, o al menos así aparece a mi modo de ver, como una comunidad, una compañía de gente viva que teje relaciones. En los cursos, por medio de la CUSL, los CP, el centro cultural, pero sobre todo en los cursos, hay una vivacidad, una vivacidad personal, no de la comunidad como bloque, sino de las personas, análogamente a lo que decía, más en pequeño, nuestro amigo de Nápoles; hay unas relaciones vivaces, hasta el punto de que, cuando se invita a una asamblea pública, esas relaciones dan fruto, muchos vienen, se acercan. Una vez allí, con la asamblea ya convocada, con el tema fijado, se le ven las orejas al lobo, es decir, se sienten incómodos. Se dan cuenta de que no saben dar razones, como están demostrando también en esta asamblea, no saben, no sabemos dar razón de esta compañía que en cambio, en las relaciones cotidianas, sí es capaz de tener una cierta vivacidad, una presencia real e incluso una cierta incidencia personal, hasta una cierta utilidad operativa. Aquí nos encontramos de improviso ante el hecho de que nuestra experiencia es todavía, cómo decir, adolescente, no ha tocado todavía ese punto de nuestra personalidad del que brota el proceso generador, o sea, sistemático, que alcanza el nivel de dignidad cultural.

*Intervención:* Quisiera observar que a menudo se hace una asamblea y al final se

decide si ha ido bien o si ha ido mal. Muchas veces decimos: «¡Ha ido mal!», pero nunca se sabe por qué. Pues bien, no es justo que yo haga una asamblea y diga que ha ido mal porque pretendía que fuese distinta. Esto no es justo porque he hecho lo que he sido capaz de hacer. Si en cambio digo: «¡Allí, en la asamblea, me he dado cuenta de que no he sido claro!», el problema ya no es encontrar enseguida una respuesta que me deje en paz («Necesito esto o lo otro»), sino entender cuál es el punto en que no he sido claro, para poder preguntar después. Es cierto que tenemos una exigencia de globalidad de la vida, pero primero hace falta entender por qué nos hemos perdido. Debemos ayudarnos a ir al fondo de las cosas. Más que de respuestas, de darnos algunas respuestas, tenemos necesidad de reformular ciertas preguntas.

*Giussani:* Quisiera que fuésemos al fondo de esta intervención porque plantea una cuestión de método. Ante la situación embarazosa –cuando en la asamblea nos damos cuenta de que no hemos conseguido dar las razones que habíamos pensado o dar las razones de todo lo que sentimos– él dice: «¿Por qué no hemos sido capaces de intervenir?». Esta pregunta es el comienzo de un trabajo. El trabajo no es decir: «Es necesario que la cosa alcance una dimensión global», o bien: «Tenemos que profundizar». El trabajo no es repetir estas fórmulas, sino decir: «¿Cómo habríamos debido obrar en esta asamblea, dónde está el punto en que nos hemos equivocado? ¿En esta intervención, en aquella otra?». O bien: «¿Podíamos intervenir de otra forma?». Si queréis, es un análisis de este tipo lo que fija el punto en que la reflexión sobre lo que ya ha sucedido se convierte en trabajo y nos posibilita hacerlo de manera distinta la próxima vez. Intenta explicar mejor lo que querías decir.

*Intervención:* Cuando hago algo y eso que hago no funciona, no corresponde de una u otra manera a lo que me esperaba, tengo que buscar las razones por las que no ha funcionado. A veces, cuando estoy en una asamblea en la universidad para hablar de las elecciones universitarias y tengo que decir por qué me comprometo como cristiano, me doy cuenta de que no he entendido algunos pasos, de que ante la objeción de otros no sé responder. Entonces, trabajar juntos no es decir que nos falta una mayor globalidad de la vida, sino caer en la cuenta de que no he entendido una cosa determinada y tratar de entenderla. Si no, nos repetimos siempre las mismas palabras, que además ya no significan nada. Si hay un impedimento, si uno se encuentra perdido, lo importante, creo, es no darlo por descontado, contentándose con una solución nominalista, es decir dándole un nuevo nombre a las cosas.

*Giussani:* Perdonad, me permito insistir en que el trabajo que se hace en una asamblea no consiste en que uno hable después de otro. Si lo que alguien ha dicho no está claro para ti, tienes que preguntar, porque entonces se desarrolla lo que apenas se había esbozado, se va al fondo de la cuestión y se aprende. Estoy seguro de que la mayoría de

vosotros no ha entendido todavía la última intervención, se os ve en la cara. ¡Si uno no tiene el coraje o la mera inteligencia de decir: «Perdona, por favor, vuelve a ello, pon un ejemplo», Dios nos guarde! De no ser así, ya no hay trabajo, la asamblea tiende a volverse formalista, es decir, algo que hay que hacer. El que tiene que intervenir está pendiente de su intervención y no escucha, no aprende nada, pero tampoco aprenden nada todos los demás que están allí, ocupados en la gran tarea de dejar pasar la asamblea, con la benévola espera de que a lo mejor suceda algo hermoso de improviso. Esto no es trabajo.

La cuestión que se ha planteado hiere de raíz la mayor parte del planteamiento que tenemos. Muchas veces, a mi parecer, es todavía peor de lo que se ha dicho, porque hacemos una asamblea porque hay que hacer asambleas, tomamos iniciativas públicas por hacer iniciativas públicas. Y nos guardamos bien de preguntar demasiado alto entre nosotros: «¿Ha ido bien o ha ido mal?»; censuramos hasta esta pregunta. «¡Lo hemos hecho! ¡Ha funcionado!» Nos acaban de recordar que apliquemos un principio que quién sabe cuántas veces nos hemos repetido (y que hasta hemos tenido que aprender en la Escuela de comunidad de este año) <sup>148</sup>: el hombre aprende de la experiencia y la experiencia es probar algo, hacer algo, juzgándolo a la luz del ideal. ¡Juzgando! Y así nos preguntamos: ¿dónde hemos fallado? ¿Dónde está el punto en que tenemos que incidir más, o hacer que el criterio sea más preciso, definirlo mejor? En definitiva, es un trabajo sobre lo que se ha hecho y lo que se está haciendo.

*Intervención:* Por tanto, cuando uno tiene una duda, una inseguridad, o no es capaz, conviene dejar de darle vueltas intentando encontrar una respuesta y tener el valor de preguntar. Es mejor decir: «¡No entiendo! He hecho la Escuela de comunidad pero no entiendo esta frase». Por tanto no hay que esconder la pregunta, el malestar que se tiene dentro. La tragedia de muchas de nuestras asambleas consiste precisamente en que escondemos esta pregunta, este deseo que hay en nosotros, en una respuesta que se da por descontada.

*Giussani:* O peor todavía. A veces uno dice: «No he entendido esto» (cuando se dice abiertamente o cuando uno lo dice para sí), y no es una pregunta, sino una postura previa escéptica. O somos escépticos —y el escepticismo siempre es el indicador de una inmoralidad profunda, porque el escepticismo es la falta de compromiso con la verdad y por tanto lo contrario de la búsqueda; es el desentenderse, el desentenderse siempre bellaco, siempre— o bien, cómo decir, escurrimos el bulto, nos dejamos llevar por el discurso que sigue adelante, olvidando, es decir, literalmente censurando, la dificultad que sentimos. Así, si se va adelante durante años de esta manera, en un determinado momento, cuando la vida urge —el trabajo o la familia—, no podemos dejar de sentir que todo lo que hemos hecho ha sido formalismo.



*Intervención:* A menudo la postura que tenemos ante momentos como éste es: «Antes o después, sin que yo tenga que hacer nada, pasará algo que me hará comprender aunque no pregunte». Me explico: me ha impresionado que al comienzo de este año hayan venido cientos de personas a nuestras reuniones para los nuevos en la universidad, que organizaba gente de segundo o tercer curso. Pero todas estas personas que hemos conocido (ha sido algo desproporcionado, hemos vendido tres mil guías), cuando ha pasado la ocasión, es decir, cuando ya tenían las guías y el curso había empezado, se han ido perdiendo poco a poco. A principios de enero estábamos los mismos que cuando empezamos. Y me preguntaba por qué pasa esto: por un lado somos una presencia pública que uno no puede dejar de ver y que sale al encuentro de las personas; y por otro, sin embargo, después de esa iniciativa, es como si ya no se sepa qué decir, qué proponer.

*Giussani:* Aunque celebramos la diaconía cada quince días en Milán, es la primera vez que planteas este problema. No lo había oído nunca. Pero ¿una comunidad del CLU puede seguir adelante con esto atragantado sin afrontarlo? ¡Pues sí, no planteamos las cuestiones!

*Intervención:* Entiendo, sin embargo, por qué se toman iniciativas. Uno dice: «Sea como sea, hace falta seguir adelante: antes que estar parados hagamos algo, una asamblea, repartamos manifiestos». Es decir, uno se da cuenta de que no tiene propuesta, y usa la iniciativa para tapar su exigencia. En este sentido hay una segunda pregunta que quisiera plantear sobre algo que está surgiendo por todas partes durante los últimos tiempos: decimos que uno crece en el deseo inicial si la fe se hace cultura. A mi parecer muchos sienten la cuestión de la cultura –digámoslo de una vez por todas– como algo totalmente abstracto en relación con el problema del deseo personal. «Hace falta que la fe se traduzca en cultura». Me parece que no está claro para la mayoría de la gente que esta frase tenga que ver con el deseo por el que ha entrado en el movimiento, que sea el modo en que crece, en que se vuelve más humano. Muchas veces la cultura es un problema político –tenemos que tomar postura–, o se deja al que tiene una cierta intuición, es un intelectual y escribe los manifiestos. En cambio, ¿en qué sentido la cultura tiene que ver con mi deseo, tiene que ver con el problema de «cómo se puede seguir adelante», y no es una cuestión de esfuerzo moral, una cuestión moralista, de algo que se tiene que hacer?

*Intervención:* Me pregunto si el hecho de moverse, de comprometerse con las cosas que hacemos, con las elecciones, garantiza la posibilidad de ser como las personas que veo más vivas, con un gusto por la vida, con una forma más verdadera de afrontar las cosas.

*Giussani:* ¡Sin duda que son garantía! Basta con que nosotros no caigamos en el formalismo al hacerlas. Entre el ideal y lo que son está la búsqueda, el camino. Entonces,

si hay búsqueda, cada paso que damos es un gran paso hacia el ideal. No hay nada de lo que hacemos que no sea garantía de esto; hasta tal punto que, a la larga, si nosotros no queremos, no mantendremos ya el ideal, haremos cada vez menos cosas, nos hartaremos de las cosas. Mientras que para el que ama el ideal, aunque las cosas que haga sean al cien por cien desproporcionadas, hay algo más: puede ser torpe, como se ha dicho, y no sabe qué decir, pero las hace. ¡Y esto es una garantía! Son garantía del ideal y garantía de mi voluntad de ideal.

*Intervención:* Si comparo algunas de las cosas que hemos escuchado con nuestra vida en Friburgo no me reconozco para nada. Porque nosotros principalmente hacemos siempre las mismas cosas: nos levantamos por la mañana, rezamos Laudes, desayunamos, vamos a estudiar, después vamos a misa, y después, una vez a la semana, hacemos la Escuela de comunidad en la universidad. La vida está marcada por una continuidad, por un ritmo, y lo que impide que esta continuidad se vuelva superficial es que cada día nos preocupamos por el gesto que hacemos: hay un cuidado de las Laudes, del encontrarnos, del hablarnos, que hace que las cosas de todos los días estén llenas de gusto y de significado. No hay una sola vez que se haga Escuela de comunidad y después no se hable, durante los dos o tres días siguientes, de cómo ha ido, de cómo podemos hacerla mejor, de cómo puede ser más evidente, más verdadera para nosotros. No hemos hecho nunca grandes iniciativas. La gente está con nosotros no porque propongamos quién sabe qué, sino porque les proponemos una vida, un conjunto de cosas en las que es posible vivir...

*Giussani:* Un conjunto de cosas que expresan vuestro ánimo, vuestro corazón. Éste es el problema, que el hombre es un alma, un corazón, y nuestra tragedia es la ausencia en nosotros de este ánimo, de este corazón. Esto es tan cierto que las cosas privadas, lo habéis dicho vosotros al principio, no tienen que ver con lo que hacemos. De todas maneras, esta intervención lo tira todo por tierra. Porque ésta es la cuestión. Y puesto que es posible para ellos, no entiendo por qué no es posible para nosotros. ¿Qué diferencia hay entre nosotros y ellos, entre nosotros y los de nuestra comunidad que se han ido a Friburgo? ¿Y cuál es la diferencia entre sus amigos de Friburgo y nosotros? La diferencia es que son personas para las que la fe es el punto de vista de su vida —¡de la vida!—. Pueden equivocarse más que nosotros, eso es otra cuestión, pero al menos son verdaderos como personas.

Lo que usted ha dicho es una acusación muy grave, que debería hacer que nos sonrojásemos. En resumen, algunas personas han partido de una comunidad nuestra, se han ido a Friburgo y han encontrado allí amigos que han captado lo que ellos llevaban dentro de su ánimo, puede que aún mejor que ellos, por decirlo así; ahora regresan y en una asamblea de éstas, ¿qué clase de comunidad ven emerger, qué tipo de vida

comunitaria se ve en el CLU? Es como si la vida de las comunidades fuese un conjunto de iniciativas, un conjunto de actividades. ¡Pero ellos, en Friburgo, no hacen ninguna actividad en absoluto! No pueden dedicarse en absoluto a las CUSL o a los *Cattolici Popolari*; han hecho un manifiesto en un año, me parece, han celebrado una asamblea pública, después de llevar allí muchos meses, a la que han invitado a sus compañeros. No toman muchas iniciativas, especialmente públicas, ¿y entonces? Como se ha dicho, el método de la comunidad es cómo nos levantamos por la mañana, cómo nos encontramos cuando nos reunimos para hacer la Escuela de comunidad, es en definitiva un corazón normal de vida, es la vida, el punto de vista del sentimiento de la vida: esto es la vida de la comunidad, ¿no? Así que se arriesga también haciendo Escuela de comunidad y quizá discuten sobre ella durante dos o tres días; en cambio, para nosotros, no es más que una iniciativa que «llevar adelante».

*Intervención:* Pensaba ahora que la certeza no es saber las cosas, sino saber a quién preguntar, es decir, es saber dónde buscar el sentido de las cosas. Un hombre que tiene esta postura sigue adelante. Tal vez, entonces, la cultura tiene que ver con mi deseo porque es el espacio de esta búsqueda mía. El problema de cuando se organiza un encuentro con la gente, me parece, no es tener mil propuestas que hacer en todas las ocasiones, sino que haya verdaderamente una petición de vida, que cuando nos encontremos esté por medio la vida.

*Giussani:* La pregunta es un indicador del corazón que tengo dentro, del sentimiento de la vida que llevo dentro. Así, si uno no sabe qué decir en una reunión, pide ayuda: «La certeza no es saber, sino saber a quién preguntar». Mejor: la certeza no es saber a quién preguntar, la certeza permite saber a quién preguntar. ¿Y qué es la certeza? La certeza está en la elección de campo, está en la elección de campo entendido para la vida: la certeza es que el significado de la vida es Cristo, pero no como discurso, no como un punto de vista ideológico, como nuestra ideología. En cualquier caso, todo se juega dentro de nosotros, dentro de nuestra persona, todo.

*Intervención:* Yo quería decir algo que quizá es la diferencia entre nuestra experiencia y la de nuestra amiga de Friburgo.

*Giussani:* ¿De dónde eres, de Pallenteria?

*Intervención:* No, de Ferrara. Quería decir que hace falta ser corregidos en la relación entre la propuesta del movimiento y mi dinámica humana. Es como si la propuesta del movimiento me tocara sólo en parte, o sea de la cabeza hacia arriba, y permaneciese ligada a algunos aspectos de mi persona, pero no penetrara en mí por completo. De ahí me parece que nace la dificultad, una posición ideológica en última instancia por la que uno...

*Giussani:* Perdona, ¿la propuesta del movimiento o como tú te tomas la propuesta del

movimiento? Explícame lo uno y lo otro. ¿En qué sentido la propuesta del movimiento es una propuesta –has dicho– ideológica, que te afecta de cabeza para arriba?

*Intervención:* Hay dos cosas: estoy yo y está la propuesta del movimiento. El problema es cómo estoy yo ante la propuesta, como me dejo tocar por ella.

*Giussani:* Perdona, pero os dirijo esta pregunta a ti y a los demás. ¿Cuál es la propuesta del movimiento? ¡Responded!

*Intervención:* Vivir el hecho de Cristo y de la Iglesia como factor determinante de la propia experiencia.

*Giussani:* Parece una frase de la Escuela de comunidad, ¡repítela por favor!

*Intervención:* Vivir el hecho de Cristo y de la Iglesia como factor determinante de la propia experiencia. La decisión.

*Giussani:* Así es, ésta es la propuesta del movimiento, y ahora entiendo la frase con la que respondías a la alternativa que acabo de plantear: eres tú quien te pones ante esa propuesta de un modo, decías...

*Intervención:* «Intelectual», que es una convicción meramente intelectual, que no es capaz de determinar el modo de moverse y actuar en lo cotidiano. Hay como un impedimento para traducir en la vida concreta lo que se ha reconocido como verdadero, y por eso hay un bloqueo en clase, ante otras personas o ante un compañero, que me parece que nace de tomar la propuesta de una manera parcial. Es decir, el corazón no entra en ella, como decías; en cambio, si el corazón tiene que ver con ella, es algo que perdona toda la vida y la custodia.

*Giussani:* Estoy totalmente de acuerdo con tu intervención porque, sea como sea, ésta es la cuestión: la cuestión es la fe, es decir, hacer de Cristo y de la Iglesia el centro, el factor determinante de nuestra vida. Hacer de Cristo, del Cristo real, el histórico, y por tanto el que está en la Iglesia, el factor determinante de nuestra existencia, el punto o el horizonte que implica y significa todo. Es la fe –¡la fe!–. Y éste es el problema de cada uno de nosotros.

*Intervención:* Quisiera observar que, creo, para salir del bloqueo es necesario correr un riesgo. Y el riesgo no exige solamente pagar personalmente, sino poner en juego la libertad, el uso de mi libertad. Porque, en caso contrario, yo puedo hacer una asamblea donde haya preparado todo, con todas las intervenciones...

*Giussani:* No es el caso, ¡eh!

*Intervención:* Pero aunque lo fuese, y supiese lo que tengo que decir en la síntesis final, si yo no me arriesgo, esa asamblea está sorda, no vibra.

*Giussani:* ¿Qué quiere decir «si yo no me arriesgo»?

*Intervención:* Quiere decir que verifico las cosas que digo y hago confrontándolas con lo que soy.

*Giussani:* Sólo hay un riesgo: juzgarse a sí mismos.

*Intervención:* Yo digo que el ideal, que es Cristo, como sentido de la vida, es lo que nos reúne. ¿Cuál es el problema? Que vivimos juntos, hacemos muchas cosas, pero es como si este ideal nunca llegase a ser el punto concreto que produce el cambio constante. En estos meses hemos publicado unos manifiestos preciosos, con juicios extremadamente precisos, como el de los hechos de Polonia. Pero ¿qué es lo que nos falta? Esos manifiestos no se convierten después en un punto que juzgue nuestra vida. Entonces nuestra compañía, que es verdadera, que existe por el ideal que es Cristo, con el tiempo cansa cada vez más, los rostros que la componen se vuelven cada vez menos interesantes.

*Intervención:* Cuando conocí el movimiento, a decir verdad, no entendía nada. Escuchaba con atención, y durante un año no abrí la boca una sola vez. Después de ese tiempo empecé a intuir que ésta era una gran oportunidad para mi humanidad y para la experiencia que había vivido en América Latina. Todo mi deseo, la pasión, hasta la lucha política, redescubría su razón y entendí en un momento determinado que el motivo último para hacer las cosas era la fe. Antes tan sólo tomaba iniciativas; ahora entiendo que tomar esas iniciativas significa manifestar mi rostro, es decir, mi posición humana. Es mi vida y no puedo dejar de decirlo a los demás. Todo comienza a nacer desde una posición mía, que es mi fe. Ha sido así como, para mí y para el resto de mi comunidad, las iniciativas han tomado rostro.

*Intervención:* Después de los hechos de Polonia y, luego, del terremoto, he reflexionado sobre esto: por el barullo que han organizado los partidos políticos, parecía casi que la existencia de las cosas viniese dada por la política, a fin de cuentas por la obtención de contrapartidas, al contrario de lo nosotros llamamos gratuidad. Por el modo en que hemos abordado estos problemas, diría en cambio que la fe es lo que me permite darme cuenta de la existencia de las cosas. La fe o la pregunta que hay en mí es precisamente lo que me permite ver hasta el fondo que algo existe, que yo existo, que existe el estudio, que mi madre está ahí, que mi padre está ahí, etcétera. El punto de partida es lo que yo he visto, cuando entré en la universidad, a través de amigos: en esa compañía había algo que me ponía patas arriba el corazón y todo lo que pensaba. Pero lo más hermoso era que yo me daba cuenta, por ese punto de partida, de que yo estaba ahí, de que yo soy, que no soy un personaje indefinido, y nacía siempre en mí una curiosidad viva por las cosas.

*Intervención:* Quería decir que para mí el punto central es la posición humana que se tiene y con la que se viven todos estos gestos que hacemos, desde los públicos a la vida cotidiana. En la vida de estos últimos meses, en Catania, nos hemos dado cuenta de que cuando falta esta postura humana, se debilitan la fidelidad y la estabilidad. Hemos

reconocido que las dos cosas que más nos ayudan a adquirir esta posición humana son, por una parte, la memoria, en el sentido de la inmanencia en la vida del movimiento a través de una compañía concreta y, por otra, la confrontación continua con la realidad, con lo que cada día se nos da para vivir.

*Intervención:* Escuchando estas intervenciones, me surge la pregunta: ¿qué es lo que busco yo? Busco la posibilidad concreta de vivir lo que he encontrado. La condición histórica, por la que se plantea el problema de mi vida personal, del futuro que elijo, de cómo está la situación en la universidad, de cómo son las condiciones del país en el que vivo, es lo que hace que la experiencia de la fe sea cada vez más digna y razonable para mí. A menudo decimos: «Busco la fe» o: «Busco a Cristo». Pero nosotros ya lo hemos encontrado. Tenemos que buscar cómo vivirlo, es decir, tenemos que comprometernos en la realidad para entender cómo se puede vivir en este mundo, que es tan opuesto a ello, lo que hemos sentido como verdadero para nuestra vida. Y es en esto en lo que debemos ayudarnos, porque nuestra vida está hecha de esto: no de buenas intenciones o de palabras que se repiten una y otra vez, sino de mi trabajo, del modo en que me sitúo ante las elecciones universitarias, o ante la cuestión del aborto que tenemos delante ahora. En todas estas ocasiones trato de vivir lo que he visto. De otra manera entramos en el mundo sin cabeza y sin corazón, sin inteligencia y sin capacidad de verdadera presencia.

*Intervención:* Quizá el verdadero drama consista en que lo que nos ha sucedido no suceda en el presente. No es algo que sucedió una vez, sino que sucede en el compromiso con la realidad, como respuesta mía cada día. Dos ejemplos. En una Escuela de comunidad pusimos una famosa canción que en un determinado momento dice: «Eh, maestra, deje de hablar, porque nosotros sólo somos un ladrillo del muro»<sup>149</sup>. En el fondo la vida de cada uno puede reducirse a esto. El problema es que la mentira todos los días asedia realmente a lo que ha sucedido y nos hace decir: «Todo está bien, está bien comprometerse, pero en el fondo no hay nada que valga la pena». Es como una renuncia, la renuncia a juzgar la vida y las cosas. Porque es imposible que todo aquello en lo que no se ha profundizado –la petición, el deseo, la fe– pueda seguir adelante mañana. El otro ejemplo se refiere al malestar entre nosotros los responsables, que se ha manifestado últimamente. Alguien decía: «Pero ¡cómo, nosotros vamos a la universidad y no hay carteles, no hay nadie que se ocupe de eso, tú no estabas, estabas allí o estabas allá!». Y cada uno trataba de justificarse: «Pero yo hago esto o aquello». Me decía a mí mismo: todos estamos tentados de pensar que no es cosa nuestra, que somos como «un ladrillo en el muro»; siempre son otros los que tienen que responder, o bien tiene que responder el movimiento, tiene que responder el discurso. Pero la respuesta que tengo que dar yo no es una respuesta que pueda dar otro. Sólo hay una cosa que permite

superar el malestar: no el que nos apretemos más, que nos demos más cosas que hacer y le dediquemos menos tiempo a nuestra abuela, al libro o a los *Cattolici Popolari*, y quedemos más veces a comer juntos; sino el decirse: «Depende de mí, tenemos que responder a lo que nos ha unido, cada uno de una manera absolutamente personal y suya».

*Giussani*: No he entendido del todo, y me parece que no sólo yo. ¿Habéis entendido lo que ha dicho?

*Intervención*: Lo siento muy verdadero, especialmente por una experiencia que estoy teniendo, que es como si cada día me provocase con esta pregunta: «¿De qué parte estás?».

*Giussani*: Ésta es una frase justa, que resume el aspecto claro de tu intervención. Me levanto por la mañana, cada día me levanto, y tengo que responder a la pregunta: «¿De qué parte estoy?».

*Intervención*: Pero cada vez me siento como tentado a decir: «Yo ya estoy comprometido con Jesucristo, porque mira lo que hago en los CP, mira la CUSL...», y pusiese por delante lo que hago. Pero realmente estoy ahí «como un ladrillo en el muro»...

*Giussani*: Aquí es donde dejo de entender. No consigo ver claro el ejemplo. Entonces, él se levanta por las mañanas... a las once, ¡porque piensa que hacer el movimiento es estar levantado hasta las dos de la madrugada! Por desgracia, ésta ha sido la primera enseñanza que los mayores han dado a los que se matriculaban por primera vez y tenían que «abarcarse» todo, especialmente en el paso entre el primer y el segundo año: los llevaban a una pizzería hasta la una o las dos de la madrugada, gastando dinero, bebiendo y charlando. Así uno ya no se levanta por la mañana. Hay también este, no digo esnobismo, pero sí esta forma ilusoria de implicar a otros en la compañía. Hay un concepto de compañía –pero ahora me estoy yendo por las ramas– que es el de los amigos, y no conseguimos evitarlo fácilmente. ¡Sólo quería explicar por qué uno se levanta a las once y media! De todos modos, volvamos al asunto. Entonces, él se levanta y se hace la pregunta –hasta aquí está claro–: «¿De qué lado estoy?». Su intervención ha dado este testimonio, lo hemos oído. Es el ejemplo lo que no me queda claro. ¿Qué querías decir con «un ladrillo en el muro»?

*Intervención*: Que muchas veces para nosotros el compromiso es como mimetizarse, es decir, es como si no tuviese que ver con esa pregunta («¿De qué parte estoy?»); como si no respondiese con mi persona, sino con ese pequeño metro de medir...

*Giussani*: O sea, que se responde a la pregunta diciendo: estoy comprometido con los *Cattolici Popolari*, pongo carteles murales, hago tal o cual...

*Intervención*: Incluso sin hacerlo, sólo diciendo que se hace: «¡Mira, yo estoy en los

*Cattolici Popolari!*». Porque, en cambio, responder en primera persona te hace dedicarte a los *Cattolici Popolari*, te hace estudiar, te hace afrontar la jornada. Sin embargo vivo una aridez. ¿Por qué?

*Giussani:* Vives la aridez porque no te has dedicado a los *Cattolici Popolari* respondiendo a esa pregunta. Si respondes a esa pregunta, no sólo te dedicarás a los *Cattolici Popolari*, sino a todo lo demás, y estarás menos árido, menos cansado.

*Intervención:* Es como si las experiencias buenas que se tienen estuviesen un poco separadas de uno, y yo quisiese llevarlas todas a una unidad.

*Giussani:* Y en cambio uno no puede hacer que todo esté unido desde fuera, a no ser desde una unidad que tiene ya dentro. Ahí está el problema. Es decir, es una elección de campo.

*Intervención:* Lo que más me ha impresionado en estos días ha sido una comida «oficial» a la que he ido en casa de cierta persona con don Giussani. Personalmente no tenía ningunas ganas de ir a esa comida, pero ver cómo don Giussani tenía la esperanza de que hasta esas horas fuesen útiles, y por tanto, que había una atención para no perder el tiempo, una capacidad de valorar, de intervenir, todo eso me ha hecho entrever que esa intuición, que esa raíz que llevo dentro, o se expresa también así, o bien me dice poco a mí —y sobre todo a los demás—, y no llega a ser plenamente razonable. Y lo segundo que quería decir se refería a una asamblea en Roma. Al día siguiente de que nosotros celebrásemos una asamblea, el Rector, el Vicerrector, todos los sindicatos, junto a la Liga de los Católicos Democráticos, etcétera, hicieron otra asamblea en la misma aula, invitando a todos con pasquines, y sólo había sesenta personas.

*Giussani:* ¿Y en la vuestra?

*Intervención:* ¡Un millar! Así que me parece que los demás se dan cuenta de esta raíz de verdad que hay en nosotros, de este corazón que en el fondo es distinto. Pero la cuestión es que para nosotros no llega a ser un trabajo en los detalles, no penetra en el tiempo, no penetra, por ejemplo, en esa comida de la que he hablado. Y entiendo que cuando desperdiciamos los detalles, los momentos, uno llega a la noche con una fatiga y un cansancio mayores. En cambio, cuando se hace este trabajo de entrar también en los aspectos particulares, por la noche se está menos cansado, porque el tiempo ha sido útil.

*Giussani:* De todos modos, tenemos que decir que esta raíz de verdad, este corazón diferente que los demás sienten en nosotros, *pardon*, sienten en la postura que nosotros representamos, este corazón diferente o esta raíz de verdad que los demás sienten en la posición que nosotros proponemos es como si se quedase para nosotros en algo sentimental, a nivel sentimental: es decir, no se convierte en raíz de «mí». Imaginémonos por favor un árbol, un árbol tierno y delicado, todavía verde, pequeño y frágil; si sobre este arbolillo cogéis una rama gruesa y se la atáis, después cogéis otra rama gruesa, y



otra más, y las atáis todas hasta hacer encima una especie de garita, el tallo del arbolillo vivo muere. ¿Por qué? Porque todas esas ramas se han pegado, pero no han nacido de él. No nacen de él, y entonces el arbolillo llega a la noche cansado y desgastado. Mientras que lo que brota de él no sólo no le hace llegar cansado o desgastado a la noche –a lo mejor le hace llegar cansado, pero físicamente–, sino que le hace ser cada vez más él mismo. Si pensase, ese árbol sentiría que es más él mismo, llegaría a la noche cansado físicamente, pero contento, más expresado, más completo. Esto es, todas nuestras iniciativas son como las de la primera imagen, nacen más bien pegadas. Si queréis, podéis imaginar también que en vez de atar las ramas las injertáis; pero, si masacráis al pequeño árbol con injertos, lo sofocáis, lo matáis. Tenemos que encontrar el modo de evitar la primera imagen y vivir la segunda.

*Intervención:* Pero en este punto ¿no se corre el riesgo de que uno crea que la intención basta? Yo, de hecho, me digo ante muchas cosas: «Sin embargo la intención era ésa, es decir, que naciese de nosotros». Quizá haya una equivocación de método de la que no me doy cuenta.

*Giussani:* Hay un equívoco moral del que no nos damos cuenta. Dices: «A lo mejor lo que nos joroba es la intención, es un problema de intención, porque nosotros tenemos todos la intención de hacer esas cosas como desarrollo de lo que llevamos dentro, y sin embargo no lo conseguimos». Entonces yo rebato: no es un problema de intención, es un problema de moral. Porque una intención justa no es todavía moralidad. La intención justa comienza a volverse moralidad cuando se convierte en algo verdaderamente tuyo. Una intención se hace tuya cuando cambia algo dentro de ti. Es como, perdonad, una semilla dentro del paquete de semillas: se coge la semilla, y esto es la intención; pero la intención se convierte en vida, es decir, en moralidad (moralidad es la vida del hombre con la dimensión de dignidad característica del hombre, la vida como dimensión ideal), cuando esta semilla se planta en tu tierra y empieza a reaccionar en ella, se abre sitio. Entonces esa intención comienza a tomar forma. Esa semilla empieza a reaccionar con tu tierra y a volverse una cosa sola con tu tierra, de manera que tu tierra cambia, tu tierra se convierte en su savia, y esa semilla empieza a cambiar de forma y aspecto, de rostro. Ésta es la cuestión. Y éste es un fenómeno absolutamente –absolutamente– ligado a tu tierra. Es lo que me permitía decir ayer por la tarde, previendo la situación, cuando afirmé en misa que no se puede descargar la responsabilidad sobre nada, que es una responsabilidad personal. Y no hay responsabilidad que no sea personal. Por eso la moralidad se da cuando la intención comienza a convertirse en responsabilidad, es decir, en respuesta de tu vida, en respuesta de tu persona.

*Intervención:* Una pregunta sobre el ejemplo del árbol y la garita. Si hay algo que me ahoga, uno podría decir: «Bah, entonces hago sólo lo que siento, hago que crezcan sólo

mis ramitas». Pero así un brote nunca llegará a ser una planta. ¿Dónde está el error?

*Giussani:* En que no has tomado la imagen conforme a su verdad, porque la conclusión de mi ejemplo —de la pequeña planta que tiene que sacar de dentro de sí, por fuerza endógena, ramas, flores y frutos— es la paciencia, no lo que dices tú: es un problema de paciencia. Porque entre la semilla y el árbol completo, la personalidad del árbol, entre la semilla y la plenitud, está la búsqueda, está el camino, el esfuerzo, el trabajo —¡el trabajo!—.

Entonces, aquí viene el problema del valor que tiene nuestra compañía, o el movimiento, o el seguir. ¿Por qué? Porque todos los instrumentos y las formas expresivas que el movimiento propone son provocaciones metodológicas, pedagógicas, que ayudan al desarrollo de la fuerza endógena de la planta. El movimiento es (no todos los ejemplos van como la seda) como el jardinero (antes que nada está el gran jardinero que es Dios, que da la lluvia y el sol, que pone en la tierra sus noventa y cuatro o ciento siete elementos, que dosifica) que refuerza la tierra o pone la vara junto a la planta, que poda o injerta. Esto es el movimiento. Es necesario sentir los instrumentos del movimiento reconociendo esto. ¿Cuándo sigue uno verdaderamente el movimiento? Cuando ha tomado conocimiento pleno y conciencia de su propia vida. ¿Cuándo acepta la planta todo este laboreo que la solicita y, en cierto sentido, la cansa? Cuando lo acepta al reconocerlo como el cuidado de algo que la quiere. Si no la quiere, todo el cuidado es como el de esas madres que están «encima» de sus hijos: «Haz esto, haz lo otro», y el hijo dice: «Uff», porque no reconoce la acción de su madre y de su padre como lo que le asegura, lo que le cuida, algo que es él mismo, que es suyo, que —la palabra más justa es la palabra «interés»— es de su interés. Si lo reconoce, entonces trata de darse cuenta, es decir, trata de ensimismarse con las razones de ella y pone su energía a disposición ante ese cuidado; de otro modo lo siente extraño y lo soporta —lo soporta—. Esto introduce a mi parecer otra cuestión fundamental: «No es libertad la vida del movimiento», como no es libertad la vida de ese chico con su madre; no es libertad y por eso no produce «el hombre». No necesariamente porque su madre sea sofocante, porque tenga un temperamento despótico, un temperamento poco sensible, incapaz de adecuarse; no, no necesariamente por eso; muy probablemente, puede ser porque el chico ha elegido otro campo, es decir, tiene otra imagen de sí, toma su esperanza de una imagen diferente de sí. ¿Cuál es esa otra imagen de sí, el valor que tiene la elección de campo? La otra imagen de vosotros mismos, de nosotros mismos, es la del mundo, por decirlo con una palabra del Evangelio, es decir, es la que tiene la cultura dominante, radical, para la que el instinto lo es todo, la apetencia lo es todo (que sea materialista-marxista o no marxista es secundario); en el mejor de los casos es una imagen de eficiencia, la eficiencia social, el éxito social, del que se espera dinero y fama (sociedad, hacer carrera). No hay

alternativa. «El que no está conmigo está contra mí»<sup>150</sup>, decía Jesús *illis temporibus* y nos lo vuelve a decir ahora. La elección de campo es ésta. Por eso el problema está en cuál es la imagen de nosotros mismos de la que tomamos las razones para adherirnos o no. Y lo que a mi parecer es más dramático es estar a dos bandas: esto es lo más doloroso que hay, con daño para el bando justo.

*Intervención:* «Paciencia» es una palabra que usamos cuando algo va mal, es decir, sale como siempre o no sale, «¡Ha salido así, paciencia!», que es la justificación de la resignación.

*Giussani:* La paciencia cristiana es «padecer» el mundo. Su raíz latina y griega quiere decir «padecer»: padecer el mundo, padecer la vida, quiere decir estar apasionados, vivir la pasión. Es lo que decíamos antes a propósito de qué es lo que buscamos o de la experiencia de una fe digna, que se compromete con todo: las cosas toman consistencia, yo las afronto en su consistencia, busco cómo la semilla que tengo dentro, cómo mi corazón puede asumir, utilizar, cambiar, corregir y exaltar las cosas, todas las cosas. La paciencia es el modo de llevar la totalidad o de llevarlo todo a la totalidad: la paciencia es una energía, no un soportar o resignarse. La resignación es la no vida, la paciencia es la dinámica del vivir: «Con vuestra paciencia os poseeréis a vosotros mismos»<sup>151</sup> –dice Cristo–. Esto es la paciencia, el camino hacia la posesión.

*Intervención:* Al leer el libro-entrevista<sup>152</sup> me ha impresionado sobre todo la descripción del *raggio* de los primeros tiempos. Me pregunto: ¿sería oportuno, alguna vez, en lugar de hacer la Escuela de comunidad entre nosotros, proponerla con un orden del día a todos los compañeros de clase? La lectura del libro-entrevista me llena de inquietud y, por eso, me pregunto: «¿Estamos recreando el movimiento o bien nos contentamos con repetirlo?». ¿Seríamos capaces hoy de soportar un encuentro con todos?

*Giussani:* Depende de cómo os situéis. Seguro que todavía se puede hacer así, pero con cautela, adecuándose, no mecánicamente, como no se puede invitar a toda la clase a la Escuela de comunidad. Hace falta identificar bien la forma de esa invitación. Pero sin duda se puede hacer. Hay que marcar bien los valores que tiene dentro, o poneros bien de acuerdo entre vosotros sobre las cosas que queréis aclarar. Pero seguro que se les puede invitar.

## Síntesis

*Giussani:* Hay una premisa que tal vez os parezca una perogrullada, como demasiado obvia, pero que es importante: somos hijos de nuestra época, somos hijos de nuestro

mundo, de nuestra sociedad. Y, sintéticamente, el resultado trágico de esta pertenencia (también ésta es una pertenencia) se puede reducir a mi parecer a la siguiente afirmación: nuestra época no puede dejar de permitir, no puede impedir radicalmente que broten buenas intenciones —en caso contrario significaría que ha conseguido destruir la estructura original del hombre, que ha destruido la criatura de Dios—; pero sí hace improbable, dificultoso, impide, el paso de las intenciones a la moralidad, de la buena intención a la moralidad. La intención no se convierte en responsabilidad: no se convierte en responsabilidad con nosotros mismos y no se convierte en responsabilidad de trabajo, es decir, en compromiso de sí, y, por tanto, en lucha que atraviese los obstáculos y que construya. En definitiva, la sociedad de hoy, el mundo de hoy juega naturalmente con la fragilidad del hombre, con la fragilidad original del hombre, con lo que en términos cristianos se llamaría pecado original, con el efecto que tiene en nosotros el pecado original; cuenta con la fragilidad, no puede evitar envolvernos en una connivencia con esta fragilidad, que así se convierte en mentira, porque la mentira no es la fragilidad, sino una fragilidad con la que nosotros somos conniventes. Toda connivencia con la fragilidad es mentira. La intención que no se traduce en responsabilidad, que no se convierte por tanto en una herida para sí, en una provocación para uno mismo, una intención que no se convierte en provocación para sí se queda en el nivel emotivo. Hay personas que conocemos, incluso de alto rango, que pueden durante un año, dos o tres, actuar vivazmente, activarse basándose en esta emoción, la emoción de una intención justa y bonita, sin que esa emoción derribe la resistencia, esa resistencia al bien que hay en nosotros (raíz de la fragilidad). Así la intención no se traduce en responsabilidad personal y mucho menos puede desplegarse en trabajo, es decir, en esfuerzo. De hecho, la sociedad de hoy ha producido de alguna manera el principio de que el esfuerzo es una objeción: la fatiga, el esfuerzo, es una objeción para lo que quiere que hagamos.

*Intervención:* ¿Qué significa «ser connivente con la propia fragilidad»?

*Giussani:* La connivencia con nuestra fragilidad es adherirse, dejar camino libre a la propia fragilidad y no combatirla. ¿Cuándo combates la fragilidad que sientes en ti? Cuando te haces responsable del valor que has entrevisto, es decir, de la buena intención. Es hermoso —por ejemplo— ver cómo emerge una relación ideal entre el hombre y la mujer: una relación cargada de sentido ideal, cargado del valor que tiene como signo, cargada de su posible energía evocadora de lo mejor, de lo bueno, del bien, de la belleza. Es fácil que brote esta intención. No podemos leer *La anunciación a María*<sup>153</sup> de Paul Claudel, sin sentirnos sacudidos por esto; no podemos leer el segundo cuadro de *Miguel Mañara*<sup>154</sup>, sin sentirnos golpear por esto; no podemos leer ciertas páginas del mismo

Leopardi sin sentirnos sacudidos por esto; no podemos leer *Los novios*<sup>155</sup> sin sentir de lejos –muy lejos– el eco de la fascinación de la claridad de este fenómeno. Pero esta intención se queda en una emoción bonita. La fragilidad llega al obrar, al traducir la intención en obra. «Connivencia» quiere decir que nosotros no luchamos ni hacemos el esfuerzo de combatir la resistencia que tenemos ante el ideal, no nos empeñamos en esta lucha. Eso es la connivencia. Por esa connivencia, a pesar de toda la emoción que implica la intención bella, buena y verdadera, se queda ajena a nosotros. Como en el campo, cuando graniza y se ve el sol a lo lejos; en ciertas condiciones el sol es maravilloso y los colores del cielo, allá al fondo, son fantásticos, mientras que donde estamos nosotros el granizo destruye toda la vida, destruye el campo. La intención se queda como aquella franja azul a lo lejos, aquel sol que se entrevé frente a nuestra casa, ante la impotencia con que se ven disolverse todas las cosas propias.

De todos modos, después de este resumen, tendremos otra media hora de preguntas y de intervenciones sobre este problema. Así que podréis hacer después más preguntas.

Yo quería insistir sobre este primer punto para que nos colocase en una postura realista, sin escándalo de nosotros mismos: somos hijos de nuestro tiempo, si tenemos la fragilidad que tenemos es porque somos hijos de nuestro tiempo. En otros tiempos, realmente, esta desarticulación total entre la intención y la moralidad no era tan radical. Por tanto no debemos escandalizarnos, pero pongámonos sobre aviso. El nuestro es un salto cualitativo, un paso mucho más duro que en otros tiempos, pero hay que darlo.

La intención, pues, no se convierte en moralidad, no se traduce en responsabilidad; la intención no penetra como herida y juicio sobre nosotros mismos, como un juicio que mueve, que trata de movernos a un trabajo, a una expresión distinta, a un comportamiento (*mos, moris*) nuevo, a una postura distinta ante la existencia. Nuestro esfuerzo, el esfuerzo que implica esta compañía, radica en este punto. ¿Os parece tan extraño lo que os he dicho? ¿Es extraño?

## I

Así, pues, primer elemento de una perspectiva de acción, de desarrollo educativo de nosotros mismos y de nuestros amigos: si estamos juntos, si estamos aquí, si nos volvemos a reunir, a pesar de todo y más allá de todo, es porque un hilo de deseo, un hilo de adhesión a esa intención ideal que nos ha sacudido inicialmente, a ese acento de propuesta que nos ha juntado (de otra manera seríamos unos absolutos cretinos), un hilo ya que estamos aquí, un hilo en el fondo, un hilo muy tenue de deseo permanece en nosotros. Digo «deseo» porque la palabra deseo indica, por así decir, la intención en movimiento hacia el corazón, como una sacudida, como el comienzo de la sacudida o la herida de la que hablaba antes. Entonces, la emoción del ideal, como energía que mueve

(«movimiento», aquí está el origen del movimiento), la intención ideal, como energía movilizadora, aunque sea tangencialmente, todo lo débilmente que queráis, por un hilo, aunque sólo sea por un hilo, está, permanece. Un hilo de esperanza no ha sido arrancado del todo, en caso contrario no vendríamos aquí. No estoy hablando solamente de nosotros, sino de toda la gente que sigue viniendo con nosotros, aunque estén hartos de determinada manera de hacer la Escuela de comunidad o de determinada manera de vivir la comunidad: pero todavía queda un hilo, de otra forma ya no vendrían más. Es en ese hilo donde se conserva el inicio, lo que esta mañana hemos llamado la «raíz de verdad», una raíz de verdad por la que la gente va, por ejemplo, a la asamblea de Roma («raíz de verdad» o «corazón distinto»). Y es también el contenido, todo lo frágil que queráis, pero real, de lo que hemos llamado «elección de campo»: es como si todavía mantuviésemos por un hilo, por un cabello, una determinada elección de campo.

Se puede llamar «inicio» a este hilo de deseo, porque es la semilla de la libertad, la semilla original de la libertad. La libertad —lo repetiremos después otra vez— es esa naturaleza propia del hombre gracias a la cual éste no se define por lo que piensa, siente y hace, sino que está constantemente hambriento y sediento de algo distinto. Ahora bien, este inicio es como el confuso, oscuro y vacilante (o vivaz como un relámpago, según la situación psicológica o espiritual en que uno se encuentre) descubrimiento de algo distinto, como la percepción de algo distinto que es el origen, el contenido y la respuesta, la perspectiva de respuesta, a este deseo.

Este deseo, este hilo de deseo —como observaba justamente uno de vosotros, recordando cierto debate que tuvimos entre nosotros, cierta observación sobre la situación de nuestras comunidades en las que la palabra «deseo» se entiende por entero subjetivamente y, por eso, es precisamente la apertura a la destrucción de todo— no es tanto el «sentirse» a sí mismos. Sentirse a sí mismos es el olor del cadáver: sentirse a sí mismos tiene un cierto hedor de tumba. Este deseo es lo contrario; es la misma postura, pero en la que uno huele, siente, presiente, descubre algo distinto como contenido de sí, algo distinto como valor, verdad, belleza, bondad y consistencia de sí: algo diferente. Si nos hemos juntado, si estamos presentes aquí, es porque al menos hay un pelo de este presentimiento, este descubrimiento de algo distinto, este inicio. El inicio es lo que te abre, mientras que el deseo entendido como exaltación de lo que sientes es exactamente lo contrario: te cierra, te pone con la cabeza entre las piernas, te hace bajar la cabeza y concentrarte en ti mismo. Por eso, yo no afirmo el deseo como un subrayado y una exaltación de lo que se siente, sino como presentimiento de la respuesta, que es algo distinto (a decir bien, se llama «sentido religioso»).

Entonces, ¿dónde está el problema? El problema está en el hecho de que este hilo de deseo no se vive. Es como encontrar en tu jardín el tallo de una planta, de una flor, y no

hacer que crezca, no cuidarlo. Un individuo, un jardinero o un agricultor que plante la semilla de esta planta y después no la cuide es un inconsciente, un irresponsable, es decir, un inmoral. Nuestro problema es precisamente esta palabra: la inmoralidad. Ante lo que se nos ha dado y que, no obstante toda nuestra connivencia (al permitir que el mundo entre en nosotros y por tanto marginar lentamente, censurar o dejar que este hilo de deseo se agoste en la aridez y sin alimento) permanece y existe todavía, nuestro problema es la inmoralidad, es decir, no cuidar este hilo.

Ese hilo de deseo no se hace nuestro, mío: mío como juicio y mío como voluntad. Es decir, no reconozco ni poseo ese hilo de deseo, no se hace consciente en mí: es como si permaneciese por fuerza de la inercia. Esta inercia es la inmoralidad.

En este sentido, tenemos que dirigir todavía un ataque contra cierta acepción de la inmoralidad, tal como nos suena y como es, de hecho, en toda la mentalidad común, una acepción de la inmoralidad que se convierte en coartada o en la mayor connivencia con la verdadera inmoralidad. ¿Cuál es esta inmoralidad a la que debemos contraatacar? Es la inmoralidad bajo la forma de la incoherencia. La incoherencia es la fragilidad de la libertad. De tal modo que, si alguien dice: «Soy frágil», le basta, se contenta. Si el problema fuese la coherencia, tendríamos mil coartadas para dejar de comprometernos. Pero la inmoralidad es algo que está en la raíz, mientras que el problema de la coherencia es un problema de desarrollo. Bajo el problema de la coherencia o de la incoherencia hay un problema de verdad o de mentira, de verdad de sí. Este problema está contenido en lo que yo llamo «hilo de deseo», es decir, en ese inicio que permanece dentro de nosotros: el reconocimiento o el descubrimiento de otra cosa distinta como respuesta a lo que somos, el descubrimiento de ¡algo que es todo! Ese hilo de deseo es una unidad de fondo, o sea, una posición humana que, si soy incoherente mil veces al día, mil veces me juzga. Pero si yo no reconozco ni poseo esta unidad de fondo, no juzgo ya mis mil incoherencias y llegaré a decir: «Son inevitables» y luego «¡Bah! En el fondo, en el fondo, ¿qué hay de extraño en ello?», y, finalmente: «Es justo actuar así».

Quería conseguir comunicaros este punto —en el que radica todo el problema— que he llamado «hilo de deseo», pero que, como contenido, cuyo contenido, es el descubrimiento o el presentimiento de otra cosa, una promesa. Es la promesa de la que habla toda la Biblia (Antiguo y Nuevo Testamento). Es este descubrimiento de algo distinto, este inicio, esta unidad de fondo la posición humana que me juzga también a mí: aunque fuese incoherente un millón de veces al día, no me deja tregua. ¿Qué quiere decir que «no me deja tregua»? Que me hace estar siempre en tensión, que me hace ser moral. Porque la moralidad consiste en mantenerse en el estado original en el que ha sido creado el hombre, que es tensión hacia el infinito («sentido religioso»). Por eso, esta unidad de fondo o esta postura humana es realmente como una totalidad, donde la

semilla es la totalidad de la planta. La semilla es una totalidad, no hay que añadir nada para tener la identidad, para alcanzar la personalidad de la planta. La semilla es la identidad, la personalidad de la planta: ¡se tiene que manifestar!

Esta totalidad, pues, no es la expresión completa, la perfección (*perfici*, cumplido), la coherencia total; no es ésta la totalidad de la que hablo, la semilla de la que hablo. El contenido de este hilo de deseo no es esa completa perfección; esta totalidad es una autenticidad, no una perfección. Es realmente así. Es decir, la verdadera fragilidad, la fragilidad peligrosa, incluso nefasta, trágica, es —como ha dicho uno de vosotros esta mañana— la «fragilidad teórica». Ésa es la desgracia, en eso consiste el inicio de la inmoralidad: una fragilidad teórica; no teórica en el sentido de intelectual, sino «teórica» en el sentido griego del término, que quiere decir «visión» de la vida y del mundo (*theoría*: su raíz griega quiere decir «visión de»). Es una fragilidad teórica, una fragilidad en el significado de nosotros mismos. Otro ha dicho esta mañana, de manera muy interesante, que él ha empezado a advertir el significado de sí mismo cuando se ha encontrado con ciertas personas que le han «puesto patas arriba el corazón»: «Me hacían entender que yo estaba ahí, que yo era yo, y no una vaga persona indefinida». ¿Os acordáis? Esta fragilidad teórica pone en la raíz de todo nuestro árbol como una división: es la división entre la intención que se vuelve cada vez más abstracta y un efectuarse del yo, un realizarse del yo. Ésta es la inmoralidad en su raíz: falta el sujeto, el sujeto está dividido, el sujeto está minado, está minada la naturaleza de la postura justa del hombre. Esto es la inmoralidad. Y es por esta división de fondo por la que uno puede perfectamente pasarse uno, dos, tres, cuatro años en la universidad, siendo incluso el jefe del grupo, el jefe de «vete a saber qué», el responsable, y tras el último año o recién salido de la universidad, caer en ese «regreso al aburguesamiento», al aburguesamiento de esconderse en sus problemas privados, como subrogados al sentido de su vida: afectividad y trabajo, afectividad y profesión. Esos aspectos privados pueden «liberarse» así —en el mal sentido de la palabra—, y quedar intactos, no «bombardeados», no juzgados, no transfigurados, no renovados, no llevados a ser verdaderos. Pero ¿por qué pueden liberarse así? Por esa división que hay en el fondo, por ese hilo de deseo no cultivado, no cuidado, por esa inmoralidad. La unidad de fondo, la posición humana auténtica, es algo que se tiene o no, pero no como coherencia sino como reconocimiento y como posesión, como definición de nosotros mismos.

## II

Así pues, —segundo elemento de nuestra síntesis para la perspectiva—, desde el punto de vista educativo, desde el punto de vista, pues, de nuestra vida, el gran problema es la moralidad. La moralidad como incremento y solidificación del hilo de deseo, es decir, de



la unidad de fondo de la posición humana, del punto donde está la totalidad, de nuestra autenticidad. Incremento y solidificación del hilo de deseo: es decir, ese hilo de deseo que se convierte en contenido de nuestra responsabilidad y por consiguiente en lo que cualifica nuestra personalidad. Moralidad, ésta es la cuestión: incremento de la semilla que se ha plantado dentro de nosotros, del hilo de deseo que nos ha dejado dentro, solidificación de él, es decir, toma responsable de ese punto como reconocimiento y adhesión, poseerlo. Moralidad como responsabilidad y por tanto como personalidad. Porque la personalidad se afirma cuando lo que define la naturaleza del hombre – relación con el infinito, relación con algo diferente que es origen y contenido, consistencia y respuesta, cumplimiento de sí– se vive: esto es la personalidad. Así pues, el problema es la moralidad.

Quisiera describir ahora, tocar o proponer, los dos factores, las dos coordenadas de desarrollo y de afirmación de esta moralidad.

1) La primera coordenada –no me guardéis rencor por esto, pero yo espero que un día u otro se derrumbe la resistencia que tenemos a esta coordenada– es algo extremadamente simple. Pero es verdadero, en su sencillez, se percibe de una manera verdadera cuando se siente su dureza, cuando uno se sorprende sintiendo su dureza. En definitiva, la primera coordenada es que ese hilo de deseo –que permanece a fuerza de inercia–, que ese inicio se haga «mío». He dicho antes una frase que os ruego no olvidéis: ese inicio que se reconoce y se posee, esa totalidad (como semilla) que se reconoce y se posee. Bien, ¿cuál es el acontecimiento, no digo primordial, sino más simple e inmediato, en que ese hilo de deseo se hace mío, se hace responsable? Por tanto, ¿dónde está el inicio, el inicio mismo de la moralidad? El hilo de deseo, de hecho, es una gracia, no es todavía moralidad nuestra, te ha sido dado y se te conserva a pesar de ti. Este acontecimiento simple e inmediato es la palabra «deseo». Hace falta que ese inicio, ese hilo de deseo se convierta en deseo mío –¡mío!–, es decir, que reconozca y posea: si lo reconozco y lo poseo, se convierte en deseo mío.

Suelo elogiar a menudo la palabra deseo, y tengo un fundamento bíblico, porque Dios en cierto momento le dijo al profeta Daniel: «Te alabo, Daniel, porque eres un hombre capaz de desear»<sup>156</sup>. Fijaos que el hilo de deseo no es todavía: «Yo deseo». Yo llevo encima de mí ese hilo de deseo: es una dote, un don, el resultado o los restos de una gracia. Ahora no, ahora el deseo es mío, lo formulo yo. Ese hilo de deseo, ese inicio, esa intuición de algo distinto se vuelve deseo mío: «yo» deseo conocer, retener, vivir eso. ¿Está clara la diferencia entre cómo he usado la primera vez la palabra «deseo» y esta segunda?

*Intervención:* No.

*Giussani:* ¿No está claro? Entonces volvamos al principio.

He dicho: si estamos juntos es porque permanece en nosotros un hilo de deseo; un hilo de deseo, un eco todavía de aquella promesa, de aquel descubrimiento, de lo que nos «ha puesto patas arriba el corazón». Este hilo de deseo no es, como tal, responsable, es algo que llevamos encima, como el residuo, el resultado de la necesidad, el último acento de la necesidad, de la exigencia, como el último acento de una espera de la que estoy dotado, que llevo encima por cierto encuentro que he tenido. En el segundo caso, el deseo es un acto mío, es el acto con el que reconozco ese hilo de deseo y digo: «Yo quiero este deseo; ¡yo deseo esto!». ¿No está claro? Y, en efecto, he dicho que es una cosa sencillísima, es el fenómeno más simple e inmediato, pero no es en absoluto normal en vosotros. Porque el deseo es el deseo del ideal, el deseo de algo distinto de mí –yo deseo esta cosa distinta– y es por eso la primera ruptura, la primera hendidura en los muros de nuestra inercia y de nuestra defensa, de nuestro egocentrismo, de nuestro recaer sobre nosotros mismos.

Pensad por favor en el «regreso al aburguesamiento» del que hablábamos; pensad en cómo viven la afectividad y el trabajo nuestros amigos que ya han salido de la universidad: desear algo distinto es la primera estocada dentro de este grumo de egotismo, de naturalismo, de cerrazón en sí mismos. Si tienes una mujer y un trabajo óptimo, desear algo distinto quiere decir romper con la satisfacción de lo que tienes: no estás satisfecho, no es satisfactorio, ésa no es todavía la satisfacción.

Y de hecho, el deseo, en este sentido activo y moral, es decir, como actividad mía –mía, querida por mí, juicio y voluntad mía–, siempre, existencialmente, coincide con el fenómeno de la petición, es una petición. Yo soy así, así de frágil, encerrado dentro de mi impotencia: ¿cuál es el primer gesto de libertad (la libertad, este destino que define al hombre, por el que el hombre sale de sí mismo, sale fuera del *statu quo*, de la situación en que está)? ¿Cuál es la primera forma de salir de la situación en que estás? Desear salir, ¿no? La primera libertad es ésta. Pero si tú estás cerrado, si el resultado de lo que eres es estar encerrado en ti mismo, si eres impotente, entonces desear salir quiere decir gritar, quiere decir pedir (una de las cosas más inmorales que hacemos es encontrarnos, escuchar muchas cosas, y después dejarlas caer; hará falta por esto meditar, volver a meditar y discurrir sobre estas cosas): se llama oración. No he usado antes este término por no dejar enseguida fuera de juego a la mayoría de nosotros. La oración es el deseo, el reconocimiento y la voluntad, es decir, el deseo de algo distinto como gesto mío, que, existencialmente, partiendo del sentido de la propia impotencia, se torna petición a esa cosa distinta: «Venga Tu reino, hágase Tu voluntad» quiere decir esto.

Entonces, ¿sabéis cuál es la condición de este deseo y por tanto de la petición, de la oración, cuándo es verdaderamente ella misma, cuándo no es pietismo o cuándo no es fingimiento, cuándo no es formalismo? La condición de la oración como petición –no se

puede eludir esto si se quiere seguir adelante—, la condición de la oración, si es petición, es decir, deseo como gesto mío, en la situación en que estoy (por eso es petición), es que hace daño, quiero decir: «fastidia», en el mismo sentido en que decís a una persona: «Por favor, no me jorobes»; rompe, parte —por eso se llama contrición— rompe algo. Es de hecho fatigosa, digamos la palabra justa: es sacrificio, es un sacrificio. La liturgia está llena de esta identificación de la palabra «oración» con la palabra «sacrificio» —toda la experiencia religiosa de la humanidad lo documenta—, porque es el salir de sí, es reconocer realmente que nuestro significado, nuestra consistencia y nuestra respuesta no son los bueyes que se tienen, no son las vacas que se tienen, no son las ovejas que se tienen, ni son las palomas que se tienen, sino algo muy distinto. Y entonces, la humanidad, en un símbolo supremo, mata estas cosas que posee: ¡sacrificio!

La forma de oración más significativa de la historia religiosa de la humanidad se reduce sustancialmente a lo que hemos llamado petición, una petición que rompe, que hiende.

Fijaos, por favor; uno puede vivir la relación con su mujer, con su esperanza en el mundo, con su trabajo, con su carrera, con su interés, con lo que quiere, puede gritar esta petición mientras sigue empantanado donde está (el problema de la coherencia); pero al seguir empantanado donde está, se entiende todavía con más claridad, por decirlo así, que esta oración, esta petición es una ruptura, un sacrificio, un esfuerzo. Entonces hay una ley psicológica importantísima que debemos subrayar para todos nosotros: que el esfuerzo, el que algo nos cueste, no es una objeción.

¿Cuál es el resultado de semejante postura moral, de este constituirse de la moralidad, de este recuperar la actitud justa? (La moralidad es actitud justa).

Hemos dicho que el principio de esta postura justa es la petición —u oración—, que es el primer y agudo sacrificio de uno mismo. Tanto es así que uno no puede quedarse siempre, hasta el infinito, embragado, empantanado en su postura, y seguir pidiendo. De hecho, si su petición no descubre la mentira, si su petición sigue siendo equívoca, tarde o temprano acabará, dejará de pedir. Si no deja de pedir, algo cambiará. No es el último comentario que se puede hacer al hermosísimo pasaje donde Jesús habla de la oración (capítulo once de san Lucas), donde dice que «el que busca encuentra», «al que pide se le dará»<sup>157</sup>.

El resultado de esta moralidad que vuelve a empezar es una disponibilidad del propio yo, de modo que la incoherencia es cada vez más una fragilidad y menos una elección mala. El resultado de esta postura moral que he llamado «petición» es que uno se vuelve disponible. Pongo el ejemplo más sencillo. Es como si uno dijese: «Dios, yo quisiera, quiero, tu justicia y soy incapaz». Cuando uno habla así, si su petición es verdadera, está como dispuesto a decir: «¡Escucha, haz lo que quieras, que yo estoy bien alegre! Hazlo

tú, que yo no soy capaz». Si uno pide así es porque está disponible. Pero yo no estoy hablando de este caso, estoy hablando del que actúa con moralidad. La persona en la que esta moralidad se afirma es alguien que se vuelve disponible al bien. Se hace disponible también para los gestos de la comunidad, para lo que el movimiento le pide, para lo que la compañía le pide como camino para su educación, para su justa afirmación.

En este sentido, con justicia insistimos en la acción pedagógica de la caritativa. Pero la acción pedagógica de la caridad, la caritativa, tal como nosotros la entendemos, resulta muy fácilmente ambigua y no sirve, porque, en vez de disponibilidad, muy a menudo se convierte en afirmación de sí: «Yo hago esto, me pongo a disposición de esto otro»; mientras que la disponibilidad es tan simple, original y pobre como la petición. La persona que atestigua esta moralidad de la petición, es decir, de la oración, es alguien disponible para lo que le piden sus compañeros de camino. En este sentido era muy justa la observación que ha hecho nuestro amigo de Catania esta mañana, cuando amargamente —aunque discretamente— se ha lamentado, ha acusado el hecho de la resistencia que ha encontrado en su comunidad a dar su disponibilidad ante la circunstancia del terremoto. La disponibilidad es para la vida de cada día, es estar dispuesto a lo que la compañía exige; y por tanto uno está disponible también cuando hay un llamamiento excepcional, una necesidad excepcional como el terremoto. La disponibilidad se revela como resultado de la oración, de la moralidad como oración, porque la oración «rompe»: la verdadera disponibilidad nos predispone a que las cosas nos rompan. Uno no quería ir a Irpinia, pero se ha mostrado disponible al llamamiento y va allí con sacrificio pero no sufriendo por ello, no se siente como si se hubiese enrolado en algo por amor al partido, no porque sea un responsable y por eso, desgraciadamente, tiene que ir: es un sacrificio de sí mismo.

2) Segunda coordenada. Estamos hablando de las coordenadas en las que se traza el desarrollo de la moralidad y, por tanto, el incremento y la estabilización del hilo de deseo, su manera de tomar cuerpo. La primera es la que ya he dicho. Lamento desilusionaros si insisto en este punto, pero éste es el punto en que el *crack* empieza a suceder; y sin este punto no sucede ningún *crack*, ninguno, aunque uno se lanzase a la actividad más frenética, creando iniciativas hasta cuando queráis, hasta consumirse y morir de penuria. Y sería un sacrificio estúpido, porque no sería sacrificio de sí: el sacrificio de sí sucede solamente al reconocer algo distinto como el significado de uno mismo. Lo que viene después es una consecuencia de este primer factor. De hecho, parto del mismo punto. Pues bien, no os asombréis de esta segunda coordenada: es la investigación cultural y política. El segundo factor de desarrollo de la moralidad es la búsqueda cultural y política.

En esta búsqueda cultural y política (que describiremos brevemente, repitiendo frases

que ya hemos dicho esta mañana) es cuando aquel inicio, esa totalidad inicial, esa unidad de fondo muestra su rostro –como un niño recién nacido, según va creciendo poco a poco muestra su rostro, el rostro de su personalidad–. Si el hilo de deseo es como la semilla de la libertad, esta libertad, es decir, la esencia del hombre como relación con algo diferente a él, se desarrolla «en el impacto con la realidad», cuando busca su propia forma enfrentándose y asimilando el encuentro con las cosas. Un niño, una vida apenas nacida, ¿de qué modo se desarrolla? En el impacto con la realidad, desde el instante de su nacimiento. Hasta entonces era un hilo de deseo (en el sentido pasivo del término), porque estaba alimentado por su madre; ahora, desde su nacimiento, empieza a vivir el impacto con la realidad. ¿Y cómo sucede ese impacto con la realidad? Busca su forma atacando y asimilando los encuentros que tiene, desde el seno de su madre hasta la chica de quince años, y hasta el mundo del trabajo en el que entra a los veinticinco.

Es esa petición que tengo dentro, ese hilo de deseo que llevo dentro (por eso la oración es como el principio de la cuestión, la moralidad se atestigua ahí, porque es el primer paso activo de ese deseo que tenemos dentro como dote, como gracia), la totalidad que llevo dentro, la semilla de verdad que tengo dentro, lo que «hace que reconozca –decía uno de vosotros– la existencia de las cosas». El niño que nace, por así decirlo, reconoce la existencia de las cosas que empieza a tocar, a oír, a chupar. El deseo hace que yo reconozca la existencia de las cosas y me mantiene en mi naturaleza originaria, que es tensión hacia la totalidad. El niño tiende a tocarlo todo, por poner un ejemplo elemental. Mi naturaleza original es ésta, tensión hacia la totalidad. Entonces, ese deseo, es decir, ese significado presentido, conservado, de la emoción inicial, y finalmente desarrollado, hecho moral en la petición consciente que es la oración, me mantiene en mi naturaleza original, que es la de tender hacia la totalidad. En este sentido hace que reconozca la realidad, no me lleva a huir de ella, no me hace soportarla: me permite reconocer la realidad y me obliga a hacer cuentas con ella. Y ella determina el método con el que yo «me desarrollo», el método de mi trabajo. Ese deseo me permite reconocer las cosas porque me da la capacidad de juzgarlas y por consiguiente de usarlas (juzgar quiere decir comparar algo con el ideal o la totalidad –una cuchara no es una estrella– y hace que la use conforme a su perímetro, de acuerdo con su realidad); ese deseo me hace reconocer las cosas, me vivifica, no me permite que huya, no me encierra, me abre, me hace percibir las cosas en la relación que tienen con la totalidad y permite que las use con ese reconocimiento. El objeto determina mi método de trabajo, es decir –se decía– determina mi forma de comportarme, provoca un desarrollo de mi actitud.

El desarrollo orgánico y crítico de la personalidad nos lo da ese deseo que está siempre activo, provocado por las cosas, que hace que todas ellas signifiquen un «encuentro» para mí. Ese deseo me hace tomar en serio las cosas, me las permite ver según su

consistencia, es decir, hace que las juzgue en relación a la totalidad y me impulsa a usarlas conforme a lo que son. Y, en toda esta operación, yo me alimento, ese deseo se vuelve más denso, se verifica: esto es la cultura.

Entre paréntesis, en este punto se puede entender estupendamente el incomparable servicio pedagógico al desarrollo cultural que es el dolor. En la experiencia del dolor uno está contra las cuerdas: o descubre su significado o sucumbe, se destruye. El esfuerzo no es una objeción.

Entonces, la búsqueda cultural y política es el uso de uno mismo en función de algo más grande (recordad que la esencia de ese deseo es el reconocimiento y la voluntad de esa cosa más grande, la exigencia de algo más grande, pero digamos la palabra, de Cristo): en todos los encuentros se realiza el uso de uno mismo en función de algo más grande, de modo que uno está obligado a luchar para afirmar este reconocimiento suyo de ese algo más grande. Ante todas las cosas –la novia, el trabajo, el estudio, la noticia de los periódicos, el tener que levantarse por la mañana, la familia, los compañeros, la comunidad– uno está obligado a luchar, es decir, a modularse, a comportarse, para afirmar en esa relación su deseo, es decir, el ideal, la conciencia de esa cosa más grande. Este algo más grande, este deseo original, en el impacto con las cosas, ¿en qué sentido me hace luchar? Me hace luchar porque se convierte en la clave de interpretación de las cosas con las que me encuentro y en consejo de cómo manejarlas, me sugiere cómo manejar la realidad, es decir, cómo proyectar. Está en el origen del proyecto. El encuentro con la novia, tus padres que discuten, el estudio, el primer impacto con el mundo, con el trabajo, el tener que levantarme por la mañana, todo esto se convierte en lucha, porque el deseo de significado, esa afirmación, esa exigencia de significado me dicta la acción. «Me dicta la acción» quiere decir: me hace interpretar lo que tengo delante, hace que lo entienda y lo juzgue, lo pone en relación con el designio total y me permite usarlo en relación con él, es decir, se convierte para mí en fuente de proyecto. Y entonces ni siquiera un pajarillo cae a tierra sin que el proyecto del Padre vaya adelante; y ni siquiera una palabra dicha en broma es inútil, sino que es parte del proyecto. Es la racionalidad suprema, la racionalidad floreciente.

Quisiera añadir una *Nota Bene* a este esbozo del desarrollo de la moralidad: oración y búsqueda cultural y política, donde esa búsqueda cultural y política es el uso de mí mismo en función de algo más grande, lo que se traduce en un cierto modo de juzgar y usar las cosas a la luz del ideal, es decir, de un proyecto sobre todo –¡sobre todo!–. Este es el desarrollo orgánico del valor cultural, del fenómeno cultural, de la dignidad cultural de la persona. Como *Nota Bene* quisiera indicar dos condiciones psicológicas de este desarrollo cultural o cultural-político (digo político porque la palabra «política» indica el horizonte global de las cosas que podemos conocer, es el horizonte último de la palabra

«cultura»).

Hay dos condiciones psicológicas que debemos tener presentes. El desarrollo cultural-político está en proporción, antes que nada, a la sencillez o pobreza de corazón, o pobreza de espíritu. Antes he hablado de disponibilidad: está muy cercana a esto. De todos modos, la sencillez o la pobreza de espíritu, la sencillez como pobreza de espíritu, significa que uno no tiene nada que defender: ante la verdad de las cosas, es decir, ante el ideal, no tiene nada que defender. La segunda condición psicológica es el famoso gusto estético, que defino para que no se siga usando ambiguamente, como sucede a menudo. El gusto estético es una disponibilidad, una disposición a sufrir, a sentir la fascinación de lo verdadero, la fascinación de la verdad. El modo en que estudiáis puede estar muy determinado por la sensibilidad estética que tenéis, y puede hasta ayudarla, generarla. También el estudio de cualquier materia exige –para que el hombre sea hombre– que se realice sintiendo la fascinación de la verdad, de otro modo es algo que queda ajeno, que agarráis malamente y que, de modo distante os cargáis a las espaldas. Esta fascinación de la verdad está en las matemáticas como en la astronomía, en la poesía como en el derecho. La fascinación de la verdad: el estudio educa en esto y al mismo tiempo es animado por ello. En este sentido, el que tiene esta sencillez y siente esta fascinación de la verdad está por entero a la búsqueda de una ayuda en su deseo cultural, en su tensión cultural hecha operativa, convertida en trabajo. Si uno está comprometido en el desarrollo cultural, está totalmente dispuesto a pedir ayuda y sabe a quién pedir ayuda («hace falta saber a quién hacer las preguntas», decía alguien esta mañana).

### III

Tercer paso. En el desarrollo de la moralidad, en esta construcción de la moralidad, y por tanto en esta salvación del hilo de deseo, en esta salvación de la totalidad o del inicio, del reconocimiento de algo que es más grande que nosotros y que es nuestra consistencia, digamos, de Cristo, ¿cuál es el instrumento de ayuda? No «un» instrumento de ayuda, sino «el» instrumento de ayuda. Es nuestra compañía. Pero atención, hay que ir al fondo de estas palabras: es la compañía como regla de vida. Como ha esbozado esta mañana nuestro amigo de Catania, esta compañía es regla de nuestra vida ante todo como fuente de la memoria, es decir, del recuerdo del inicio, no ya en sentido cronológico, sino como recuerdo de algo distinto, como recuerdo de Cristo, como llamada a retomar el hilo de deseo; y, segundo, como consuelo en el enfrentamiento con la realidad. En definitiva, es la compañía entendida como ayuda para la oración y como ayuda para la cultura, como confortación («fuerza juntos»), como apoyo en el enfrentamiento con la realidad (en los términos en los que antes he hablado de ello, es

decir, como desarrollo cultural, como búsqueda cultural y política). Nuestro movimiento no podrá tener influencia sobre la Iglesia y el mundo si no alcanza su horizonte último, su cumplimiento último, es decir, si no crea una unidad madura, un movimiento de adultos, una unidad de gente madura, de gente adulta. Entonces habrá sido innegablemente útil, de otra manera habrá sido sólo una evocación juvenil que dejará huellas fragmentarias. Y la misma subsistencia de nuestro movimiento tendrá que apoyarse en esta unidad entre la gente madura, porque el movimiento no habrá obrado ciertamente una educación si no llega a generar gente que sienta la «comunidad» y la «liberación» como dimensiones de su propia personalidad responsable, si comunidad y liberación no son las dimensiones de su propia familia, de su profesión, de su presencia civil, de su proyecto total. Y esto es lo que la palabra «fraternidad» quisiera significar. Pero volveremos a esto con el tiempo.

Sin esta búsqueda cultural y política –se decía en una reunión de la diaconía del CLU de Milán– queda sólo un vitalismo adolescente, que no puede llevar adelante las cosas de manera estable, queda una generosidad que no percibe su lugar en el mundo. Lo digo porque es la definición de la gran mayoría de nosotros. La fe –ese hilo de deseo– queda sólo como una razón subyacente, que no se percibe críticamente; y así no se utiliza según su finalidad, porque la fe (he tenido miedo de usar esta palabra, pero éste es el hilo de deseo) es para la historia, es para el mundo; así como el individuo es para el mundo, y en tal sentido tiene personalidad, es persona. Por eso hay una necesidad de madurez, pero esta madurez sólo acontece a partir de la búsqueda cultural, a no ser que venga, violenta y excepcionalmente, del dolor.

#### IV

Último punto, cuarto paso. ¿Dónde está la necesidad visiblemente más urgente de nuestras comunidades y por tanto de nuestro comportamiento y del planteamiento de nuestra vida en comunidad? Lo más urgente es la lucha contra el formalismo. Toda postura que no derive de la petición y de su desarrollo como búsqueda cultural es formalista; toda actividad que no exprese el propio deseo original, el propio inicio, es formalismo. Es el ejemplo que poníamos de ese árbol al que las ramas no le crecen por fuerza endógena, no son expresión de él y entonces tiene que soportarlas. La vida queda dividida, el formalismo la deja totalmente dividida y, por ello, en última instancia, porque la convivencia es inevitable –nunca hay un automatismo puro–, es mentirosa: deja la vida en la mentira, en el equívoco y la mentira. Por el formalismo –en el fondo fondo– ya no es posible la novedad; por el formalismo –en el fondo fondo– ya no es posible el cambio. Se hacen las cosas, pero ya no se cuenta con el cambio de sí y del hombre que tengo al lado, el cambio no se siente ya posible.



¿Qué es lo opuesto al formalismo? Lo opuesto al formalismo es la libertad, y es esta palabra la que, a mi parecer, debe convertirse en una consigna de nuestras comunidades: vivir la comunidad en libertad.

¿En qué sentido la libertad es lo opuesto al formalismo? La libertad es originalmente el impulso con el que el hombre vive, tiende a su destino. La libertad es la naturaleza del hombre: la naturaleza del hombre es un impulso hacia el infinito («sentido religioso»). Esta libertad –esta energía, este impulso– se pone en marcha por un atractivo que la solicita. Por eso, el inicio de la libertad es un juicio, porque el atractivo que me solicita quiere decirme: «¡Esto es verdad!». El atractivo es el destello de la verdad, la fascinación de la verdad. La libertad nace siempre como juicio, es decir, como reconocimiento de la atracción de la verdad; por eso la libertad empieza como razón y se realiza como adhesión. El fenómeno de la libertad está compuesto de dos factores: primero, del que brota, está el reconocimiento del atractivo de lo verdadero –el juicio verdadero me muerde con su atractivo– y se realiza como energía para adherirme a esta verdad, como adhesión a este atractivo, es decir, como amor.

La razón es ese aspecto de la libertad que define la relación que hay entre lo que se hace (es decir, entre nosotros o la persona o lo que tenemos entre manos) y la totalidad, el ideal, esa «cosa más grande» (que es la totalidad); es un juicio que se traduce en energía que lleva a la adhesión. Concebid, por favor, este fenómeno de la libertad como lo he descrito, en una línea continua: como juicio, como medida de la relación que tenemos con el infinito y con la totalidad, y como adhesión a esta medida. Medir lo que se hace en relación con la totalidad equivale a la verdad de las cosas: la verdad de una mujer, la verdad de una página, la verdad del cielo, de la tierra, la verdad del sol, la verdad del dolor o de una muerte. Este juicio al que uno se adhiere, acepta, ama lo que tienes delante tal como es; por eso es flexible, se adhiere a las cosas como son, actúa así (el hombre no puede reaccionar si no es junto a algo). Tomad esta libertad como la he descrito y haced de ella un hilo continuo: se llama «disciplina». La libertad, después, se va encontrando con las cosas y así tenemos el hilo de la vida que se desbobina. Ésta es la disciplina que nace de un juicio, del juicio original y de un amor original. La disciplina nace de un juicio y de un amor, del reconocimiento del ideal y del amor al ideal. Esto vale también para las cosas concretas: si uno reconoce, si mide con el ideal a su mujer y ama a su mujer en esa medida, desarrolla una disciplina con su mujer. Así sucede en el estudio, el trabajo profesional, la vida social, la vida política, todo. Así, la cultura es la libertad que maneja la realidad en el reconocimiento y el amor de Cristo, que está determinada por el reconocimiento del amor de Cristo, es decir, de la totalidad, del Otro. La cultura es producto del amor, de un amor; es la afirmación del Otro, con la «O» mayúscula.

## Asamblea 2

*Giussani*: «La tragedia de la historia europea –dice Olivier Clément, una de las personas más cultas hoy en Europa– radica en el hecho de que el socialismo, en lo que tiene de bueno, no ha conocido realmente la mejor parte del cristianismo. El socialismo, ese «cristianismo desde fuera», como decía Péguy, siempre ha encontrado exclusivamente ante sí un pietismo asustado de la vida, carente de toda dinámica de transfiguración»<sup>158</sup>.

No creo haber leído nunca una frase que sintetice mejor la situación que hemos intentado obviar con el nacimiento de nuestro movimiento, y en consecuencia, por oposición, una definición mejor de lo que quisiera ser nuestro movimiento: lo contrario de un pietismo asustado de la vida. El pietismo asustado de la vida es una fe que no «ataca» y que no se verifica dentro de lo que más interesa en la vida, dentro de las experiencias que la estructuran.

«Un pietismo asustado de la vida, carente de cualquier dinámica de transfiguración». La dinámica de transfiguración es la cultura, el desarrollo cultural del que habláis: el deseo, la intuición, el inicio que tenemos dentro como energía que toca, que se encuentra con cosas, personas, acontecimientos y, al juzgarlos, percibiéndolos según el punto de vista exacto de la totalidad, penetra en ellos, afronta todas las cosas, afronta los encuentros, transformándolas, haciéndolas verdaderas; hace verdadera la relación con el contenido del estudio, hace verdadero el contenido de las relaciones de compañía, de la vida social, de la vida política, de la novia, de la familia. La «transfiguración» es un concepto muy importante en la teología ortodoxa y es, de manera muy significativa, el matiz que el acento racional, racionalista, de Occidente ha olvidado. Ella marca el cristianismo en sentido contrario al dominante en nuestras asociaciones católicas y en la mentalidad clerical de Occidente. Una cierta *intelligentzia* católica, que domina tanto asociacionismo y tantos seminarios del clero italiano, afirma que la división entre fe y razón de la vida, razón histórica, es un principio absoluto: la fe tiene que ver con la escatología, con el más allá. ¡Que se las apañen ellos con esta fe, que al menos yo hago lo que quiero! ¿Me explico?

¿No os parece que el problema, incluso el de nuestras comunidades, es el problema de un cristianismo «carente de cualquier dinámica de transfiguración», que corre el riesgo de ser «un pietismo asustado de la vida»? Perdonad, no he terminado de citar el pasaje. «Sin duda, hay que contar con Péguy, además de Berdiaev y su convergencia en el personalismo francés, ya que Mounier, a comienzos de los años treinta, fundaba el movimiento *Esprit* inspirado en Péguy y con la colaboración de Berdiaev. Pero estos

hombres, estos grupos, estaban demasiado aislados, las corrientes totalitarias eran demasiado poderosas, demasiado desmedidas las convulsiones históricas, para que el personalismo pudiese dar fruto en lo inmediato (sólo hoy algo comienza a tomar forma en este sentido con *Comunión y Liberación* en Italia y con el desarrollo de tendencias personalistas en la *intelligentsia* cristiana del Este)»<sup>159</sup>.

Cuando leí este pasaje me temblaron las venas y el pulso: un desconocido capta con agudeza —echándonos sobre las espaldas toda nuestra responsabilidad— la gracia que tenemos, lo que nos ha sido dado y que todavía no reconocemos, no llegamos a ver. Es un testimonio del otro mundo. No creo que haya asociaciones que puedan ser citadas tan objetivamente, ¡porque Clément ni siquiera es católico!

Os lo he leído para que, al menos en ese deseo inicial que llevamos dentro como eco último de algo que nos ha pasado ya, pero que todavía tenemos que incrementar con energía, tenemos que tomarnos a pecho la responsabilidad, y aprender que tenemos una gran responsabilidad desde el punto de vista histórico. Uno de nosotros, que está aquí, ha hablado con Walesa en Avellino y me ha escrito esta nota: «El 14 de enero también nosotros estábamos presentes en el encuentro que Walesa tuvo con los sindicalistas y los trabajadores de las zonas sacudidas por el terremoto, en la biblioteca municipal de Avellino. Acogimos a la delegación polaca con la canción *Sto lat*, a la que se unieron también los sindicalistas polacos. Mientras tanto, desde el fondo de la sala, un grupo de la Confederación General Italiana del Trabajo cantaba *Bandera roja* y la *Internacional*. Uno de los miembros de la delegación polaca, tras acercarse a nuestro grupo, nos dijo: ‘¡Esas canciones ofenden a nuestra lucha!’. Acabada la manifestación en la biblioteca municipal, unos cuantos de nosotros, mientras volvíamos a casa, vimos ante un gran hotel de la ciudad el autobús de la delegación polaca. Con una pequeña estratagema conseguimos entrar en el hall del hotel donde Walesa se encontraba con las delegaciones sindicales y las autoridades de la ciudad. Un miembro de *Solidarnosc*, que nos reconoció como los de *Comunión y Liberación* que habían cantado en polaco, nos invitó a escuchar. Poco después llegó Walesa y nos acogió calurosamente, abrazándonos uno a uno. Después nos dijo: ‘El hombre, para ser feliz, necesita estar lleno por dentro; para estar lleno es necesario unir lo material a lo espiritual, justo como hace vuestro movimiento [ésta es la definición de la cultura]. En cuanto tenga un poco de tiempo yo también quisiera entrar en vuestro movimiento, no como jefe, porque ya hay uno, sino para servir, porque el hombre está hecho para servir’ [así es la disponibilidad del hombre que reza]. En ese momento uno de nosotros dijo: ‘¡Estamos aquí para aprender!’. Walesa respondió: ‘No, vosotros tenéis una cosa, nosotros tenemos otra, poniéndolas juntas construyamos algo más grande que nosotros’». Cuento esto sólo por subrayar la responsabilidad que tenemos.

*Intervención:* Lo que nos joroba es que nosotros hacemos coincidir el problema de la moralidad con el problema de la coherencia...

*Giussani:* Ya he hecho notar yo esta equivocación antes. Al menos eso se ha entendido, ¿no?

*Intervención:* Sí.

*Intervención:* Escribe Dostoievski: «No basta definir la moralidad como fidelidad a las propias convicciones. Es necesario además suscitar ininterrumpidamente en uno mismo la pregunta: ¿son verdaderas mis convicciones? Su banco de prueba es sólo uno: Cristo. Pero aquí ya no se trata de filosofía»<sup>160</sup>.

*Giussani:* Magnífico, es Dostoievski, de acuerdo. Sin embargo esta última frase es imprecisa como terminología, aunque se entiende en un ortodoxo. La fe es lo que hace reconocer la hipótesis de trabajo, el principio de trabajo, el inicio: Cristo. Pero el trabajo, la dinámica de desarrollo es también construir, o sea, es cultura. Precisamente el principio determinante que da forma es cultura, es fe.

*Intervención:* Quisiera hacer una observación y al mismo tiempo una pregunta. El deseo del que hablábamos nace, para mí, no de una intuición, sino de participar en una experiencia que no es formal...

*Giussani:* Sin duda, si te encuentras con un hombre que no es formalista, sino verdadero, el hilo de deseo se excita, la emoción se renueva, y por eso se profundiza. En este sentido se toma el deseo en su primera acepción, la pasiva, es una gracia, un don. Conocer a ciertas personas, ciertos grupos, es una gracia que nos despierta, que nos recuerda más fácilmente el inicio, y nos llama al centro de la cuestión. Es de aquí de donde tiene que partir la moralidad, es decir, debemos hacer que llegue a ser nuestro lo que se nos da. En cambio, ¿qué sucede (no digo normalmente, pero sí existe el peligro de que sea un efecto normal)? Se dice: «¡Qué bonito! ¡Qué valiente! ¡Qué bien ha estado Walesa en la televisión! ¡Qué bonita es esta Escuela de comunidad! ¡Qué bien ha estado éste y aquél!». ¿Y tú? Éste es el deseo pasivo, la gracia de un acento que se renueva, pero desde ahí debe partir tu libertad. Tu libertad puede arrancar diciendo: «¡Esto es mío! ¡Reconozco que esto es mío!». Y entonces, poco o mucho, hasta en las cosas que te pones a hacer, si es tuyo, te determinará, tenderá a determinarte. Por eso hay una compañía que te recuerda la larga paciencia del camino.

*Intervención:* Cuando murió don Zeno muchos comentaron su desaparición, los periódicos sacaron a la luz su personalidad y todo el bien que había hecho ese hombre. Pero, cómo decirlo, la posición de don Zeno era –desde cierto punto de vista– tan indiscutiblemente confinada en él que por tanto, por lo que se refiere a la posibilidad de cambiar la vida de uno, no tenía ninguna incidencia. Muy a menudo éste es también nuestro modo de razonar cuando afrontamos las cosas. Quizá se reconozca que alguien

es estupendo, se reconoce un hecho que es significativo, pero se dice: «¡Qué bonito! ¡Qué bien! Y en cambio yo cuántos remordimientos tengo por no ser así, por no haber seguido, por no haberme comprometido», pero no cambia absolutamente nada en mí. O bien: «Fíjate éste qué estupendo es en la comunidad, con los *Cattolici Popolari*, etc.», y sin embargo eso no me pone en marcha. ¿Qué falta en esta posición mía?

*Giussani*: ¿Tengo que responder?

*Intervención*: Bueno, sí, si no, no te haría la pregunta.

*Giussani*: Pues bien, yo, en esta frase, me fijaría en el remordimiento. Ese remordimiento del que hablas es realmente el camino cuesta arriba del que hay que marcharse. Porque no se puede soportar durante mucho tiempo un ámbito y una compañía que te causan remordimiento, que te renuevan esos remordimientos. ¡Qué diferentes son el dolor y el remordimiento! El dolor, aunque se renueve un millón de veces al día, te vuelve a poner siempre en pie para reemprender la marcha; el remordimiento te deja bloqueado y escéptico o indiferente, peor aún, hace que te intereses menos, cada vez menos. Lo digo sólo por subrayar que has sido muy realista en esta descripción.

*Intervención*: Me parece que en esa postura falta el reconocimiento de lo que ha sucedido, lo que el acontecimiento cristiano, sobre todo en sus manifestaciones más evidentes, es para mí. Yo incluso puedo no lograr ser lo que quisiera ser, o ser lo que veo; sin embargo no puedo, por el hecho de no lograrlo, negar esta atracción que siento, no puedo dejar de reconocer que lo que ha sucedido es para mí.

*Giussani*: «No reconocer que lo que ha sucedido es para mí». Ésta es toda la tragedia de la falta de sinceridad del corazón, de la falta de pobreza del corazón; es toda la tragedia de la falta de sencillez de corazón, que ya no es sólo fragilidad, sino que es pura mentira. Y si tenemos ese remordimiento del que se hablaba es porque sentimos cómo se fija en nuestra cara la máscara de la mentira. Y entonces nos resentimos con lo que es el punto de partida. En cambio, la sinceridad y la verdad son la petición de cambiar, porque con menos de esto uno no es hombre. La inmoralidad significa inhumanidad, falta de humanidad, falta de una actitud nueva, falta de una postura humana. Pero todo el Evangelio es esto: «Ten piedad de mí, que soy pecador». Y por todos los siglos de la historia la Iglesia nos hará decir, poniéndonos ante Cristo, ante Dios, en el momento supremo, en la oración suprema: «Ten piedad. Señor, piedad». No es una forma de hablar. La incoherencia y la fragilidad son una condición del camino, que el milagro de Dios salta por encima; pero nosotros debemos desear el milagro, y por eso es una petición: la oración es la petición del milagro.

De todos modos, por seguir el ejemplo que se ha puesto, digo que don Zeno no ha influido como provocación al cambio, más que en un pequeño número de personas que

estaban en su longitud de onda, a mi parecer porque su figura tenía tanto de admirable (no hay nadie que pueda dejar de reconocerlo) cuanto de una radicalidad no pedagógica para la mayoría, una radicalidad sin medias tintas. Y entonces, la mayoría de nosotros, que somos unos pobrecillos, dice: «Objetivamente no es necesario comportarse exactamente como lo haces tú, para ser cristiano». Por eso don Zeno ha sido una señal, una gran señal, cuya bandera será arriada inmediatamente, que ya ha sido de hecho arriada (por ejemplo, en la misma forma con que se le ha recordado). Es una bandera que nosotros podemos entender, porque su concepto de cultura es exactamente el nuestro, y la lucha a fondo, la lucha a muerte que la sociedad está haciendo, es contra este tipo de cultura, contra la fe que se hace cultura, como sigue diciendo Juan Pablo II: «Hace falta que la fe se haga cultura, es necesario reencarnar los valores del humanismo cristiano»<sup>161</sup>, es decir, de la antropología, de la concepción cristiana de la historia. Así habló en el discurso sobre la evangelización y el ateísmo, el diez de octubre. Haremos, probablemente en Milán, un Congreso internacional para conmemorar el aniversario de su discurso en la UNESCO<sup>162</sup>, que nadie ha citado nunca, contra el que nadie fue capaz de cacarear, y que se ha dejado caer en el olvido y basta. Su discurso en la UNESCO es la reivindicación del hecho de que el acontecimiento cristiano cambia la vida. Cambia la vida: esto es la cultura, una inteligencia y una energía que utilizan la vida conforme al ideal.

Pasemos al otro ejemplo: «Éste está comprometido en los CP, ¡es un tipo estupendo! Aquél hace lo otro, ¡qué bien está!», pero eso no me juzga a mí, no me sacude, sigo tal cual. Es aquí donde la cuestión se vuelve estrictamente moral. Hay, me parece, una sombra que viene, por análoga, de lo que he dicho antes sobre don Zeno. Para que un testimonio me mueva, no es que yo tenga que hacer lo mismo que hace ése en los CP, no se trata de que necesariamente tenga que actuar tal cual lo hace el otro con su responsabilidad; sin embargo lo que el uno hace en los CP o el modo en que el otro vive su responsabilidad tiene que moverme, tiene que cambiarme también a mí. Será distinto, pero me tiene que cambiar. Y que esto no me toque, que esto no me interese, que esto no penetre en mí y no me desafíe, es una mala señal. Cuántas veces lo habremos dicho: uno de los síntomas de que somos serios es que somos sensibles y agudos a la hora de percibir los testimonios que nos vienen de la vida de la comunidad, de la gente de la comunidad. La insensibilidad para acoger el testimonio que incluso gente que está más o menos en los márgenes de la comunidad nos da, es una mala señal para nosotros, es señal de que no estamos despiertos, es signo de inmoralidad. Es un problema moral. Moral es la posición del corazón, es la postura humana ante uno mismo, ante la realidad del mundo y ante el destino. De todos modos, hasta el que se siente más lejano y árido, frío e intocable, siempre puede hacer una cosa: pedir. Si ni siquiera hace esto, es un

mentiroso.

*Intervención:* ¿Cómo ayudarnos a percibir, dentro de la vida de la comunidad, estos signos? ¿Cómo hacer que sean orgánicos? ¿Cómo ayudarnos a valorar los intentos de búsqueda cultural que ya se dan entre nosotros, lo que por ejemplo algunos de nosotros realizan respecto a sus materias de estudio, a las cosas que leen?

*Giussani:* Me parece que tu pregunta obliga a añadir algo a lo que ya hemos dicho sobre la compañía como ayuda, especialmente como ayuda para la formación en la moralidad y por tanto en el desarrollo cultural y político. Puede ser un aspecto particular que añadir, pero muy importante, porque, no sé, yo siento en tu pregunta la invitación a utilizar, valorándolos, los tipos con vocación cultural, el compromiso que, con una cosa u otra, ciertas personas de la comunidad realizan. Hay un individuo que se interesa mucho por la literatura y podría ser, en la comunidad, un polo de atracción y de trabajo común para los demás que estudian letras; digo, se interesa por la literatura justo desde el enfoque que nos interesa a nosotros, afrontando la temática con la pasión que nos caracteriza o que debería caracterizarnos. Entonces haría falta, tal vez, que la diaconía advirtiera a los demás, que valorase esa presencia. A la diaconía, si está realmente presente en la vida de la comunidad, si es realmente una compañía para los demás, debería parecerle normal decir: «Éste se está interesando por esto, ¿por qué no le hacéis caso vosotros? Probad, interesaos también vosotros, trabajad juntos». Sin embargo, ¿cuál es el proceder normal? ¡Que el que tiene estos intereses y hace, por decirlo así, ciertos estudios, lo sacáis de la Escuela de comunidad! En la asamblea de la Escuela de comunidad dice: «Yo estoy haciendo este trabajo, quisiera hacerlo junto a otros». Por eso no sólo hace falta una diaconía que tenga pasión por valorar a todos, sino también que el individuo que hace algo tenga una dimensión comunional en lo que hace. Por ejemplo, algunos profesores se han puesto en relación con Zichichi y unos amigos suyos, aquí en Milán. Me enteré de que tenían esta relación y de que estaban haciendo un trabajo con él: eran alumnos de enseñanza media. Enseguida les dije: ¿por qué no se lo decís también a los de la enseñanza superior? Sería una ocasión óptima de trabajo para las materias científicas, por ejemplo.

*Intervención:* Quiero entender la lógica de la síntesis que has hecho. ¿Por qué has partido de ese «hilo de deseo que hay en nosotros»? Casi he pensado: «Pero ¿sólo hay esto?» Y después: «¿Cómo se convierte este hilo de deseo en disciplina?».

*Giussani:* Hace falta empezar, antes que nada. Si voy a construir una casa, antes de nada tengo que ver el terreno sobre el que voy a construir. Si no hay terreno adecuado para la construcción, tengo que estudiar, por ejemplo, cómo rellenar con más tierra, o excavar más, y tengo que encontrar una máquina que lo haga.

Pues bien, nosotros tenemos un punto de partida, que es decir: «¡Ánimo, amigos!».

Éste era el punto de partida: «Ánimo, amigos, si estamos aquí es porque la gracia que se nos dio está presente ahora: es un hilo». Yo no quería juzgarte a ti, no quería juzgar a ningún individuo: yo no me siento llevando sólo un hilo, ni me parece que otros tengan sólo un hilo, más aún, a menudo son sogas incluso muy gruesas. Lo que digo es que, en el peor de los casos, todavía hay, aunque sea como un hilo, una gracia; en muchísimos, incluso de los que estamos aquí, hay como un hilo. No partía de una observación negativa, sino positiva, era como una invitación: no se puede olvidar lo que ha sucedido, hace falta reconocer lo que nos ha sucedido. Por eso, si estamos aquí es porque todavía tenemos una espera de la esperanza, un presentimiento, incluso en la gente que está más al margen, en los que vienen cuando les apetece, también en ellos. Tenemos que construir sobre esto. Construir sobre esto se llama moralidad. Porque el hombre es –¡el hombre es!– gracia: ¡ha sido creado, le han hecho! *Factum infectum fieri nequit*: no se puede hacer que algo que existe no exista, ¡es imposible! El hombre también está hecho, pero hace falta construir sobre él: éste es el hombre moral. Por eso el problema, digo, es la moralidad.

Tú has identificado después la palabra «moralidad» con «disciplina», tal como yo había apuntado al final de la síntesis. Estoy de acuerdo en llamarla «disciplina», porque es un desarrollo, es una prolongación de la atención que prestamos a lo que llevamos encima, a lo que nos ha sucedido, al reconocimiento de lo que nos ha sucedido. Al desarrollarse, esto exige, realiza un camino, es decir, una disciplina, porque un camino tiene sus reglas. ¿Y cuáles son sus reglas? La petición y el desarrollo cultural y político. Lo he resumido así. Y he dicho: una ayuda para esto es nuestra compañía. El problema es vivir esta compañía con libertad, no con formalismo. Nuestras Escuelas de comunidad no siempre son ámbitos de gente libre. No porque se obligue a venir a nadie, o que «uno vaya si quiere». La libertad no es esto. La libertad es la presencia de gente que afronta algo para sí mismos, para su propio destino, por la búsqueda de la relación ideal, y por eso está viva –¡viva!–, no aguanta un discurso, no lo soporta. Cuando rezamos Laudes, a veces me paro para decir: «¡Fijaos en esta frase de la antífona!», precisamente para que el gesto no sea formal, sino que sea libre. Ser libres no es dejar de rezar las Laudes, sino rezarlas con la pasión de mi búsqueda del destino, de la búsqueda de la verdad de uno mismo, es decir, como expresión del deseo original. En definitiva, en el fondo, fondo, quiere decir vivir con un mínimo de seriedad y de verdad, quiere decir ser hombres. Lo decía también Jesús: «Velad, estad alerta»<sup>163</sup>: es la alerta de la razón, la alerta de la energía de la voluntad, es decir, la alerta de la libertad. «Sed libres» quiere decir «estad alerta». El «velad» del Evangelio quiere decir «sed libres», para que no caigáis en la tentación, no os quedéis atrapados en ella; no es «No tengáis» tentaciones, sino «No caigáis» en la tentación, no os quedéis atrapados por ella, aferrados por la tentación.



Quiere decir: «¡Ánimo!». Cristo siempre dice: «¡Ánimo, muchachos!».

*Intervención:* ¿Qué diferencia hay entre disciplina y ascesis?

*Giussani:* No hay diferencia entre disciplina y ascesis. La ascesis es un nombre históricamente particular de una disciplina de la vida, de la vida como disciplina. Pero tampoco hay diferencia entre disciplina y camino, la vida como camino. La disciplina es un camino que tiene sus normas. Regla, camino, disciplina, ascesis: *c'est la même chose*.

*Intervención:* Por lo que se refiere a nuestra experiencia en Mesina, tengo que decir que hasta el año pasado éramos una comunidad de gente sentimental e intelectual, cuya única preocupación era la de interpretar cada uno por su cuenta las indicaciones que se daban. Ante esto, un amigo nos dijo que el problema no es estar más o menos de acuerdo, sino estar disponibles.

*Giussani:* ¡Perfecto! Decir: «Estoy de acuerdo. No estoy de acuerdo» es decir que yo no pertenezco a esta realidad. Por bondad, os dejo hablar, escucho, y luego digo «Estoy de acuerdo o No estoy de acuerdo»: es permanecer lejos de la compañía. Mientras que la disponibilidad expresa la pertenencia a la compañía, en nombre del deseo que tenemos, del idéntico deseo que todos tenemos.

## SEGUROS DE POCAS GRANDES COSAS<sup>164</sup>

*El 17 de mayo de 1981 los italianos fueron llamados a pronunciarse sobre la introducción del aborto en el país. De los dos referéndums para derogar la ley 194, el que presentó el Movimiento por la Vida –el otro había sido propuesto por los radicales con la finalidad de quitar muchas condicionantes a la práctica abortiva– fue rechazado, obteniendo sólo el treinta y dos por ciento de votos a favor de la derogación de la ley. En los meses precedentes, la campaña para el referéndum había sido muy intensa y todo el movimiento de Comunión y Liberación se había comprometido a fondo en la derogación de la ley del aborto. En la universidad el enfrentamiento entre partidarios y adversarios del aborto había sido durísimo. Para los universitarios del CLU, sin embargo, la batalla no fue ideológica, sino que se condujo bajo el criterio de «dar razones» de sus ideas y comprender su propia identidad. En el manifiesto que se repartió tras la derrota en las urnas se lee: «Estos días hemos experimentado con evidencia la verdad y, por ello, también la racionalidad que tiene la posición humana que nace de la fe. Ésta es nuestra victoria: el éxito lo da en efecto el número de votos, nuestra victoria es el cambio de nuestro corazón y de la compañía que hay en torno a nosotros, un cambio producido por la obediencia a la verdad que hemos encontrado».*

*La preparación del Equipe y su desarrollo se dirigió a comprender la perspectiva de la presencia en la universidad sobre la base de la experiencia que se había vivido y del compromiso llevado a cabo.*

### **Asamblea**

*Intervención:* Esta mañana haremos una asamblea sobre las preguntas que han nacido del trabajo para el referéndum: ¿Qué experiencia hemos tenido con el referéndum nosotros y nuestra comunidad? ¿Qué nos enseña el esfuerzo del compromiso con las elecciones universitarias y con el referéndum? ¿Qué perspectiva se abre para nuestra presencia en la universidad?».

La primera observación, que sale en casi todas las contribuciones que habéis enviado, es que esta circunstancia ha sido una ocasión de moverse por una evidencia razonable del valor presente. Dice la aportación de la Estatal de Milán: «Durante la campaña previa al referéndum nos hemos movido con vivacidad y decisión porque para todos nosotros era muy evidente la grandeza del valor que estaba en juego. La compañía entre nosotros

se hizo más acuciante y dinámica, porque cada uno sentía como algo necesario vivir y atravesar juntos esta circunstancia». El motivo por el que nos movíamos era claro y, por eso, nos hemos movido con entusiasmo. Los problemas vienen precisamente del deseo de continuar con esta experiencia. La misma aportación continúa: «Ahora que las circunstancias que tenemos que afrontar vuelven a ser las más vulgares y privadas de la vida cotidiana (el estudio, la familia, las relaciones afectivas, las decisiones para el futuro que muchos de nosotros deben tomar, el tiempo libre), el impulso ideal parece debilitarse y nuestra compañía perder mordiente. Se insinúa en nosotros una sutil vena de escepticismo, como si en el fondo no estuviésemos convencidos de que lo que hemos encontrado, la experiencia que hemos vivido de ello, pueda pasar a través de la vida concreta de cada día y prender en ella. Así, tras la gran batalla ideal por la vida, el horizonte de nuestra existencia corre el peligro de reducirse y de envilecerse en la triste angustia de nuestras soluciones». La contribución de Ciencias dice más sintéticamente: «Podemos decir que la evidencia de Cristo como valor de la vida no hace que nos movamos inmediatamente». Y la comunidad de Florencia añade: «¿Necesitamos hacer más referéndums para encender el entusiasmo de la fe como vida más verdadera?». La pregunta que nace es cómo continuar la misma experiencia en la vida cotidiana, ante las cosas con que uno se encuentra todos los días.

*Giussani:* Verdaderamente es otra la pregunta que nace, a mi parecer, de lo que has dicho: no es sólo ésta –¿cómo continuar?–, más aún, la pregunta no es ésta, sino si hay otro motivo, más allá de la amenaza a la vida, para luchar y defender la vida, si hay otro motivo para continuar el compromiso.

*Intervención:* La segunda cuestión brota de la intervención de la Católica: «A partir de una sutil indiferencia humana, aun en la actividad, hemos llegado a una presencia interesada por lo que sucede en torno a nosotros, como ha demostrado la cuestión del referéndum. Pero este paso se ha dado porque hemos intuitido que lo que está en juego es nuestra propia vida, la conciencia de nosotros mismos, como factores que coinciden con la experiencia de nuestra compañía». Hay una exigencia de mantener el compromiso, incluso en el sentido de promover una movilización, pero como expresión de la vida, no como algo que reañada a ella.

El tercer elemento se refiere a la enorme dificultad, en algunas comunidades, de implicar en lo que se ha vivido a los alumnos de primer curso. La comunidad de Macerata dice: «Todo lo que hemos dicho no ha sido cierto para una parte de nosotros, que se identifica sobre todo con la mayoría de los alumnos de primero, los cuales, aun manifestando un vago deseo de ello, no han conseguido implicarse del todo en el trabajo y la amistad». La misma dificultad se ha comprobado con las personas que acabamos de conocer. Muchas intervenciones lo dicen: este año hemos conocido a muchísimas

personas, pero con muy pocos hemos conseguido una implicación total.

El último elemento es un apunte de la Católica: «La confrontación de nuestra experiencia con el ambiente ha venido a menos. La batalla del referéndum, al volver a rescatar la raíz del compromiso, nos impulsa a la necesidad de una confrontación continua con la realidad histórica en la que estamos». En muchas intervenciones se dice que esto, en alguna medida, ha faltado este año: la comparación de la experiencia con el ambiente, es decir, con la vida que se vive, con los problemas de todos los días (sea el estudio, la presencia en las clases, el encuentro individual con las personas que tenemos alrededor), como si muchas veces la actividad que hacemos sustituyese a este rostro personal que uno tiene dentro de la universidad. Estos tres me parecen los apuntes más interesantes.

*Giussani:* Yo digo que son cuatro.

*Intervención:* ¿Cuatro?

*Giussani:* ¡Es otra forma de contar!

*Intervención:* Entonces, merece la pena que ahora las intervenciones expliciten estos puntos y también otros que yo no haya subrayado.

*Intervención:* Espero no desplazar el epicentro de la cuestión, pero me gustaría decir...

*Giussani:* ¿Cuál es el epicentro de la cuestión?

*Intervención:* Los cuatro puntos, aunque yo sólo haya apuntado tres.

*Giussani:* Perdonad, el primer punto es: la evidencia de un valor presente y después el escepticismo («cómo hacemos para seguir adelante»); el segundo: tiene que ser una presencia que sea expresión de la vida; el tercero: una dificultad con los alumnos de primer curso y con las personas nuevas; después me parece que había un cuarto, es decir, la necesidad de no suspender la comparación con el ambiente. ¿No has dicho eso? ¡Entonces son cuatro! ¿No os parece? ¿Tú qué estudias?

*Intervención:* ¡Matemáticas!

*Giussani:* ¡Chavales!

*Intervención:* Pues bien, lo que quiero decir esencialmente son dos cosas. La primera es ésta: después de todo el impulso que hemos vivido plenamente por lo que estaba en juego, es como si la realidad cotidiana quisiera obligarnos a bajar la mirada, a hacernos creer que lo cotidiano es otra cosa, una cuestión diferente de aquella por la que nos hemos lanzado. De hecho, muchísimos han apartado la mirada. Acaso, como se entiende que eso es un error, se ha intentado mantener la mirada, pero en el vacío. Lo segundo es que eso sucede cuando uno quiere erigirse en amo de la realidad, como si quisiera forzarla a algo que a él le parece justo en vez de acogerla como un dato.

*Giussani:* Esto último no lo he entendido bien. Repite, por favor.

*Intervención:* Significa esto: querer casi buscar por uno mismo el significado de la

realidad, es decir, de lo que nos sucede, crearse un significado. Esto ha llevado a menudo a eludir la realidad.

*Intervención:* El *Meeting* que hemos celebrado en el Palalido de Milán con motivo de las elecciones universitarias empezó con unos bailes. Cuando pasamos a discutir sobre la universidad, el primero que intervino nos preguntó si el gusto de bailar continuaba cuando se trataban lo que llamamos «cosas serias», o sea, si seguían coincidiendo las cosas que se hacen con lo que uno es. En la campaña contra el aborto esta coincidencia se ha dado, al menos en mi experiencia y en la de mis amigos de la Católica, y se encontraba en el hecho de que había una razón que defender, una evidencia indiscutible; después, acabada la cuestión del referéndum, viene lo cotidiano: se deja de «bailar» por el referéndum y vuelve a empezar la vida. Aquí, me parece, hace falta recobrar la misma coincidencia entre lo que somos y lo que hacemos, es decir, la misma razón que, como en la lucha contra el aborto, te lleva a afrontar realmente la vida y te hace capaz incluso de crear. Para mí, la cuestión está en la fe, por lo menos en el hecho —como decías en los ejercicios de Pascua— de que la circunstancia (el estudio, el afecto, el trabajo) se afronte en función de la fe, y por tanto en la razón de todo. O es esto lo que permite la coincidencia o efectivamente es como si cada vez más la vida fuese poniéndose más seria o más fuerte que el ideal que he conocido.

*Giussani:* Explica un poco más esto último. ¿La vida es más fuerte que qué?

*Intervención:* Es como si la vida fuese más fuerte que el ideal que se ha encontrado, porque si ante el estudio o ante una circunstancia de la vida te parece que el impulso ideal —como decían los de la Estatal— se debilita, entonces la vida es más fuerte que ese impulso ideal.

*Intervención:* ¿Puedo añadir algo en relación con esto?

*Giussani:* No añadas nada, deja que se explique, porque todavía no he entendido lo que ha dicho él.

*Intervención:* Quería explicarlo.

*Giussani:* Entonces explícalo. ¡Añadir algo no es explicar!

*Intervención:* En la Estatal hay mucha gente en situaciones especiales, incluso difíciles. Ante estas circunstancias, todos piensan que el ideal de la vida cristiana es algo excepcional, que no vale para aquellos cuya vida es difícil: vale en general, vale para cuando uno lo tenga todo en su sitio, cuando termine la universidad, cuando esté bien; pero dentro del mal, dentro del cansancio, dentro del hecho de que tu padre ha muerto y tienes que ponerte a trabajar porque no tienes dinero para ir a la universidad, para todo esto el cristianismo no es verdadero. Entonces surge ese escepticismo de fondo que lleva a decir: «Tienes razón, las cosas que dices son ciertas, pero para mí, para esta situación que estoy viviendo, no es verdad». Las condiciones de la vida han matado la posibilidad

de que haya una esperanza verdadera, que entre de lleno en estas cosas.

*Intervención:* Quizá el error o la carencia, por nuestra parte, esté precisamente aquí: la vida parece cada vez más fuerte que el ideal de esta vida, parece que nos falta, a nosotros los primeros, una intensidad que anude la inteligencia y la capacidad de amar en el deseo de Jesucristo. Uno puede decir que Cristo es la consistencia de todas las cosas, pero, si lo piensa seriamente, decir en su vida a Cristo: «Tú eres yo», todavía está muy lejos, como la medianoche con respecto al alba: se sabe que llegará el alba, pero aún es medianoche. Somos como la gente que ama algo, que ama una idea, que ama un proyecto; sin embargo, por grande que sea nuestro proyecto y por más que se refiera a Jesucristo, no somos capaces todavía de amar y de acompañar a las personas que se nos han puesto al lado para vivir con nosotros este acontecimiento; hay como una incapacidad profunda de ternura y de compañía en lo cotidiano. Ésta, me parece, es la raíz de una infecundidad cultural o de una elección equivocada del interlocutor, porque durante mucho tiempo el interlocutor se ha identificado presuntuosamente con los grandes problemas, y en cambio el interlocutor es la cotidianidad de la vida, la cultura cotidiana, una cultura cercana a la vida. Así se empieza a hablar de las cosas que verdaderamente nos interesan con nuestras palabras.

*Intervención:* Quisiera responder a la pregunta: «¿Qué motivo tenemos para continuar con este compromiso?». Me parece que esta pregunta coincide con otra, es decir: «¿Qué sentido tiene nuestra presencia en la sociedad? ¿Qué sentido tiene la presencia de la Iglesia en el mundo?». Y quisiera responder a partir de una experiencia que me encuentro viviendo cotidianamente en la compañía del CLU: cada vez que estamos ante un compromiso, no sólo ante los grandes, como la batalla por el referéndum, sino ante otros más normales, me parece que siempre se tiene que hacer un enorme esfuerzo para motivar el compromiso, es decir, para poner de relieve las razones del compromiso: estamos casi siempre buscando razones existenciales.

Pues bien, me parece que en estos años del CLU hemos conquistado una gran riqueza, es decir, hemos descubierto la correspondencia de la fe con la humanidad que hay en nosotros. Pero pueden llegar tiempos, como el que estamos comenzando, en que nos veamos obligados por los propios hechos de la vida a ser más esenciales, más pobres. Los hechos que están sucediendo nos dicen que es necesario estar seguros de algunas, pocas, grandes cosas, y esto quiere decir que hace falta poner en juego el Bautismo hasta el fondo en la sociedad, y hacerlo todos los días. Por eso, cuando escuché la pregunta de cómo seguir, me sorprendió y me dije: «¿Cómo es posible? ¿Estamos aquí, hemos trabajado y ahora nos preguntamos cómo continuar? ¡Si continuar debería ser algo normal!». Porque me parece que la raíz de la respuesta verdadera es que se nos pide que seamos verdaderamente hombres de fe. Es decir, la razón para continuar la tenemos ya,

es lo que ya hemos recibido. Puede suceder que el movimiento no pueda ofrecernos siempre estas ocasiones que tenemos ahora para vivir (el *Equipe* y toda la riqueza que tenemos) y que se nos pida, en cambio, que pongamos en juego lo que hemos encontrado en su aspecto esencial.

*Giussani:* Esta intervención tuya es muy importante; a mi parecer es la clave de la situación de bloqueo en la que extrañamente nos sentimos.

*Intervención:* Discutiendo después del referéndum, muchos han dicho que se ha trabajado porque la razón de defender la vida era evidente. Personalmente no sé si me he movido porque la razón de defender la vida era evidente; de ser así no me habría quedado parado en los otros miles de ocasiones en que la vida está amenazada y oprimida. Me parece, en cambio, que el referéndum ha sido una ocasión histórica que la fe y nuestra vida han juzgado, un hecho que planteaba una reflexión histórica sobre nuestra vida, sobre nuestro camino y nuestro crecimiento. En esto consiste toda la diferencia entre el discurso que hacen muchos eclesiásticos sobre la formación de la conciencia en abstracto y una presencia en el ambiente, que lucha en la sociedad. La ocasión histórica pone de manifiesto que la verdadera exigencia, en la vida, es la fe, es decir, lo que he encontrado con el movimiento: ésta es la búsqueda histórica que tengo delante todos los días y a la que estoy obligado a responder.

*Intervención:* Cuando se calmó un poco la *bagarre* del referéndum, pero también antes, empecé a preguntarme: ¿qué gano yo de todo esto? ¿Qué camino marca este hecho para mí? Me he dado cuenta, mirando el trabajo que hemos hecho durante el referéndum o cuando he ido a las zonas afectadas por el terremoto, que la verdadera ganancia es que ha crecido en mí la evidencia de un Hecho presente y que ahora el modo en que estoy junto a mis amigos de Físicas es distinto del de antes, porque ya no podemos fingir que no ha sucedido nada. Lo que hemos vivido marca un camino, porque se ha vuelto más evidente y más firme el lugar al que preguntar en relación con todo. Me he dado cuenta, por ejemplo, de que hemos afrontado de manera distinta el trabajo sobre la distribución de las clases en semestres con un profesor: al principio estaba preocupado por qué decir, con miedo a jugarme el tipo, ahora tengo menos reservas a la hora de mancharme las manos con estas cosas. Es la experiencia de una racionalidad que no se construye «sobre» las cosas sino que se descubre «dentro» de las cosas, jugándose el tipo a partir de un lugar.

*Giussani:* Lo que no se ha entendido todavía es el nexo entre este vuelco de la racionalidad –no sobre las cosas, sino dentro de las cosas, es decir, que eres distinto de antes en tu relación con los demás, con tus amigos– y el lugar, partiendo del cual se afronta lo diario. Este lugar, esta compañía, ¿qué relación tiene con ese vuelco de actitud, por ejemplo en la manera de ir a ver al profesor para hablar de los exámenes

semestrales?

*Intervención:* Todo está aquí: el punto de partida para ir a afrontar esta circunstancia es una pregunta a este lugar; se ha vuelto más evidente que, si tengo que preguntar a alguien, tengo que preguntar a este lugar y no fiarme sólo de mis capacidades.

*Intervención:* Lo primero que hemos visto en Perugia es que lo que nos movía no era tanto el deseo de afirmar la verdad como la reacción cuando la contradicción se hacía demasiado fuerte. Ante la cuestión del aborto era tan evidente la contradicción que uno reaccionaba, pero nuestra preocupación no consistía en afirmar la verdad. Esto se ve en cómo la vida cotidiana se desvía del compromiso, que es evidente en los grandes momentos de movilización, como el compromiso que hemos vivido a propósito de la regionalización de la Obra universitaria o ante las elecciones universitarias o en el referéndum contra el aborto. Es como si la gente se moviese cuando la contradicción es demasiado fuerte, o cuando la acción obtiene resultados inmediatamente. Es como si lo que nos solicita no fuese la verdad que hemos encontrado, no fuese Cristo, sino las cosas que nos provocan inmediatamente de manera macroscópica. Lo primero que esta constatación nos ha empujado a cambiar ha sido el modo en que se vivía la compañía entre nosotros. Lo que he dicho, en la práctica, ponía en crisis la compañía entre nosotros, que a veces era como si se defendiera de los golpes de las decisiones personales en vez de favorecerlas: como si dejase entre nosotros demasiado espacio al intimismo y no fuese el lugar en que se incrementa la decisión personal. Por eso veíamos que el primer paso que había que dar justo después del referéndum era poner en cuestión la conducción de nuestra comunidad.

*Giussani:* ¡«Perugia», has estado muy bien!

*Intervención:* Quería decir que en este período me siento más que nunca inmerso en una problemática, aunque no en la actitud de problematizar, y creo que esto se está convirtiendo en la condición normal, mía y nuestra.

*Giussani:* ¿Qué es lo que se está convirtiendo en tu condición?

*Intervención:* Estar dentro de una problemática, porque la vida es problemática, pero no metido en el problematicismo. El problematicismo es cuando los hechos cotidianos se convierten en una objeción que te pone a dudar de lo que eres, suspenden la certeza, dejan en suspenso la certeza. Entonces, o uno escapa de los hechos para preservar la certeza, o tiene que encontrar otra cosa que le sostenga. Si no, el problematicismo le conquista. Estar dentro de una problemática sin estar determinado por el problematicismo supone entender, en cambio, que lo que yo soy se pone en juego continuamente ante estas objeciones que me piden que suspenda la certeza, y que la evidencia de la que se hablaba antes no es una evidencia metafísica, que uno tiene por principio, sino que es una realidad que uno reconoce con mayor convicción justamente



ante las objeciones que aparecen. Esto para mí tiene dos aspectos importantes. El primero es que, si las cosas son así, uno mantiene la posición común, no sólo porque es común, sino porque la hace suya. Por otra parte, lo que elimina hasta el fondo el problematismo y nos vuelve creativos es estar dentro de la modalidad histórica en la que he encontrado la fe.

*Giussani:* Repite este concepto, que es importante.

*Intervención:* Lo que elimina de raíz el problematismo no es una capacidad mía, sino estar dentro de la modalidad histórica en que la fe me ha sido comunicada; la verdadera creatividad nace de este seguimiento, de esta obediencia; esto simplifica verdaderamente la vida y nos hace realmente activos, porque me apoyo en el modo en que la relación con Cristo resulta posible históricamente.

*Giussani:* Lo que elimina el problematismo, es decir, lo que elimina el hecho de que las cosas cotidianas, los problemas, atenten contra la certeza que tengo dentro, es decir, atenten contra mi identidad, lo que en el fondo elimina este problematizar, has dicho, es estar dentro...

*Intervención:*... de la modalidad histórica en la que resulta posible para mí la relación con Cristo. Y ésta es la verdadera exigencia que tengo sobre mi vida.

*Giussani:* Sí, hace falta repetirlo. Como sois tan perezosos, por no decir obtusos –pero digamos que sois perezosos–, que hasta cuando no entendéis algo dejáis que se hable y se pase a otra cosa, hace falta que el que habla esté atento y se dé cuenta de la situación, para no abandonar lo que está diciendo hasta que le parezca que queda claro. De otro modo perdemos el tiempo. ¿Qué venís a hacer aquí? Estoy convencido de que no exagero, porque basta veros la cara, que tiene una expresión «estúpida», me refiero a la actitud que tenéis.

*Intervención:* La verdadera pregunta que se ha dirigido a mi vida, a la que tengo que responder, es esta compañía. Porque es cierto que un referéndum al mes nos podría hacer estar siempre activos, pero mucho más verdadera que el referéndum es nuestra compañía.

*Giussani:* La verdadera pregunta a nuestra vida es la compañía en la que estamos. ¿Por qué? Por lo que se ha dicho antes, es decir, porque es la forma histórica en que ha sido y es posible la relación con Cristo. Sea como sea, ésta es la cuestión. Pero esto supone que se tome nota en serio de lo que se ha dicho en algunas intervenciones. Porque Dios premia después de cada gesto generoso. Y ¿cuál es el premio de Dios? El premio de Dios es que nos pone en condiciones de ir más al fondo de la verdad. El premio de Dios no es que nos haga sacar el sesenta y ocho por ciento de síes en la votación. El premio de Dios es que nos pone en condiciones de ir más al fondo de lo verdadero; y, en el fondo, amigos míos, el problema actual es tomar conciencia de lo verdadero, de esta verdad por

la que estamos movidos y nos tendremos que mover, y por tanto tomar conciencia de la exigencia que Dios nos da con esta posibilidad, de la novedad que tiene esta posibilidad que Dios nos ofrece después de haber realizado este gesto generoso. No se trata del post-referéndum, es lo que sucede después en nosotros mismos tras el referéndum —el post-referéndum en términos puramente cronológicos—.

*Intervención:* Esta mañana, mientras escuchaba las intervenciones, me daba cuenta de que el despertar de la conciencia, normalmente, no es habitual entre nosotros. Cuando la conciencia humana se despierta, en efecto, el primer dato no es la vida, sino el encuentro que hemos tenido. Es decir, cuando la vida, lo cotidiano, se convierte en problematización es porque, a pesar de todo, estamos envueltos en el clima de la ideología mundana que vivimos. Cuando, en cambio, brota la conciencia, la primera evidencia, el primer dato, es la fe, es decir, lo que hemos encontrado. Lo que me ha confortado mucho incluso en el período del referéndum es que, cuando la conciencia del acontecimiento que hemos conocido está despierta, el horizonte es todo el mundo, es universal; la percepción de que el acontecimiento que hemos encontrado es la explicación de todo da una energía y una evidencia grandísimas, explica lo concreto porque lo explica todo. Personalmente estoy interesado en los aspectos concretos de mi vida y atento a las circunstancias particulares de las personas que tengo cerca por esto: para que esta evidencia, al iluminar la vida, sea cada vez más verdadera. De otro modo, dado como soy, me daría igual, viviría en una comodidad permanente.

*Intervención:* Como me parece que ya hemos centrado la cuestión, ¿no convendría seguir adelante sobre esto?

*Giussani:* ¿Qué quieres decir?

*Intervención:* Quiero decir que hagamos preguntas en vez de repetir lo mismo una y otra vez.

*Giussani:* También porque una asamblea puede ser trabajo o una estupidez, una pérdida de tiempo; y si es trabajo hace falta que las intervenciones traten de profundizar, de construir sobre lo que poco a poco se ha dicho. Por eso, si se ha centrado la cuestión, es necesario seguir adelante por el camino, hace falta iluminar esa cuestión. Di, entonces, cuál es la cuestión que hemos centrado.

*Intervención:* Yo, en mis palabras, diría que para nosotros el anhelo de la verdad, el deseo de la verdad vale más que la verdad...

*Giussani:* No lo digas con nuevas palabras. Si algunas intervenciones han centrado ya la cuestión y han usado ciertas palabras, quizá sea mejor usar esas palabras.

*Intervención:* Quiero decir que a menudo nos complicamos la vida o nos ahogamos en la problematización porque todavía estamos atrapados en una especie de perfeccionismo, en la búsqueda de una verdad que deseamos y que quisiéramos, y no nos plegamos a ver

la verdad que efectivamente está ahí, el hecho que está ahí, que es el camino en el que estamos, que tenemos ante todo que amar y perseguir. Esta situación nos complica, nos hace sentir cada vez menos obvio el camino y nos hace sentir una responsabilidad que es más crítica que creativa, es decir, que tiende continuamente a menos en vez de crear sobre lo que hay.

*Giussani:* ¿Qué hace que tendamos a menos en vez de crear?

*Intervención:* Digo que si uno desea la verdad –Cristo, la fe, el juicio último sobre las cosas– y no ve que la verdad está dentro de la persona que tiene delante, en nosotros, en nuestra compañía, en el camino que tenemos, y no ama esto por encima de todo, la vida se vuelve complicada, cada vez más es como una empresa ardua. Entonces, la responsabilidad que se asume o la intervención que se hace siempre es crítica (hemos afrontado el referéndum, ¿cómo afrontamos ahora el estudio?); mientras que el problema de la responsabilidad es creativo (hemos afrontado el referéndum, ha sucedido esto, hemos aprendido esto, y ahora hago esto o lo otro, y si no sé qué hacer, pregunto). Los tiempos son duros, exigen sencillez y claridad de decisión ante lo que nos sale al encuentro, claridad que no podemos empañar por lo que, en último término, es psicologismo.

*Intervención:* Me doy cuenta de que lo peor que puedo hacer ahora en el movimiento es tratar de tener *a priori* todas las ideas claras, tratar de tener garantía de éxito en lo que hago, en vez de partir de un hecho que está ahí y que puedo ver: esto es lo que me ensancha el corazón, en cierto modo, por lo que ya no puedo decir: «El referéndum ya pasó», sino que el período del referéndum ha sido una ocasión histórica, no un paréntesis en la vida, ha sido un momento en el que yo he aprendido algo.

*Intervención:* Soy de Nápoles. Lo que he entendido del trabajo que se ha hecho este año, sea por el terremoto o por el referéndum, es que la novedad, la propuesta que hacemos a los demás, es un punto de referencia adecuado. He sido más maduro durante este período porque he sido «co-responsable», es decir, me he sentido, como otros amigos, interpelado en primera persona y libre, me he movido y me he dado cuenta de que soy portador de una propuesta concreta y que los demás podían encontrar. Nos hemos preguntado: «¿De dónde ha nacido esta madurez, esta libertad, esta iniciativa?». Ha nacido del hecho de haber seguido, es decir, de habernos plegado a la verdad que hay y haber sido sencillos deseando seguirla, deseando preguntar, conscientes de que no teníamos la verdad en el bolsillo.

*Intervención:* En Roma nos hemos visto en la diaconía después del referéndum y lo que salía con claridad era que estábamos contentos y que habíamos sido afortunados. Nos hemos dado cuenta de que la única posibilidad de ser razonables era seguir la propuesta que el movimiento nos hacía y que iba en la dirección del referéndum. La

cuestión central es que hemos dado crédito a una propuesta que se nos hacía. Nos hemos dado cuenta de que habíamos sido capaces de hacer cosas que nunca habíamos pensado poder hacer. Al hacerlas, al final no estábamos para nada cansados. Tanto que, después de estos días, nos hemos dicho: «Entonces, en cuanto a la didáctica, ¿qué hacemos?». En algunas facultades hemos propuesto iniciativas simples y concretas para ayudarse en el estudio durante estos meses. En definitiva, con el impulso del referéndum, nos han venido ganas de seguir afrontando la vida que hay y que ya había antes del referéndum.

*Intervención:* En este período, en Turín, me he dado cuenta de que tenía entre las manos algo grandísimo. Comparando lo que salía en los periódicos y lo que encontraba en la universidad, entendía toda la desproporción que hay entre lo que he conocido y lo que se decía por ahí. Me surgía una pregunta: «¿Cómo actuar ante esta cosa grandísima para no dejarme chantajear por mi pequeñez?». Cuando propongo lo que he encontrado (también el referéndum ha sido una ocasión para esto), a veces pienso en cómo soy yo y después de un poco me encuentro diciendo: «Bah, no vale tanto la pena» o bien: «No estoy tan seguro como antes».

*Giussani:* Vuelves a caer, como se ha dicho antes, en una postura individualista y abstracta, que evita el peso de la realidad histórica en la que hemos sido sorprendidos y en la que nos hemos implicado, que es el signo de lo que reconocemos como significado de la vida y del mundo. Si yo tengo esta realidad histórica que es señal de aquello en lo que creo, no me vienen nunca complejos de inferioridad, ni siquiera si miro y echo cuentas de todos mis pecados diarios. En resumen, si nosotros luchamos por algo distinto, si el valor está en algo distinto de nosotros, aunque yo fuese más mezquino de lo que soy, ¿qué importa? Lo siento, quisiera ser un forzado, quisiera ser, no sé, fuerte como el Papa, y en cambio no lo soy, estoy cerrado. Sin embargo estoy apasionado por esta cosa distinta, es esta cosa distinta lo que hace que me mueva, no el análisis de lo que soy o lo que dejo de ser.

*Intervención:* Si la conciencia de lo que hemos encontrado es un dato, significa que para no alterar su naturaleza tenemos que entregarlo a otros de la misma manera. En este sentido, por la experiencia que es el movimiento, por el acontecimiento que hemos conocido, no podíamos dejar de comportarnos como nos hemos comportado en el referéndum. No podíamos haberlo hecho de otra manera: habríamos ido contra nosotros mismos. Esto tiene que llevarnos a la conciencia de otro dato que hemos experimentado: el sentido de la gratuidad abre, porque la gratuidad es lo que te libera de ti y de los que están alrededor de ti, de lo que piensa el mundo. Todo nuestro problema radica en esto: una libertad verdadera en lo que vivimos, suceda lo que suceda, incluso un accidente.

¿Qué hemos aprendido del referéndum? Sólo una cosa: que aunque nuestra fe fuese sólo de un uno por ciento, la forma de hacerla crecer es arriesgarla. No hay otra forma de

hacerla crecer. Arriesgarla: porque no hay certeza alguna a la que podamos dar ese nombre si tiene miedo a la confrontación, si tiene miedo de ponerse en juego hasta el fondo en las situaciones en que está, empezando por la mía, delicadísima, personal, hasta la de todos los hombres con los que me encuentro. Por eso la única manera que tenemos de crecer es asumir este riesgo, y hay que preguntarse si estamos dispuestos a correrlo. Este riesgo, esta lucha, empieza en mí, pero es una lucha permanente, nos mantiene despiertos. Estamos despiertos si nos comparamos con el sueño terrible que vive la mentalidad de la gente, estamos despiertos porque es la lucha lo que nos mantiene despiertos; pero el campo de batalla no es el referéndum, es la vida.

*Intervención:* Digo que mientras nos mantenga despiertos, mientras nos mantenga en tensión en esta batalla que es la vida, podemos estar tranquilos; porque, yo por ejemplo, todos los días en la universidad, siempre y cuando quiera, tengo la posibilidad de encontrarme con gente más grande que yo y que me ayuda. En definitiva, no puedo fiarme mucho de mí mismo, y sin embargo estoy igualmente tranquilo, porque siempre hay alguien que de algún modo...

*Giussani:* Creo que el problema no es que te encuentres con gente más grande que tú, mejor que tú, que te pueda tranquilizar, porque eso es falso (la gente más grande que tú puede ser más tonta que tú, como ha sucedido durante bastante tiempo, y sucede todavía en muchas universidades, me parece), sino que tienes una compañía, en la que puedes encontrar a alguien más grande que tú, que te da la posibilidad de una medida más autorizada y tranquilizadora, pero no necesariamente; si fueses el jefe de una congregación de veinticuatro chavales, recién matriculados en tu facultad, esa sería la compañía que te da ánimo, porque lo que nos da ánimo es siempre otra cosa distinta. El problema está ahí.

*Intervención:* El trabajo que hemos hecho en Macerata sobre el aborto ha sido una ocasión (como muchas otras que hemos tenido en este año) para ir más al fondo de lo que queremos en la vida, una ocasión para profundizar aún más en la fe. Pero no se ha implicado toda la comunidad. Especialmente hemos tenido problemas con los alumnos de primero. Y, entonces, el que algunos hayan ido por delante ha supuesto dejar atrás a todos los demás, sobre todo a las personas más pequeñas, a los que han llegado este año, y eso nos ha hecho preguntarnos sobre cómo vivimos efectivamente nuestra compañía, nuestra amistad, sobre cómo vivimos la implicación, el compartir, la radicalidad de las relaciones entre nosotros, es decir, si efectivamente hay un requerimiento al valor, al ideal, para cada uno de nosotros, o no.

*Giussani:* Eso de los alumnos de primero es ciertamente el síntoma o el *test* más interesante para definir la verdad de la postura que tienen los líderes de la comunidad universitaria o del grupo que lleva la comunidad de la facultad. Todo lo que ha dicho ella

es justo. Esa disgregación de los alumnos de primero (en este caso, como en el de las elecciones universitarias) muestra que puede haber una realidad comunitaria intensa, comprometida durante toda una historia precedente, en la que sin embargo el motor, la razón, no toca las raíces; porque si toca las raíces, la relación con las personas, y por tanto, la relación con los alumnos de primer curso, es diferente, cambia.

*Intervención:* La sensación que tengo es que muchas veces no está claro adónde conducirles, cuál es el objetivo.

*Giussani:* Justo, porque si falta la raíz, si falta la razón en la raíz (como acaba de decir ella), si falta la radicalidad no se sabe adónde llevar a la gente. Es como si supiésemos adónde ir nosotros, pero no adónde llevar a otros que nos pregunten. Lo que significa que también es equívoco adónde queremos ir nosotros, no está todavía claro.

*Intervención:* ¿Puedes explicarte mejor?

*Giussani:* O hacemos ahora la síntesis de la asamblea o bien basta con retener los términos de la cuestión como me he permitido recordarlos ahora, a propósito de los alumnos de primero que se «desenganchan». Tomemos el caso de las elecciones: por los datos que me constan, los recién matriculados han trabajado en las elecciones, pero han trabajado encontrándose, al final y también durante el transcurso de la campaña, como algo humillados, porque los mayores les daban órdenes, pero no estaban comprometidos con ellos. Eso ha seguido siendo así y se ha vuelto más grave, por tanto, en el referéndum. Es como gente que se pone en marcha entusiasmada, porque oye que les llaman, y cuando llegan les dicen: «Haz esto, haz lo otro», pero se lo dice un extraño que no se relaciona con él, no es un amigo. Es decir: somos parte de lo mismo, pero lo que compartimos es la actividad que hay que hacer y la ideología que hay que sostener. ¿Por qué es así? Porque incluso la *leadership*, la realidad que lleva la comunidad de la universidad, no se mueve hasta el fondo por la razón adecuada, verdadera, no tiene una postura que vaya hasta la raíz. Entonces si uno va y les dice: «¿Y ahora qué hacemos? ¿Adónde vamos? También nosotros queremos continuar con lo que habéis despertado en nosotros durante el referéndum», no se sabe qué responder. Es como si esta *leadership*, este grupo que lleva la comunidad, no se cuestionara; simplemente se quedase un poco parado ante la pregunta de los alumnos de primero o ante la pregunta del que le dice: «¿Adónde vamos? ¿Qué hacemos?». Se queda un poco cortado e incluso un poco molesto y después ni se inmuta y sigue organizando la comunidad o sigue haciendo su discurso de siempre o sigue comprometiéndose con los *Cattolici Popolari* y con el proyecto de los *Cattolici Popolari*. El verdadero problema, a mi parecer –ya se ha perfilado esta mañana–, es que esta radicalidad es una crisis que debe ocurrirle sobre todo a la *leadership* y a los grupos de responsables.

*Intervención:* A mí me vienen ganas de ayudar a estas personas; sin embargo, lo que

más me impresiona de un tiempo a esta parte es que les llevo hacia algo que he aprendido yo, no al movimiento, sino a lo que he aprendido yo de él. Entonces me surge esta pregunta: «¿Qué quiere decir adherirse al movimiento en la totalidad de sus factores?».

*Giussani:* Quiere decir adherirse al movimiento, quiere decir afrontar lo cotidiano desde dentro de la compañía que somos. ¿Qué quiere decir seguir el movimiento en todos sus factores? ¡Quiere decir seguir el movimiento! El problema es si se sigue el movimiento o bien el movimiento es una realidad que se convierte en pretexto para nuestras opiniones o para algunas movidas nuestras. Hace algún tiempo todas las comunidades del CLU eran así: el Centro decía algo y después cada universidad lo tomaba como pretexto para sus opiniones o sus iniciativas. Ahora, en lo que respecta a la mayor parte de las universidades ya no es del todo así, ya no es así; es todavía así en alguna universidad a cuyo equipo de responsables vamos a ver hoy, pero en la mayoría de las universidades no es así. Entonces basta que el criterio con el que uno hace la propuesta a los alumnos de primero o al que le pregunta tenga el mismo origen que las propuestas que se hace a sí mismo. ¿De dónde sacas las propuestas que te haces a ti mismo? Del movimiento, del CLU. «La totalidad de sus factores» significa el CLU, porque sin todos los factores no se trata del CLU, sino de un pretexto para mi opinión particular.

*Intervención:* Esta ocasión del referéndum nos ha puesto tan radicalmente en tela de juicio que la actitud que hemos asumido, con más fuerza que nunca, es una actitud de petición, de petición de la verdad: o permanezco en esta tensión, en este anhelo, y doy pasos, o me bloqueo. Entonces, estos pasos o esta pregunta, metodológicamente, ¿qué aspecto tienen?

*Giussani:* Fijaos, esta intervención tan breve vale su peso en oro. A mi parecer, si no te dejas cuestionar es totalmente abstracto el motivo por el que actúas. El problema es justamente éste: el referéndum ha sido providencial para aquellos, o para las comunidades, que se han visto puestos en tela de juicio. Si a uno no le han puesto en cuestión, el referéndum desaparecerá, de hecho ya se ha desvanecido, ya se ha desvanecido como algo que influya en nuestra vida; tan cierto es esto que no nos acordaríamos ya si el *Equipe* no sacase el tema otra vez. ¿Quién lo saca otra vez? ¿Quién ha hecho que se plantee en el *Equipe*? La gente que se ha puesto en tela de juicio por lo que ha sucedido. El problema es ponerse en cuestión. ¿Qué es lo que debe cuestionarte? Lo que sucede. Pues bien, por eso tenemos que recuperar punto por punto, palabra por palabra, algunas de las intervenciones que se han hecho. El problema es si nos hemos visto cuestionados o no. ¿Cuándo se pone uno en cuestión? Uno se pone en tela de juicio cuando le apremia y le interesa algo.

*Intervención:* Si hay que ponerse siempre en tela de juicio, no me resulta claro en qué sentido una de las primeras intervenciones decía que era obvio continuar tras el referéndum, y le parecía extraño que se hubiese hecho la pregunta sobre cómo seguir. En cambio a mí la pregunta me parece necesaria.

*Giussani:* Creo que el que ha intervenido decía «obvio» suponiendo que la gente está caminando. Si no, ¿qué hacemos aquí? Es obvio para el que está aquí. Puede que seamos optimistas sobre la gente que hay aquí, sin embargo *a priori* es un optimismo que tenemos que conceder, de otro modo seríamos tontos por habernos aceptado en esta asamblea.

*Intervención:* Durante el referéndum, en Padua, nos hemos movido por la claridad del juicio que teníamos delante. Así, sólo en la claridad del juicio que reconocemos presente, está el camino para proseguir. Eso hace que no nos encontremos bloqueados tras la batalla, sino que nos permite afrontar de manera decidida el estudio o los demás problemas. El juicio viene dado por estas dos coordenadas: por un peso, por una fascinación que el acontecimiento de nuestra compañía ejerce sobre nuestra vida y, segundo, por la consideración de quienes somos nosotros, porque sin haber conocido este acontecimiento, este hecho, no habríamos podido cambiar y tener una experiencia de novedad todos los días. La síntesis de estas dos cosas permite una posición moral comprometida cada día dentro de la vida.

*Giussani:* ¿Por qué permite esa posición moral? Porque el hecho de la compañía te provoca, y si no estás realmente muerto del todo, si no eres ya cadáver, esta provocación suscita una cierta emoción, una cierta reacción en ti, y entonces uno se mueve (una cierta reacción, es decir: uno se mueve); y la moralidad es moverse.

*Intervención:* A menudo en las Escuelas de comunidad (se ha visto también en el referéndum) vivimos preocupados de no equivocarnos, nos preocupamos de estar en la línea. Hemos defendido en estos meses el valor de la vida. Pues bien, donde yo trabajo, en el hospital, hay una mujer, una paciente, que ha entrado para morir, porque está devorada por el cáncer; ella no lo sabe, pero ha ido allí a morir. Ante esto yo me preguntaba: «¿Por qué retrocedo? ¿Por qué no sé responder?». Parece que la vida fuera más fuerte que el ideal. En cambio no es así. Pero a menudo nos quedamos parados. ¿Por qué? ¿Por qué nos echamos atrás?

*Intervención:* La vida es más fuerte que el ideal si el ideal no está presente en la vida, es decir, si el ideal es algo que prescinde de la vida. Pero si el ideal está en la vida, la vida es lo que da testimonio de su sentido.

*Giussani:* La vida es lo que verifica el ideal.

*Intervención:* Ayer fui a un encuentro de la pastoral diocesana...

*Giussani:* Ah, ¿sí?



*Intervención:* Allí se hablaba de las técnicas para acercar los jóvenes a la Iglesia, y la mejor de ellas parecía ser la Palabra de Dios. Intervine preguntando por qué, a pesar de esta palabra, hay un proceso de descristianización enorme, es decir, que esta palabra ya no dice nada. A mí parecer –dije– la palabra es la presencia. La palabra no puede separarse de la presencia. Del mismo modo, el ideal es la vida, es la vida que hay, no la que debería ser, y la petición es que surja una presencia, porque alguien que pide testimonio una presencia: por eso hay que amar la petición y sobre todo hay que amar al objeto de esta petición. Pero hace falta reconocer que el dato que cuenta es esta realidad que se nos ha manifestado. Y es obvio, como se decía, que seguimos, porque el referéndum es una batalla, pero la guerra es la vida.

*Giussani:* Repite los pasos, por favor, sobre todo el ejemplo de la palabra, que es el más hermoso de todos, porque la palabra es la expresión de algo presente, es la expresión de algo; por eso, originariamente el término «palabra» significaba también «hecho». Sin hecho no hay palabra. Decías por eso que éste es el primer punto que hay que entender; que el ideal no es nada si no es la vida, si no está en la vida.

*Intervención:* Quiero añadir que la fe en Jesucristo es la fe en la Iglesia, porque a Jesucristo no se le conoce sin la Iglesia, es decir, sin nosotros. Ésta es la cuestión tremenda, es decir, que nosotros remitimos a algo que es más grande que nosotros. Y reconocer este hecho es la cuestión decisiva de la vida....

*Giussani:* ...que da certeza, seguridad, alegría, allí donde estemos, aunque seamos unos mezquinos, como he dicho antes; no nos interesa ya ni la constatación de que somos mezquinos, no nos detiene ya ni nuestra mezquindad, ni nuestra corrupción: ¡ya no nos detiene ni siquiera nuestra corrupción! Y de hecho, lo que nos salvará de la corrupción es precisamente este entusiasmo que permanece, que atraviesa también nuestros errores, porque nuestra certeza y nuestra alegría son otra cosa que nosotros «señalamos», a la que remitimos. Esto es la fe.

*Intervención:* Alguien que viva así, entonces, no quiere decir que tenga la respuesta a todo, pero tiene la posibilidad de preguntar.

*Giussani:* ¿Qué quiere decir «la posibilidad de preguntar»?

*Intervención:* Tiene el lugar donde reconoce que está la respuesta y tiene la certeza de un camino que recorrer, que seguir. Quiero seguir este camino porque esto es lo que nos hace protagonistas de la existencia: no el hecho de tener todas las respuestas, sino la conciencia de que se puede aprenderlas. De otro modo, hay siempre una pretensión desproporcionada en relación con lo que somos, que nos hace replegarnos inevitablemente sobre nosotros mismos. El problema no es el referéndum, sino el estudio del lunes por la mañana, es nuestra presencia en la universidad, es el hecho de que, si estamos acorralados, es necesaria una energía creativa, una capacidad de presencia

constante, continua, que costará mucha fatiga. Pero esto no será posible sino dentro de la fe.

*Giussani:* Cerramos. Pero queda la profesora, no podemos dejar de ser caballerosos. Por favor, profesora, hacemos una excepción para usted.

*Intervención:* Al oír hablar del ideal y de la vida que necesita del ideal, me venía a la cabeza lo que he aprendido en estos años en el movimiento, cuando el lunes por la mañana leo el Salmo: «Tu gracia vale más que la vida»<sup>165</sup>. En estos años se ha convertido en un juicio sobre mi vida. Pero lo he aprendido tan sólo porque he conocido esta compañía, que es el lugar donde es posible la relación con Cristo. Lo vivo dentro del CLU y doy gracias a Dios por ello, porque es la posibilidad para mí de aprender una postura humana verdadera ante la vida.

*Giussani:* Recemos una oración.

## Síntesis

*Giussani:* Repasando vuestras intervenciones de esta mañana me parece que nace un discurso, una reflexión, que pasa a través de los siguientes puntos. No pretendo dictar una conclusión sino que quiero expresar el orden de las reacciones tal como –releyendo vuestras respuestas, vuestras intervenciones– me ha surgido. Quisiera que si un paso no se entiende, o no se comparte un punto, se plantee la objeción enseguida, porque es necesario que trabajemos juntos. Por eso, os ruego que me interrumpáis si un paso no está claro o una afirmación no resulta el desarrollo lógico de la anterior.

Lo que hemos vivido este último mes y medio –como decía uno de vosotros esta mañana– nos ha puesto en cuestión: la circunstancia del referéndum nos ha puesto en cuestión. Entonces, poner en cuestión, como se ha dicho después en otra intervención, quiere decir despertar a alguien que dormita: como el que se despierta de una patada en la espinilla o por un grito alarmante. Se nos ha puesto en cuestión. Así otro ha dicho: «Antes estaba de manera distinta a como estoy ahora».

Estas dos observaciones son un síntoma positivo, más aún, pueden constituir –juntas– una buena forma de valorar lo que ha sucedido. ¿Cuántos entre nosotros se sienten diferentes por lo que ha sucedido? Creo que más de los que se puede imaginar. Ahora somos distintos de lo que éramos antes del referéndum, porque, al haber sido movidos, puestos en cuestión, todos nosotros estamos a la espera de algo que dé continuidad o desarrollo a lo que ha empezado. Por tanto, la diferencia con lo de antes está en el hecho de que nuestra conciencia está «removida».

Si hubiésemos tenido esta reunión en septiembre, sin habernos visto antes,

probablemente jamás se habrían dicho estas dos frases, especialmente la última («Antes era distinto de como soy ahora»). Si hubiésemos dejado pasar algunos meses, seguramente no se habría podido hablar así. Quizá, en unos meses habríamos vuelto a ser como antes, dentro de un ritmo de vida que no nos arranca la capa de una cierta obtusidad, como siempre sucede cuando uno se mueve por costumbre.

¿Qué pregunta se puede hacer? ¿Se puede dar forma a la pregunta que este momento que hemos pasado nos ha suscitado? ¿Se puede dar forma a esta «inquietud», a esta expectativa inquieta, todavía relevante en nosotros tras lo que ha ocurrido? Si la dejamos pasar, volveremos al sopor o la costumbre de antes, y eso impide que surja una novedad de lo que ha sucedido. ¿Se puede dar forma a esta pregunta? ¿Se puede dar forma a esta inquietud?

## I

A mi parecer —éste es el primer punto, el primer paso que me ha impresionado esta mañana— esta forma ya se ha dado (todas las frases que cito las habéis dicho vosotros): «¿Cuál es nuestro papel en la sociedad?». Ésta es una pregunta muy certera y muy seria: «¿Cuál es nuestro papel en la sociedad?». Si no quieres responder «soy funcionario», si no quieres responder «soy técnico de la *Snamprogetti*», si no quieres responder «trabajo en *Il corriere de la Sera*», «soy médico de empresa», si no quieres responder, no sé, «soy un buen padre de familia», en definitiva, si no quieres responder estas cosas, es decir, si la pregunta —como es evidente— excede del «tran tran» o la mezquindad de estas respuestas (la mezquindad es una postura que tiene el horizonte cerrado en sí mismo y por tanto, en última instancia, de mónada: te hace ser en último término como una mónada que tiene que pagar algunos peajes, el IVA o, no sé, el IBI al ayuntamiento: peajes, fijaos que se harán cada vez más onerosos y numerosos, porque el ideal del «socialismo» es convertir la existencia entera de una persona en una serie de impuestos que pagar); entonces, si no queremos dar, digámoslo así, una respuesta banal, tenemos que partir de esta pregunta capital: ¿cuál es nuestro papel en la sociedad?, ¿cuál es nuestro papel, digo, como gente que tiene una cierta concepción de su existencia, que tiene cierto sentimiento de lo que es, de lo que lleva dentro y de los nexos que vive con todo lo que está fuera, como gente que tiene una concepción de sí y del mundo, del tiempo y de la historia, de su propio destino y del destino de la gente, del destino de los hombres, es decir, como gente cristiana, como cristianos? ¿Cuál es nuestro papel en la sociedad?

«¿Estamos obligados a darnos cuenta de cuál es nuestro papel en la sociedad solamente cuando la contradicción es demasiado fuerte?», ha dicho otro. Y yo digo: ¿debemos estar presentes sólo cuando alguien nos da tal paliza que nos deja ya muertos,

cadáveres (podemos decir: que se es ya socialista, «socialistizado»)? ¿O bien estamos presentes en la sociedad con un rostro que tiene detrás una cabeza y debajo un corazón, con manos y pies que tienen su laboriosidad, que tienen un parecer, es decir, que tienen una conciencia propia? No podemos estar en la sociedad reaccionando sólo cuando la contradicción es demasiado fuerte. Es a lo que se ha resignado gran parte de la cristiandad italiana, que está presente en la sociedad, o trata de estar presente en la sociedad sólo cuando se convocan elecciones (cada cinco años). Cierta catolicismo italiano no ha hecho otra cosa que esto —¡nada más que esto!—, gestionando votos de manera descerebrada, sin inteligencia y sin corazón, es decir, sin una identidad capaz de tener un proyecto; todo se ha desperdiciado, y ahora se teoriza sobre la opción religiosa, según la cual ya no tenemos que interesarnos por la política como cristianos.

Por otra parte, si reaccionamos tan sólo cuando la contradicción es demasiado fuerte, si tuviésemos que esperar a reaccionar cuando, cómo decir, nos llamasen a todos ante los tribunales bajo la acusación de plagio porque hemos expuesto nuestras convicciones religiosas en la «clase de Religión» o en cualquier otra hora, si tuviésemos que esperar a que la contradicción fuese así de fuerte, seríamos realmente indignos de respirar y vivir. Todavía más, si reaccionásemos sólo cuando la contradicción fuese demasiado fuerte, eso significaría que la afirmación que hacemos no nace de la vida, no es expresión de la vida, no es la presencia de una vida, sino una reacción para sobrevivir. Aunque esto parezca ser el ideal de cierto catolicismo italiano, no puede, sin embargo, ser el nuestro.

Por otra parte, que participemos de esta peste quiere decir que estamos más en una postura de reacción por sobrevivir que en una postura de vida. Que nos cueste dar motivos para el esfuerzo normal de todos los días (ésta es la acusación que se hacía en la intervención de esta mañana) es gravísimo. Y me parece clarísimo que es así. Nuestra dificultad es ésta, antes aún que el problematicismo, mucho más que el problematicismo (que es la palabra justa para indicar lo que normalmente llamamos escepticismo entre nosotros; no es escepticismo, es problematicismo la trampa en que nos sentimos atrapados y vemos atrapada a tanta gente nuestra; más aún, hasta las comunidades incluso en sus hombres más comprometidos: no es tanto escepticismo como problematicismo). Quiero decir que si nos cuesta dar motivos para el esfuerzo cotidiano, quiere decir que nuestra vida no es vida, porque la vida lleva en sí sus motivos: desde las siete de la mañana, cuando vuelve a empezar, hasta que uno «se marcha» por la noche, los motivos para vivir los tiene la vida. Esto quiere decir que nuestras comunidades corren el peligro de no tener todavía vida, de ser sencillamente una realidad reactiva, suficientemente reactiva para defender su propia supervivencia.

La supervivencia actúa por reacción. Cuando el golpe en contra es muy contradictorio y grave, entonces se reacciona bien, como hemos hecho en el referéndum. Pero la vida es

lo único que crea, que construye. La construcción de la vida no tiene momentos de suspensión, no tiene *epoché*, no tiene paréntesis: la vida camina. Una construcción, o es continua y en todos los aspectos, o no existe. La vida, o penetra, inerva, asimila y utiliza todo, o no es vida. Decía la intervención: «Es como si estuviésemos siempre algo atareados en buscar razones existenciales». Justamente ésta es una acusación o una definición que nos alinea con el revoltijo o la masa de todos los demás: todos vuestros compañeros, de hecho, están buscando razones existenciales para poder tener un poco de gusto de la vida.

Creo que esta observación, esta «pintura», esta descripción que hemos hecho de nuestra situación –brevemente, pero muy certeramente– representa de manera adecuada la postura de todas nuestras comunidades. ¿Qué os parece? No sirve de nada exagerar: ¡decid si es exagerado o no! «Es como si estuviésemos siempre atareados en busca de razones existenciales». Cuesta motivar el esfuerzo diario. Entonces, ¿qué presencia es? ¿Qué vida es? Es la supervivencia de algo que se ha recibido, de un *shock* que se ha recibido, de algo que se ha despertado y todavía tiene un poco de energía para afirmar su propia supervivencia; por lo que, ante un ataque fuerte, se endurece. El perro que duerme a lo mejor todavía es capaz de morder, pero después mete el hocico entre las patas, cerca del polvo. ¿Alguien tiene la impresión de que esto sea exagerado? Fijaos en que precisamente el compromiso extremadamente bonito que la mayor parte de nuestra gente –de los aquí presentes con sus comunidades– ha vivido (no todas las comunidades universitarias, pero la mayor parte de ellas ciertamente ha vivido este mes y medio de una manera viva y bonita), justamente este compromiso realza la observación que hemos hecho: es esto lo que nos inquieta, porque sentimos todos cercano el peligro de quedarnos en esta «línea de flotación», en este *suspence* entre los compromisos con la CUSL o con el CLU y la vida, la vida cotidiana, la vida personal, que está toda ella atareada por la ausencia de motivos que hagan dignos, gustosos y humanos los asuntos, las empresas que uno acomete todos los días, los intereses de todos los días.

La intervención que he citado respondía con unas palabras preciosas. Decía: «Hace falta que nos volvamos más pobres», y usaba esta palabra de una manera verdaderamente cristiana, ha acertado en su valor. Más pobres: ¿qué significa más pobres? ¿Os acordáis de lo que ha dicho? «Estar seguros de algunas cosas grandes». El pobre es el que está seguro de algunas cosas grandes, por lo que –al estar seguro de algunas cosas grandes– construye la catedral y vive en casas miserables, cien mil veces más hombre que el que tiene como horizonte último un apartamento totalmente confortable y después, si resulta que va, da también una limosna en la Iglesia. Pobres: seguros de algunas cosas grandes. ¿Por qué la pobreza es estar seguros? Porque la certeza quiere decir abandono de sí, quiere decir superación de sí, quiere decir que yo

soy pequeñito, que no soy nada, y que lo verdadero y grande es otra cosa: esto es la pobreza. Esta pobreza nos hace libres y plenos, nos hace activos, vivos, precisamente porque la ley del hombre, es decir, la dinámica estable de este mecanismo natural que se llama hombre, es el amor, y el amor es la afirmación de algo distinto de mí como mi propio significado. Por eso, si no es fácil encontrar entre nosotros gente segura, es porque no hay todavía pobreza entre nosotros. La pobreza, en efecto, es una conquista muy adulta.

## II

Este primer paso era como un *status quaestionis*, como una descripción de la situación. Y verdaderamente es, no ya la descripción de la situación de nuestras comunidades, sino del estado de ánimo que gobierna también esta asamblea. Entonces, «estar seguros de algunas cosas grandes» —éste es el segundo paso— es la «fe». Quiero reservar para luego un recordatorio de los factores que definen el contenido de la fe; ahora démoslos por descontado, porque vale la pena usar ya la palabra fe seriamente por sí sola. De hecho, la palabra fe expresa la relación esencial que tenemos con algo distinto de nosotros —de nuestras opiniones, de nuestros proyectos, de lo que poseemos, del resultado de nuestro obrar—, nos llama a algo distinto, a las «cosas grandes» que son mucho más grandes que todo lo que nosotros podamos construir. La gente que construyó San Ambrosio de Milán era pobre porque estaba segura de algunas cosas grandes, más grandes incluso que la hermosísima construcción que habían sido capaces de erigir; algo que, precisamente porque es más grande, da la capacidad de construir cosas grandes. Sólo algo que está más allá permite al hombre construir cada vez más, superarse a sí mismo hasta en la belleza de lo que crea.

Tomando vuestras palabras, voy a detallar ahora observaciones que me han parecido muy concretas y llenas de sugerencias sobre cómo debemos vivir la fe.

Hasta este momento, ¿cómo hemos definido la fe? «Certeza de algunas cosas grandes»; certeza de algunas cosas grandes que permitirá la gran construcción de tu relación con la mujer o con el hombre; certeza de algunas cosas grandes que permitirá la arquitectura de tu intervención en la sociedad, que permitirá que tu trabajo se erija ante tus ojos como algo bello y útil. Sólo la certeza de algunas cosas grandes permite al hombre organizar el espacio y construir una arquitectura. Si no se convierte en obra de arte, el toque que el hombre da a las cosas no es humano, es mecánico; el arte introduce en la manipulación mecánica el resplandor del ideal —el «arte que casi es nieto de Dios»<sup>166</sup>, decía el padre Dante—. Sólo que el arte, como resplandor del ideal, permanece a un nivel estético, porque no salva nada; y el vivir se vuelve melancólico para cualquiera que se dé cuenta de esto. Lo único que salva es una belleza buena, que no

teme el tiempo que pasa, no teme el dolor ni teme la muerte.

Antes que nada, entonces –por recoger las observaciones más menudas que habéis hecho–, la forma de acrecentar la fe es «arriesgarla, confrontarla con lo que sucede». El que haya participado en la celebración del Jueves y el Viernes Santo en Milán ha oído usar otra palabra –pero es lo mismo–: las circunstancias. Una fe que no arriesga en lo que sucede, en las circunstancias, no es verdadera; no en ciertas circunstancias, las que representan una contradicción tal, un impacto tal, que hasta despiertan a un muerto, sino en todas las circunstancias, pequeñas o grandes; porque la vida es esa trama de circunstancias que te asedian, te tocan y te provocan («provocan»: aquí está la raíz de la palabra cristiana más hermosa sobre la vida, «Vocación»).

Es justo este impacto, este riesgo, esta confrontación –la palabra adecuada sería «trabajo», pero en este tiempo laico, de mentalidad laica, esta palabra ha perdido completamente toda posibilidad y capacidad de atractivo, toda capacidad ideal–, es esta lucha (digamos aunque sea la palabra «lucha», que al menos puede provocar alguna vibración, tal como ha sido usada esta mañana), esta confrontación, este arriesgar la fe en las circunstancias, es decir, en todo lo que sucede (hasta cuando entras en clase y el profesor dice una frase determinada), esta lucha es lo que nos mantiene despiertos –¡despiertos!–, es decir vivos –¡vivos!–.

Lo que hemos vivido, ha dicho otro, «es una batalla, pero la guerra es la vida». La vida es un conjunto de batallas. Estas batallas constituyen verdaderamente el tejido de todas las horas de la jornada, precisamente porque ellas son el conjunto de las circunstancias. Es lo que decía Jacopone da Todi hablando de Cristo: «El que entra siempre te ama,/ que Tú eres estambre y trama»<sup>167</sup>, eres tejido y diseño: eres todo. Esto tendría que llegar a ser posible para cada uno de nosotros. Entonces uno es distinto: sigue siendo tal cual, miserable como es, y sin embargo es distinto; sigue siendo un pobrecillo, pero tiene dignidad, ha adquirido dignidad, porque la dignidad es algo de más allá de nosotros, no somos nosotros, no podemos sacarla de nosotros. De hecho, cuando el hombre se concibe como autónomo, sólo queda la dignidad del poder del Estado. Es lo que decía nuestro queridísimo novelista Italo Calvino en el *Corriere della Sera* hace tres años, hablando del aborto: «La persona no es una realidad, un derecho natural, la persona la construye la sociedad»<sup>168</sup>. Y por tanto –como decía un tal Bonanni en el *Corriere della Sera* el año pasado– hasta «el amor a los hijos es un tabú que hay que eliminar».

La dignidad no puede venir de nosotros, si no se percibe como el chorro de una fuente que nos supera, más profunda, de más allá. Por eso el Señor ascendió al cielo. ¿Qué significa la Ascensión? Que el Señor haya ascendido al cielo es una metáfora: quiere decir que el Señor, la realidad de Cristo resucitado, ha empezado a ponerse en la raíz de las cosas, ha empezado a fermentar las cosas, en el sentido de que consisten en Él, y esto

ha empezado a asegurarse y nada lo frena ya. La dignidad es Otro que está en mí, que está entre nosotros, es algo Distinto que está en mí y entre nosotros. No hay nada más liberador que esto. De hecho, la única persona libre en el mundo por estructura y naturaleza es el niño pequeño, porque toda su dignidad y seguridad son su papá y su mamá. Es algo conmovedor y fascinante cuando una persona mayor, adulta, ama de tal modo que su dignidad es verdaderamente, totalmente, el Otro. Encontrar algo así es interesante. ¡Y es posible!

Así pues, la lucha es lo que nos mantiene despiertos, y esta lucha es la trama normal de la vida: nos mantiene despiertos, es decir, hace que madure en nosotros la conciencia de lo que es nuestra consistencia o nuestra dignidad, que es Otro.

Una intervención que conviene retener tal y como se ha formulado afirmaba: «La convocatoria del referéndum planteaba una exigencia histórica a nuestra fe». El hecho del referéndum planteaba una exigencia histórica a nuestra fe: nuestra fe se ha visto provocada a arriesgarse, a compararse, a medirse, y por eso ha provocado esta lucha, la lucha dentro de este hecho. Pero —como hemos dicho antes—esto no puede ser algo excepcional: cada cosa es un hecho que plantea una exigencia histórica a nuestra fe. Que te levantes por la mañana y no tengas ganas de ir a clase o a trabajar, que vayas a ver a tu novia y te la encuentres de morros, éstos son hechos que plantean una exigencia histórica a tu fe; como por la mañana, cuando te levantes y no tengas ganas de estar con tu mujer (o viceversa), o bien cuando sientas sobre tus espaldas el peso de tu ambiente de trabajo: éstos serán hechos que plantearán una exigencia histórica, es decir, existencial, a tu fe.

El mecanismo que ha prendido a causa del referéndum debe volverse cotidiano, porque la fe es la consistencia de la conciencia de mi yo, de mi persona: sin estas pocas grandes cosas, ¿qué soy yo? Una reactividad que trata de arreglárselas, de sobrevivir o de imponerse hasta donde lleguen las energías. Entonces la fe (esas «pocas cosas grandes» son la fe) debe ponerse en juego, arriesgarse, confrontarse con todo lo que sucede, y por tanto con toda la trama de circunstancias, hasta con la más insignificante. («Tendréis que rendir cuentas hasta de cada palabra dicha en broma»<sup>169</sup>; más capilar que esto, *se mène*). Esta lucha es justo lo que despierta la vida, lo que hace viva la vida; y la vida es esta guerra, la guerra ideal. Por eso la vida está toda ella puntualmente formada por hechos que plantean una exigencia histórica o existencial a nuestro tiempo: no tenemos que esperar a que nos arrastren a las cárceles de nuestras ciudades para despertarnos.

### III

Tercer paso. Esta trama de circunstancias, esta vida que es cotidiana (no es vida la que puede saltarse lo cotidiano) arraiga en un lugar —en el sentido físico del término—: se llama «ambiente». Por eso, este arriesgar la fe debe darse en el ambiente (fijaos, por



favor, que cuando no os veáis arrastrados buenamente, gustosamente, por la ola favorable de un momento de euforia, por un período fácil de vuestros sentimientos familiares, el primer ambiente será también vuestra familia, en la medida en que percibáis una distancia, es decir, la diferencia con vuestra mujer, con vuestros hijos, las pequeñas telas de araña que veáis en las paredes, el vaso que se rompe). El ambiente no es la universidad, el Ayuntamiento o el Gobierno regional, es la realidad en cuanto lugar, campo, ámbito de las circunstancias, lugar geométrico de las circunstancias que me tocan. En este sentido, cada ambiente, por su propia naturaleza, aspira dentro de sí también el aire de los territorios más lejanos; en el ambiente se refleja el mundo entero, porque la conciencia del hombre es el punto que polariza el universo entero, el mundo entero. Por tanto el ambiente no es un trozo del mundo: es el mundo que se concreta en unas circunstancias. Se trate de las cuatro paredes de la casa o de los cuatro gruesos muros de la gran nave de la fábrica, o de lo que queráis, la fe debe arriesgarse en el ambiente. Sin duda no podemos olvidar que hay ámbitos que, por su propia naturaleza, se convierten en fuente de las decisiones que modifican el clima y las relaciones con las cosas, y también el significado de los otros ambientes en que se vive: lo que sucede en la familia depende de lo que nace en la universidad o de lo que se origina en las fábricas. Es necesario, desde este punto de vista, como se ha dicho esta mañana, «que las actividades no sustituyan para nosotros la confrontación con el ambiente». Las actividades que hacemos no agotan el fenómeno de una fe que se arriesga en el ambiente, más bien son como los adornos respecto a los bajos del vestido. El valor del ambiente no se agota en las actividades que hacemos, ni siquiera en la CUSL. Las actividades tienen, por un lado, el valor pedagógico de despertar, ayudan a estar despiertos; por otro lado, tienen un valor político, de intento de movilización distinta en el ambiente.

#### IV

Cuarto punto. El peligro más grave lo he reconocido en otra observación que se ha hecho; y es realmente un punto capital. Mientras el ambiente establece la visibilidad externa de la cuestión, la observación que quiero proponer se refiere al ambiente interior, el de nuestra conciencia: el peligro grave es el problematismo. Yo creo que «problematismo» es una palabra más adecuada que «escepticismo», también porque el escepticismo, si acaso, es como cierto perfume que las mujeres dejan a su paso cuando se han echado demasiado, por temperamento (para hacerse notar) o por error. Se ha dicho que hay problematismo –nosotros somos víctimas de este problematismo– «cuando lo cotidiano, las circunstancias, lo que sucede, se presenta como objeción a lo que eres». Fijaos, por favor, en que el *punctum dolens* no está en el hecho de que lo que

sucede se presente como objeción a lo que somos, sino en que esta objeción logre su objetivo. «Lo cotidiano se presenta como objeción a lo que eres».

Intentad pensar en lo cotidiano (estudio, dinero, interés, novia, diversión), en cómo para la inmensa mayoría de nosotros representa una objeción a lo que somos, porque nosotros somos de CL. El conjunto de «intereses» privados que golpea directa y estructuralmente nuestra voluntad de vivir, para la gran mayoría de nosotros, no tiene nada que ver con el hecho de ser de CL. Por eso, que «lo cotidiano se presente como objeción a lo que eres» implica que tenemos cierta conciencia de lo que somos. Si yo no tengo conciencia de lo que soy, las circunstancias serán una objeción a lo que digo ser o a lo que quisiera ser. Digo que soy cristiano e incluso quisiera ser cristiano, pero las circunstancias cotidianas son una objeción a esto: entonces uno sale, trata de salir del ambiente en que está (del ambiente, es decir, de lo cotidiano) para conservar la certeza; y entonces la fe ya no crece, porque la fe crece cuando se arriesga en lo cotidiano. Es la figura de todos los de CL que, cuando llegan al cuarto año de universidad, dicen: «Dios mío, ¡ahora me voy del CLU!» y se sienten perdidos porque hasta entonces el CLU ha sido como un zumbido que les ha llenado y llenado, y ahora sienten que el zumbido desaparece. Uno se sale de lo cotidiano. ¿Qué quiere decir salirse de lo cotidiano para conservar la certeza? Uno se sale de lo cotidiano cuando identifica la fe o su ser cristiano, su ser de CL, con la actividad de las CUSL o de los *Cattolici Popolari* o de CL (la Escuela de comunidad). Esto es precisamente salirse del ambiente para mantener la certeza de sí. O bien, uno se aviene a compromisos, cede a las componendas que hacen árida y alejan cada vez más la mordedura de «algunas grandes cosas», y se hace cada vez más rico en lo que quiere, en lo que busca. En cambio, se ha añadido, la postura verdadera es la problemática: no el problematismo, sino vivir la problemática de la vida. ¿Qué significa «problema»? «Lo que yo he sido, aquello en lo que me he convertido, lo que soy, se pone en movimiento ante las objeciones que me piden que suspenda la certeza». La relación con la novia, o el estudio, o el propio día de mañana, o una opinión propia en el campo de la política, o lo que vosotros queráis, se convierten en objeción que me pide que suspenda la certeza. ¿Qué tiene que ver lo que decimos con la relación que tienes con tu novia o con la imagen de tu carrera futura o con tu voluntad de compromiso político? Todo esto se convierte en objeción que te pide que suspendas la certeza: ¡esas pocas cosas grandes no tienen que ver con esto otro, con tus intereses!

*Intervención:* Por entender bien lo que dices: ¿esta observación es similar a la de esta mañana que decía que tenemos una responsabilidad más crítica que creativa?

*Giussani:* Eso, me parece, es un aspecto de la cuestión: nosotros vivimos una responsabilidad más crítica que creativa, es decir, que responde a las cosas cuando se convierten en objeción relevante. Cuando las cosas se convierten en una objeción

relevante a la posición de CL, nos volvemos críticos. Pero no somos creativos, porque la creatividad es la fe que se pone en juego en la circunstancia y la cambia, la transforma, es decir, crea algo diferente. Así, por ejemplo, en la relación chico-chica, la postura crítica se llama moralismo, y la postura creativa es algo que hace que la relación sea distinta. El moralismo te deja –cada vez menos, pero te deja– un poco preocupado si sobrepasas ciertos límites, mientras que una actitud creativa es otra cosa: hace que la relación sea distinta, vuelve diferente la forma de mirar y de pensar, y esto es un pedacito de humanidad distinta. La actitud crítica no hace que la humanidad llegue a ser distinta; si acaso, crea malestar (el único gusto que queda puede quizá ser el de discutir),

El «problema» es precisamente la fe que se arriesga en las circunstancias, que me moviliza contra la circunstancia cuando ésta objeta y quisiera que yo suspendiese la certeza de las pocas grandes cosas. ¿Qué tiene que ver el ideal con el estudio, con el dinero, con la familia que debes formar o la que ya tienes? ¿Qué tiene que ver? Esto es un «problema», plantea un problema, porque estas situaciones quisieran que yo suspendiese la certeza y adoptase una postura reactiva más superficial. Entonces me veo movilizado y lucho contra esta objeción, contra este ataque: contraataco y, al contraatacar, la fe hace que conciba y movilice de forma distinta mi relación con las cosas que me interesan, y así se crea una experiencia de humanidad distinta, y esto es la verificación de la fe: la fe se hace grande y fuerte.

¿Qué es lo que permite que el problematicismo se convierta verdaderamente en una dinámica problemática? ¿Qué es lo que nos impide caer en el problematicismo, o en el escepticismo, que es lo mismo, cuando las cosas se vuelven objeción, y, entonces uno se queda ahí, atrapado en su límite, sin saber cómo mover las manos, y luego se introduce en él un aire de escepticismo y de «alejamiento»? ¿Qué nos impide caer en el «problematicismo» y nos permite en cambio agarrar por el cuello la problemática, y por tanto vivir de un modo vivo (porque la vida es una problemática, es una trama de problemas en los que opera el ideal que hay en nosotros, con los que se enfrenta y vence o, lo que es lo mismo, hace renacer lo humano)? ¿Qué nos impide caer en el problematicismo y nos permite permanecer en el nivel sano de vivir la problemática? Lo que elimina el problematicismo es «estar dentro de la forma histórica en la que resulta posible para mí la relación con Cristo».

Si un feto pudiese pensar, ¿cómo sería posible para él evitar el problematicismo («Dios mío, ¿cómo haré para respirar, cómo podré alimentarme, cómo podrán mis células cumplir su metabolismo?»)? El problematicismo, que se convierte en objeción, le haría quedarse parado, frío y ansioso, y después escéptico: «¡Es imposible vivir!». En lugar de eso: ¿qué es lo que volvería al pequeño feto «agresivo», es decir, capaz de afrontar la problemática de la vida? Mantenerse dentro de la forma histórica en la que resulta

posible para él la relación con la vida, que es ese vientre, que es su madre, que es esa matriz. ¡Podría haber tenido otros miles de millones de matrices a lo largo de la historia! Pero eso es abstracto: para él ésa es la matriz, no hay ninguna otra (¡creo que no se pueden hacer trasplantes tranquilamente a este nivel!).

## V

El quinto paso nos remite al segundo, es decir, nos constriñe a mirar a la cara la palabra «fe». «Estar dentro de la forma histórica que te ha posibilitado la relación con Cristo» es una formulación sintética y definitiva.

La fe. Esas «pocas grandes cosas», ¿qué son?

Primero: la presencia entre nosotros del Misterio que hace todas las cosas, bajo forma humana: se ha hecho hombre, y esta realidad está entre nosotros («Estaré con vosotros hasta el final»)<sup>170</sup> y nada podrá jamás extirpar de la carne de la historia, de la carne del tiempo y el espacio, esta Presencia, ni siquiera la traición o el olvido que todos nosotros cometamos contra ella.

Decía yo hace un tiempo, tras las noticias sobre el referéndum: «Eso es, éste es un momento en que sería bonito ser sólo doce en todo el mundo». Es decir, es justo un momento en el que se vuelve a empezar desde el principio, porque jamás se había demostrado de tal manera que la mentalidad ya no es cristiana. El cristianismo como presencia estable, consciente, y por tanto capaz de *tradere*, de tradición, de comunicación, de crear tradición, ya no existe: tiene que renacer. Tiene que renacer como solicitud a la problemática cotidiana, es decir, a la vida cotidiana, a la vida. Quisiera insistir en esto, porque la palabra «vida» es equívoca, puede entenderse en sentido vitalista, y entonces vivir la vida indica una reactividad, y eso es infrahumano. La vida humana está hecha de inteligencia y libertad, es decir, está hecha de juicios, de decisiones y de energía afectiva: esto es la vida con su problematicidad, la vida como problema. No os repito el ejemplo que ponía Stuart de la bolsa exótica. ¿Cuál es el paso de la infancia, de la niñez al inicio de una conciencia personal? La edad está entre los doce y los quince años; pero ahora dejemos eso, que no se puede determinar matemáticamente: lo que caracteriza el comienzo de la conciencia personal, y por tanto del sentido de la propia identidad, es el paso de tener porque se recibe, es decir, del dato tradicional, *tradito*, a la problematicidad, es decir, a la crítica y a la elección: ante aquello que se nos ha dado, uno dice: «¿Por qué?», y «se queda con lo que vale»<sup>171</sup>, como decía san Pablo a los de Salónica.

Pues bien, la solicitud para que la vida se convierta en «problema», es decir, en «guerra», para vivir la vida como guerra, es sólo Cristo, su presencia en el mundo. Aquí está la cuestión: la fe es el reconocimiento de esta Presencia y basta. Esto son «aquellas

pocas grandes cosas» de las que es rica nuestra pobreza, es decir, nuestra verdad. La fe es reconocer a Cristo.

Pero ¿dónde está el centro de la cuestión? La clave de la cuestión es que todos decimos «Cristo», pero es como si ese Cristo no existiese; porque Cristo es la respuesta, el sentido, Cristo es la forma, el significado del vivir; por eso es el significado y la forma de la relación afectiva o del uso de las cosas o del modo de ver la naturaleza, el tiempo, el espacio, tu proyecto sobre el futuro o tu pasado: Cristo debe llegar a ser la forma de todo esto, la inspiración activa y constructiva de todo esto, el criterio de esto. Como decía Romano Guardini en esa hermosísima frase que tantas veces he citado (es la más bella que haya oído en este sentido y la más sintética): «En el ámbito de la experiencia de un gran amor todo lo que sucede es un acontecimiento»<sup>172</sup>. La gran cosa en cuyo ámbito todo se convierte en acontecimiento (es decir, está determinado por ella) es la fe. La justicia es la fe. «Mi justo vive de fe»<sup>173</sup>. ¿Qué es la justicia en la relación con tu padre y con tu madre? La fe. ¿Y qué es la justicia en la relación con tu mujer? La fe. ¿Y qué es la justicia en tu forma de estudiar? La fe. ¿Y qué es la justicia en tu forma de trabajar? La fe. ¿Y qué es la justicia en tu forma de relacionarte con todas las formas de solidaridad entre los trabajadores que llamamos sindicato? La fe. ¿Y cuál es la forma en que miras la sociedad, la forma de afrontar la sociedad y la realidad? La fe. La justicia es la fe, y la fe es reconocer esa Presencia: Cristo es el contenido de la fe.

Aquí hay dos aspectos a los que hay que atender, que se han puesto de manifiesto muy oportunamente esta mañana.

1) Ante todo un aspecto negativo. Es decir, si el ideal es la persona de Cristo, se ha acusado esta mañana la distancia que hay entre lo que vemos en nosotros y fuera de nosotros y el ideal: «No lo siento», «Para mí es abstracto», o bien: «Soy distinto de como debería ser, tengo vergüenza, Sus palabras están bien lejos de lo que yo hago». La distancia. Ésta es la primera cosa tremenda que necesitamos que suceda; más aún, antes que cualquier intento de coherencia, ésta es la suprema coherencia. ¿Cuál es la suprema coherencia con Cristo, en el reconocimiento de Cristo? Que aunque tú seas un montón de barro, Cristo es más grande que tu montón de barro, es más capaz, más fuerte que todo el pozo de tu miseria. Por eso la fe es una certeza que jamás puede hacer que la alegría venga a menos, porque el motivo de la alegría es una certeza mayor que cualquier consideración que haga sobre mí mismo. Esto es el amor, ésta es la afirmación de algo distinto de mí. Siempre pongo el ejemplo del niño, porque es el ejemplo más perfecto; podría poner el ejemplo de una persona que ame verdaderamente, que esté profundamente enamorada de otra, pero eso sucede rarísimamente y no sin mezcla de muchos errores (como decía santo Tomás de Aquino del hombre que alcanza la idea de

la existencia de Dios)<sup>174</sup>; en cambio, la naturaleza hace que esto suceda en el niño de golpe. El niño, por naturaleza, está alegre –¡es alegre por naturaleza!– cuando está en las condiciones naturales: sus condiciones naturales son su padre y su madre. Aunque se haya portado mal, aunque haya cometido todo lo que queráis el instante anterior, si su madre lo coge en brazos está alegre, ya no le pasa nada, porque su consistencia es la afirmación de esa mujer que tiene delante. Y la cara del niño dice esto de una manera inconfundible y espectacular, para quien observe con una mirada inteligente.

Por eso, cualquier clase de distanciamiento («no lo siento», «es abstracto», «sólo es una palabra»), cualquier desviación no es objeción para la certeza que se llama «fe» y la energía –que esta certeza implica– de la libertad. Éste es el punto de partida que da una característica capacidad de alegría, de *leticia*, absolutamente inconcebible fuera de la experiencia de la fe cristiana: no hay nada más extraño, de hecho, que una alegría real en un individuo que sea consciente de lo que es, de su miseria. Esto es realmente algo del otro mundo y es algo que uno vive, y no es posible fuera de los términos de nuestra fe.

2) El segundo acento, en cambio, es positivo. La desviación, cualquier distanciamiento, no es objeción: la objeción es que cedas al problematismo o aceptes la objeción a tu identidad. Por el contrario la fe, es decir, reconocerte presente, Cristo («Te reconozco presente») lleva consigo una tarea grande como el mundo y como la historia; la fe –reconocer a Cristo como la cosa grande que es la riqueza de mi pobreza– constituye la semilla de un pueblo nuevo. Es lo mismo. «Lleva una tarea grande como el mundo y la historia» o «es la semilla de un pueblo nuevo» es lo mismo; es la abolición de lo privado. La categoría de lo privado desaparece.

La categoría de lo privado en la concepción cristiana no existe, hasta tal punto que el concepto de mérito, es decir, el valor de la acción, el valor moral de la acción –que se llama «mérito»– es la proporción que la acción tiene con el designio de Dios. La acción es justa cuando está «en función de», es decir, dilata el Reino de Dios, es para el mundo: una acción es moral cuando ayuda al mundo a realizarse. Fijaos en que esta acción no es sólo la lucha en el referéndum: esta acción puede ser lavar los platos. La categoría de lo privado es inexistente, ya no existe, como no puede haber un solo pelo de la cabeza que sea autónomo, porque «hasta los cabellos de vuestra cabeza están contados»<sup>175</sup>, igual que uno no puede decir ni siquiera una palabra en broma que no tenga peso eterno («Daréis cuenta de toda palabra ociosa que digáis»)<sup>176</sup>. Por eso, siempre en lo cotidiano, esta grandeza dilata la percepción de nuestra humanidad y por tanto la percepción de nuestra relación con todo.

Pero si la fe es reconocer a Cristo, el gran desconocido entre nosotros, el gran escondido, verdaderamente el Dios escondido entre nosotros, la gran censura por la que

somos conniventes con «el mundo que está inmerso por entero en la mentira»<sup>177</sup>, la mentira es no reconocer a Cristo, y el mentiroso es el que no reconoce a Cristo.

Por consiguiente, otra de las «pocas cosas grandes» de las que se hablaba es nuestra compañía, como se ha manifestado después. Si el ideal es Cristo, es necesario que no quede confinado en el psicologismo. Es psicologismo todo lo que se hace o se reduce a pensamientos nuestros o a sentimientos nuestros; pertenece a una realidad puramente psicológica todo lo que se queda tan sólo en pensamiento o en sentimiento, en imagen.

Si el ideal es Cristo, es necesario que no se quede en un psicologismo. Se ha dicho esta mañana: «Esta ‘idea’ la puedo ver». La tragedia para nosotros es que Cristo se quede como una idea, cuando es una presencia y la puedo ver, es decir, debo reconocerla en nuestra compañía, en este hecho viviente que es nuestra compañía, aunque fuésemos doce en todo el mundo: nuestra compañía, este hecho viviente cuyo significado supera su forma y su consistencia. El significado de nuestra compañía supera lo que somos y la suma de lo que somos, como dije ya la otra vez. Aunque fuésemos mil veces más mezquinos de lo que somos, nuestra compañía es algo sagrado, grande, porque es como el envoltorio, como el signo de la cosa grande que es la riqueza de nuestra pobreza.

Así, nuestra conciencia surge, nuestra vida se pone en pie, cuando el primer dato, el primer objeto que nos interesa es lo que hemos encontrado. Lo que hemos encontrado es el contenido de la fe: una compañía cuyo significado, cuya consistencia, es algo mucho más grande que los que la componen, es decir, Cristo. Dar crédito, pues, a esta compañía; dar crédito –*credere se alicui*, hemos estudiado en la gramática latina–, «confiarse a», «darse a», es decir, «pertenecer», esto es lo que nos define: estamos definidos por una pertenencia, la pertenencia a Cristo, que queda como una idea abstracta si no está dentro de la forma histórica en la que le hemos conocido. La modalidad histórica da risa, pero sin ella no Le pertenecemos.

Es una compañía entre nosotros, por tanto, «no como un refugio de los golpes», como se ha dicho esta mañana perspicazmente, no cuando «paga», se ha dicho también perspicazmente, sino como sostén de mi postura personal, como llamada de atención, alimento y corrección de mi postura personal, es decir, de mi fe, de mi reconocimiento de Cristo.

Ésta es, por tanto, quizá, la fórmula que debemos perseguir en esta primera etapa de camino que tendremos que desarrollar en los próximos meses: «La vida no es más que el ideal, la vida no puede ser más que el ideal, sino que el ideal es más que la vida», según lo que se ha dicho esta mañana. La vida es más que el ideal cuando las circunstancias, muchas circunstancias, las que tal vez nos presionan más individualmente, se sustraen al juicio y a la carga, al ataque del ideal: rechazamos el problema, la lucha y el problema; entonces la vida se vuelve más grande que el ideal y el ideal se repliega a un rincón,

como una hornacina a la que quemamos incienso en determinados momentos. Pero el ideal es más grande que la vida: «Tu gracia vale más que la vida»<sup>178</sup>, como dice un salmo que hemos repetido tantas veces. Es decir: «Tu presencia vale más que la vida».

Hasta la vista, ¡buen verano!



## ALGO QUE CAMBIA LA VIDA<sup>179</sup>

*«Los acontecimientos que han caracterizado la vida del CLU de este año han hecho que en muchos brote la exigencia de que su manera de pensar, sus deseos y su acción coincidan con el objetivo y la sensibilidad propios del movimiento, con su guía autorizada». Con estas palabras empezaba la carta de invitación a la reunión del verano, suscitando el problema de una posible división entre «el ideal en que se cree» y «la vida», e insistiendo de varias maneras en la importancia de implicar en la experiencia común los «intereses personales».*

*En el mes de julio las comunidades enviaron sus aportaciones, con una amplia documentación de hechos y de situaciones que se habían vivido en la universidad. Estas aportaciones, a las que se dio amplio espacio en el comienzo del Equipe, arrojaron luz sobre el particular «momento» que la experiencia de los universitarios estaba atravesando.*

*En las diversas asambleas en que se articuló la reunión, en las veladas de cantos y también a través de un «testimonio» de Pigi Bernareggi, se trató de entender, en términos concretos y realistas, cuál era el paso que había que dar.*

### Asamblea 1

*Intervención:* Las contribuciones que las distintas comunidades han enviado para la preparación de este encuentro se pueden resumir en cinco puntos. En primer lugar hay una observación general. Casi todas las aportaciones se componen de dos partes: una positiva y otra crítica, que denuncia los límites. Por ejemplo la facultad de Ingeniería de Milán se refiere a la experiencia positiva que han tenido y de la que dan testimonio: «La justicia que hemos encontrado en el movimiento no vale sólo para determinadas circunstancias históricas, sino que se hace tejido de nuestra jornada y de nuestras acciones, hasta tal punto que si ayer habíamos repartido manifiestos contra el aborto o para las fiestas de los jóvenes, hoy, en virtud de aquel gesto, nos sentimos más responsables ante el estudio, la novia o la familia. Hemos sido introducidos en la perspectiva de que el ideal al que hemos abierto los ojos se convierta en el factor unificador de nuestra vida». También los amigos de Padua observan: «Nuestra compañía ha comenzado a servir de corrección de la vida de cada uno hacia el ideal y, por tanto, se ha convertido en una posibilidad de cambio siempre nueva y cada vez mayor». Son dos

intervenciones emblemáticas, pero se podían leer muchas más.

A esta experiencia positiva, que ha permitido entrever una perspectiva, se contrapone la denuncia de algunos límites de la comunidad, que a veces parecen contradecir lo que se ha leído antes. Hay, es cierto, una experiencia positiva que se ha vivido desde la que se ve una perspectiva del ideal, pero que todavía no está enraizada o no es consciente de sí y no es operativa como imagen: hay un hecho positivo que después no consigue, operativamente, una imagen de la vida. Los de Macerata, por ejemplo, dicen: «En este punto de nuestra experiencia es como si hubiésemos captado la perspectiva del ideal en la que situar los hechos de nuestra vida, pero el camino por el que nos movemos no está consolidado; sabemos dónde está la meta, pero todavía no sabemos cómo llegar». Se hace eco de esta intervención la de las facultades menores de Milán: «Esta posición, esta perspectiva que se nos ha suscitado cesa una vez que pasa la circunstancia que la ha provocado». O bien, los de Florencia, observan: «Si de una parte hay un asombro bueno en nosotros, de otra el juicio se está convirtiendo en un hecho excepcional dentro de la normalidad de lo cotidiano», es decir, queda relegado a algunos gestos que después se quedan aparte de lo cotidiano.

Así, pues, se ha despertado una perspectiva a partir de una experiencia positiva, pero es como si no se tradujese en una imagen operativa.

El segundo punto es como un *test* de esta dificultad. Todas las aportaciones ponen de relieve que en los aspectos personales de la existencia, en la forma de tratarnos, de tratar nuestros asuntos, nuestros problemas, somos radicalmente burgueses, tenemos una concepción burguesa de la vida. Se tiene un espíritu de CL en la experiencia que se hace de CL, pero en los aspectos personales, en los aspectos de nuestra vida, se tiene un espíritu burgués. La Universidad Católica habla de un juicio sobre la vida que deriva «de nuestra instintividad o de nuestro intelectualismo».

Los de Macerata observan que este dualismo «no aparece en los gestos públicos, donde hay una estrategia común de la compañía, sino en los hechos cotidianos, donde la lucha parece sostenerse menos». La observación se completa con la intervención de Medicina: «En el juicio sobre la vida de cada uno todavía prevalece sólo la propia opinión, tanto que estaríamos dispuestos a desafiar al mundo entero sobre los grandes temas, sobre los grandes problemas, pero sobre los problemas propios se permanece con una mezquindad impresionante y se tiene miedo de exponerlos a un juicio común, bien porque sería demasiado duro exponerlos, y esto vale para los más inteligentes, o bien porque es como si no tuviesen demasiada importancia para la convivencia», y esto vale para los más incultos.

Este aburguesamiento se acompaña de una fragilidad cuando se afronta la propia existencia. Los de Ingeniería de Milán dicen: «Vivimos una fragilidad y una obtusidad

para dejar que el ideal penetre en las cuestiones más normales. En lo cotidiano, aparte de las chispas de ímpetu juvenil, somos estructuralmente burgueses». La consecuencia del aburguesamiento, al que también hacen alusión los de Cosenza, es la pasividad en las iniciativas comunes: «Vivimos dejándonos arrastrar por las propuestas que se nos hacen, pero somos pasivos en las iniciativas comunes, y tratamos de encerrarnos en nuestros problemas en cuanto es posible». O bien, y termino este punto, los de Venecia observan: «Después de cada momento de impulso público se tiende a la privacidad en los asuntos cotidianos, como el uso del tiempo, el uso de los apartamentos, la cuestión del estudio».

Todas estas observaciones se han hecho como respuesta a una pregunta que se había planteado en el orden del día. Un *test* muy significativo se tiene, en algunos casos, en los que están terminando la universidad. Dicen, por ejemplo, los amigos de Siena: «Hay un cansancio no sólo y no tanto físico, sino un desgaste profundo; se empieza reservando ciertos problemas propios para el ámbito privado y se llega a un resentimiento y a un soportar mal disimulado lo referente a la comunidad, que se siente como una castración de la propia vida y de las preocupaciones propias». Todavía los de Ingeniería escriben: «También los graduandos viven una situación difícil; cuanto más se acerca la graduación más se convierte el estudio en algo totalizador y brota un escepticismo de fondo hacia la propuesta del movimiento; así la experiencia de trabajar en la tesis, en vez de enriquecer a la comunidad, es un peso que se agrava cuanto más aislado se siente uno».

Ante esta situación se hacen dos observaciones, que corresponden al tercer y al cuarto punto. La primera observación (es decir, el tercer punto) es que no se puede seguir adelante sin comprender la dignidad cultural de nuestra experiencia. Los amigos de Perugia dicen que, a partir de las fiestas de los jóvenes y del compromiso con el referéndum, «han entendido el valor que tiene nuestra unidad; se trata de un valor que no es sólo organizativo, sino cultural, hasta el punto de que nuestro rostro ante el mundo es nuestro rostro en la sociedad». Siguiendo la misma estela, los de Ciencias piden «que nuestra compañía se traduzca en un clima cultural cotidiano que dé testimonio en el instante y en la acción, en los gestos que se hacen, del nexo que esta acción, estos gestos, tienen con el destino, suscitando la continua puesta en juego de la libertad y la decisión de cada uno». Esto vale también para el modo en que se vive la vida de la comunidad, a menudo hecha de gestos que no inciden en el juicio sobre la vida. Esta exigencia se vuelve más grave si se parte de la observación de que la mentalidad que nos rodea en el fondo no es neutral, sino que tiende a determinar nuestro comportamiento. Los amigos de Friburgo afirman: «El mundo se opone al valor de nuestra unidad. La mentalidad que nos rodea y que penetra en nosotros es individualista y escéptica, de modo que a veces nos encontramos también encerrados en nuestra vida particular, en nuestro proyecto. Nos parece importante luchar con todos los instrumentos contra esta mentalidad y por tanto

hay un serio trabajo cultural que hacer, que sirva para nuestra conversión».

Comprender la dignidad cultural que tiene nuestra experiencia es fruto de la inteligencia, pero, más aún, el captar lo que estamos viviendo es, como dicen ciertas contribuciones, «el problema de la fe». Sin embargo, ante lo que se nos ha dado hay como un titubeo, una reserva, que atenúa el riesgo del seguimiento (cuarto punto). Es lo que señalan nuestros amigos de Padua: «Hemos encontrado la mayor dificultad de este camino en el paso, que se nos pide a cada uno de nosotros, de seguir la fascinación producida por el encuentro con nuestra compañía, y con la historia que ésta genera, en el paso de abandonarnos totalmente al criterio objetivo que es nuestra compañía». En positivo, la Católica observa: «La vitalidad de la comunidad, de la vida común, de la compañía, está en esta fuente, radica en la fuente del riesgo personal que asume cada uno, en el aceptar el desafío que el juicio sobre la propia vida supone para cada uno». En este sentido los amigos de Camerino dicen: «Quizá lo que falta es una verdadera voluntad de perseguir lo que uno ve que es bueno para sí, y éste es el problema más grave, incluso a nivel psicológico, que puede hacer que muera todo deseo».

*Giussani:* ¿O sea, decías, qué es lo que falta?

*Intervención:* Falta la voluntad de perseguir lo que uno ve que es bueno para sí, es decir, la evidencia de una experiencia determinada, y eso puede hacer que muera todo deseo. Entonces, subrayar que el seguimiento supone un riesgo no es añadir más palabras, sino indicar la manera de superar el titubeo que busca excusas o considera el movimiento, como dicen los de Módena, como un marco: «Existe el riesgo de que el seguimiento sea un marco dentro del cual uno sigue haciendo lo que le parece, no dejándose juzgar en la raíz por lo que ha encontrado». En cambio el seguimiento supone siempre un riesgo de sí: un riesgo personal y también un riesgo operativo.

La última observación, la quinta, se refiere a los instrumentos del movimiento. Muchas intervenciones se lamentan de que no se toman siempre en serio. Esta observación se refiere sobre todo al *Equipe*: es como si se quedase en algo extraño, que no indujese a un trabajo, como si fuese una sugerencia de palabras y temáticas –certeza, moralidad, etcétera–, sin que sean ocasión de verificación de nuestra vida. El segundo instrumento es la Escuela de comunidad, que tiene que dar un salto cualitativo, como lugar de testimonio o donde se planteen los problemas. La Escuela de Comunidad no se toma en serio bien porque resulta pesada o porque no se sabe cómo hacerla o porque no tiene ninguna influencia. Tercero: están los instrumentos de carácter cultural, desde las revistas a los manifiestos. Algunos observan que son un peso que se soporta, que no son ocasión para una apertura cultural, para trabajar en la situación en que se vive, en el ambiente en que se está. Cuarto instrumento: el fondo común. Parece que ya no lo paga nadie. Eso es lo que dice el que lo ha mencionado.

*Giussani:* ¿Y los demás que no hablan de ello? ¡Peor todavía! ¡Echamos el cierre, chicos!

*Intervención:* De todos modos, ya que estos instrumentos se rechazan o no se toman en serio, es necesario hacerse algunas preguntas.

*Giussani:* Si los instrumentos no se toman en serio, ¿qué hacemos?

*Intervención:* O los instrumentos están equivocados o estamos equivocados nosotros, porque no tomar en serio los instrumentos que nos damos supone impedirse la posibilidad de vivir la experiencia que contienen.

*Giussani:* En todo caso somos estúpidos: bien porque se tolera que seamos estúpidos, que el que guía sea estúpido, o bien somos estúpidos por no seguir a una cosa inteligente. Ésta es la cuestión del seguimiento.

*Intervención:* Una última observación, que expresa la exigencia de todo lo que se ha tratado de resumir. Los de Siena escriben: «Hace falta aprender urgentemente a ser hombres tal como nuestra experiencia nos sugiere, porque el mundo ha empezado ya a absorbernos, uno a uno, entre una batalla y otra».

*Giussani:* ¡Bravo! ¡Bravo!

*Intervención:* Diría entonces que empezásemos ya la asamblea, con las preguntas e intervenciones que surjan en caliente sobre lo que se ha dicho.

*Intervención:* Empiezo yo. La primera observación que me surge al escuchar lo que se ha dicho es que para mí estos años han sido una gran experiencia: viviendo la experiencia del CLU, he tenido ciertos encuentros, he participado en ciertos gestos, he hecho una vida a través de la cual he aprendido a estar en el mundo. Hasta con gente más joven que yo he tenido ocasión de que fueran un punto de referencia a través del que cambiar. Esta experiencia no me ha sucedido sólo a mí, le ha pasado a muchos: en lo que han vivido o han visto, han encontrado, mucho o poco, un camino. Lo más importante, entonces, es que el primer tema de nuestra reflexión, de nuestro planteamiento, sea este acontecimiento que ha sucedido. En la experiencia que hemos vivido, muchas personas cercanas a nosotros se han vuelto –al menos algo– distintas, han tenido la intuición de una vida distinta. Y no se puede hacer crítica más que ante un acontecimiento, ante la novedad. Ciertamente, tenemos que poner de relieve lo que no funciona, pero con certeza, es decir, delante de algo que hemos visto. No podemos ya titubear ante este acontecimiento que ha sucedido, al precio de un intelectualismo que poco a poco nos destruirá. Esto, a mi parecer, es lo más importante: estos años no han pasado en vano, nosotros –yo personalmente, muchos otros conmigo y otras personas que quizá no son responsables ni nada por el estilo– hemos vivido, hemos encontrado algo grande. El centro de nuestra vida es este encuentro, no las cosas que no funcionan. Además, no puede haber una división entre lo público y lo privado. No se puede, como los de

Medicina, decir que se desafía al mundo si no cambia la relación con la novia: desafiar al mundo es cambiar con la novia, porque el desafío al mundo es una valoración distinta de nuestra relación con la novia, es una forma distinta de levantarse por la mañana, de mirarlo todo. Pues bien, en nuestra vida ha sucedido un acontecimiento, algo que nos ha como trastornado, que nos ha hecho vivir el referéndum como lo hemos vivido, que nos ha impulsado a hacer las fiestas de los jóvenes, que nos ha hecho quedarnos sin palabras ante lo que sucedía, que nos ha hecho empapelar Milán con manifiestos; todas estas cosas han sucedido y nosotros, poco o mucho, les hemos dedicado nuestro tiempo, nuestras energías, nuestras ideas. Ante todo esto todavía nos encontramos con embarazo, vacilantes. Bien, la cuestión en nuestra vida no es que vacilemos, sino que hemos estado contentos, que finalmente, en lo que hemos vivido, se ha cumplido lo que queríamos. Si la cuestión es ésta, significa que todavía podemos encontrarnos azorados, pero tenemos un camino.

Lo que yo pido, sobre todo en este encuentro, es que este camino salga a la luz, que esta experiencia que se ha vivido sea verdaderamente puesta en el centro de la discusión, que éste sea el juicio sobre nuestra vida. El problema no es llegar a un cierto punto y decir: «Yo quisiera llegar allí»; ¡es seguir! El problema es ir tras lo que nos fascina. Si seguimos, llegaremos; si queremos llegar sin seguir, es decir, sin poner en el centro lo que hemos visto, sin hacer de lo que hemos visto el centro del juicio de nuestra vida, no llegaremos nunca.

Lo que pido a este encuentro es que salga, sobre todo, el hecho de que, poco o mucho, alguien nos ha dado unas bofetadas, es decir, nos ha pedido que vivamos, y nosotros algo le hemos demostrado. Y juzguemos sobre esto, pongamos en juego lo que tenemos en los bolsillos, aquello de lo que somos capaces, los problemas que tengamos, todas las cosas que nos faltan. De otro modo sólo haremos una lista de las cosas que no van. Sobre las cosas que no van no se construye absolutamente nada. Se construye sólo sobre las cosas que funcionan. Entonces son dos los casos posibles: o hay algo entre nosotros que funciona, y por eso estamos aquí y vale la pena vivir, o bien, nos ponemos a decir que no pagamos el fondo común, que no hacemos nada, etcétera y echamos verdaderamente el cierre.

*Intervención:* Quiero añadir una observación a lo que se ha dicho ahora. Me parece que seguimos permaneciendo en la vacilación. Una señal de ello es que cada vez que llevamos a cabo un gesto, que entramos en la situación, como ha sucedido este año en Milán, siempre alguien pregunta: «¿Cómo podremos mantener ahora este nivel?», o bien: «¿Por qué después de comprometerse en algo se decae?». Hay como una exigencia, que yo llamo psicológica, que nos hace estar a la búsqueda de definiciones, de sugerencias que hagan de contrapeso a los límites, a la fragilidad. Parece que el tema

recurrente del juicio que hacemos sobre lo que hemos vivido es esta exigencia, este nerviosismo que serpentea entre nosotros. Pero la pregunta que tenemos que hacernos después de lo que se ha vivido es: «¿Qué más podemos construir? ¿En qué más tenemos que intervenir?». Cuando hicimos la fiesta de los jóvenes, me di cuenta de que yo emergía en la acción, es decir, mi límite y mi fragilidad se veían sobrepasados, eran juzgados y dirigidos por lo que tenía delante. No sé si consigo explicarme.

*Giussani:* No, repite la frase.

*Intervención:* La cuestión es que al vivir, al engancharme a algo que me ha impactado, me recompongo. ¡Tengo que seguir lo que me ha impactado!

*Giussani:* Es decir, ¡te recompones siguiendo! ¡No «sigue cuando te hayas recompuesto»!

*Intervención:* En las vacaciones de los universitarios, tras el testimonio que se había dado, la mayoría de las preguntas estaban volcadas sobre uno mismo: «¿Por qué no somos capaces de esto o de lo otro?». Nos encontramos hablando como si estuviésemos siempre al principio, como si no hubiese pasado nada, como si no tuviésemos historia, como si no tuviésemos delante alguien al que seguir. Hasta ciertas diaconías de Milán han caído en este atolladero psicológico. Pero ¡así no construimos Italia!

*Giussani:* ¡Nosotros, a los veinte años, no éramos tan «atolondrados»!

*Intervención:* Quiero decir que, sobre todo en las vacaciones, he entendido qué espero verdaderamente de este lugar. Que haya entre nosotros una Presencia que tengo que descubrir, que es totalmente distinta de lo que somos nosotros y que, sin embargo, pasa a través de nosotros, que el motivo por el que estamos juntos sea reconocer esta Presencia, verificar qué significa para la vida, esto me libera de las cuestiones psicológicas, de los problemas de los que se hablaba antes. Es como si hubiese visto que hay algo que no conozco, que es una realidad mucho mayor de lo que yo consigo decir o hacer y que sin embargo está dentro de nosotros. Y esto lo he visto, sobre todo, en estas vacaciones, mirando cómo ciertas personas, gente de los comienzos del movimiento, presentaban los cantos, las ganas y el amor que tenían por los detalles de las cosas. Tengo el deseo de ver qué es esta Presencia: ¿qué es, dónde está, de qué está hecha?

*Giussani:* ¡Debes tener ya un punto de salud en ti para obrar así! ¡El problema es que todo lo que se ha dicho implica una enfermedad! ¡Están como enfermos! Porque un hombre, alguien que sea hombre, que tenga un mínimo de semilla justa, no dice lo que habéis dicho vosotros en vuestros informes, ¡no insiste sobre lo que «no logramos»! Esto es una enfermedad mortal, una debilidad inconcebible. Tenemos que ver por qué se da esta debilidad, dónde está el origen de esta enfermedad, dónde está el germen malo. Uno puede ser cien mil veces más delincuente que vosotros, más pecador que vosotros, pero no ser así. Es cuestión de energía vital, es cuestión de vida, de linfa de vida. Es como si

el tono general que tenéis fuese el de unos «mosquitas muertas». Por lo que se ve, éste es el rostro que aparece en vuestras contribuciones. ¡Es horrible! Es justo lo contrario de un mínimo de dignidad moral, porque el publicano del Evangelio o la prostituta que se echó a lavar los pies de Cristo, o la samaritana, tenían una dignidad, una dignidad humana; la samaritana que había estado con cinco y estaba con el sexto, tenía una dignidad moral impensable en gente que está solamente replegada sobre sí misma.

*Intervención:* Quisiera decir que en este momento me parece evidente que debo entregarme concretamente al hecho en el que me he metido, abandonarme a la compañía que me he encontrado. Tengo que reconocer que, si pienso en mí, puedo decir: «Yo», porque ha habido un «Tú» que me ha tomado, y creo que todo hombre en cuanto criatura se realiza y puede decir: «Yo» en cuanto diga: «Te pertenezco, soy tuyo, sálvame». No sé si es una respuesta a lo que se ha dicho antes...

*Giussani:* No es todavía una respuesta, porque hace falta identificar el origen de esta «obtusidad» y de este «mosquitomuertismo». Porque uno puede sacarse la licenciatura en Ingeniería con nota máxima y ser un «mosquita muerta» de escupirle a la cara si te lo encuentras. En cambio lo que tú dices es el camino, es el método de la recuperación. La segunda intervención que se ha hecho ha tocado lo verdadero.

*Intervención:* Quisiera decir que yo personalmente me siento un delincuente, pero no un «estúpido» o un «mosquita muerta». Traiciono un mar de veces la verdad de la propuesta del movimiento, y sin embargo esto no es objeción para mí, ni muerto. Entiendo que debo entregarme al movimiento, y esto me supone un buen esfuerzo, porque el riesgo del que se hablaba antes lo requiere. Pero lo que he encontrado es demasiado grande: nada puede ser objeción, ni mi bellaquería ante la propuesta, ni el modo en que la vivo, ni mucho menos mi miedo. El problema es si me adhiero al movimiento o si tan sólo lo frecuento. Pongo un ejemplo: yo estoy adherido a mi novia, en el sentido de que estoy con ella no sólo cuando me apetece, sino también cuando me fastidia, cuando no me apetece verla, y además quiero casarme con ella. Esto significa que me adhiero. En el movimiento es lo mismo, incluso mucho más, porque es el modo en el que puedo ser capaz de transmitir esto a los demás, incluida mi novia. ¡Yo estoy adherido al movimiento! Personalmente, con veinticuatro años, no me interesa venir aquí a jugar al billar, ¡no me interesa luchar en el referéndum o hacer la fiesta de los jóvenes sólo por tener una actividad! Me interesa la batalla del referéndum porque, gracias a lo que he conocido, reconozco el valor que tiene la vida y entiendo también cómo lo traiciono cada día. Por eso, cuando hago la fiesta de los jóvenes, me doy cuenta de que estamos en un mundo que no tiene ya nada que decir y de que hay gente que no espera otra cosa que oír que le digan: «¡Vente con nosotros!». Y esto ya no me permite quedarme tranquilo: ¡ni siquiera puedo estar aquí pensando que no soy capaz de hacer



esto o aquello! ¡Hay un montón de gente a mi alrededor que no espera otra cosa que poder conocer lo que me he encontrado yo!

*Intervención:* Pensaba antes, mientras se describía la postura inmoral, que esta postura se da en mí muchas veces por un motivo: yo me muevo por una razón, o me mantengo en compañía por una razón, pero sólo mientras no contradice mi medida. Es decir, me muevo, arriesgo, sigo, cuando tengo ante los ojos una compensación o una gratificación; si no, no. Cuando vivimos un gesto dentro de la compañía, este aspecto de gratificación está ya presente y uno arriesga. Cuando en cambio uno está solo, este aspecto de gratificación o compensación es menor, o parece no estar, y entonces uno no se arriesga y no hace nada. Y me parece que esto es también la causa de que uno se mire más a sí mismo, a su vacilación, que al acontecimiento, en el sentido de que la compañía se queda en la epidermis, no es todavía una dimensión mía.

*Intervención:* Antes de que don Giussani interviniese, me venía a la cabeza esta palabra: decrepitud.

*Giussani:* ¿Decrepitud?

*Intervención:* Como una vejez.

*Giussani:* Una degradación de la vida.

*Intervención:* Eso, exactamente, una anti-vida. Me preguntaba: ¿qué es lo que derrota a la muerte, qué derrota el declive de la vida hacia la muerte? ¿Qué es lo que pone en movimiento la vida humana? En la experiencia de estos meses, precisamente la palabra que he vivido es el asombro, el estupor. Sin asombro no hay nada, ninguna actividad humana que sea humana. El comienzo de la acción, cuando se es humano, es el asombro. El asombro no es otra cosa que la reverberación psicológica de la percepción, por implícita que sea, de la gratuidad. Por eso digo que el verdadero nivel de un hombre en cuanto hombre es este asombro. ¿Es posible trabajar humanamente sin asombro por la realidad? Según mi experiencia, no; en caso contrario uno se convierte en técnico de algo, pero no siente el interrogante que le plantea la realidad, una realidad en la que, así, entra con gusto. Uno puede ser padre o madre sin asombrarse por la criatura nueva que tiene entre sus manos: es criador de un ser viviente, pero ya no es padre.

*Giussani:* ¡Así trata la mayoría a la mujer o al hombre!

*Intervención:* Uno no puede tratar de manera humana a la mujer si no se maravilla por un ser que existe independientemente de ti, con el que tú te encuentras. El acontecimiento cristiano, el encuentro, es lo que verdaderamente suscita este asombro. Lo más grande para mí es que, por el encuentro que vivimos, es decir, por Cristo, por la fe en Cristo, uno puede estar presente; puedo dejar de vagar por el universo como un ser sin rostro, puedo ser. Me ha impresionado una frase que he escuchado: «Falta la voluntad de perseguir lo que uno ve que es bueno para sí». Me parece que éste es el

punto que puede volver a poner en marcha la cuestión: que, a través del asombro, nazca la voluntad de perseguir lo que es bueno para sí.

*Intervención:* Estos meses he empezado a desear realmente la moralidad. Pero yo, ¿cómo he llegado hasta eso? He llegado a desear la moralidad porque he conocido algo, me ha movido, lo he seguido. Cuando ayer por la tarde leía las aportaciones, me parecía una cosa completamente estática, no como un corazón que palpitase, sino como algo quieto, cerrado.

*Giussani:* Perfecto.

*Intervención:* Tenemos veinte años y yo no quiero llegar a los sesenta diciendo: «Me interesa moverme, pero no sé qué haré mañana», porque mañana seré lo que soy hoy. Mañana seré lo que le doy hoy de mi libertad al ideal. Más allá de todo lo que seamos, de la pesantez que hay, hay algo que nos ha agarrado. De hecho, el ideal me ha movido y me hace sentir algunos problemas que antes no sentía ni de lejos. Este hecho, a mi parecer, supera un centenar de veces mis pensamientos, los líos que me hago. ¡Por eso, no me siento un «mosquita muerta»!

*Intervención:* En estas vacaciones he aprendido que lo que cuenta es ser realistas, es decir, mirar a la cara las cosas como son. Esto quiere decir mirar a la cara de lo que me he encontrado: no construir pasando por encima, o seguir pensando que el límite, lo que no soy capaz de hacer, es más grande que lo que he conocido. Lo que caracteriza a mi vida es el hambre, es decir, la voluntad de que algo sacie la pregunta que tengo dentro. Lo que he encontrado es el pan, lo que sacia esta hambre. Entonces la vida se convierte en una batalla por ganarse el pan. Si el pan es este tú, mañana seguiré buscando este tú, y pasado mañana también. De otro modo hay dos problemas: o no tenemos hambre de lo que tenemos aquí y entonces nos dejamos morir así, mediocrementemente; o bien, cuando la batalla se endurece, uno va a buscar el pan en otra parte, y entonces se queda (como eso otro no es el pan) a merced de toda su pesantez, de sus límites, del miedo a la dificultad y todas esas cosas.

*Intervención:* Mientras escuchaba me ha venido a la mente un hecho que sucedió este verano. Una noche, antes de las vacaciones, hablábamos del ideal en la Escuela de comunidad y una chica dijo: «Sí, yo veo que esto es hermoso, es importante, pero tengo miedo de que me haga renunciar a la parte más verdadera de mí, y la parte más verdadera de mí ahora es el deseo de vivir, el deseo de ser yo misma; tengo miedo de que ir hasta el fondo en este encuentro signifique renunciar a mi yo». Tal vez el problema esté aquí: en el fondo estamos más apegados a la imagen que nos hemos hecho de nosotros mismos y a la situación en que más o menos nos encontramos; no sé si por razones históricas o culturales, sin embargo hay una especie de esclerosis...

*Giussani:* ¿Una especie de esclerosis?

*Intervención:* Una esclerosis en la postura de sentirte más verdadero encerrado en tu necesidad que dentro del lugar o el terreno en que tu deseo se cumple.

*Intervención:* Una de las cosas que más me han impresionado de las vacaciones que hemos tenido es que me he vuelto a encontrar pidiendo algo más, al estar siempre de algún modo insatisfecho con lo que tenía, es decir, queriendo arrancar una brizna más de verdad de cada encuentro. Todo, en el último mes, tendía a la búsqueda de algo que me llenase.

*Intervención:* Escuchando la reacción de don Giussani, pensaba que somos «mosquitas muertas», ¡y sin embargo estamos aquí! ¿Cuál es el problema entonces? A mi parecer es un problema de libertad; falta libertad, esa libertad por la que yo empecé en el movimiento y por la que había un principio que me hacía amar todo, interesarme por todo. Tenía dentro un principio que me unía y me daba la pasión por las cosas y por el mundo, y que me la sigue dando. Antes no tenía mucho a lo que apegarme, más que a este principio. La pregunta que quiero hacerle a don Giussani es: «¿Qué es lo que nos da la libertad? ¿De dónde viene la libertad, cuál es su origen verdadero? ¿Cuál es el origen verdadero de una libertad que hace que te intereses por todo?». Nosotros estamos aquí, hacemos todo lo que hay que hacer: pero ¿qué nos mantiene aquí? ¿En qué consiste esta libertad que nos empuja a estar juntos, a mirarnos a la cara, trabajar juntos, seguir adelante, desafiar al mundo y a las cosas? En otras palabras, este seguimiento, en el que nuestro corazón se queda constantemente atrás, ¿es un problema de libertad? Quizá gastamos las energías en un objetivo equivocado. Quizá es un problema de apego equivocado a nosotros mismos, que no nos da la libertad. Hay una forma equivocada de adherirnos, de modo que lo que hemos encontrado no es todavía una inteligencia con la que mirar lo real. Y entonces nos cuesta descubrir la belleza de las cosas, aprender la pasión por las cosas y por el mundo.

*Intervención:* Yo no estoy muy de acuerdo. Me parece que lo que tenemos es un vicio de la inteligencia, es decir, me parece que la forma de mirar lo que efectivamente somos, lo que efectivamente sucede entre nosotros, está corrompida. No tenemos las hormonas...

*Giussani:* ¡Si no se tienen las hormonas no es un problema de inteligencia, sino de libertad! ¡Pregunto, eh! Pero tenéis razón los dos, muchachos.

## Síntesis 1

Perdonad, yo quisiera dar una contribución para que el trabajo pueda continuar hasta la próxima asamblea, que nos ayude a polarizar las metas, el horizonte y un camino para

este año. Si nos reunimos y desahogamos opiniones y sentimientos es por la voluntad de construir una obra; de otro modo esto sería inútil para todos. Ahora bien, no pretendo, en el planteamiento que voy a hacer, proponer una definición de la cuestión. Quiero proponer, digamos, una hipótesis de trabajo, algunas cosas que sirvan de hipótesis de trabajo y que, ante todo, sirvan para poner un poco de orden en el clima de «inquietud», de incertidumbre y de oscuridad que la intervención inicial y luego vuestras intervenciones han causado. Así lo he sentido yo.

Así pues, estoy hablando de una postura, o mejor aún, antes lo he llamado un clima (en el sentido de que es una postura general), es decir, hablo del modo en que os habéis presentado en vuestras diaconías ante las preguntas que se os dieron y en el que habéis juzgado vuestra vida. Valga lo que ha dicho uno de vosotros, también en sentido inverso: el futuro está en el presente, decía él; y yo digo que también el pasado está en el presente, porque vosotros miráis el pasado desde vuestra postura actual. En este sentido digo que se trata de una postura y de un clima en el que, al menos por ahora, estáis en un punto muerto, estáis encallados. No estoy juzgando a nadie en concreto, pero si éste es el clima significa que esta postura está estadísticamente muy extendida entre los aquí presentes.

Esta actitud –tal como se ha apuntado– es justamente una «degradación» de la vida, surge, brota de una degradación del vivir, de la vida. Los de la comunidad de Camerino han indicado el punto de partida adecuado, a mi parecer: «Falta una verdadera voluntad de perseguir el bien para uno mismo». Esto es la degradación del valor de la vida. Fijaos, por favor, en que no tomamos conciencia adecuada y seria de esto, mínimamente digna y sincera, si no tenemos en cuenta seriamente el hecho de que estamos inmersos, como peces en el agua, en una cultura, es decir, en una concepción sistemática y totalmente operativa, que es la postura de quienes tienen el poder sobre todas las cosas en la vida del hombre de hoy. Estamos inmersos en una cultura operativa y en un poder que crea sistemáticamente –porque no puede hacer otra cosa y porque lo disfruta en función del ejercicio del poder mismo– este clima, tiene interés en crear este clima, tiene interés en crear una degradación del sentido de la vida, del gusto por la vida, de la percepción del vivir. Una degradación, realmente como un «desapego» de la persona del amor a lo ella que es.

«Falta una verdadera voluntad de perseguir el bien de uno mismo y eso hace morir todo deseo». De todas vuestras observaciones, ésta, para mí, es el punto de partida.

Yo hablaba antes de «mosquitas muertas», pero no era tanto un insulto como una anotación triste por una enfermedad patente: es como una astenia (esto es, quizá éste sea el término más justo, la metáfora médica más justa). Es una astenia, como la del que tiene la tensión bajísima cuando se levanta por la mañana. El que tiene la tensión muy

baja sabe lo que es levantarse por la mañana y reiniciar la actividad, porque le faltan las ganas de vivir, es como si no tuviese asidero para agarrar el tiempo, el espacio, las cosas, para reconocerse a sí mismo: no se tienen energías para sujetarse a sí mismo. Ésta es, a mi parecer, la enfermedad de la juventud de hoy, de los jóvenes de hoy, porque son el punto de menor resistencia, son el punto más débil, ante la epidemia gravísima que se extiende por el mundo, ante la enfermedad mortal que domina la sociedad y que incluso se teoriza. El radicalismo, de hecho, no es más que el aburguesamiento erigido en sistema del modo más coherente y capilar. El aburguesamiento es el resultado extremo, último y más coherente, de todo el planteamiento antropológico y social de la Ilustración, del liberalismo, y en consecuencia, también del marxismo. Ahora bien, la Ilustración, el racionalismo («el hombre medida de las cosas»), no puede dejar de terminar en ese vaciamiento último, porque ésta es precisamente, realmente, la miseria del hombre, el hombre que se vacía, que ya no es capaz de organizar o de construir nada orgánico, ya no consigue asimilar nada. Y así cada cosa y cada momento valen por la reacción que provocan, y por eso el vivir es una cadena de reacciones, de la que la palabra «opinión» o la palabra «ganas» o la palabra «placer» son las expresiones probablemente menos indecorosas para indicar lo que no es asimilable (de otra forma habría que hablar de «heces»).

Pues bien, atentos a esto, hay dos pretextos o dos pseudo-razones de las que normalmente parte una aparente razón para ceder a esta enfermedad mortal, para afirmar como inevitable o incluso justa esta degradación del vivir, este desapego del vivir, esta falta de ganas de vivir; o mejor, esta carencia de voluntad de vida, porque se puede tener ganas de vivir y una falta de voluntad de vida. Es justa la expresión que usaban los de Camerino: «Falta una verdadera voluntad de perseguir el bien de uno mismo».

Los dos puntos que vosotros habéis sabido identificar en vuestras intervenciones escritas u orales, a mi parecer, son realmente justos, son los más determinantes desde el punto de vista psicológico.

El primero es el miedo de la incoherencia. Por la incoherencia, se pone objeción al movimiento. El miedo de la incoherencia. Pero esta palabra, esta expresión, no dice todavía bien lo que pretendo afirmar, aunque por ahora no me viene a la cabeza una frase mejor. Ayer por la tarde la liturgia nos daba pie en este sentido, cuando san Pablo, en la carta a los de Salónica, decía... Qué diferente es, chicos, caminar tomando en serio las cosas que nos encontramos, en lugar de dejar que entren por un oído y salgan por otro como hacéis vosotros; no es cuestión de que yo tenga sesenta años, es cuestión de que a vuestra edad me habían acostumbrado a comportarme de otra manera, y lo había aprendido; no se puede dejar pasar una lectura litúrgica de la Misa, una palabra de la Misa, inútilmente; de otra manera, ¿qué esperáis? ¿Dejáis pasar lo que dice la Palabra de

Dios en la Misa y qué esperáis? ¿Lo que diga el *Equipe*? ¡Es ridículo! No os tomaréis en serio tampoco el *Equipe*. Así pues, decía san Pablo a los de Salónica: «Por favor, estad tranquilos, estad atentos a la dirección que os he dado, a la tradición de vuestra experiencia, es decir, seguidme y no sigáis al que interpreta a su modo las cosas»<sup>180</sup>. ¿Qué es lo que impulsa a la gente a interpretar a su modo las cosas? Os lo dije ayer por la tarde: la impaciencia. Como decía san Pablo: «¡El Señor está por venir, el Señor vendrá!», y pasaba el lunes, el martes, el miércoles, una semana, un mes, seis meses y el Señor no venía, entonces esto hacía inmediatamente que la postura de muchos se degradase, que se pusieran a romperse la cabeza, a interpretar a su manera. Es decir, como la promesa no sucedía en el modo, en el cómo, en el cuándo que ellos se habían imaginado, entonces se convertía en objeción, y para salvar algo interpretaban las palabras que habían oído según una imagen, un designio, que ellos se construían de su propia cosecha, en tanto. Y decían: «¡Ya está, el Señor vendrá dentro de tres meses, el Señor vendrá el año cien, el Señor vendrá el año mil!». ¿Creéis que es distinta la actitud psicológica con la que todos nosotros nos sentimos tentados a objetar a la promesa que se nos ha hecho, el indicio de cuya verdad nos ha sacudido? Como no soy coherente, como ese milagro del cambio no sucede, como con mi padre y mi madre, con mi novia y el estudio, con el dinero y el tiempo, los milagros no suceden, estoy como antes, o peor aún, en el fondo, en el fondo, si acaso, la sensibilidad que me ha sido despertada me hace percibir que soy peor que los demás, y entonces esto se convierte en objeción a la verdad de lo que hemos encontrado. Pero es un cuento, una mentira, porque va contra la evidencia que ha hecho que te muevas, es una bajeza; desde el punto de vista lógico, es irracional.

El miedo a la incoherencia propia se basa en la búsqueda de la satisfacción de uno mismo. Descubrirse incoherente es antes que nada una humillación, después un fastidio, y esto nos hace tender a la abolición de lo verdadero. El milagro de nuestro cambio no es un designio nuestro. Sin duda el camino es nuestro, pero la forma del camino, y por tanto del cambio, es seguir la verdad que hemos encontrado. Éste es el sentido de la frase de Cristo en el huerto de los Olivos: «Si es posible, haz que yo no muera; pero no se haga mi voluntad sino la Tuya»<sup>181</sup>. Él, el Señor del mundo, hecho prisionero.

El segundo pretexto es una visión esclerotizada de nuestra necesidad: un apego a nuestra imagen de cómo debe encontrar respuesta la necesidad. En otros términos, el narcisismo, que es al mismo tiempo el miedo a que el movimiento nos obligue a dejar la parte más verdadera de uno mismo y una pretensión: «Aquí no se me da lo que necesito».

El hombre es un animal razonable. Esta esclerosis es un venir a menos del juicio. La astenia es una enfermedad sobre todo a nivel del juicio, el fenómeno en el que la energía

de la vida encuentra su primer impulso, su primera chispa. Falta la libertad –el gusto de adherirse al ser– porque se tiene un juicio equivocado.

Aquí se «empastan» juntas inteligencia y libertad. En lugar de eso, el contenido del juicio de valor es para nosotros igual al de los demás, al de la mentalidad burguesa. Nuestra enfermedad mortal es que somos burgueses. En su sentido total esta incapacidad de gusto por la vida, esta falta de voluntad para perseguir el bien de uno mismo tiene la misma raíz de la que nace, por ejemplo, la mentalidad abortista.

El aburguesamiento tiene como supremo criterio de valor las propias reacciones; es lo que en el nivel del conocimiento se llama opinión y en el nivel de la vida se llama placer o apetencia.

Lo contrario al aburguesamiento es la moralidad, la afirmación del nexo que hay entre el instante y la totalidad. Como consecuencia de ello, el valor por el que se lleva a cabo la acción no viene dado por el hecho de que ésta corresponda a nuestras reacciones, sino porque corresponda al designio más grande, al orden total, a la voluntad de Otro.

El movimiento y el mundo tienen necesidad de que se reconstruya la moralidad, que es hacer interiormente habitual, obvio, que la razón de nuestros gestos esté determinada por algo más grande que nosotros. La moralidad es posible sólo contradiciendo la medida que nuestra reactividad, nuestro gusto del momento, libera; y eso sólo sucede a través de la dinámica del sacrificio.

No puede haber resurrección sino a través de la cruz. Dios, al venir entre nosotros, ha aclarado esto de manera dramática, aunque fascinante. De otra manera nos condenamos a vivir de evasión y de recriminación.

En cambio tenemos necesidad de moralidad –y no es cuestión de coherencia, puesto que el ideal es más poderoso que nuestra fragilidad–; y la moralidad, en cuanto implica el coraje y la sencillez del sacrificio, se llama también disciplina.

## **Velada de cantos populares rusos<sup>182</sup>**

Empecemos enseguida, porque estos cantos rusos son largos: son cantos populares, se diga lo que se diga. El significado que podemos subrayar en ellos es el valor cultural que testimonian y evocan. El valor, el fenómeno, el hecho cultural, en efecto, no puede ser nunca un producto individualista, no es nunca un fenómeno de génesis individual, sino que siempre es un acontecimiento que tiene como sujeto una persona. ¿Qué diferencia hay entre individuo y persona? Les decía a los profesores hace unos días: la diferencia entre individuo y persona es que la persona es el individuo que pertenece a un pueblo. ¿Y qué es un pueblo? Es un fragmento de historia, un fragmento paradigmático de

historia, un pasaje donde todo el fenómeno de la historia se realiza en algo pequeño, en un segmento. Pero un pueblo es «la» historia, aunque sea la historia de ese pueblo. ¿Y qué es un fragmento de historia que sea paradigma de toda la trayectoria histórica? Un pasaje de historia es un ejemplo de búsqueda del destino: un pueblo siempre se crea, y se mantiene unido, por esto. La génesis de un pueblo es una compañía en busca de su destino. Porque, de hecho, un pueblo se mantiene unido siempre por una visión del bien, del bien común. No un bien común cualquiera, porque de otra manera la colectividad y la solidaridad serían provisorias en sí mismas y no construirían, no darían personalidad a ese pueblo. Lo que da personalidad a un pueblo es un ideal, un bien común como ideal, que está más allá, más allá de toda la lista de intereses y necesidades que satisfacer.

Por eso la cultura es un acontecimiento cuyo sujeto es la persona como individuo perteneciente a un pueblo, que expresa en sí mismo la conciencia de ese pueblo, que realiza, encarna en sí y traduce —en la forma de lavar los platos, en la forma de educar a los niños o de escribir un poema —el genio de ese pueblo. Y el genio de ese pueblo es la conciencia que aúna a todos en una percepción ideal, por la que todo se mueve.

No es un pensamiento mío, es un pensamiento de san Pablo, en el decimoséptimo capítulo de los Hechos de los Apóstoles, en su famoso discurso en el Aerópago de Atenas (que era la Sorbona de entonces). Cuando, después de haber pedido la palabra, hizo ese discurso sobre Dios en el que partiendo, y valorándola, de toda la experiencia religiosa pagana —en su valor de experiencia religiosa—, dijo en un determinado momento que el movimiento de todos los pueblos es por la búsqueda de Dios, casi a tientas<sup>183</sup>. Ésta es una fantástica categoría de filosofía de la historia, o de teología de la historia (no puede haber filosofía de la historia si no es —en último término— teología de la historia). San Pablo usa esta categoría fundamental para dar un significado o para interpretar la historia: el movimiento de todos los pueblos, y de cualquier pueblo, es por la búsqueda del Dios, es decir, del significado, del significado total de su existencia colectiva en camino.

Pues bien, en los cantos populares rusos, bien sea en los corales, que son fascinantes sobre todo por las voces de los bajos rusos, famosos en todo el mundo, o en los solistas, se ve esta expresión de la vida del pueblo.

Los títulos son sencillísimos y, en particular, me urge subrayar algunos: *El tilo* y *El peral*. Imaginad el pueblecito, la caseta, la isba en la que está la familia, con un árbol cerca: el himno al árbol, a ese árbol, resume toda la memoria de su vida, de su propia historia, sus padres, sus antepasados.

Sveshnikov, director del coro en los dos discos, de los que ahora elegiremos algunas canciones, es ciertamente el más rico en matices y el mejor intérprete. Los otros discos que he escuchado no resisten, a mi parecer, la comparación. Los discos que vamos a usar



ya no existen, no están en circulación. Por casualidad, por pura casualidad, hace un mes, al morir una persona, me llegó un paquete de cosas que me pertenecían, entre las cuales estaba uno de estos dos discos, todo lleno de arañazos y arruinado. Pero la habilidad de su marido consiguió pasar a una cinta este disco de modo, me parece, más que pasable (se oye un ruido que tendréis que tolerar). Los primeros cantos son de un disco que no estaba estropeado.

*Prisioneros tártaros*

*No es el blanco abedul*

*Sobre la madre río Neva*

*Rumorea, río Amur*

Pues bien, árboles, ríos, son puntos de partida de la vida, de la vida básica, referencias hogareñas.

Es cierto que en los cantos populares rusos la dimensión de la epopeya (como decía, el camino hacia el destino es la naturaleza de la epopeya) es más impresionante, precisamente por la amplitud del alma rusa, que en las expresiones populares de otros pueblos.

*El peral*

Ahora viene el disco que está algo estropeado; vamos a escucharlo todo seguido. Os leo los títulos cada vez porque hay un breve espacio entre las canciones y puedo introducirme.

El primero es *El tilo*. Cuando una expresión humana, artística, tiene conexión con la intuición lírica sobre un plano total (como decía Benedetto Croce: «La poesía como intuición lírica sobre un plano cósmico»<sup>184</sup>, que es otra forma de hablar de la expresión de la experiencia contingente en tensión hacia el infinito, en tensión hacia el destino), cuando una expresión artística realmente indica esta relación, escucharla con cierta atención genera siempre pureza: uno se siente como purificado, se siente más puro, se siente como más ligero. Hay una condición, sin embargo, para que este aroma de pureza realmente sirva, hiera, llegue a herir, y es que el ánimo esté dispuesto al sacrificio por este ideal, aunque sea todo lo confuso que queráis. Es la idea de cambio, porque la idea de sacrificio coincide con la idea de cambio; no por nada *metanoia* quiere decir cambio y, al mismo tiempo, es la expresión griega de la idea de penitencia, de sacrificio. Sin esta disposición, sin este impulso que dispone al sacrificio, al cambio de algo de sí, a la ruptura de una manera de poseer, esa apertura ética que todo sentimiento de la belleza posee, se bloquea y se queda, en el mejor de los casos, como una emoción estética. Pero una verdadera emoción estética no puede dejar de sugerir pureza: la pureza es como la gratuidad desde el punto de vista ético. La pureza, desde el punto de vista psicológico y desde el punto de vista volitivo, es la introducción de un eco del destino en nuestra

actitud.

El primer canto, pues: *El tilo*, antiguo, más aún, antiquísimo.

*El tilo*

*Yo he nacido*

*La estepa*; Pasolini la usó en el *Evangelio según san Mateo*, en la muerte de Cristo.

*El camino*

Ahora el famoso *Canto de los bateleros del Volga*, conocido por todos.

Saltamos los otros cantos. Para terminar escuchamos *Campanas de la noche*, que era una de aquellas canciones que cantábamos; la cantaba el coro de GS en Varigotti. Además de *Campanas de la noche*, cantaba dos que no vamos a escuchar: *En el bosque oscuro* o *Los forzados*.

Escuchad cómo el clima y la profundidad de la inspiración se imponen simplemente con lo habitual: habitual porque en el ochenta por ciento de todos los cantos rusos se usa la misma cláusula final, el mismo módulo final.

*Campanas de la noche*

## Asamblea 2

*Intervención:* La asamblea anterior ha hecho emerger qué fascinante, pero también qué dura, es la batalla para salvar nuestra humanidad, la lucha contra la astenia, contra ese debilitamiento de nuestras energías y de nuestro cerebro que nos arrolla casi sin que nos demos cuenta. La educación de nuestro juicio, contra la opinión dominante, a merced de la cual estamos demasiado a menudo, es la batalla que tenemos por delante, frente a un mundo que se fortalece con nuestra debilidad para someternos cada vez más. Creo que nunca, como en estos últimos años, ha sido el CLU tan rico en iniciativas y propuestas, en la universidad y fuera de ella. Baste pensar en la experiencia de los *Cattolici Popolari* y, en este año, en los referéndums y las fiestas de los jóvenes. Creo que nunca ha habido una riqueza tan grande. Lo más triste es que podríamos volver a empezar como si estuviésemos al principio, como si lo que hemos hecho, lo que hemos vivido, no hubiera sucedido, no hubiese pasado, no fuese historia, no fuese cultura. En la asamblea de hoy debemos conseguir entender completamente, operativamente, qué quiere decir lo que nos hemos dicho en la asamblea pasada, es decir, cómo debemos cambiar para afrontar la lucha que tenemos por delante, el desafío que se nos hace, cómo en última instancia el único sentido de nuestra vida pueda ser la fe, es decir, pueda ser el estar unidos a lo que hemos visto, como juicio y como indicación operativa.

*Giussani:* De todos modos, yo, personalmente, no sostengo que sea «cómo si

tuviésemos que empezar desde el principio»; sino que es como si faltase, como si no llegase a arraigar, si no llegase a prender una cierta cualidad de la vida. Habéis estado dispuestos a una infinidad de actividades, la última campaña de los referéndums ha sido realmente un espectáculo de entusiasmo inteligente, generoso y tenaz, pero es como si faltase una cualidad en vosotros –¡en vosotros!–. Es como si la cualidad de lo verdadero no tocase vuestra sangre. Por ello se está todavía a merced de la instintividad, de la instintividad del «como sea más cómodo», «como quiera», «como me guste». Pero la gente «floja» no puede afrontar la historia; gente que no se sabe sacrificar, que no sabe ponerse en juego, sacrificando los cigarrillos y el beber, por la lucha, no puede afrontar la historia; gente que no se conmueve de un modo distinto ante la mujer no puede afrontar la historia; gente que, en cualquier momento, a los veinte años –¡a los veinte años!– no tiembla de emoción ante la palabra «ideal» o ante la palabra «misterio», ante cierto acento en la oración, ante cierto presentimiento de una Presencia, no puede afrontar la historia: hace un juego, aunque esté bien conducido, que dejará en quienes se hayan dedicado más, dejará en su vida una memoria algo triste, cómo decir, gustosa y triste, de un acontecimiento «caído». Después, formaréis una familia como toda la gente que habéis conocido en vuestras facultades: vuestros compañeros forman la familia como todos los demás, sacan adelante a los niños como todos los demás, se comportan entre ellos peor que los demás o como todos los demás, ante el trabajo y el dinero son como todos los demás, en la convivencia, en sus responsabilidades sociales y políticas, son como todos los demás, exactamente.

Se trata de una cualidad de la vida lo que tiene que arraigar. Es como un nuevo tipo de árbol, es como un injerto –es una palabra de la Biblia–, como un injerto que debe arraigar y al que le cuesta tan dramáticamente acontecer, excepto en las palabras, excepto en los programas, excepto en las iniciativas, excepto en las imágenes políticas y sociales: ahí ha sucedido algo, pero no en vosotros. Es como si una resistencia «bastarda» impidiese que este injerto arraigase. Y por eso, más que un «comenzar desde el principio», se trata de sacudir esta resistencia. Es como si hubiese acomodo en vez de calma.

Se puede estar furiosos, afanosos, se puede tirar de la cuerda de la mañana a la noche, y sin embargo tener dentro de sí, en la visión del porqué y en el cómo se hace lo que se hace, una calma profunda. La calma, o por decirlo con un término más completo, la paz, es el reflejo a nivel psicológico nuestro de la verdad. Es esta posesión de la verdad llena de asombro lo único de lo que nace la posibilidad de la gratuidad, es decir, del amor, que abre ecuménicamente, de par en par, a cualquier relación, a cualquier contacto, que nos permite estar disponibles ante cualquier ocasión.

¡Escribid, escribid, llenad los cuadernos! Es justo, eh, pero cuidado de servir con

vuestro esfuerzo a una «organización católica»: eso está bien sólo para los curas, no le conviene a nadie salvo a ciertos curas, porque tienen que hacerlo por su oficio y además –tal vez– porque en muchos casos no sabrían qué otra cosa hacer.

*Intervención:* Intento decir algo sobre la síntesis del otro día. Las últimas palabras que dijiste, y que después recogiste la otra tarde en la homilía, fueron las palabras «sacrificio» y «disciplina». Yo he sido educado en una familia en la que el ideal de la vida es la disciplina y el sacrificio y cuando nos llamaste «mosquitas muertas», a mí, de improviso, más que las ganas de rebelarme, me vino a la cabeza una famosa noche en la que, teniendo que elegir si ir a un sitio o a otro, me atreví a decirle a mi padre: «Dios tiene un proyecto para cada hombre y cada hombre se realiza según ese proyecto». Entonces, después de una sonora torta, porque eso era lo habitual, me hizo poner por escrito que, presumiéndome en pleno uso de mis facultades, declaraba esas cosas porque según él estaba completamente loco. Ahora me río, pero no fue un momento agradable (hasta llamó por teléfono a un amigo suyo psiquiatra, el cual le invitó, menos mal, a que lo redimensionara todo, lo que me vino bien). Siempre he tenido alguna dificultad para contar este episodio, porque lo sentía viciado por un fondo de orgullo, de sentirme un poco héroe. Pero el otro día, cuando se hablaba de retórica, entendí de repente que aquella noche yo, ante mi padre, había afirmado –quizá algo inconscientemente, porque, probablemente, esas cosas se las había escuchado decir a alguien dos o tres días antes, y sin embargo las había afirmado– cuál era el ideal de mi vida. Cuando hablabas de «mosquitas muertas», me decía: «Pero yo, a mi padre, no le dije: ‘El ideal es ése, pero yo no soy capaz, no sé cómo se hace’; le dije: ‘Ahí está’». Entonces, desde aquella vez hasta ahora, he tenido un montón de incoherencias, de traiciones, pero he empezado a cambiar. Cuando conocí la compañía del CLU, ya no se trataba de un esfuerzo por arreglar la incoherencia: era tan evidente otro valor que era un menos vivir como antes, a pesar de que la incoherencia permaneciera. De todos modos, no se trata de un esfuerzo que tengo que aplicar sobre mí. Entonces, por volver a la cuestión de la disciplina, que a un nivel epidérmico me da algo de fastidio, entiendo que o la disciplina es un instrumento para educarme en el ideal o si no, instintivamente, la rechazo, porque corremos el riesgo de «militarizarnos» sin motivo.

*Intervención:* De un tiempo a esta parte no me resulta fácil la decisión de venir al *Equipe*, pero tengo que añadir que todas las veces esta elección es positiva. Venir aquí, lo digo con bastante dolor, es como si se reabriera una vieja herida y el motivo de esto es que permanece sorprendentemente un velo de extrañeza con los más amigos. Este dolor, sin embargo, después adquiere su positividad, me abre a algo que es completamente desconocido para mi temperamento, que es la paciencia. La paciencia no es lo que nos hace estar parados, la paciencia es una gran fuerza en virtud de la cual se actúa, porque el

amor se purifica no por su languidecer, sino por el ardor. Es como si ya no soportase que esta extrañeza se espese y se piensen algunos proyectos y hasta se pongan por obra. Sin embargo, es como si nunca se dijese una palabra para mí: a menudo me parece que da igual que esté yo o esté otro. No digo esto ahora por lamentarme...

*Giussani:* ¡Es un lamento!

*Intervención:* ¡Me atrevería a decir que es un juicio, no un lamento!

*Giussani:* ¡Luego respondo!

*Intervención:* Decía esto para añadir una segunda cosa. Que no suceda una comunión completa es a mi parecer el origen del retraso con el que se afronta el problema de la cultura, porque me parece que la cultura está conectada con la gratuidad. No creo que nadie pueda sugerir lecturas o pensar en cualquier actividad cultural, por pequeña que sea, si no tiene pasión por la consistencia humana de la persona que tiene delante.

*Giussani:* Me interesa poner los puntos sobre las íes, porque es mucho más importante que las cosas sean siempre verdaderas y, aunque la intención sea justa, hace falta que resulten verdaderas; más aún, si uno tiene la intención justa, desea que resulten verdaderas. ¡Porque que se diga una palabra para mí depende sólo de mí! Que una palabra se diga para mí y no me resulte extraña, como has dicho antes, depende sólo de mi corazón y basta. No depende del quién, del cómo, o de la forma en la que se ha dicho. Esto es muy importante para que un malestar como el que se ha manifestado no se convierta en intimismo. El malestar siempre es un estímulo para obrar. Mientras que el intimismo te cierra. Por tanto, para que las palabras de su intervención no se escuchen y perciban en una acepción intimista, digo que en cualquier cosa en la que entremos, cualquier palabra que se nos diga, cualquier razonamiento que se haga, sea cual sea el planteamiento de una convivencia, las cosas no se dicen para mí, no me tocan, no solicitan de mí un cambio, solamente si mi corazón no está en marcha. ¡Sólo depende de mí! Puede haber, sí, una manera que favorezca más la llamada desde el aturdimiento, pero éste no es el problema. Me urge mucho subrayar este punto: tenemos que partir siempre de nosotros, porque la cuestión es nuestra apertura al ser, mi apertura al ser, ya que entonces, aunque sólo haya una brizna de hierba, me hace compañía como si fuese un bosque.

En cambio, no he entendido bien el asunto de la cultura y quisiera entenderlo.

*Intervención:* Quería indicar la relación que considero que hay entre el primer punto que he señalado antes con el retraso a veces inexplicable –para mí, para mi temperamento– con el que se afronta en el CLU el problema de la cultura; ya que en la universidad, en general, los instrumentos privilegiados de trabajo son los libros.

Esto lo he entendido realmente cuando he empezado a enseñar. Me he puesto a estudiar de nuevo con mucha pasión por amor a la consistencia humana de esos veintidós

chicos, de los cuales dos son discapacitados, que tenía en clase. Y esto ha sido para mí una gran educación en la paciencia y en la gratuidad. No podía esperar resultados inmediatos cuando empecé a trabajar con ellos, al principio del curso, ya que no sabían leer ni escribir, en quinto de primaria; pero me empeñé en que resultaran capaces de leer y escribir, me puse las pilas y trabajé cuatro veces más. Pues bien, esto lo he aprendido ante esta situación particular concreta, porque no podía prescindir de ellos, ni ellos de mí. Me parece que, en cambio, corremos constantemente el riesgo de dar una indicación general, muy justa y muy potente, pero no acompañar a las personas con una compañía que después haga que se concreten estas palabras ideales en una situación particular. Si pienso en la historia que he vivido en el movimiento, primero en GS, pero sobre todo en la universidad, este aspecto de presentir a Cristo o de verificar la fe dentro del aspecto concreto del estudio ha sido fundamental, quizá mucho más que el resto de las cosas, que todos los manifiestos que después, más tarde...

*Giussani:* ¡«Quizá mucho más» que nada! No hagas comparaciones a la contra, habla de lo positivo que estás indicando; ir en contra es siempre un modo equivocado de hablar, porque sólo hay un motivo por el que la cultura, en el sentido que has subrayado justamente, no ha avanzado: que a vosotros que sois los responsables os traen sin cuidado todas las indicaciones. Son los responsables los que deben traducir las indicaciones.

Es muy importante que, para llegar al segundo piso, no obviemos el primero que ya existe, porque de otro modo no se construye. Lo que se ha dicho ahora es muy importante para la cultura, para el progreso y el desarrollo de la cultura: es muy importante que viva de los instrumentos. Los peores años del CLU, los más confusos, en que se andaba más a tientas, fueron aquellos en los que la única cosa que se hacía eran grupos de estudio, seminarios sobre libros, es decir, sobre los instrumentos. Después, finalmente, vino el cambio. Hubo una época –quizá vosotros no podéis recordarlo– en la que nuestra presencia en la universidad consistía en los cursos de revisión, en los seminarios de los libros de la Jaca Book o cualquier otra cosa, o bien los cursos paralelos y las unidades de trabajo. Aquellos años fueron un instrumento de pérdida de tiempo para infinidad de gente; hemos perdido años y años. Después, finalmente –finalmente– el movimiento tomó conciencia de dónde está el origen de toda posición cultural, el origen de la cultura. Lo primero, lo radical para un árbol es que tenga semilla, raíz, el agujero dentro de la tierra, que lo alimenten, que lo cuiden y lo alimenten. Por tanto, primero hace falta identificar la esencia de la cuestión: su esencia concreta y su génesis concreta. Y hemos tenido que batallar; de hecho, desde este punto de vista, hemos tenido que batallar hasta contra nuestros magníficos profesores universitarios, que tenían otro parecer. Y así como todos caminamos y, si se tiene buena voluntad, aprendemos,

también ellos –me parece– han aprendido, han sacado lo que estaba implícito en la experiencia en que participaban. Si me equivoco o digo cosas injustas, que se me corrija después.

Es como si, ahora, este árbol, que hace falta reforzar continuamente y profundizar continuamente, para desarrollarse, para llegar a dar flores y frutos, necesitase abono o necesitase unas condiciones particulares. Ejemplifico así lo que la intervención anterior ha llamado instrumentos: que no son sólo los libros, pero sí son ciertamente los libros un aspecto importante. No por nada, ahora, en esta sociedad, los jóvenes ya no leen; y si queréis una prueba de esto fijaos en vosotros mismos: ya no se lee.

Pues bien, el movimiento ha adquirido en su origen cierta densidad, desde el punto de vista de la experiencia cultural, precisamente a través de algunos textos: *La anunciación a María*<sup>185</sup>, el *Miguel Mañara*<sup>186</sup>, el *Barrabás*<sup>187</sup> de Pär Lagerkvist, *Balance de la historia*,<sup>188</sup> que se leían –¡se leían!–; no había vacación o reunión en que no se leyese y releyesen estos textos y algunos más. No es solamente, sin embargo, cuestión de leer esos textos, ciertos textos; es cuestión de que los instrumentos para el desarrollo de la cultura, dentro de los cuales tiene un lugar eminente el libro, sea ciertamente una preocupación que debemos tener en sentido absoluto, pero que «los señores responsables» siempre han desatendido.

*Intervención:* Quería decir algo recogiendo las dos palabras que se han dicho en las intervenciones anteriores: «disciplina» y «cultura». Muy a menudo veo que, cuando las cosas no van, es decir, cuando una comunidad encuentra dificultades, cuando a uno le cuesta un poco todo, etcétera, surge la petición, digámoslo así, de disciplina, de una regla. Esto vale también para las iniciativas culturales: «Pero cómo, aquí no decimos nada, ¡tenemos que intervenir!». Simplemente quería decir que la disciplina, la regla, la iniciativa no son las cosas que arreglan la vida: la vida se arregla por algo distinto, por el hecho de que la propuesta existe, con toda su articulación, hasta la indicación concreta de los instrumentos. El problema es adherirse, pertenecer a esta realidad: en esto consiste la disciplina. Desde el punto de vista de la imagen de nuestra vida, del camino de este año, éste es el punto decisivo.

*Giussani:* No he entendido bien.

*Intervención:* A menudo, cuando uno no va del todo bien, o la comunidad no va del todo bien, brota la petición: «¡Haría falta una regla!», «¡Tenemos que hacer ciertos sacrificios!», «Recemos Laudes por la mañana», o bien: «No estamos diciendo nada, tenemos que decir algo», o bien «¡Tenemos que vender libros!», etcétera. La observación que quiero hacer es ésta: la disciplina, la regla, el sacrificio, las iniciativas, no son las cosas que ordenan la vida. Es como decir: «Estoy justificado, estoy en orden, he rezado mis Laudes, he cumplido con mi pequeña regla, he llevado a cabo la iniciativa

cultural, he repartido el periódico, y ahora estudio, tengo que estudiar porque tengo que examinarme». «Oye, ¿puedes repartir el manifiesto?» «No, tengo que estudiar, ya hice la campaña anterior, ¡ya me he ganado la medalla!» Es como si este «debemos» o «queremos» estuviesen fuera de la pertenencia.

*Giussani:* ¿Debemos qué?

*Intervención:* Debemos darnos una disciplina, debemos tomar una iniciativa, etcétera. Lo que da una fisonomía determinada a la vida es que uno pertenece a algo que ya existe de antemano, es decir, que la ocasión de la disciplina, la vida como tensión ideal ya existe, ya ha sido propuesta, es un hecho presente. Ya está el agua en la que nosotros, como peces, podemos sumergirnos, ponernos a nadar y buscar lo que hay para nosotros. A veces es como si la disciplina, la regla, fuesen algo fuera de una condición que ya existe, de una presencia que ya nos ha sido dada.

*Giussani:* Perdóname, entonces estas reglas, estos instrumentos, estos «vete a saber qué», ¿están como al lado de la vida?

*Intervención:* Es como si no existiese ya una ocasión de disciplina y hubiese que crear otra.

*Giussani:* Es como si *Il Sabato*, pongamos, estuviese aparte de la comunidad. ¿Habéis entendido lo que ha dicho?

*Intervención:* Sí.

*Intervención:* Lo que quiero decir es que la vida cristiana no es una idea que está aquí y las demás cosas están allá, sino que es un ideal que abraza toda la vida, en todos sus aspectos. La disciplina, o el sacrificio, es la adhesión a esto, no otra cosa más que hacer.

*Giussani:* Esta última frase, a mi parecer, es pedagógicamente la más clara de todas. No es que por estar en la comunidad o por pertenecer a este acontecimiento tenga entonces que hacer esto y esto y lo otro. ¿Es lo que quieres decir?

*Intervención:* Sin duda, pero tengo que adherirme a la comunidad que ya existe de antemano.

*Giussani:* ¿Y el valor pedagógico de las cosas, entonces?

*Intervención:* ¡El valor pedagógico de las cosas es que estas propuestas ya están ahí! Al menos en mi experiencia, el movimiento ha penetrado en toda la vida, desde la manera en que me levanto por la mañana a la manera en que leo los periódicos: esta propuesta pedagógica que me hace dar ciertos pasos ya está ahí. No se trata de hacer otras cosas más que estar dentro de ella. La verdadera disciplina de la vida es esta propuesta. A menudo sentimos la disciplina como algo de más que hay que hacer, mientras que se trata de una conciencia y de una madurez que hay que desarrollar en la adhesión.

*Giussani:* Quiero insistir en esto, porque no me parece que todavía se haya aclarado



bien, pero me parece muy importante; si no centramos este punto, «derrocharemos» energías. Siempre pongo el ejemplo de la palanca: el que levanta el peso con el lado corto de la palanca, en vez de hacerlo con el lado largo, se cansa enormemente y levanta menos peso. Quiero aclarar este punto. ¿Has dicho que la verdadera disciplina es...?

*Intervención:* Adherirse a la propuesta.

*Giussani:* Eso es, es adherirse a esta cosa. Cuando uno siente que no se adhiere, cree que puede conseguir adherirse instituyendo ciertas cosas que hacer, una regla: pongamos una regla al grupo (algo que ahora está muy extendido, desde que hay «fraternidades»), o bien démonos una disciplina. Pero se use lo que se use no produce una adhesión, la adhesión a este acontecimiento. Hacer manifiestos, repartirlos, hacer asambleas, nada de todo esto consigue que te adhieras, no obtiene de ti una adhesión: en cambio, el hecho de que te adhieras te empuja a escribir los manifiestos, a usar los instrumentos, a cumplir la regla, a vivir la disciplina con libertad. Entonces todas esas cosas se convierten en expresión de la propuesta. Mientras que, en el primer caso, los instrumentos y las cosas que se usan para alcanzar un valor —el valor de nuestra compañía—, para entrar dentro, para adherirse a este hecho, al hecho que vive entre nosotros, los instrumentos que se usan para adherirse son instrumentos moralistas, y hacen que nos convirtamos en esclavos del gusto de algunos, del poder de algunos, y nos consumen. Nos consumen como personas, aunque nos den cierto gusto: hacer política, leer ciertos libros, ir al fondo de una determinada cuestión, nos da gusto; pero nos convertimos en esclavos del gusto de otros, de los que «dan el tostón», de los que tienen por tanto —coloreado de varias formas— el «poder». Los instrumentos, cuando se usan en este sentido, nos consumen como personas, es decir, en nuestra relación con la verdad, en nuestra relación con Cristo. El moralismo desgasta y es moralismo todo lo que se hace por algo que no existe, que no brota como expresión de un amor, de una adhesión, de un juicio y de un amor que nos empuja a adherirnos, que moviliza nuestra persona.

*Intervención:* Quisiera poner otro ejemplo que me parece muy pertinente sobre el problema de la cultura. ¿Qué es para nosotros la cultura? La iniciativa cultural: tomemos esta postura en la universidad, digamos estas cosas, trabajemos en el referéndum... En el fondo, cuando uno piensa en nuestra cultura, ¿en qué piensa? En la postura que hemos tomado sobre esto, en el manifiesto que hemos publicado sobre lo otro. No es que esté mal. Pero ¿de dónde nace esta iniciativa? Esta iniciativa nace, a diferencia de antes —en comparación con lo que don Giussani decía de la experiencia de los años anteriores del CLU— de la exigencia personal de un juicio para afirmar el destino desde nuestra condición: trato de vivir en ella lo que he encontrado y trato de cambiar mi vida para hacerla más verdadera. Por eso, podemos tomar todas las iniciativas que queramos y, quizá —es un detalle, pero es importante— como somos responsables de la comunidad,

permanecer en la universidad sin ir a clase durante dos o tres años, y esto a mi parecer es injusto.

*Giussani:* De todos modos uno puede perder cursos durante dos o tres años, no por su culpa, sino por culpa de los curas, de los dirigentes.

*Intervención:* ¿Se puede explicar mejor el punto de la cultura?

*Intervención:* Pongo un ejemplo concreto. Cuando mataron a Moro<sup>189</sup> hicimos un manifiesto. ¿De dónde nace el manifiesto sobre Moro? ¿Nace del hecho de que hay un *trust* de intelectuales que se pone ahí y dice: «Ahora, como ha muerto Moro, tenemos que decir algo»? O nace de que alguien, mientras va a trabajar, o al colegio, o a la universidad, está dentro de la propuesta que le ha sido hecha y trata de referir todo lo que vive –sus libros, su trabajo, sus relaciones– a ella, viviéndola con seriedad, y si matan a Moro dice: «Quiero expresar una postura, un juicio, no porque tenga que tomar una iniciativa, porque tenga que estar yo también presente, sino porque es mi vida lo que me arrastra a esto, es decir, el hecho de que yo estoy dentro de esta propuesta». No veo que la cultura pueda nacer de una manera distinta.

*Giussani:* ¿Te resulta claro? ¡Sinceramente!

*Intervención:* Es mejor que antes, sí.

*Giussani:* Sí, es mejor que antes, tienes razón, esto es más sincero, pero sigue siendo necesario que aún esto se diga más claramente todavía.

*Intervención:* Yo quisiera decir que ante las palabras que se han dicho estos días, lo primero que me surge es un dolor: yo quiero estas cosas, pero no estoy presente en ellas; quisiera estar presente, y me doy cuenta de que después de todo lo que he conocido, todavía estoy parado. De la indiferencia de antes, es como si me naciese un dolor y, por tanto, el deseo de estar aquí. Este dolor me sugiere algo: que tengo necesidad de abrir los ojos ante lo que no entiendo y necesito la obediencia, la comunión.

*Intervención:* Creo que el primer paso que di en el movimiento fue, en GS, cuando, al final de la Misa que se celebraba todas las semanas, siempre se pedía hacer alguna tarea. Todas las veces, cuando se daban los avisos, pedían: «¡Veinte personas para hacer tal cosa!», y había que levantar la mano. Hasta que los veinte no levantaban la mano, no nos íbamos. Todas las veces me quedaba sentado y me decía: «Podría hacerlo, no podría hacerlo, realmente ya había previsto esto, había previsto esto otro, pero si lo hago hoy, mañana no lo haré». Me quedaba siempre un poco mal cuando no lo hacía y me sentía gratificado cuando lo hacía. Hasta que una vez me dije: «Tengo que probar a decir todas las veces que sí; ahora todas las veces me adheriré a lo que me piden». Para mí ha sido un paso, ha supuesto esa adhesión de la que se hablaba antes. Creo que no hay diferencia entre la adhesión a un responsable que te pide que hagas algo y la adhesión a lo que la realidad te pide, si estás atento a la petición que te hace la realidad. Ya de por sí la

realidad te interpela, la realidad requiere tu adhesión, como requiere tu adhesión ir a comprar *Il Sabato* todas las semanas y tratar de leerlo, como te pide adhesión el hecho de ir a vender «CL» cada mes, aunque cueste lo que cueste.

Después quería decir una última cosa, en relación con la amargura que se ve en este *Equipe*, a la negatividad que sale siempre. Yo no tengo amargura, aunque haya cosas que no van, pero las cosas que no van no se convierten por amargura en algo que te hace caminar más, te hace andar más decididamente. Es al contrario, el deseo de entender, antes que nada. Hay un seguimiento que no es entender, muchas veces: se sigue sin desear entender lo que se tiene delante, lo que se sigue. Yo no estoy «amargado» aquí, estoy bien aquí.

*Giussani:* De todos modos, si ha habido algo amargo, ha sido el punto de partida, vuestras aportaciones.

*Intervención:* Se ha hablado ahora de abrazar la realidad. Pero muchas veces me he encontrado como diciendo: «Esperemos a que la realidad me provoque a hacer algo, que haya una situación que me provoque a responder a la necesidad». Ahora trabajo en un hospital y me urge entender qué quiere decir abrazar la realidad.

*Giussani:* Si lo que te ha encendido es la expresión «abrazo a la realidad», es justo todo lo que dices, más aún, es muy útil para la imagen de la cuestión, en el punto que estamos afrontando: «No se puede esperar a que haya ciertas ocasiones para dar un paso adelante». Si yo soy alguien, si tengo dentro algo, si tengo un rostro, entonces en todas las relaciones tienen que reconocerme. Hasta una cara demacrada o un enfermo desconocido, que viene para hacerse una radiografía de tórax, es una ocasión. El abrazo a la realidad consiste en que, sea cual sea el modo en que la realidad te toque, no sea algo sin significado para ti. Para el que tiene un rostro determinado, para el que pertenece a cierto hecho o a cierto acontecimiento, sea cual sea el modo en que la realidad le toque, aunque sea tangencialmente, ésta siempre tiene un significado, le provoca. Y él se expresa según esta experiencia que lleva dentro de sí.

*Intervención:* ¿Puedo hacer todavía una pregunta? Lo que voy a preguntar estaba escrito también en el texto de la entrevista, pero no sé si lo he entendido bien: se decía que uno está continuamente provocado a cambiar en el impacto con la realidad, a cambiar los modos de obrar. Me parecía poco claro. No sé si tiene que ver...

*Giussani:* Tiene que ver, ¡y cómo! Si tú tienes un corazón que tiende a abrazar toda la realidad, si tienes un corazón por el que cualquier relación con la realidad –aunque sea tangencialmente– te provoca (cualquiera, hasta una brizna de hierba que pises, según la página de Isaías, o una pequeña flor, según la página del Evangelio), si tienes un corazón para el que toda la realidad –como quiera que te toque– te despierta, te vuelve a despertar, te hace expresarte, te provoca un posicionamiento, una expresión, que revela

lo que eres (porque hasta en la relación con el enfermo desconocido, que todos tratan asépticamente durante cinco minutos, tú te ves provocado a expresar lo que eres), entonces cada uno de estos impactos con la realidad, al provocarte, te cambia –¡te cambia!–. Esta pregunta me parece preciosa porque contiene la idea de cambio; incluso desde el punto de vista estrictamente cultural, la idea de cambio es fundamental. Pero la idea de cambio es fundamental desde el punto de vista de la cultura si lo es desde el punto de vista de la libertad, es decir, si lo es desde el punto de vista moral. ¡La moralidad es el cambio!

Entonces, el impacto con la realidad te cambia, te provoca y te cambia. ¿Qué quiere decir «te cambia»? Quiere decir que te hace descubrir más profundamente, te hace tomar mayor conciencia de la verdad y de la capacidad que tiene tu corazón de hacer feliz el mundo. El cambio –es un pensamiento profundísimo de Newman, que Newman usa como categoría de toda su psicología– no es otra cosa que el descubrimiento más profundo de la verdad que llevas contigo<sup>190</sup>. De otro modo pierdes en unidad, y como se dice hablando en términos mundanos, el cambio es perderse, es perderse a sí mismo, pero no en el sentido evangélico. Sólo que, para ensimismarte cada vez más profundamente con la verdad que llevas encima, tienes continuamente que perder la rigidez, la concreción, la encarnación provisional que tú has realizado; es decir, tienes que abandonar continuamente tu opinión y tu instintividad, tienes que abandonar continuamente lo que eres. Y éste es el aspecto que se llama sacrificio.

*Intervención:* Quisiera decir que la vida no arraiga en mí, o bien ese poco que ha nacido decae cuando me proyecto hacia el futuro, es decir, cuando no estoy pegada a lo que tengo ahora: como el instante, el momento que vivo por apetencia e instintividad no me satisface, no me llena, no me gusta, tiene límites, entonces intento completarlo añadiéndole un pedacito de sueño, un pedacito de expectativa, por ejemplo con las iniciativas del movimiento: «Bueno, ahora estoy mal, pero después iré al *Equipe* y allí se está bien, tengo a mis amigos». Me he dado cuenta de esto: he venido aquí muchas veces con esta proyección sobre el futuro, he venido aquí esperando que se me precisaran ciertos detalles, que se me aclararía este aspecto o el otro, y en cambio se me ha repetido el ideal, todo el ideal, todo lo que me había fascinado y sigue fascinándome; y esto me ha despertado, porque vivir proyectada hacia el futuro es como vivir en un sueño. Finalmente, hay alguien que con gran caridad me da un golpe, me despierta. Eso, entre otras cosas, me ha recordado todos los momentos en que mi vida ha sido despertada. Hoy ha sido el requerimiento de don Giussani, pero en la vida cotidiana lo que me encuentro hace que me surja siempre una pregunta.

*Intervención:* Después de llevar algunos años en el movimiento he empezado a intuir existencialmente qué es la moralidad y a desealarla. Sucedió cuando entendí que darme

cuenta de lo que había encontrado, es decir, el movimiento, no podía confiarse sólo a una percepción estética —que aunque se renovase continuamente, se detenía ahí—, sino que tenía que suceder sorprendiendo el cambio que el movimiento producía en mi vida. Y eso me ha hecho intuir dos cosas. La primera es que el deseo de este cambio y de esta moralidad nace de algo más grande, que está antes que todo, y que es lo que he conocido. El deseo del cambio, el deseo de la moralidad, nace de algo que ya está ahí, de algo que es más grande que yo y más grande también que mi deseo de cambio: es algo que he conocido, que reconozco, que renace continuamente y no depende del éxito. Me ha asombrado muchísimo, en la Escuela de comunidad, cómo habla don Giussani de proyecto («Juntándonos con vistas a tal o cual proyecto»)<sup>191</sup> y dice que el proyecto de compartir toda la vida nace de la pertenencia al mismo Misterio y tiene como objetivo hacer más visible ese Misterio que uno ha encontrado. Lo segundo que descubrí entonces es que la moralidad se extiende a toda la vida, es decir, que todos los instantes, todos los detalles, incluido el pecado, pueden ser el lugar, la materia de este cambio, de esta vida moral.

*Intervención:* Dos observaciones sobre lo que se decía antes a propósito de la adhesión a la realidad y de disciplina y sacrificio. Se piensa que, cuando se habla de sacrificio, se habla de que es necesario cortar algo; en cambio he entendido en el movimiento que el sacrificio es como el nivel máximo de energía en el que estoy, en el que vivo; es como el motor que gira al máximo de sus revoluciones, porque el sacrificio no es cortar algo, sino que es tomar la realidad con la totalidad de sus factores. Por eso, cuando se habla de moralidad, me viene siempre a la mente que lo particular es útil, que lo particular está salvado; es decir, que lo particular no es un *optional* que tengo ahí, sino que tiene que ver con la obra grande en la que estoy participando. En el fondo, el aburguesamiento es agarrarse a lo particular sin ver todas las relaciones que tiene. Por eso no cambiamos, porque no nos dejamos vencer por esta totalidad que nos rodea.

A mi parecer, y es la segunda observación, esto tiene que ver muchísimo con la cultura, porque la opinión prevalece cuando no me rindo a la totalidad de la realidad, cuando privilegio un aspecto abstrayéndolo de todo lo demás; entonces se crea en mí una opinión determinante, que se convierte en violencia en relación con los demás, respecto al ambiente. La opinión se afirma en mí cuando abstraigo una parte de la totalidad de la realidad y ésta se convierte en el punto de vista que tengo por el único válido para mí; por eso, entonces, cuando lo demás aparece y se me hace ver, tengo que eliminarlo, porque si no, ya no puedo decir que ese aspecto es todo para mí. Y esto, a nivel cultural, es la pureza de la intelectualidad: rendirse ante la verdad y no ante lo que uno cree que es la verdad.

*Giussani:* El último.

*Intervención:* Quisiera decir algo en relación con la última intervención y que he vivido durante estos años: efectivamente, elegir algo quiere decir renunciar a todo lo demás...

*Giussani:* ¡Lo decía ya Gide! ¡Es uno de los pensamientos más importantes de Gide!

*Intervención:* A no ser que lo que se elige incluya todo lo demás. Lo entendí cuando tuve que elegir la carrera, qué hacer después del bachillerato. Y tenía una inquietud dentro, porque si elegía Matemáticas no elegía Letras, no elegía...

*Giussani:* ¡Ruso!

*Intervención:* Eso es. Sin embargo, me sucedió algo. Al tomar la decisión justa, lo que me convenía, es decir, lo que es mi destino, al haber elegido esto, entiendo mejor que antes las poesías, por ejemplo. Es algo sorprendente, antes no las entendía como las entiendo ahora, no me gustaban como me gustan ahora.

*Giussani:* ¡O sea, con esto dices que, al elegir lo que es justo, se elige todo!

*Intervención:* ¡Sí! Extrañamente se entiende todo, todo viene...

*Giussani:* ¿Estás totalmente seguro de que las Matemáticas son aquello para lo que estás hecho?

*Intervención:* Sin duda.

*Giussani:* Te hago esta pregunta para llevar al fondo la cuestión, es decir: un hombre se debe mover según lo que entiende que es justo para él. Entonces, el valor de esta forma de moverse no está en el hecho de que lo que se elige es «sin duda» lo justo para sí, sino en el hecho de que así persigue su destino, que es otra cosa; entonces, ¿hasta cuando viese que se ha equivocado en casarse con su mujer, abraza el mundo! ¿Me explico?

*Intervención:* ¡No!

*Giussani:* Veamos, él ha dicho que elegir es renunciar, según el aforismo de Gide; ha utilizado otra palabra en vez de «renunciar»: elegir es...

*Intervención:* Excluir.

*Giussani:* Es excluir. Elegir es excluir. Pero si uno elige lo que es justo para él, entonces es como si se quedase tranquilo, en paz con todo demás, y empieza hasta a saborear más las otras cosas, como él la poesía. Esto que ha dicho, según mi parecer, tiene que leerse al trasluz y entonces se aclara lo que es totalmente verdadero. He querido intervenir para hacer que resulte total y absolutamente verdadero lo que ha dicho. Porque uno puede elegir una mujer, o las Matemáticas, convencido de que es lo justo para él. Después de las primeras discusiones con los profesores, o después de las primeras discusiones familiares, puede darse cuenta de que se ha equivocado en su juicio. Y sin embargo, lo que él ha dicho vale igual. Incluso porque no es para nada normal que uno pueda decir: «¡Lo que he elegido es sin duda, de manera absoluta, lo que

me conviene, lo que más me conviene!». ¿Quién te lo dice? Pero si él ha tratado de elegir una mujer, ha buscado elegir Matemáticas, con un ánimo ecuánime, de manera ecuánime, teniendo presente todo, es decir, de manera moral, que quiere decir estar totalmente dispuesto a obedecer a su destino, al destino que le ha hecho para algo (entonces dice: «Destino, ¿me has hecho para esta mujer? Por esto, esto y esto, me parece que sí, ¡entonces me uno a Ti!; ¿Me has hecho para las Matemáticas? Pues ahí estoy»), si él ha actuado con esta conciencia, aun cuando descubriese los límites de su elección (es triste, porque el presente está siempre lleno de límites; ¡pero ay del que diga: «¡Lo que yo he elegido es lo perfecto, estoy en orden, no necesito otra cosa!»; sería un pobre desgraciado), aún cuando descubriese esos límites o incluso descubriese que hubiera sido mejor, en vez de Matemáticas, haber sido escultor, esa «pacificación» con todas las cosas ¡permanece!, pues, en efecto, lo que fundamenta esa «paz», lo que te permite disfrutar más las cosas es haber llevado a cabo el gesto a la luz del destino, no el hecho de que sea lo adecuado a uno o no. ¡Un hombre puede perfectamente casarse con una mujer que es muy adecuada para él, tan adecuada para él que lo ahoga, le convierte en un cadáver, como a menudo sucede en estos casos!

Ahora, la síntesis.

## Síntesis 2

Tendría que hacer la síntesis, pero reto a quien quiera a hacer la síntesis de esta asamblea. ¡Os desafío! En segundo lugar, aun a costa de subrayar, de «aumentar» la justísima observación del que decía que no hace falta decir las cosas de forma amarga, digo que para mí es amargo constatar –quizá ni siquiera os habéis dado cuenta– que no ha habido ninguna continuidad, sino puramente casual y formal, de alguna que otra palabra, con la asamblea que tuvimos el otro día (contenidos y síntesis)<sup>192</sup>. ¡Lo que quiere decir que no podemos hablar de que hayamos trabajado en absoluto en este *Equipe*! Todas las intervenciones se han hecho sabiamente, incluso inteligentemente, expresando una preocupación también particularísima y singularísima de cada persona (estoy hablando en general): pero ¿tenéis la impresión de que en estos cuatro días hayamos hecho un trabajo? Hemos pasado cuatro días, al menos para mí, muy simpáticos, y por tanto nada amargos, con el precioso testimonio de Pigi Bernareggi de ayer y, ¡para pasar el tiempo, hemos tenido una asamblea hace tres días y otra asamblea esta mañana! Decidme, corregidme: como estoy muy contento de la vida, no quiero favorecer la amargura en la vida de los demás. Yo hago la síntesis, pero la hago precisamente porque, al tener algo dentro, incluso si me encuentro con una piedrecita, no

la tomo con el universo, ¿entendéis?

¡Decidme, por favor, si me equivoco!

De todos modos, mañana por la mañana os las arreglaréis para organizar el trabajo que hay que hacer.

Hay sólo un punto que, en conciencia, no podemos tergiversar: que vosotros sois los responsables de miles de otros universitarios, por lo que si, después de haber venido al *Equipe*, no volvéis a casa con una dirección, con una directiva, sabiendo lo que tenéis que hacer, sería algo muy grave, sobre todo para los dirigentes de esta asamblea, y, en segundo lugar, para cada uno de vosotros. Es un problema de justicia con nuestros amigos, un problema de justicia elemental.

Yo digo lo que me sugiere, por reacción, no por una iluminación lógica, tranquila, la serie de intervenciones que se han hecho; y lo hago no tanto porque tenga que hacerlo, sino por dar, por volver a dar mi aportación, porque la del otro día es la aportación que mantengo para que prosigáis vuestro camino: mi aportación para que prosigáis vuestro camino es la síntesis que hice el otro día. El otro día la hice hipotéticamente, para ponérsela en las manos: vosotros la habéis puesto bajo los pies y ahora yo, en este punto, críticamente, no puedo hacer otra cosa que mantenerla, porque estoy convencido de ella, al no haber recibido contestación a ella. Por tanto mi contribución sigue siendo esa síntesis, ¡tenedla en cuenta como os parezca!

## I

Hoy –cuando nos hablamos, nos decimos siempre ciertas cosas inteligentes o por lo menos verdaderas; nuestra existencia está tan armada de provocaciones, está siendo provocada de tal manera, que nos es difícil regresar a la «ciénaga muerta» de la mayoría– lo que más me ha persuadido y que sirve de eje de enganche para el resto de las intervenciones es lo que uno de vosotros ha dicho: «Lo que da fisonomía a la vida es pertenecer a algo que ya existe de antemano».

Parece algo insignificante, fisiológicamente, mientras que psicológicamente y espiritualmente es decisivo. Y nadie lo tiene en cuenta, en una época como la nuestra. El otro día, en la síntesis, hablaba de astenia, y estos días lo han confirmado; la astenia que caracteriza a este momento de nuestra vida –y que estos días han confirmado– viene, como por ósmosis, del mundo, de la sociedad en la que estamos inmersos. La sociedad en la que estamos inmersos, culturalmente, tiene como prerrogativa suya, como característica suprema, como esencia de la misma cultura actual, la eliminación del padre: es la eliminación de la pertenencia. Incluso la anticipación de la mayoría de edad a los dieciocho años tiene este significado, es un aspecto de esto, es decir: la eliminación, lo más rápido posible, de la pertenencia. A cualquiera le es fácil ver por qué la cultura, la



cultura dominante, incluso en los colores que más contrastan –Rusia, América–, está completamente de acuerdo en esto: cuanto más se arranca al hombre de su pertenencia, más pertenece al poder; cuanto menos rostro propio tenga el hombre, será un instrumento más utilizable, más disponible para el poder.

Me permito recordaros que éste es uno de los temas fundamentales del santo Evangelio, es una de las actitudes características, esenciales, de la figura de Cristo ante la sociedad: la lucha contra el poder. No la lucha contra el poder por un instinto «del sesenta y ocho», sino la lucha contra el poder por la afirmación del valor absoluto que tiene la persona ante Dios, que es la religiosidad.

Por eso, lo que da una fisonomía a la vida es lo que decía también el Evangelio en la liturgia del otro día: lo que da un rostro, o, por usar un término griego, lo que da personalidad a nuestra vida es pertenecer a algo que existe desde antes. ¡Basta! Es pertenecer a algo que ya existía. Pero esta pertenencia es verdadera sólo si eso que existe antes que tú es lo que te ha creado y te ama, lo que te ha amado y te ama hasta darte la existencia, sólo si eso que existe de antemano es lo que te crea. Porque lo que existe antes que yo es sólo una cosa: Aquel que me crea. Lo que existe verdaderamente antes que yo es aquello a lo que pertenezco; lo que establece mi rostro y mi personalidad es lo que me crea, lo que me ama hasta crearme. ¡Así que es Cristo! Él, además, ha entrado en nuestra compañía: «A nuestro concorde encuentro se una un huésped nuevo»<sup>193</sup>. Entonces, lo que da fisonomía a la vida es pertenecer a algo que ya existe, a Cristo, y yo pertenezco a Cristo dentro de la forma histórica, concreta, en la que Él se me ha dado a conocer, de un modo maduro y por tanto persuasivo y operativo. Lo que da fisonomía a la vida es la pertenencia a esa compañía que es su signo eficaz, casi sacramental: y en efecto es pertenecer a una compañía en la cual y a través de la cual la pertenencia a Él, a Su cuerpo misterioso o Iglesia, se hace persuasiva y operativa.

La gran cuestión, la que hace que nuestro rostro se encienda, de modo que Le vean a Él, de modo que no se pueda decir de nosotros: «Todos los que me han conocido es como si no me hubieran visto»<sup>194</sup>, como decía el ya citado Rimbaud, lo que enciende nuestro rostro y da consistencia a nuestra personalidad, lo que nos da consistencia como hombres, es pertenecer: pertenecer a esto que existe antes que nosotros. Y pertenecer significa reconocerlo y adherirse a Él. La primera pertenencia es reconocer una cosa. La primera forma en la que un hijo pertenece a su padre es reconociendo que es su padre; la segunda es seguirle, adherirse a su padre, seguir a su padre. Por eso, si llamamos disciplina –¡disciplina!– al orden del ejercicio a través del cual la musculatura, la corporeidad, la fisicidad del hombre tiende a su madurez, a su fuerza y a su forma expresa, y por tanto a su poder y a su belleza; si llamamos disciplina a este orden del ejercicio con el que el hombre tiende a su fuerza (a su poder) y a su forma, es decir, a su

belleza; si llamamos disciplina a todo esto, entonces la disciplina, como reconocimiento de que esto es lo que nos da el rostro, de que la pertenencia es lo que da consistencia, la disciplina es lo que nos entrena, lo que nos hace capaces cada vez más de reconocer a Cristo y de seguir a Cristo, de reconocer Su cuerpo en el lugar donde nos toca, donde Su mano nos toca, que es nuestra compañía, y de seguir a nuestra compañía. ¡Entonces, si la disciplina es todo esto, consiste en el hecho de adherirse a nuestra compañía y basta! ¿Os acordáis de *El nido* de Pascoli, de las últimas estrofas? «Sale de tejado/ alguno y va por su extraño camino;/ y la tempestad rompe áspera en el pecho/ maldiciendo; y alguna palabra suya/ alcanza a ese mundo plácido y solo»<sup>195</sup>. Esto es, de otro modo andamos por el mundo desafiando la tempestad con nuestro pecho; pero no es heroísmo, es simplemente rabia orgullosa o «inquietud» infantil, rabia orgullosa o desasosiego adolescente. La disciplina es adherirse al hecho de nuestra compañía y basta.

Quiero decir simplemente que esta disciplina nos engrandece, nos da un rostro, personalidad y consistencia humana. Sin esta disciplina no hay rostro ni personalidad ni consistencia humana. Me di cuenta de esto hace algunos años durante una entrevista: la cara del periodista era como ciertas construcciones, hechas pedazo a pedazo, y el pómulo, su forma de mirar, la frente, su forma de mover los músculos, estaban formados por las categorías del poder.

## II

La segunda cosa que quería decir es que, entonces, «no son una regla, ni ciertos instrumentos, ni ciertas iniciativas, lo que pone en orden la vida». No son estas cosas –la regla, los instrumentos de cualquier naturaleza, las iniciativas– lo que pone en orden la vida y diría además: ni siquiera ponen en orden la vida los compañeros, los compañeros de nuestra compañía, es decir, los hermanos, de los que –a veces pensamos–, si fuesen mejores, si fuesen... ¡No! ¡El problema está en ti! Y es la pobreza de espíritu lo que te permite reconocer y adherirte, esa pobreza de espíritu que, de un modo todavía juvenil, dictó a nuestro amigo esa frase que dijo a su padre (el recuerdo de lo que sucedió ha sido para mí un momento de respiro y de aliento en esta pesada asamblea; ciertamente esta intervención ha sido de las que serenar el cielo). Lo cito porque es exactamente lo que tiene que suceder. Pero decirlo a los treinta años: «Yo pertenezco a un proyecto que no es el mío, en el hombre se realiza el proyecto que Dios tiene sobre la vida de cada uno», o decirlo a los sesenta años, ¡pensad qué intensidad y densidad de conciencia crítica requiere! Cuando él la dijo, a los dieciocho años, a su padre, tenía mucha menos. Estos pensamientos también los tenía yo a los dieciocho años, y tenían una densidad menor. Pero el peligro de la distancia entre los dieciocho y los sesenta años es que decaiga la sencillez impetuosa con la que uno dice estas cosas a los dieciocho. Lo que pone en

orden la vida es la sencillez con la que uno dice esa frase que le dijo nuestro amigo a su padre.

La palabra «sencillez», la expresión «pobreza de espíritu», es la palabra exacta. Lo que hace funcionar la vida no es la regla, no son los instrumentos, el afanarse por esto o lo otro. Cada cual tiende a detectar algo que, si se hace, lo ha resuelto todo: «Si se hiciese eso, se resolvería todo». ¡Y en cambio, no! La cuestión no se puede dar nunca por descontada, este punto no se puede dar nunca por descontado. La libertad, que es la capacidad creativa que tiene el hombre, una capacidad absolutamente creativa —es participación en la creatividad de Dios—, la libertad es tan creativa que no hace algo en un determinado instante porque lo haya hecho en el instante anterior, en cada instante está al principio: la libertad está al principio en cada instante. ¡Yo no me adhiero a Cristo porque ayer me adherí, me adhiero ahora a Él porque me adhiero ahora! El hecho de haberme adherido ayer no dice para nada que me sea más fácil adherirme ahora; si acaso, hay la tentación de lo contrario —el fastidio o la costumbre, que disminuye la fuerza humana de mi adhesión ahora—. Por eso es necesario, como dije ayer, volver a abrirse continuamente: se trata de la vigilancia.

### III

Tercero. Esta adhesión a nuestra compañía, esta disciplina, ¿cómo se desarrolla? ¿Cómo se enciende este motor y zumba continuamente? ¿Cómo se pone en marcha, cómo se mueve? El modo en que esta disciplina, es decir, la adhesión a este hecho, se activa es la provocación que viene de la propuesta. El otro punto, el otro punto respirable, totalmente respirable de la asamblea de hoy, el otro golpe de viento que ha serenado el ambiente, ha sido cuando nuestro otro amigo ha recordado su experiencia en GS, cuando le decían: «¡Veinte personas para hacer esto!», y no les dejaban salir si no estaban los veinte. Entonces él, en un momento determinado, después de cierta resistencia, dijo: «Vale, yo me la juego, me adhiero a todas las propuestas que nos hagan». ¡Es a través de las propuestas! Esta disciplina se activa a través de las propuestas, se practica en la adhesión al hecho, a lo que se me propone.

Ahora bien —segunda parte de este tercer punto—, es a través de las propuestas, pero también a través del abrazo a la realidad. Es decir, a medida que el corazón se va adhiriendo a las propuestas (no es el adherirse a las propuestas lo que arregla la vida, sino la misma adhesión), entonces también el adherirse a las propuestas se convierte en libertad.

Más allá de estar dispuesto ante las propuestas, el abrazo a la realidad. Lo que quiere decir adherirse a todas las propuestas que el Misterio que hace todas las cosas nos dirige por medio de las ocasiones: uno está caminando y ve una lombriz, uno levanta la cabeza

y ve a un amigo, uno levanta la mirada y ve las estrellas. El abrazo a la realidad es una frase muy importante, porque no tiene excepción, no padece excepciones. Es una frase totalizadora.

Si estamos entrenados a adherirnos a nuestra compañía, respondiendo a las propuestas, jugándonosla en las propuestas, nos entrenamos, nos educamos también en abrazar la realidad, es decir, en adherirnos a la realidad, a las propuestas que la realidad, en sus aspectos particulares pequeños o grandes, siempre nos hace. Porque Dios, Cristo «tira de nosotros» hacia nuestro destino rodeándonos no con sus brazos físicos, en el sentido humano del término, sino con esos brazos físicos suyos que son la realidad, como espacio o como tiempo.

Entre las ocasiones de las que se compone la realidad que tenemos que abrazar hay una que es eminente, es la ocasión eminente, más eminente, la de nuestra vocación al trabajo, del trabajo al que estamos llamados, el trabajo en sentido literal, si queréis, la profesión. Ésta es la ocasión eminente por encima de todas. Me parece que para vosotros, ahora, este trabajo significa estudiar, y por eso hace falta abrazar esta realidad. Abrazar esta realidad quiere decir estudiar, pero no quiere decir sólo estudiar los libros para el examen. Estudiar, como decía el biógrafo de santo Tomás, quiere decir: *Studere Christum in libris*. Él buscaba a Cristo en el libro. ¡Y me parece que llegó a ser un gran filósofo! En resumen, desarrollar lo que significa abrazar el propio deber o el propio trabajo, como la ocasión eminente para abrazar la realidad, es muy importante también para todo lo demás; si abrazas esta realidad como se debe, abrazarás también como se debe a tu mujer, a tu niño y todo lo demás, ¡en caso contrario, no!

Bien, en este sentido, vosotros, entre todos los que están en el movimiento, debéis sentir la cultura con pasión, como valor ideal. La cultura está hecha de un principio, que es como su forma, y de una materia que hay que abordar, que potencialmente es el universo entero, la historia entera del universo, pero que comienza en los libros de clase. Pero si sólo estudiáis los libros de clase, no estudiaréis de manera inteligente ni siquiera los libros de clase. He aquí entonces la importancia de los instrumentos que el movimiento os da en este sentido: desde los libros que os sugiere la Escuela de comunidad, a los libros del mes, a los folletos y a los manifiestos. Esperemos que la preocupación apasionada de algunos de entre vosotros encuentre desarrollo y colaboración, de modo que todos puedan sacar provecho de ello.

#### IV

Cuarto punto. Afrontar la realidad cambia, te cambia. No maduras repitiendo discursos, no maduras haciendo cosas –las cosas que haces como un peaje que se paga a la comunidad–; lo que te hace madurar es justamente afrontar la realidad. Es decir, el

adherirse a las propuestas que te hace la compañía tiene que ser, debe llegar a ser el modelo para una forma de afrontar todas las demás cosas, toda la vida, para el modo de afrontar la realidad. Si esto no sucede, entonces adherirse al movimiento, a la compañía, hacer todo lo que se te dice que hagas y además, como le sucede a uno de cada cien, leer el libro del mes (son los primeros libros que debéis leer, los primeros, aparte de los de clase, los primeros, si seguís el movimiento), no os hace madurar. Si hacéis todas estas cosas y esto no os entrena, no es un ejercicio para afrontar la realidad, no maduraréis; os esclerotizará, no os permitirá madurar, y después, en un determinado momento, os sacudiréis el «yugo» de toda esa esclerosis, para hacer lo que os dé la gana, como hacen todos.

## V

Quinto. A propósito de este afrontar la realidad, que cambia, hace falta especificar: afrontar la realidad tiene como lugar normal el ambiente. Se llama «ambiente» al lugar estable donde afrontas establemente la realidad. Entonces el gran problema es estar en tu propio ambiente con la conciencia de aquello a lo que perteneces. Si tú estás en el ambiente con la conciencia de aquello a lo que perteneces, entonces afrontas la realidad conforme al ejercicio que has desarrollado al adherirte a las propuestas, al adherirte inteligentemente y fielmente a las propuestas del movimiento. En definitiva, la mediación a través de la cual el adherirse a las propuestas del movimiento se traduce en adhesión a la realidad que te cambia, y por tanto en madurez, es estar en el ambiente con la conciencia de aquello a lo que perteneces: se llama «presencia», porque pertenecer quiere decir tener un rostro y tener este rostro dentro del ambiente se llama presencia. La presencia es un rostro dentro del ambiente.

Y he aquí, entonces, que todo lo que sucede y que toca el ambiente te provoca a expresar tu juicio y te provoca a asumir una postura conforme a la conciencia que tienes dentro, la conciencia de una pertenencia que expresa tu rostro: ¡así nació el manifiesto sobre Aldo Moro! El manifiesto sobre Moro nace como necesidad si vives así; como necesidad de expresar la conciencia de tu pertenencia, es decir, tu personalidad, en el ambiente en el que estás. Y entonces, el manifiesto sobre Moro, si no lo hace nadie más, lo haces tú en tu ambiente: propones el manifiesto incluso sin imprimirlo, diciendo tu parecer. Sin embargo, si el movimiento hace un manifiesto, entonces ese manifiesto, si ha sido publicado por el Centro del movimiento, es un instrumento que expresa más inteligentemente, más profunda y sistemáticamente de como habrías sido capaz de hacerlo tú, aquello que tu conciencia siente en ese momento. Y por eso distribuyes el manifiesto como expresión de tu necesidad de reaccionar ante esa noticia, de la reacción que tu conciencia de pertenencia, tu personalidad, experimenta frente a lo que ha

sucedido. No es algo impuesto, algo que tienes que distribuir. En este sentido decía que, si uno se adhiere a la propuesta sin que eso le haga afrontar la realidad de tal forma que cambie (y nosotros cambiamos cuando profundizamos en el sentido de la pertenencia: cambiar es lo mismo que profundizar en el sentido de la pertenencia), si no sucede esto, entonces secundar las iniciativas que propone el Centro o la comunidad es realmente destruir, destruirse, es esclerotizarse, consumirse, es un activismo ciego, pero sobre todo ciego con vosotros mismos.

Que las iniciativas del movimiento se realicen de la manera indicada exige que suceda todo lo que he dicho antes. Pero éste no es un trabajo que sea indiferente. Es un trabajo importante. Es el trabajo que da gusto a la vida, es el trabajo que da rostro a la personalidad, porque es el trabajo que aclara –como el sol por la mañana aclara todo– el valor universal de mi ser, que es la pertenencia a Cristo. Este trabajo es como el sol de la vida, según la hermosa imagen de una poesía de Victor Hugo, de *Les contemplations*<sup>196</sup>, que describe al ermitaño que se levanta por la mañana: todavía está oscuro, es el comienzo del amanecer, él abre su libro y, según va leyendo, lentamente la oscuridad da paso a la aurora y la aurora se transforma en pleno día. El día es símbolo de la luz que se hace en él: es una personalidad que se engrandece. Este trabajo es lo que nos da un rostro y hace que tengamos una personalidad. Hay que trabajar sobre los puntos que he dicho antes.

## VI

Pues bien, para terminar, el último punto –que ha sido otro soplo de los que serenan el cielo– es la intervención de nuestra amiga, cuando ha dicho: «Por la insatisfacción del presente, para superar la insatisfacción presente, tratamos de añadir un poco de sueño futuro»: el futuro, ¡el futuro! ¿Por qué el futuro? Porque, como alguien ha dicho, «no nos dejamos derrotar por la totalidad». En vez de «derrotar», que es un término que puede chocar con la sensibilidad de algunos, usemos la palabra «vencer»: no nos dejamos vencer por la totalidad.

«¡No cambiamos porque no nos dejamos vencer por la totalidad!» ¿Qué quiere decir dejarse vencer por la totalidad? Es como cuando una persona se enamora de otra y ésta se deja vencer. Entonces, cuando uno se deja vencer por el amor, por el afecto, ya no es él mismo: es mucho más él mismo, ¡cien veces más él mismo! ¡Dejarse vencer por la totalidad: esto es lo que se llama «moralidad»! Pero, para dejarse vencer por la totalidad hace falta llevar sobre los hombros, como nuevos atlantes, el peso de la insatisfacción presente, es decir, de la inadecuación de la apariencia, del incumplimiento del presente (como *La Incompleta* de Schubert). Justamente por eso, en la misma intervención se añadía que «el sacrificio es el nivel máximo de energía». He usado la metáfora del

atlante precisamente por esto. Uno lleva sobre los hombros la contingencia del mundo por amor a la totalidad, por amor al ideal. Llevo encima la «contingencia» del mundo porque el mundo entero me toca ahora, me toca –*contigit*– según el estado de ánimo completamente banal que me provoca ahora; en este momento yo tengo dentro (y tú también) un estado de ánimo superficial: de inercia, de curiosidad pasiva, de curiosidad vivaz, de cansancio, de aburrimiento, de fastidio (el mío, por ejemplo); en este momento el universo se convierte como en una punta, la punta del estado de ánimo que me caracteriza ahora: y aquí está el sacrificio, la energía, el máximo de la energía del hombre, la energía con la que llevo el mundo, con la que lo llevo conmigo (lo tolero, *tollere* en su sentido en latín), con la que cargo con la contingencia del mundo, del universo, de la forma en que el universo me hace reaccionar en este momento, que es trivial, muy trivial, porque el universo entero en este momento me está tocando, me toca con esta punta fastidiosa e insidiosa de tener que hacer lo que estoy haciendo. Llevar esto por amor al ideal es el sacrificio. Pero todos vosotros entendéis perfectamente que ya en el sacrificio hay alegría, que el sacrificio está lleno de alegría. La alegría no viene del hecho de que las cosas vayan bien, de que los demás me correspondan, de que todo sea como yo digo, de que mi proyecto se realice, sino del amor al ideal, es decir, a la totalidad. Recordémonos, por favor, para no resultar abstractos, que la totalidad se ha hecho un Hombre y que este Hombre me está tocando, me está rozando, me roza al tocarme con vuestra compañía.

# GLOSARIO

**Asamblea de palabra clara** Encuentros públicos cuyo contenido era el anuncio explícito de la experiencia cristiana.

**Asamblea permanente** Es el gesto principal de la vida de la comunidad. Se trata de un encuentro de verificación, juicio y testimonio. Al principio era un momento distinto, pero con el tiempo acabó coincidiendo con la Escuela de comunidad.

**Asentamiento** Aparte de los ámbitos de la escuela y del trabajo, también surgieron comunidades de CL en los barrios y pueblos. Con este término se denominaba la comunidad presente en estos ámbitos, compuesta a menudo por adultos y en estrecha relación con la parroquia del lugar.

**Caritativa** Con este término se indica el desarrollo periódico de un gesto de caridad que tiene lugar de forma regular. Esta regularidad, y el hecho de que el gesto no se realice ante todo para responder de manera completa a una necesidad, sirve para recordar en el día a día que la «ley» más adecuada de la vida es la gratuidad que lleva consigo el cristianismo.

**Cattolici Popolari** Es el nombre de la lista para las elecciones universitarias que se presentó varios años seguidos en muchas universidades italianas, y que reunió amplios consensos en el mundo católico. La acción política y cultural de los Católicos Populares estuvo caracterizada por una gran concreción y una notable capacidad de responder a las necesidades de los estudiantes.

**Centro del CLU** Grupo de responsables de CL en la universidad, punto de referencia para todas las comunidades. El vínculo de este grupo con don Giussani era asiduo y vital. A los primeros responsables, procedentes de las comunidades milanesas, se unieron poco a poco estudiantes de otras universidades.

**CLE (Comunión y Liberación Educadores)** El término indica la experiencia de CL en el ámbito de la enseñanza media; en los años setenta, este término englobaba tanto a los profesores como a los estudiantes de secundaria.

**CLU (Comunión y Liberación Universitarios)** La denominación identifica a los estudiantes universitarios pertenecientes a Comunión y Liberación.

**Diaconía** Es el grupo de responsables de una comunidad. Cuando varias comunidades actúan en el mismo ámbito o ciudad, puede existir una diaconía que se pone al servicio de la unidad de todos.



**Escuela de comunidad** Es la catequesis periódica –lectura y explicación de un texto, meditación personal y encuentros comunitarios– del movimiento de Comunión y Liberación.

**Fraternidades** Grupos comunionales nacidos a finales de los años setenta para responder a la exigencia que expresaban los que salían de la universidad de continuar la vida en común.

**Gioventù Studentesca (GS)** Es el nombre que asumió en los años cincuenta el movimiento iniciado por don Giussani. Después del nacimiento de CL, el término fue retomado en los años ochenta para indicar la experiencia de los estudiantes de enseñanza media.

**Jornada de apertura/fin de curso** Es un momento de encuentro, de reflexión y de testimonio que se propone al comienzo del curso social, como propuesta del camino a seguir, o al final, como balance o verificación de la experiencia vivida.

«**Maturati**» Encuentros en los que participan los estudiantes que acaban de terminar su etapa escolar y van a comenzar la universidad.

**Movimento Popolare (MP)** Es la iniciativa surgida a mediados de los años setenta de un grupo de intelectuales, periodistas, sindicalistas y políticos, para dar vida a una reanudación de la experiencia histórica del movimiento católico en la sociedad italiana. Su actividad finalizó en 1993.

«**Raggi**» Momento semanal de encuentro de toda la comunidad educativa, de todas las personas interesadas de algún modo en la propuesta que GS dirigía a los jóvenes.

# Índice

## PRÓLOGO EL CAMINO PARA UNA FE PROFUNDA Y PERSONAL

1979

### CON UN ROSTRO PROPIO

Síntesis

### UN MOVIMIENTO DENTRO DEL MOVIMIENTO

### UNA PRESENCIA QUE TOCA LA VIDA

Asamblea 1

Velada de cantos de los comienzos del movimiento

Velada de audición de fragmentos de música clásica

Asamblea 2

Asamblea 3

1980

### LA RACIONALIDAD DE LA GRATUIDAD

Asamblea

### EL PASO A LA EXPERIENCIA

Introducción

Síntesis

### PERSONALIDAD E IMPULSO CULTURAL

Introducción

Asamblea 1

Síntesis

Asamblea 2

Asamblea 3

1981

### EL HILO DEL DESEO

Asamblea 1

Síntesis

Asamblea 2

### SEGUROS DE POCAS GRANDES COSAS

Asamblea

Síntesis

### ALGO QUE CAMBIA LA VIDA

Asamblea 1

Síntesis 1

[Velada de cantos populares rusos](#)

[Asamblea 2](#)

[Síntesis 2](#)

[GLOSARIO](#)

- [1](#) *Equipe* del CLU, 30 de marzo de 1979, Roma.
- [2](#) Cf. San Teófilo de Antioquía, *Ad Autolycum libri tres*, I, 3.
- [3](#) Cf. R. Niebuhr, *Il destino e la storia. Antologia degli scritti*, BUR, Milán 1999, p. 66.
- [4](#) *Equipe* del CLU, 22-23 de junio de 1979, Triuggio (Milán).
- [5](#) Cf. Ch. Péguy, «El pórtico del misterio de la segunda virtud», *Los tres Misterios*, Encuentro, Madrid 2008, p. 235.
- [6](#) Cf. Mt 25,14-30.
- [7](#) *Equipe* del CLU, 27-31 de agosto de 1979, Folgarida (Trento).
- [8](#) Cf. Jn 10,12-13.
- [9](#) Cf. C. Tresmontant, *L'intelligenza di fronte a Dio*, Jaca Book, Milán 1981, pp. 19-20.
- [10](#) Lc 22,19.
- [11](#) Cf. Gal 2,20.
- [12](#) G.H. Marcel, «La mort de demain», en *Tríos pièces*, Plon, París 1931, p. 161.
- [13](#) Cf. Fil 4,4.
- [14](#) Cf. Lc 19,1-10.
- [15](#) C. Chieffo, «L'opera» («Ballata della società»), en *Cancionero*, Ediciones Encuentro, Madrid 2007, p. 320.
- [16](#) «Inno delle scolte di Assisi», en *Cancionero*, ib., p. 375.
- [17](#) «La traccia», ib., p. 378.
- [18](#) «Le stoppie aride», en *Canti*, Cooperativa Editoriale Nuovo Mondo, Milán 2002, pp. 244-245.
- [19](#) «Terra della betulla», en *Il libro dei canti*, Jaca Book, Milán, 1983, p. 288.
- [20](#) «Il cielo è pieno di stelle», en *Canti*, op. cit., pp. 221-222.
- [21](#) A. Mascagni, «Povera Voce», en *Cancionero*, op. cit., p. 362.
- [22](#) A. Mascagni, «Grazie, Signore», en *Cancionero*, Ediciones Encuentro, Madrid 1987, p. 149. Traducida como «Gracias, Señor», en *Cancionero*, Ediciones Encuentro, Madrid 2007, p. 157.
- [23](#) D. Quartana, «GS cha cha cha», en *Cancionero*, ib., p. 371-372.
- [24](#) Claudio Chieffo, Città Armoniosa, Reggio Emilia 1979.
- [25](#) R. Ronza, «Pim pam», en *Cancionero*, op. cit., p. 381.
- [26](#) F. Fantini, «Placido», en *Il libro dei canti*, op. cit., pp. 274-275.
- [27](#) F. Fantini, «Il gabbiano», ib., pp. 237-238.
- [28](#) A. Duval, «Le ciel est rouge», ib., pp. 534-535.
- [29](#) A. Duval, «Seigneur mon ami», ib., pp. 537-538.
- [30](#) A.M. Cocagnac, «Oh! doux pays de Chanaan», en *Cancionero*, op. cit., pp. 501-502.
- [31](#) A.M. Cocagnac, «J'irai», en *Canti*, op. cit., pp. 289-299.
- [32](#) C. Chieffo, «I cieli», en *Cancionero*, op. cit., p. 332.
- [33](#) C. Chieffo, «Lasciati fare», ib., p. 341.
- [34](#) C. Chieffo, «Quando uno ha il cuore buono», ib., pp. 347-348.
- [35](#) C. Chieffo, «Abbiamo suonato», en *Il libro dei canti*, op. cit., p. 203.
- [36](#) C. Chieffo, «Marta, Marta», en *Cancionero*, Ediciones Encuentro, Madrid 2007, pp. 343-344.
- [37](#) C. Chieffo, «Ma perché», ib., pp. 342-343.
- [38](#) C. Chieffo, «La nuova Auschwitz», ib., p. 339.
- [39](#) C. Chieffo, «Ballata dell'uomo vecchio», ib., p. 321.
- [40](#) L. van Beethoven, *Sinfonías n. 5 y 6*, «Spirto Gentil», n. 11 (Philips).
- [41](#) L. van Beethoven, *Sinfonías n. 2 y 7*, «Spirto Gentil», n. 3 (Deutsche Grammophon).
- [42](#) F. Schubert, *Sinfonía n. 3 y 8 Incompleta* «Spirto Gentil», n. 2 (Deutsche Grammophon).
- [43](#) F. Chopin, *Piezas escogidas*, «Spirto Gentil», n. 10 (Philips).
- [44](#) L. van Beethoven, *Concierto para violín y orquesta, Op. 61. La sonata*. «Spirto Gentil», n. 6 (EMI).
- [45](#) T.L. de Victoria, *Responsorios*, «Spirto Gentil», n. 25 (distr. Universal).
- [46](#) Ib.
- [47](#) L. Giussani, *El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008.
- [48](#) Jn 15,5.
- [49](#) *Veni Sancte Spiritus*, Himno gregoriano, secuencia del Tiempo Ordinario y Pentecostés.
- [50](#) Cf. L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., pp. 145-146.
- [51](#) Cf. ib., pp. 151-152.
- [52](#) Cf. Sal 70,2.

- [53](#) Cf. *Relatos de un peregrino ruso*, Alianza Editorial, Madrid 2010, p. 36.
- [54](#) G. Pascoli, *Primi poemetti*, Guanda, Milán 2005.
- [55](#) Jn 15,5.
- [56](#) Cf. Mt 5,47.
- [57](#) Cf. Rm 13,11.
- [58](#) Cf. Rm 13,11.
- [59](#) Cf. Gal 3,27.
- [60](#) Véase nota 35, p. 65.
- [61](#) Cf. Sal 70,2.
- [62](#) Cf. *Relatos de un peregrino ruso*, op. cit., p. 36.
- [63](#) Cf. C. Chieffo, «Ballata dell'uomo vecchio», en *Cancionero*, op. cit., p. 321.
- [64](#) Cf. Jn 3,1-15.
- [65](#) Cf. A. Negri, «Mia giovinezza», en *Mia giovinezza*, BUR, Milán 1995, p. 78.
- [66](#) L. Giussani, *G.S. Riflessione supra una sperienza*, pro manuscrito, Milán, 1959, reeditado en L. Giussani, *Il camino al vero é una sperienza*, Rizzoli, Milán, 2006, pp.19-80, traducido en L. Giussani, *El camino a la verdad es una experiencia*, Encuentro, Madrid 2008, pp. 19-63.
- [67](#) Cf. Mt 13,3-9; Mc 4,3-9; Lc 8,5-8.
- [68](#) Cf. Mt. 12, 6.
- [69](#) Cf. Mt 11,2-6; Lc 7,18-23.
- [70](#) Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, I, q. 4, art. 2.
- [71](#) Cf. P. Claudel, *La anunciación a María*, Encuentro, Madrid 2007, p. 156.
- [72](#) Cf. Robi Ronza (a cargo de), *Comunione y Liberazione. Interviste a Luigi Giussani*, Jaca Book, Milán 1976, reeditado como L. Giussani, *Il movimento di Comunione e Liberazione. Conversazione con Robi Ronza*, Jaca Book, Milán 1987, y traducido como L. Giussani, *El movimiento de Comunión y Liberación: entrevista con Robi Ronza*, Encuentro, Madrid 2010.
- [73](#) L. Giussani, *El sentido de la caritativa*, cuaderno de la revista *Huellas-Litterae communionis*, julio de 2009.
- [74](#) Cf. Jn 4,7.14.
- [75](#) Jer 31,3.
- [76](#) *Cristo redentore dell'uomo. La Encíclica «Redemptor hominis» comentada con pasajes del Magisterio de Juan Pablo II*, supl. a «Litterae communionis-CL», n. 12, 1979.
- [77](#) *Equipe* del CLU, 3-5 de enero de 1980, Padua.
- [78](#) Cf. Juan XXIII, *Pacem in terris*, V, 89.
- [79](#) Cf. Rm 1,17; Gal 3,11; Hb 10,38.
- [80](#) Referencia al *Equipe* del CLU, desarrollado en Folgarida, del 27 al 31 de agosto de 1979, véase aquí pp. 27-115.
- [81](#) Cf. É. de Greef, *Les instincts de défense et de sympathie*, Presses Universitaires de France, París 1947, p. 122.
- [82](#) L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., pp. 151-154; 185.
- [83](#) *Equipe* del CLU, 9-11 de mayo de 1980, Padua.
- [84](#) L. Giussani, «Estructura de la experiencia», en *Educare es un riesgo*, Encuentro, Madrid 2011, pp. 117-121.
- [85](#) Cf. 1 Jn 1,8.
- [86](#) Sal 96,13; 98,9.
- [87](#) Cf. Jn 13,35.
- [88](#) Cf. Jn 1,35-51.
- [89](#) Dante, *Infierno*, XV, vv. 55-56.
- [90](#) Cf. Hch 5,3.
- [91](#) *Equipe* del CLU, 25-30 de agosto de 1980, Colfosco (BZ).
- [92](#) M. Campi, A. Mascagni, «Povera voce», en *Cancionero*, op. cit., p. 362.
- [93](#) L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit.
- [94](#) C. Chieffo, «Ma non avere paura», en *Cancionero*, op. cit., p. 346.
- [95](#) Cf. Jn 8,44.
- [96](#) C. Chieffo, «La nuova Auschwitz», en *Cancionero*, op. cit., p. 339.
- [97](#) R. Grousset, *Balance de la Historia*, Pegaso 1957, México.
- [98](#) A. Marani, «Camminerò», en *Cancionero*, op. cit., p. 366.
- [99](#) «La luz de la aurora ya brilla», en *Libro de las horas*, Asociación cultural Huellas, Madrid 2010, p. 74.
- [100](#) L. Pecchi, «Offertorio», en *Canti*, op. cit., pp. 208-209.

- [101](#) C. Chieffo, «La guerra», en *Cancionero*, op. cit., p. 338.
- [102](#) Cf. L. Giussani, *Decisión para la existencia*, Encuentro, Madrid 1988, pp. 17-20; recogido en L. Giussani, *El rostro del hombre*, Encuentro, Madrid 1996, pp. 120-122.
- [103](#) Job 7,1.
- [104](#) Cf. Lc 12,51.
- [105](#) M. Campi, A. Mascagni, «Povera voce», en *Cancionero*, op. cit., p. 362.
- [106](#) Cf. St 2,26.
- [107](#) C. Chieffo, «Ballata dell'uomo vecchio», en *Cancionero*, op. cit., p. 321.
- [108](#) C. Chieffo, «Il popolo canta la sua liberazione», ib., pp. 333-334.
- [109](#) L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 22.
- [110](#) «La luz de la aurora ya brilla», en el *Libro de las horas*, op. cit., pp. 74-75.
- [111](#) C. Martindale, *Los santos*, Encuentro, Madrid 2009.
- [112](#) O.V. Milosz, *Miguel Mañara*, Encuentro, Madrid 2009, p. 47.
- [113](#) Cf. Rm 14,4; Ef. 6,13.
- [114](#) Gn 1,26.
- [115](#) C. Chieffo, «Il popolo canta la sua liberazione», op. cit., pp. 333-334.
- [116](#) Cf. Mc 9,47.
- [117](#) Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, I, q. 16, art. 1.
- [118](#) C. Chieffo, «La nuova Auschwitz», en *Cancionero*, op. cit., p. 339.
- [119](#) Cf. Gal 2,20.
- [120](#) Cf. Jn 3,7.
- [121](#) Cf. Mt 26,24; Mc 14,21.
- [122](#) Cf. Santo Tomás de Aquino, *Scriptum super sententiis*, I, d. 3, q. 2, art. 3.
- [123](#) Cf. San Agustín, *Soliloquium libri duo*, I, 10.17.
- [124](#) Cf. Mt 7,7; Lc 11,9; Jn 15,7; 16,24.
- [125](#) G. D'Annunzio, «La pioggia nel pinneto», en *Alcyone*, Mondadori, Milán 1988, p. 80.
- [126](#) Jn 14,6.
- [127](#) Cf. Hb 12,4.
- [128](#) Dante, *Infierno*, XXVI, vv. 101-102.
- [129](#) Cf. Gal 3,26-28.
- [130](#) Don Giussani utiliza una expresión en dialecto romano para decir «elegi lo mejor» (ndt).
- [131](#) Cf. J.A. Möhler, *La unidad en la Iglesia*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Navarra y Eunote 1996, p. 142.
- [132](#) Cf. 1 Cor 10,17.
- [133](#) Cf. Ef 4,14.
- [134](#) Cf. Dante, *Infierno*, XXVI, vv. 85-142.
- [135](#) Cf. L. Giussani, *La esperienza*, pro manuscrito, Milán 1963; reeditado y traducido en L. Giussani, «Estructura de la experiencia», en *Educare es un riesgo*, op. cit., pp. 117-120.
- [136](#) *Tex Willer*, personaje de cómic italiano, fue creado en 1948 por G.L. Bonelli y A. Galleppini, posteriormente se ha traducido a multitud de idiomas y editado en varios países (ndt).
- [137](#) Dante Alighieri, «Tanto gentile e tanto onesta pare», vv. 1-2, *Vita nuova*.
- [138](#) Cf. C.S. Lewis, *Cartas del diablo a su sobrino (Las cartas de Escrutopo)*, Rialp, Madrid 2001, p. 75.
- [139](#) Cf. A. Manzoni, *Los novios*, Cátedra, Madrid 2005, p. 454.
- [140](#) Cf. Flp 2,17.
- [141](#) FUCI, *Federazione Universitaria Cattolica Italiana*, fue uno de los baluartes de la formación de los intelectuales católicos italianos en el siglo XX, y sigue siendo activa hoy en la formación de los estudiantes universitarios (ndt).
- [142](#) Cf. Rm 12,5; Ef 4,25.
- [143](#) Cf. 1 Cor 2,15.
- [144](#) Cf. 1 Jn 5,4.
- [145](#) L. Giussani, *El sentido religioso*, op. cit., p. 177.
- [146](#) *Equipe* del CLU, 23-25 de enero 1981, Verona.
- [147](#) El terremoto de Irpinia fue un sismo que se produjo el [23 de noviembre](#) de [1980](#) y afectó a toda la región de [Campania](#) (ndt).
- [148](#) R. Ronza (a cargo de), *Comunione y Liberazione...*, op. cit., reeditado como L. Giussani, *Il movimento di Comunione e Liberazione...*, op. citi, y traducido como L. Giussani, *El movimiento de Comunión y liberación...*,

op. cit.

[149](#) Cf. Pink Floyd, «Another Brick in the Wall», en *The Wall* (1979, EMI).

[150](#) Mt 12,30; Lc 11,23.

[151](#) Cf. Lc 21,19.

[152](#) R. Ronza (a cargo de), *Comunione e Liberazione...*, op. cit., pp. 45-48; reeditado como L. Giussani, *Il movimento di Comunione e Liberazione...*, op. cit., pp. 31-33, traducido como L. Giussani, *El movimiento de Comunión y liberación: entrevista con Robi Ronza*, op. cit., pp. 29-31.

[153](#) P. Claudel, *La anunciación a María*, op. cit.

[154](#) Cf. O.V. Mislosz, *Miguel Mañara*, op. cit., pp. 33-39.

[155](#) A. Manzoni, *Los novios*, op. cit.

[156](#) *Quia vir desideriorum es tu* (Dt 9,23).

[157](#) Cf. Lc 11,1-13.

[158](#) O. Clément, *La rivolta dello spirito*, Jaca Book, Milán 1980, p. 35.

[159](#) Ib.

[160](#) F. Dostoievski, *Dostoevskij inedito: quaderni e taccuini 1860-1881*, Vallecchi, Florencia, p. 448.

[161](#) Cf. Juan Pablo II, *Discurso al Congreso «Evangelización y ateísmo»*, 10 de octubre de 1980, 6.

[162](#) Juan Pablo II, *Discurso a la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO)*, 2 de junio de 1980.

[163](#) Cf. Mc 13,35-37.

[164](#) *Equipe del CLU*, 5-7 de junio de 1981, Riva del Garda (Trento).

[165](#) Sal 63,4.

[166](#) Dante, *Infierno*, XI, v. 105.

[167](#) «Amor, amor, eres cerco redondo,/ con todo el corazón el que entra siempre te ama,/ que tú eres estambre y trama», Jacopone da Todi, «Come l'anima se lamenta con Dio de la carità superardente in lei infusa», Lauda XC, en *Le Laude*, Libreria Editrice Fiorentina, Florencia 1989, p. 318.

[168](#) Cf. I. Calvino, «Che cosa vuol dire 'rispettare la vita'», en *Corriere de la Sera*, 9 de febrero de 1975; reeditado en I. Calvino, *Saggi 1945-1985*, vol. II, Mondadori, Milán, 1995, pp. 2262-2267.

[169](#) Cf. Mt 12,36.

[170](#) Cf. Mt 28,20.

[171](#) Cf. 1 Ts 5,21.

[172](#) Cf. R. Guardini, *La esencia del cristianismo. Una ética para nuestro tiempo*, Ed. Cristiandad, Madrid 2006, p. 17.

[173](#) Cf. Ha 2,4.

[174](#) Cf. Santo Tomás de Aquino, *Summa Theologiae*, I, q. 1, art. 1.

[175](#) Cf. Mt 10,30; Lc 12,27.

[176](#) Mt 12,36.

[177](#) Cf. Jn 8,44.

[178](#) Sal 63,4.

[179](#) *Equipe del CLU*, 25-29 de agosto de 1981, Falcade (Trento).

[180](#) Cf. 2 Ts 2,15.

[181](#) Cf. Mt 26, 42.

[182](#) Todos los cantos populares rusos aquí comentados, interpretados por el Coro de la Academia Estatal de Cantos Rusos dirigido por el maestro Sveshnikov, han sido publicados posteriormente en: *Canti popolari russi*, «Spirto Gentil», n. 4 (Deutsche Grammophon); *Canti popolari russi vol. II*, «Spirto Gentil», n. 12 (distr. Universal); *Canti popolari russi vol. III*, «Spirto Gentil», n. 20 (distr. Universal).

[183](#) Cf. Hch 17, 26-27.

[184](#) Cf. B. Croce, *Breviario de estética/Aesthetica in nuce*, Aldebarán, Madrid 2002.

[185](#) P. Claudel, *La anunciación a María*, op. cit.

[186](#) O. Milosz, *Miguel Mañara*, op. cit.

[187](#) P. Lagerkvist, *Barrabás*, Encuentro, Madrid 2007.

[188](#) R. Grousset, *Balance de la historia*, op. cit.

[189](#) El 16 de marzo de 1978, miembros de las Brigadas Rojas secuestraron al dos veces primer ministro de Italia Aldo Moro, al que asesinaron posteriormente, el 9 de mayo de 1978 (ndt).

[190](#) Véase aquí p. 222.

[191](#) R. Ronza (a cargo de), *Comunione e Liberazione...*, op. cit., p. 31; reeditado y traducido como L. Giussani, *El movimiento de Comunión y Liberación...*, op. cit., p. 20.

[192](#) Véase aquí pp. 359-380.

[193](#) Cf. «Himno de las Laudes del domingo», en *Libro de las horas*, op. cit.

[194](#) Cf. A. Rimbaud, «Una temporada en el infierno», en *Obra completa*, Ediciones 29, Barcelona 1972.

[195](#) Cf. G. Pascoli, «Il focolare», en *Poesie*, Garzanti, Milán 1974, pp. 352-353.

[196](#) Cf. V. Hugo, «Heureux l'homme, occupé de l'éternel destin», en *Les contemplations*, Garnier Frères, París 1961, p. 61.



LUIGI GIUSSANI  
LOS ORÍGENES DE  
LA PRETENSION  
CRISTIANA



CURSO BÁSICO DE CRISTIANISMO  
VOLUMEN 2

# Los orígenes de la pretensión cristiana

Giussani, Luigi

9788499209999

136 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Este libro se propone poner frente al lector lo que pretende ser la hipótesis cristiana. Con este objeto, después de haber indicado algunas de las actitudes más significativas que ha tenido la creatividad humana para entrar en relación con lo divino, el autor centra su atención en el cambio radical de método religioso determinado por Jesucristo, como hecho en la historia. Se nos pone, ante todo, en condiciones de comprender los términos de dicho cambio radical y de reconocer su carácter ineludible; tras lo cual el lector se descubre recorriendo paso a paso, siguiendo la experiencia de quienes conocieron a Jesús, las posibles trayectorias de la persuasión o del rechazo; alternativas cuyas implicaciones metodológicas van siendo paulatinamente señaladas, haciendo así accesible, además de un correcto acercamiento al problema, un ensimismamiento apasionante.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Josef Seifert



# Conocimiento de Dios

por las  
vías de  
la razón y  
del amor

EH  
ENCUENTRO  
FILOSOFÍA



# Conocimiento de Dios por las vías de la razón y del amor

Seifert, Josef

9788490552438

259 Páginas

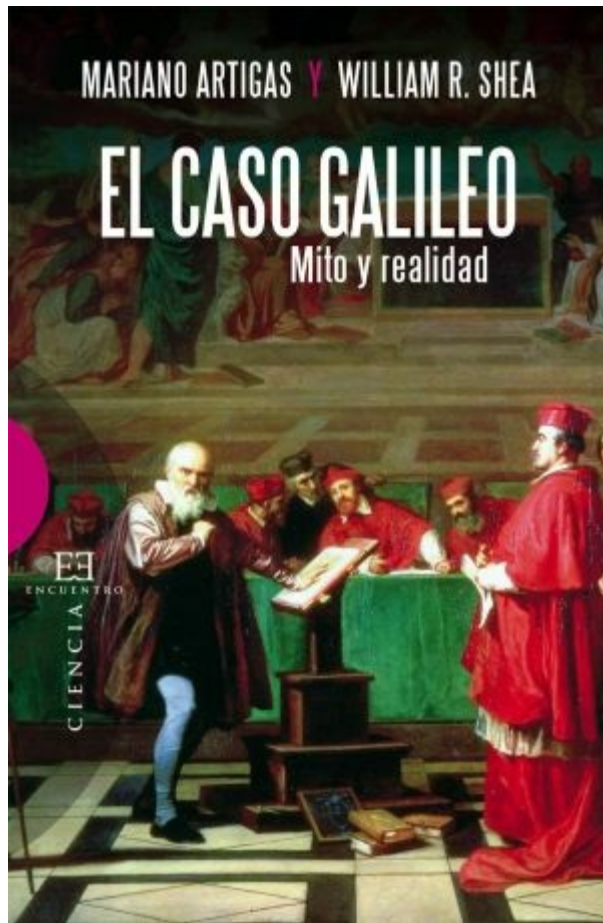
[Cómpralo y empieza a leer](#)

Hay alguna cuestión más importante que la existencia de Dios? Hay alguna cuestión más existencial que la de la realidad de Dios? El sentido o el sinsentido, la felicidad o la infelicidad de las personas humanas tienen que ver con estas preguntas. Pero raramente se plantean de manera realmente seria. Este libro de Josef Seifert expone ocho caminos de la razón hacia Dios, en un recorrido eficaz por las diferentes pruebas históricas de la existencia de Dios, desde las más tradicionales hasta las más contemporáneas.

La claridad y brevedad del texto se combinan con una excepcional profundidad, que hace de El conocimiento de Dios por las vías de la razón y del amor una obligada lectura tanto para el ateo convencido que busca sinceramente la verdad como para el creyente interesado y el amante de la sabiduría.

Es posible, desde una consideración de la realidad con ayuda de la razón pura, conocer la existencia de un Dios infinitamente bueno, sabio y poderoso? Se puede fundamentar con solidez ---de modo puramente filosófico y, en principio, abierto a todo el mundo--- las pruebas de un Dios en sí existente e independiente de opiniones humanas e ideas subjetivas? Ésta es nuestra pregunta. A ella damos una respuesta afirmativa, que nos aprestamos a fundamentar .

[Cómpralo y empieza a leer](#)



# El caso Galileo

Mayayo, Mariano Artigas

9788499206790

400 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Probablemente ningún juicio y veredicto ha suscitado tantas interpretaciones y controversias como el de Galileo Galilei. Historiadores, filósofos, novelistas, dramaturgos, periodistas religiosos y científicos se han aproximado a él acentuando un aspecto de la historia, pero a menudo olvidando (u ocultando) otros. A pesar de ello, el caso Galileo se ha convertido en un auténtico mito en la conciencia colectiva, pero el desconocimiento de lo que realmente ocurrió es alarmante. Este libro, escrito por dos de los mayores especialistas en Galileo, trata de aclarar el proceso en el convencimiento de que la verdad es más satisfactoria y provocadora que la propaganda.

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Antonio Martín Puerta

# ORTEGA Y UNAMUNO EN LA ESPAÑA DE FRANCO

EL DEBATE INTELECTUAL  
DURANTE LOS AÑOS  
CUARENTA Y CINCUENTA





# Ortega y Unamuno en la España de Franco

Puerta, Antonio Martín

9788499206806

320 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

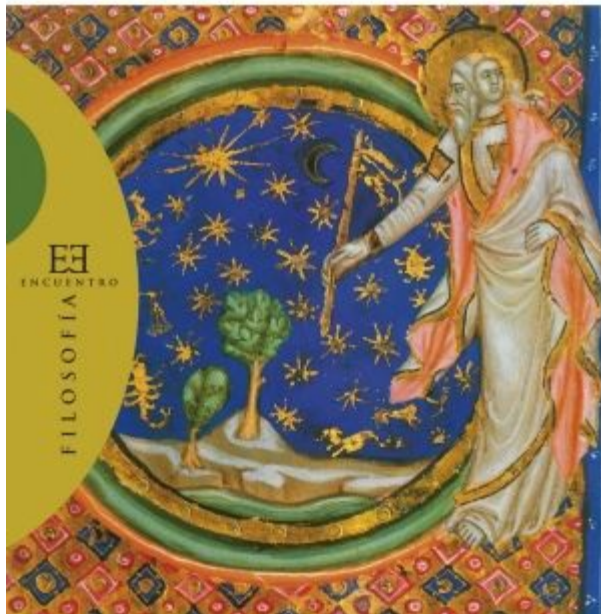
Durante la primera parte del régimen de Franco se desarrolló una fuerte polémica acerca de la apertura cultural, cuestión que fundamentalmente giraba en torno a José Ortega y Gasset y a Miguel de Unamuno. Dos obras de este último acabarían en el Índice de Libros Prohibidos en 1957. La España de la época era un estado confesional, y así una controversia que se inició en ámbitos eclesiásticos concluyó adquiriendo carácter político. Notables personalidades del mundo de la cultura como Julián Marías, Pedro Laín Entralgo, Rafael Calvo Serer, Dionisio Ridruejo, Antonio Tovar, Gonzalo Fernández de la Mora, José Luis Aranguren o el Padre Ramírez protagonizaron una polémica en la que también intervinieron obispos y miembros de órdenes religiosas (dominicos, jesuitas y agustinos), socios de grupos religiosos (Opus Dei y Asociación Católica Nacional de Propagandistas), e incluso señalados miembros de la política oficial del momento, como Joaquín Ruiz-Giménez y Manuel Fraga. El libro de Antonio Martín Puerta aporta datos nada conocidos y desvela las fuertes tensiones que una polémica intelectual sobre dos personalidades tan relevantes de la cultura española generó a todos los niveles durante casi veinte años.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

RÉMI BRAGUE

# LA SABIDURÍA DEL MUNDO

HISTORIA DE LA EXPERIENCIA HUMANA DEL UNIVERSO



# La sabiduría del mundo

Brague, Rémi

9788499207070

424 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La sabiduría del mundo. Historia de la experiencia humana del universo, a pesar del poco tiempo transcurrido desde su publicación original en 1999, ha sido traducido a 5 idiomas. Su intención es ambiciosa: desarrollar la historia filosófica de la representación de la noción del mundo. ¿Cómo imaginar nuestra existencia de hombres, nuestra búsqueda del bien, nuestra presencia en el mundo? Para explorar estas cuestiones, Rémi Brague propone navegar por la historia del pensamiento. Su libro nos restituye a la relación que une el hombre con el universo: indaga los orígenes antiguos y las fuentes bíblicas, recorre las inflexiones medievales y describe el naufragio de la época moderna. Durante dos mil años el hombre se ha visto a sí mismo como un mundo en pequeño: orientado hacia el cielo, hecho para contemplarlo. Ha creído que la sabiduría que buscaba estaba conectada con la que ya gobernaba el universo. El orden y la belleza del mundo eran el modelo que marcaba el bien. Pero esta imagen antigua que sobrevivió durante la Edad Media, se iba a difuminar en el alba de la modernidad. Ha dejado su lugar a "visiones del mundo" donde fragmentos de la concepción antigua se mezclan con nuevos modelos, y el cosmos ha dejado de ser el preceptor del hombre. La sabiduría del mundo se nos ha vuelto invisible. Hoy debemos volver a pensarla de nuevo. Brague va trazando el panorama grandioso de las respuestas antiguas a la cuestión filosófica por excelencia: ¿cómo alcanzar la sabiduría? Su tesis es que todas las respuestas se conciben en relación a una idea que se nos ha vuelto lejana: la idea de cosmos,

es decir, de un orden inmutable del universo. Llegar a ser sabio no significa otra cosa, para los antiguos, que observar ese orden e imitar esa sabiduría que es la del mismo mundo. La sabiduría del mundo es el primer título de una ambiciosa trilogía.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

# Índice

PRÓLOGO EL CAMINO PARA UNA FE PROFUNDA Y PERSONAL	5
1979	10
CON UN ROSTRO PROPIO	11
Síntesis	11
UN MOVIMIENTO DENTRO DEL MOVIMIENTO	15
UNA PRESENCIA QUE TOCA LA VIDA	18
Asamblea 1	18
Velada de cantos de los comienzos del movimiento	35
Velada de audición de fragmentos de música clásica	40
Asamblea 2	43
Asamblea 3	58
1980	75
LA RACIONALIDAD DE LA GRATUIDAD	76
Asamblea	76
EL PASO A LA EXPERIENCIA	88
Introducción	88
Síntesis	94
PERSONALIDAD E IMPULSO CULTURAL	100
Introducción	100
Asamblea 1	103
Síntesis	120
Asamblea 2	134
Asamblea 3	147
1981	158
EL HILO DEL DESEO	159
Asamblea 1	159
Síntesis	179
Asamblea 2	194
SEGUROS DE POCAS GRANDES COSAS	202
Asamblea	202
Síntesis	218
ALGO QUE CAMBIA LA VIDA	233

Asamblea 1	233
Síntesis 1	243
Velada de cantos populares rusos	247
Asamblea 2	250
Síntesis 2	263
<b>GLOSARIO</b>	<b>272</b>